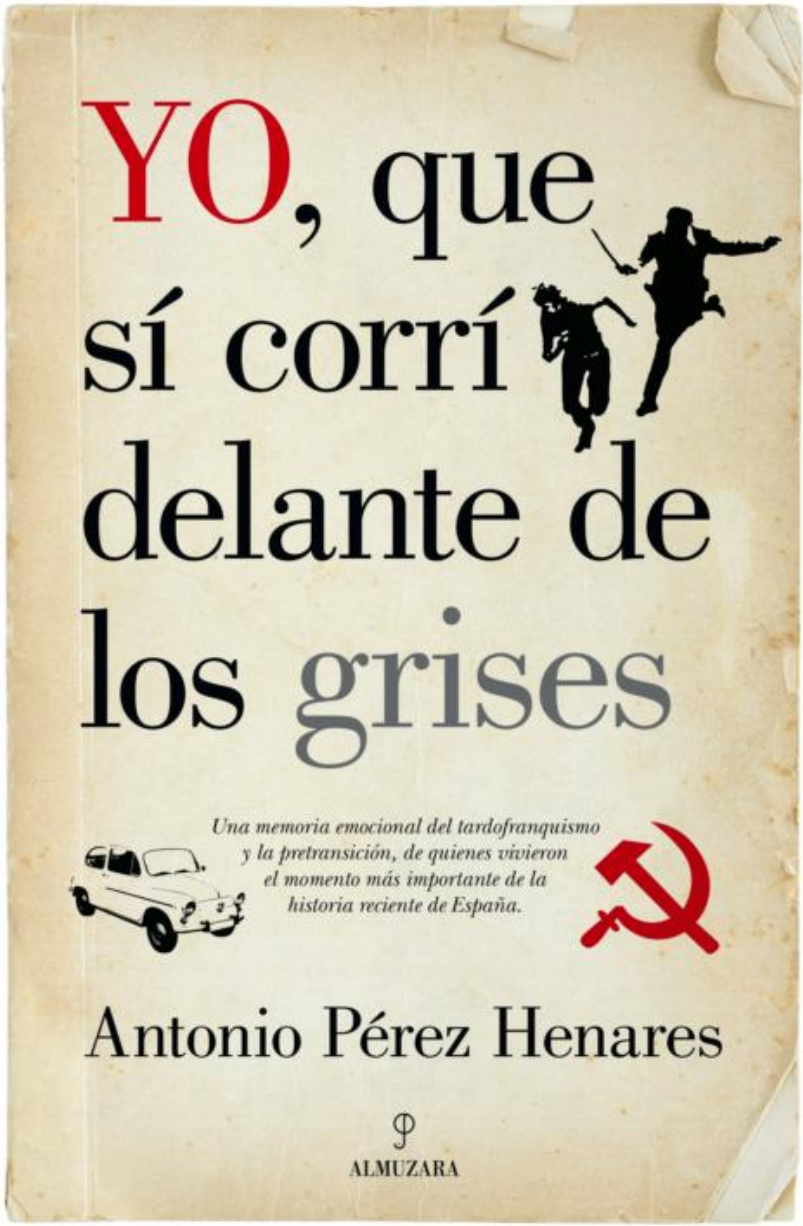
YO, que sí corrí delante de los grises

Una memoria emocional del tardofranquismo y la pretransición, de quienes vivieron el momento más importante de la historia reciente de España.

Antonio Pérez Henares

ALMUZARA



Yo, que sí corrí delante de los grises

Antonio Pérez Henares

Yo, que sí corrí delante de los grises

ALMUZARA

© Antonio Pérez Henares, 2013
© Editorial Almuzara, s.l., 2013

Primera edición: abril de 2013

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NARRATIVA
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Edición de Javier Ortega
Editora *junior*: María José Susín
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: Lince Artes Gráficas
ISBN: 978-84-15828-09-9
Depósito Legal: CO-717-2013

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Dedicado a Enrique Curiel, in memoriam, símbolo de unos jóvenes

que lucharon por ser libres.

ÍNDICE

1. Las verdades absolutas, los héroes, los villanos y la música
II. Uvas y libertad
III. París después de mayo
IV. Regreso al miedo
V.Madrid calentaba las alas de las moscas
VI. Vientos del pueblo
VII. Tenía que gustarte Bergman
VIII. Cobardía
IX. Chile en el corazón
X.El abuelo de «la loba parda»
XI. Claveles en los fusiles
XII. Franco se nos empieza a morir
XIII. El llanto de mi padre
XIV. Jóvenes que queríamos serlo
XV. Islas de libertad
XVI. El paseíllo
XVII. Un lucero tenebroso
XVIII. El rey a quien nadie quería
XIX. Italia sí que fue una fiesta
XX. Democracia en porciones
XXI. La muerte cercana
Epílogo

I

LAS VERDADES ABSOLUTAS, LOS HÉROES, LOS VILLANOS Y LA MÚSICA

Es la juventud el tiempo de las verdades absolutas. Casi tanto, o aún más, que el de los amores eternos que se nos hicieron agua al revolver una esquina.

Fueron aquellos años del miedo y la esperanza, cuando todas las ilusiones confluían en una certeza y cuando soñamos que podíamos cambiarnos y cambiar el mundo. En tres o cuatro días, como mucho. Fue aquel año, cuando todo empezó, en que cogí un tren hacia Francia y recogí uvas por las tierras de la vid, como peinadas a raya, cerca de Burdeos.

Hasta entonces había sido un niño y aún lo era. Pero a los dieciséis conseguí que mi padre me firmara un pasaporte de aquellos del franquismo donde venía toda una ristra de países prohibidos, los que estaban tras el Telón de Acero, que se llamaba y de los que de algunos hoy, ¡qué cosas! ya no queda ni el nombre.

Había empezado a despertar en la ciudad de provincias donde vivíamos y a darme cuenta de que lo que me contaban era mentira. Eran cosas que se iban engarzando una tras otra. Querer publicar un artículo en el Instituto sobre Buero Vallejo y que lo prohibieran, o decir una noche en un campamento de la OJE - los hijos de los obreros íbamos a los campamentos de la oJE - que estaba muy bien José Antonio y cantar Montañas Nevadas pero que ¿por qué no podíamos leer a otros? Y oír a los Beatles, aunque les parecieran perversos o a los Rolling Stones a pesar de sus trazas satánicas... Aunque a mí, la verdad, los que me gustaban eran los Brincos.

A don Antonio Buero Vallejo le tenía yo mucha ley y protesté ante el secretario del instituto. La cosa es que acabaron por cerrar aquella revista de los alumnos y yo me sentí todo un rebelde. Me iba con un par de compañeros más a un bar cochambroso y muy barato, donde te daban vino y olivas por dos pesetas, y de resultas también nos echaron de la OJE por seguir insistiendo con el mismo texto y otro, por lo visto, aún peor, donde venían las palabras «libertad» y «censura». El señor del instituto mandaba mucho en la ciudad y era gerifalte del periódico del Movimiento. Se llamaba Salvador Embid, y años después lo vería temblar de babeante admiración ante el dramaturgo anegándolo en halagos. Aquello tronchó encima mi incipiente carrera literaria porque había ganado unos concursos de narrativa provincial, los mandaron a Madrid y quedé el segundo nacional. Iba para figura de las letras orgánicas y

en un relámpago pasé a poeta maldito. Aunque no se enterara casi nadie, si es que se enteró alguno de mi transmutación. Porque también escribía versos, aunque en eso, en los concursos siempre me ganaba Fito. Que por solidaridad o porque estábamos hartos de tener que ponernos pantalones cortos para irnos de acampada, también se fugó de la cosa falangista. No sin antes arramblar con algunas tiendas de campaña, unos sacos de dormir y un camping-gas. Hubo escándalo porque los autores, yo no estuve en la rapiña, acabaron descubiertos, pero la cosa se arregló porque eran familias muy «de toda la vida» de la ciudad, y concluyó con la devolución del material y unos castigos paternales.

En realidad yo no estuve en la faena porque aunque arrimado a la pandilla era más bien como de segunda. Había sido un niño gordito que dio el estirón pero al que se le quedó por un buen tiempo más el espíritu tímido y hasta apocado del niño gordito. Y tampoco era de las familias de toda la vida, sino hijo de un obrero recién llegado a una de las fábricas que por aquel entonces comenzaron a abrirse cerca de la vía del tren y al lado de la carretera a Madrid. Un desertor del arado, que antes de aposentarse allí había dado ya algunos tumbos emigrantes por otras partes de España. Yo había ido cambiando acentos pero casi no tenía por entonces claro ni dónde tenía la raíz ni dónde acabaría por echarla. Bueno, yo lo que quería era ser Quevedo. Por lo menos. Y ligar con los poemas.

Serían muy malos, que lo eran, o yo muy torpe, que aún más, y encima unos tiempos imposibles para los amoríos - el sexo era algo legendario e inaccesible-, pero el caso es que no sabía ni lo que era darse un beso.

Porque darse un beso era cosa bien diferente de que te dieran uno en la cara o que lo dieras tú en la mejilla. Darse un beso era entrar en el pecado de dos bocas juntas.

Solía enamorarme una vez cada dos semanas, y era yo quien, en exclusiva, me lo guisaba y me lo comía, sin que el objeto de deseo, destinataria de versos y miradas, se diera, por lo general, por aludida. Sólo en una ocasión me atreví a entregar un poema y la recompensa fueron risas de la musa y, para mayor vergüenza mía, de su cohorte de amigas.

La ida y vuelta de miradas eran el canal comunicativo de mayor tráfico y, aun estando sujeto a interpretaciones subjetivas, los resultados objetivos tendían al nulo. Se «ligaba», era un suponer arriesgado, entre pandilla y pandilla, y se rumoreaba a quién le gustaba tal y a cual aquella y viceversa. Se suponían preferencias y

alguno parecía, e incluso gozaba, de ventaja. El bailar agarrado en algún clandestino guateque, llegar al beso y «darse el filete» suponía o establecimiento de pareja y noviazgo o que la chica adquiría la categoría de «putón desorejado». La información de que era «fina» corría como la pólvora por las cuadrillas.

Como yo tiraba más hacia lo romántico no me comía una rosca, que tampoco es que dejara de comerme mucho, y como mi natural, ciertamente voluble, me llevaba a prendarme del siguiente revuelo de una falda, mis anhelos cambiaban con rapidez de objetivo. Y así, de flor en flor, pero sin picar en ninguna pasaba la pubertad adolescente en aquella España aherrojada donde la represión de todo y todos estaba tan normalizada que la considerábamos el agua natural en la que nadábamos. Y que no había más charcos, oye.

Hasta que nos empezamos a meter en ellos. Algunos, unos poquitos, comenzamos a pisarlos de manera tan natural como ingenua, casi como un niño que juega con el agua de lluvia. Porque lo natural es que los niños quieran hacer pucheros con el barro y los jóvenes ansiar libertad y cambiar el mundo. Entonces más lo primero que lo segundo, porque el mundo no lo conocíamos ni por televisión. Que entonces solo había una y la tenían tres. Porque entonces fue cuando empezaron a tener televisión los ricos y los medio pobres y algunos más a tener coche. Los jóvenes, por aquel entonces, no tenían coche ni los hijos de muy ricos. Bueno, alguno sí, y suponía una sima insuperable con el resto de los mortales; y no digamos con respecto a las chicas. Televisiones ya digo que empezó a haber antes por muchas casas y llegó también a la mía, aunque y a pesar de verlo en ella, mi abuelo no se creyó que el hombre hubiera llegado a la Luna. Se murió sin hacerlo y bien mirado, aunque no tuviera razón, tampoco es que la cosa, vanidad humana aparte, haya servido de mucho.

En mi caso los charcos comenzaron por la cosa cultural. Por la cosa de querer leer lo que no me dejaban. Fui desde niño un devorador de libros. Y hoy casi diría que aquellos que leí entonces son los que más me han gustado desde siempre y hasta ahora. Porque me sigue gustando London y les pongo a mis perros Lord Jim o Mowgli en honor de Conrad y Kipling. Ahora leo menos, bastante menos, aunque me pase el día leyendo cosas a cachos por todo tipo de pantallas, portales y periódicos. Entonces leíamos de otra manera. Nos metíamos en las novelas con la misma entrega que sus propios protagonistas y hasta los ensayos políticos y la filosofía, que hasta eso leíamos, con la pasión de querer convertir las teorías en práctica y ser nosotros los protagonistas de la historia. Y la

poesía era un arma cargada de futuro y no se podía desperdiciar con poemas de amor, que la palabra había que emplearla en despertar al pueblo. El pueblo, que quieren que les diga, andaba bastante a lo suyo y no parecía muy por la labor de despertar a revoluciones. Pero a nosotros, ya empezábamos a ser un par de ellos, nos parecía que sí, que era cuestión de que se enteraran de lo que nosotros nos habíamos enterado y la cosa iba a ir lista.

O sea, que habíamos dejado no hacía tanto la oJE, aprendido lo que era la censura porque me prohibieron un artículo sobre Buero Vallejo, haberme enterado de que aquel señor era un rojo, cosa que hasta el momento desconocía, solo sabía que escribía teatro y había visto una obra suya, y a los 16 años me caí del caballo, descubrí el pastel, la verdad absoluta; la razón de por qué y hacia dónde se movía el mundo, el sentido de mi vida. Y me hice, por supuesto, comunista.

No fue tan fácil como lo cuento. Porque entonces había que hacer méritos, aunque tú no supieras que los estabas haciendo. En realidad tampoco sabías que había comunistas en tu ciudad, ni que te observaran. Era normal. Como mucho habría cuatro, y esos cuatro eran todo lo que había que no era del Movimiento, de Franco o de todo aquello que afectaba a tu vida desde que ponías un pie fuera de casa y hasta que lo volvías a poner en ella. Y dentro de tu casa también estaba el Generalísimo. Pero comunistas, aunque cuatro, los había, y yo me fui a enterar un día cuando ya había hecho los méritos.

Porque a nada y por andar por charcos culturales, a nada ya estábamos hechos unos peligrosos subversivos. O eso nos parecía a nosotros, que bueno, cosas de la edad, pero lo tremendo es que se lo parecía a «ellos».

Como era una ciudad pequeña, que a nada estabas en el campo, nos íbamos el grupillo a unas choperas que para mayor emoción tenían unas cuevas en la ladera, y allí nos leíamos poemas los unos a los otros, hablábamos de libros prohibidos y, era inevitable, aunque no quisiéramos, de mujeres, que venir no venía ninguna al principio aunque a más de dos invitamos. Pero no hablábamos de mujeres como los demás, como los salidos, sino en otro plano que considerábamos de superioridad moral sin discusión alguna. Las mujeres estaban reprimidas y tenían que liberarse, y la cosa del sexo no era tan pecado. No era algo pecaminoso sino al contrario, y debería ser libre, florido y hasta comunal que dijo uno. Los otros asentimos a esto último, pero para mí que ninguno - salvo el que lo dijo, y quizás él tampoco - lo tenía nada claro si lo que había que

compartir era lo de uno... aunque no se tuviera nada de momento. Pero solo de momento, porque ya veíamos abiertas las puertas del cielo.

Lo que hicimos fue organizarnos para hacerlo. Y no sólo lo de las chicas sino más bien lo de la organización revolucionaria. Ya no solo íbamos a la chopera los de la poesía, sino que empezaron a venir otros que querían ser pintores, y otros que ninguna de las dos cosas pero que venían. La cosa cogió verdadero cuerpo cuando aparecieron unos que sabían tocar la guitarra e iban a hacer un grupo. Aquello ya fue serio y, sí, que no se ría nadie, empezamos una revolución que no fue pequeña. Ahora lo parece, pero no fue nada pequeña. Desde luego nos iba a cambiar a todos y para mí tengo que algo cambiamos a nuestro alrededor. Algo hicimos. No era poco intentar hacerlo.

No fue nada fácil alquilar una casucha. Nadie quería dejárnosla. Pero al final conseguimos una, pago por adelantado, en un arrabal. Estaba medio en ruinas, pero tenía un patio lleno de broza y una higuera. Un saloncillo abajo y unos cuartuchos arriba. Nos los dividimos por disciplinas artísticas. Los pintores se quedaron la parte alta y los demás abajo, aunque hubo protestas contra los músicos. El sistema por el que nos regíamos era asambleario y democrático. Pero unos mandaban más que otros y yo, qué cosas, empecé a ser uno de los que hacían caso.

En realidad crear, lo que se dice crear -y excepto los de la talla de madera, que sí montaron su taller-, allí se creaba más bien poco. Pero se hablaba mucho y nos pasábamos el tiempo libre que teníamos, el que nos dejaba el instituto o la FP, reunidos. Pero en reuniones bonitas, discutiendo cosas, proponiéndonos hacerlas ya de puertas para afuera pero también, allí en nuestro refugio, jugando a las cartas y bebiendo, que eso también era un atractivo. Aunque sólo llegáramos, dada la penuria económica generalizada, al vino o como mucho a la cerveza.

Cuando llegó el verano montamos una fiesta recital. Limpiamos y adecentamos el patio de la higuera, y hasta tuvimos Luna. Los músicos, los nuestros, iban más por cantautor que por el rock, fueron las estrellas. Los escritores hubieron de conformarse, y fue una decisión sabia, con una prosa poética o como mucho un poema corto. Acertaron los que recurrieron a uno ajeno. A los de la talla de madera y a los dibujantes y pintores les lució mucho, aunque no vendieran nada. Porque no había a quien vender excepto a nosotros mismos. Y a unos cuantos invitados, muy seleccionados y avisados en secreto, que se acercaron. Entre ellos, por vez primera,

aparecieron las primeras chicas. Medio novias unas, otras en el punto de mira, allegadas familiares, primas, hermanas y algunas nuevas. Todos bajo el manto de lo que suponíamos clandestino, transgresión y, por supuesto, pecado. Aunque los iniciados ya sabíamos que aquello no era pecado, por más que así lo sintiéramos todavía.

A los pocos días, la cosa trascendió, éramos considerados peligrosos y pervertidos. Yo me dejé la barba. Las gentes de bien nos comenzaron a mirar mal y a prohibir el contacto con nosotros a sus vástagos. Fue nuestro mejor reclamo. Una noche de aquellas, de aquel verano con dieciséis años, me di el primer beso. Y claro que me acuerdo de cómo se llamaba.

Algunas chicas comenzaron a venir con asiduidad, aunque los horarios familiares o de colegios eran muy estrictos. Lo de en casa a las diez era una norma tan generalizada que hasta la cantaba Serrat. Todo eran normas estrictas y de obligado cumplimiento. La rebelión más generalizada era dejarse el pelo largo. Pero nosotros íbamos más allá que aquella cosa de flores y paramecios. Aunque también nos pusiéramos pantalones campana. Nosotros éramos más trascendentales. Ya sabíamos que éramos antifranquistas y que estábamos contra la dictadura, que los obreros eran los buenos, la República heroica y los fascistas los malos. Íbamos para rojos pero nos daba miedo hasta el confesarlo. Aunque estuviéramos deseando serlo. Pero teníamos miedo, al menos yo tenía miedo; porque el miedo lo recubría todo, era el cemento que lo ensamblaba todo, edificios, relacio nes, hábitos y conversaciones. Era con lo que nos advertían en casa y con lo que nos amenazaban fuera. Y eso que no habíamos hecho nada. Era preventivo, y funcionaba en casi todo y para casi todos. Estaba allí puesto por si se nos ocurría hacer algo. El miedo era el principio esencial en que se sustentaba el paisaje. El miedo primero era hablar del pasado, de aquella guerra que unos habían perdido y otros llevaban tantos años disfrutando de haberla ganado.

La mayoría andaba por el medio, silenciada, sin querer oír hablar de aquello por la cuenta que traía; pero nosotros habíamos emitido dictamen de quiénes llevaban razón, y eran los buenos. Incluso los que eran hijos de los vencedores, porque esos eran la mayoría entre nosotros, abjuraban de aquel pasado. No había matices. No podía haberlos. Los otros no los habían hecho nunca. Y eran tiempos absolutos. ¿Por qué íbamos a tener dudas o reparos nosotros? Así que entre las canciones de los cantautores se colaban las del frente del Ebro y las de los batallones derrotados pero

épicos. Debió ser en una de aquellas cuando levanté por primera vez el puño. Cosa que creía, y casi con total razón salvo excepciones contadas, que jamás había hecho nadie de mi familia más cercana, labradores castellanos, que la guerra la callaban y lo único que de ella se contaba era cuando los rojos tiraron la campana de la iglesia del pueblo y quemaron los santos.

De la familia que pudo ser de izquierdas, y los había en el pueblo, se ocultaba tal condición como una lacra. Porque así era y sobre el asunto no rechistaba nadie. Se seguiría sin rechistar muchos años, y yo sin enterarme de que de todo había habido, y que malos los había habido en ambas partes. También buenos. Pero en la guerra siempre afloran mucho más los malos.

Otra de las cosas que me angustiaban era la religión. Ahora hacerse ateo es cosa fácil. O al menos lo parece. Hay hasta quienes nacen siéndolo por obra y gracia de sus propios padres. Pero entonces la cosa de la religión tenía muchos agarres. Y la cosa de Dios estaba entre las cotidianamente más importantes.

Todos éramos creyentes, católicos, practicantes y debíamos, además, parecerlo. Pero es que, además, en realidad lo éramos. Yo lo era. Había estudiado con beca y con curas, los jesuitas, y hasta había tenido tentaciones místicas y misioneras en mi infancia. A mi abuelo, aunque hombre de firme fe campesina, aquello no le gustaba en absoluto e hizo lo posible por quitármelo de la cabeza. La verdad es que me duró poco y en cuanto empezaron a aparecer ardores púberes la cosa quedó olvidada. Pero la fe y Dios eran otra cosa bien diferente. Y aquello fue un proceso mucho más doloroso y difícil. Por estratos. Ya en el instituto público la misa comenzó a ser cumplida con desgana y no tardó en caer en franca decadencia. Vino pareja a la visión de una iglesia muy poco compadecida con la gente de a pie y bastante más con los poderosos. O sea, que la ira social fue tomando cuerpo en unión a la ira religiosa. Como además yo tenía acumulado un superávit de misas, un atracón de curas y un saco de represiones relacionadas con lo que parecía ser el pecado único, el sexto, a nada estaba hecho un anticlerical furibundo. Pero a Dios lo dejaba aparte. Siempre estuvo un poco aparte y hasta luego incluso más cercano, porque no iba a tardar en conocer a curas obreros. Pero eso fue algo más adelante. Para cuando volví de Francia.

Porque hasta entonces todo era algo difuso, aunque en apariencia la posición fuera radical, a favor o en contra. Sin peros. Por ejemplo, se estaba a favor o en contra en lo de la guerra de Biafra, cuando intentó separarse de Nigeria y murieron como

chinches. O si se iba con los rusos que mandaban naves hacia Venus o con los americanos que iban a la Luna. Yo iba con los rusos. Pero ganaron los americanos. Y lo vimos todos. Fue aquel 21 de julio de 1969, y quien llegó de verdad fue jesús Hermida, que era quien lo contó con aquel flequillo suyo por la tele. Otra cosa era la de Gadafi, un militar árabe que había derrocado al rey de Libia, un tal Idris. Yo era de Gadafi y me reí cuando oí aquello que se decía que había dicho la reina de Inglaterra: «A este paso en reyes solo voy a quedar yo y los cuatro de la baraja». En España no teníamos, ni queríamos que lo hubiese. Ellos ya tenían a Franco, y nosotros, que lo queríamos echar, era para traer la República. Aunque había algunos por ahí que estaban aún con aquella antigualla de la Monarquía y por lo visto se había muerto una señora por entonces que era la supuesta reina consorte o algo así, Victoria Eugenia de Battenberg. Se había muerto en Suiza, creo, y no sé cómo me enteré del asunto. Yo no leía el ABC. Lo diría la radio y lo escuché de paso. Es de lo poco que me acuerdo de la realeza de por aquel entonces.

Willy Brandt había sido nombrado canciller de Alemania. Caía bien, pero luego supe que había dicho aquello de que «quien no es comunista a los veinte es que no tiene corazón, y quien lo sigue siendo a los cuarenta es que no tiene cabeza». Ya me cayó mal y me pareció un traidor. Yo iba a ser comunista y a seguirlo siendo hasta la muerte. En Irlanda íbamos con Bernadette Devlin, que se rebelaba contra la ocupación inglesa. Además era católica, y los otros protestantes.

Pero en realidad, lo que nos traía a mal traer eran la música y los pelos. Por ejemplo, había que aborrecer a julio Iglesias -y la verdad es que el Yo canto era cursi a más no poder-, y a Salomé, que había ganado Eurovisión, pero empatada con tres. El año anterior fue el triunfo de verdad, el de Massiel. Claro que había sus más y sus menos, porque había ido sustituyendo a Serrat, que había exigido cantar en catalán. Serrat era de los buenos, pero aquello del catalán contra el español gustaba poco. A mí nada. No haber ido porque era un festival carca y por no querer representar al franquismo, bueno. Pero por aquello del catalán, no lo tomé a bien.

La cosa gorda era entre los Beatles y los Rolling. Entre los Bravos y los Brincos. Los Beatles se andaban medio separando, pero sacaron el Yellow Submarine y al año siguiente, ya casi cada uno por su lado, el Let it Be, con John Lennon liándolas pardas con la japonesa o lo que fuera aquella fea, la Yoko Ono, que era la mala que había roto el grupo, y devolviendo la Medalla del Imperio Británico porque su país apoyaba a EE.UU. en la guerra de Vietnam.

Los Rolling les iban cogiendo la delantera y no solo en ser más malos, que lo eran; uno de sus fundadores, Brian Jones, había muerto por sobredosis de droga, que era lo que se suponía iba a pasarles a todos en un par de años como mucho. Los pájaros demostraron un aguante a prueba de todo pero otros, Jimi Hendrix y Janis Joplin, iban a caer uno detrás del otro como chinches, y otro más no iba a tardar tampoco, aunque se ocultara que fuera por lo mismo: Elvis Presley, que les gustaba mucho a las chicas y a los que se dejaban patillas.

La música se escuchaba en tocadiscos que tenían algunos privilegiados en sus casas, o en unas máquinas que había en los bares. Metías una moneda y seleccionabas una canción. Se movía un brazo metálico y sonaba el disco. Algunos no paraban de sonar en todo el día. Un vago borrachuzo, hijo de un jerarca americano dueño de cadenas de radio, que se pasaba el día en los bares, se dio cuenta de que aquello tenía secuencias y frecuencias e inventó la radio fórmula. Un español listo se enteró y creó los 40 Principales. Tomás Martín Blanco. Los de la SER lo marginaron luego, cuando se convirtieron en la quintaesencia de lo progre.

La guerra de los Bravos y los Brincos la habían ganado los primeros, con el Black is Black, La Motocicleta y Los Chicos con las Chicas. Pero a mí me seguían gustando los Brincos, y el Sorbito de Champagney Lola. Tenían muchos líos, y se separaban y se llamaban de otra manera, como Juan y Junior, y luego cada uno por su cuenta. Y todo se vivía como una verdadera tragedia.

El cenit romántico se alcanzó cuando se suicidó Laila Cohen, guapísima, que había sido novia de Manolo Fernández de los Bravos, que se había suicidado antes y después de que lo hubieran dejado. Las chicas lloraban mucho por aquello, y no sé yo si no esperaban que alguien se suicidara por ellas, aunque sin tener que pasar por suicidarse ellas después. Y es que en la música, nos decían, anidaban todos los vicios. Y por el rock ya ni te cuento.

Por la tele nos enteramos que habían matado a Sharon Tate, que era una actriz que estaba buenísima, y que lo había hecho una secta satánica de un tal Manson. Ella era la mujer de un director de cine, Polanski, y aquellas cosas, claro, solo pasaban en Estados Unidos. En España no pasaban.

De todo ello nos daban cuenta y nos admonizaban oportunamente. De lo que no nos enterábamos era de que se había decre tado la ley marcial en Madrid y se había cerrado la universidad, y ordenado también un estado de excepción por tres meses; que habían detenido a más de trescientos estudiantes y que a

uno, Enrique Ruano, lo habían suicidado tirándolo por una ventana. De eso no te enterabas y no hablaba nadie.

Hablábamos de lo que nos secreteábamos y de lo que suponíamos. Con mucho misterio siempre. Pero también de algunas cosas que pueden sonar tan raras como lo de Urtain, que era un vasco que aunque sonaba a bluf ganó el campeonato de Europa de los pesados. Entonces había boxeo en España y se seguía mucho. Lo daban por la tele y un par de nosotros éramos muy aficionados. Al boxeo, digo. Por la tele lo mejor que pasó es que Tip y Coll empezaron a salir en Galas del Sábado y nos hicieron reir a todos de otra manera, y las señoras mayores comentaban lo guapo que era Pepe Martín interpretando al Conde de Montecristo en una serie. Se quedó en conde para toda su vida el hombre. Aunque para guapos, guapos, Robert Redford y Paul Newman en Dos hombres y un destino. Esos les gustaban también a las jóvenes. Que eran muy bandidos pero daba mucha pena que los mataran. Pero que mucha. Las mujeres siempre han amado a los bandoleros. La prueba estuvo en Madrid cuando colgaron a Luis Candelas. No cabía un alfiler en la Plaza Mayor y eran todas hembras. Igualito que cuando Cristo, que sólo estaban al pie de la cruz su madre y dos de reputación más que dudosa. Si es que había que ser malo a la fuerza.

Si alguien leía un periódico, que era de casualidad porque en papel no gastábamos, se empezaba a oír aquello del escándalo de Matesa, una bronca con corrupción de por medio, entre la Falange, Fraga y el Opus. Los lopeces, Bravo, Rodó y Letona, los tecnócratas, eran los del Opus; Fraga, que hacía Paradores, era Fraga y ya tenía bastante; y los falangistas, Girón y los demás, se peleaban por ver quién iba más al Pardo. Que sabíamos que llevaban a Raphael, Lola Flores y las folklóricas y con ello ya estaban tachados de ponerlos en las máquinas. A nosotros entre el Opus y los otros, nos parecía que igual daba. Que el poder era Franco y listo. Y los demás, títeres, fueran a misa mucho o poco. Todos acudían a «su» misa» y marcaban el paso que el dictador marcaba, y levantaban - que todos lo hacían si era preciso - el brazo.

Nos enfadó mucho que Nixon, el presidente de los americanos, viniera a España y saliera por todos lados en medio de las dos banderitas, a cuál más odiada. Porque por encima de todo lo que marcaba diferencias estaba el Vietnam. Por encima de cualquier guerra, conflicto, muerte o acontecimiento, lo que nos definía, en lo que nos sentíamos profundamente concernidos y donde suponíamos que estaba en juego el mundo, era Vietnam. Porque desde luego era previo - aunque en otros sectores mucho más generalizados y

extensos de la población se compartiera, pero en nuestro caso, el de los jóvenes progres, como condición esencial e imprescindible-, el ser antinorteamericano y un ferviente admirador de los guerrilleros del Vietcong, de Ho Chi Minh y de su general Giáp, que ya había derrotado a los franceses en Dien Bien Phu y ahora peleaba con la gran potencia mundial en una guerra desigual y terrible, donde estaba más que claro quiénes eran los buenos y los malos, quiénes los héroes y los villanos, dónde el gran imperio y dónde el pueblo aplastado. Trampas de bambú contra bombas de napalm, túneles excavados a pico y pala contra portaaviones y helicópteros, pequeños y delicados combatientes idealistas, que eran capaces de vivir con un puñado de arroz, contra brutales y gigantescos yanquis armados hasta los dientes e hinchados de soberbia.

Estaba todo muy claro. Era muy claro. En España estar contra la dictadura, por la democracia y las libertades. Y en el mundo ser antiimperialista, apoyar a quienes luchaban por la liberación de sus pueblos de ese yugo. Eso equivalía a ser, por supuesto, antiyanqui y antijudío, aunque en esto era malo que Franco también estuviera con esa cuerda y aquello del contubernio judeomasónico, que era lo que decía siempre antes del «¡Arriba España!» Nosotros íbamos con la URSS, aunque aquí se podían tener reservas, poner algún pero, ser pro-chino o alabar a los «países no alineados» y a Tito, el yugoslavo.

Vietnam nos conmovía y nos agitaba, como un gran festival de música, y muchas veces iba todo junto y de la mano porque en aquellos grandes festivales, de los que nos llegaban ecos, los de Estados Unidos o el de la Isla de Wight en Gran Bretaña, era donde más alto sonaba el rechazo a aquella brutal intervención contra un pueblo mártir e indefenso.

Entre los españoles, no sólo era antinorteamericana la izquierda. Lo era la inmensa mayoría. Los yanquis habían sido los felones atacantes de lo que quedaba de nuestro imperio, los que nos habían quitado Cuba y Filipinas y hundido nuestra escuadra de madera con sus acorazados de acero después de declararnos una guerra aprovechando una mentira, pues fueron ellos mismos los que se volaron el Maine en La Habana para poder tener la excusa de hacernos trizas. Luego se quisieron quedar la isla y se la quedaron, corrompiéndola hasta las cejas con su mafia, su prostitución y sus casinos. Hasta que llegó Fidel. Y los guerrilleros de Sierra Maestra, que derrotaron a Batista y ahora la revolución cantaba por las calles. Aunque ya no estuviera el Che, que había caído en Bolivia y que aún se discutía si había hecho bien o mal en aquella aventura o

si aquel foquismo guevarista daba resultados, si tenía razón Fidel o si en realidad el propio Fidel le había mandado un poco a que muriera por celos del gran héroe que le podía hacer sombra.

Ahí podía haber dudas pero con el enemigo yanqui no. Los españoles teníamos clavada esa espina dentro y no los tragábamos. Ni siquiera los franquistas, aunque hubiera venido Eisenhower y hubiera dado un enorme balón de oxígeno al Régimen, al que hasta se permitió estar en la ONU, y ahora se recibiera a Nixon con la Castellana llenita de banderas estrelladas. España entonces era antiyanqui casi en la totalidad, de la misma manera que era pro árabe y simpatizaba, y no solo la izquierda, con los palestinos, con los vietnamitas y con Fidel. Y ha durado mucho y sigue habiendo algo de esto debajo de no pocas pieles. Al fin y al cabo, si para los unos eran los imperialistas, no andaban lejos de los otros en su contubernio judeomasónico internacional. Aunque claro, no cuadraba para los franquistas que los buenos en Cuba fueran comunistas. Pero se excusaban diciendo que a Fidel casi le habían obligado a echarse en brazos de la URSS, que él no era así; si hasta era de origen español y había estudiado en los jesuitas. Y con los vietcong pues algo parecido, que no les quedaba casi más remedio porque en algún lugar tenían que buscar apoyos. Que por cierto se los daba la URSS, que China como que miraba para otro lado y hasta les hacía carantoñas a los gringos.

La guerra americana en Vietnam la había empezado, aunque por lo bajinis, el presidente Kennedy. Cuando lo asesinaron en Dallas, la heredó su vicepresidente, Johnson, un tejano muy alto y grandón. Luego ya presidente electo se metió tan de hoz y coz en ella, pensando que la ganaba como los americanos habían ganado todas (bueno, Corea la habían empatado) y que iba a ser aquello pan comido. Pero a finales de los sesenta las cosas se estaban torciendo cada vez más. Habían metido allí medio millón de hombres y aunque mataban y destruían a mansalva también volvían muchos féretros americanos cubiertos por su bandera. Y ahora la guerra la tenían ellos en casa, con toda una juventud levantada en contra y hasta Cassius Clay diciendo que él no iba. De hecho, el enquistamiento hizo que Johnson decidiera no presentarse a la reelección - que tenía perdida-, y abandonó en enero de 1969. A la Casa Blanca llegó el republicano Nixon, que tenía otras ideas. La esencial irse yendo poco a poco, seguir aplastando desde el aire para que los viet no pudieran ganar y lograr que el ejercito de Vietnam del Sur aguantara por sí solo y pudiera llegarse a un alto el fuego que salvara la cara y dejara las cosas más o menos como

estaban. Los comunistas en el norte y los pro occidentales en el sur.

Porque lo que ya parecía imposible era la victoria total. Eso ya se había empezado aver en el 68. Losvietcongy el Norte lanzaron la ofensiva del Tet, atacaron 38 de las 52 ciudades, la mismísima embajada de usa en Saigón y hasta tomaron Hue, la vieja y simbólica capital del antiguo imperio vietnamita. La contraofensiva americana los desalojó, con muchas pérdidas además, y hubieron de retirarse. Pero propagandísticamente habían ganado. Se les podía vencer, obligar a huir, matarlos a decenas y hasta miles y millones, pero siempre volvían, se movían por sus pasadizos subterráneos y golpeaban aquí y allá al gigante, desangrándolo poco a poco, royéndole la moral, haciéndole comprender que no podría derrotarles nunca. Por la ruta Ho Chi Minh no dejaban de bajar a hombros de sufridos porteadores, hombres y mujeres, austeros y sacrificados hasta la extenuación, desde provisiones a morteros. El gran y humilde líder, el tío Ho, había muerto ya, en septiembre de aquel 69, pero quedaba el general Giáp y quedaba el pueblo que iba a acabar su obra. Ho Chi Minh era el ejemplo para todos los pueblos oprimidos. Todos teníamos o queríamos tener un póster suyo enfrentándose a un yanqui con chistera y envuelto en un forro de dólares.

Pero además ya no se jugaban solo Vietnam. Era la teoría del dominó. Como habían caído antes las fichas de China, Vietnam del Norte o Corea -y a punto había estado de suceder en Indonesia, algo que tan solo pudo parar el terrible golpe de Estado de Suharto-, si caía Saigón, como fichas de dominó caerían en manos del comunismo Laos, Camboya y otros más. Y en efecto, en Camboya losjemeres rojos, y en Laos el Pathet Lao, ya combatían con energía para hacerse también allí con el poder.

En la teoría del dominó creíamos todos, pero nosotros deseando que pasara, claro, que cayera cuanto antes la primera ficha y que el turbio Henry Kissinger, considerado el malvado cerebro del imperio, fracasara en todos sus malévolos planes contra los pueblos del mundo, en Indochina, en África y en Iberoamérica

Nixon, que visitó España y se fotografió con Franco, había dicho que prefería perder la reelección antes que ser el primero que perdiera una guerra. Y nosotros soñábamos con que perdiera las dos cosas.

II

UVAS Y LIBERTAD

Un chico de Guadalajara nos contó aquel verano del 70 que su hermano mayor se había ido con un amigo el año anterior a la vendimia, a Francia. Que se lo habían pasado muy bien y que se habían traído un dinero, porque en Francia, además de francesas que no te ponían los codos en el baile, besaban en la boca y quién sabe... se pagaban buenos sueldos incrementados porque el franco, su moneda, valía veinte veces más por lo menos que la peseta. Y en otoño, allá para finales de septiembre, nos fuimos cinco a Burdeos. Muy variopintos y muy críos, yo el que más, porque no había cumplido ni los diecisiete. Cada cual con una motivación distinta, más allá de lo que para el grupo tenía de aventura adolescente. Los más mayores iban directamente a lo del dinero para poder seguir estudiando; otro, de mejor posición, por el simple afán de embarcarse en aquella experiencia, y otros y yo, con cierta ansia política, amén de que mi amigo, con pasión por la caza, pensaba comprarse un rifle del 22 con lo que sacara, y yo tener dinero para poder acabar el Preu y marcharme a la universidad.

Lo decidimos, lo maduramos en largos y emocionantes conciliábulos nocturnos y, en mi caso, me puse a la ardua tarea de conseguir el pasaporte con el permiso preceptivo de mi padre. Logré lo primero con no demasiada resistencia; él también se había liado un día la manta a la cabeza y se había marchado al norte a buscarse la vida dejando atrás a la familia hasta que tuvo allí un trabajo y un cobijo para todos, aunque en el primero nos cayeran goteras sobre las dos camas en las que estábamos realquilados con derecho a cocina. Entendía que yo también me la buscara si quería seguir adelante, porque en casa el plato de comida y la cama no iban a faltar nunca, pero para la universidad en Madrid no daba el sueldo de obrero, aunque fuera ya oficial de horno y de primera.

Me hice las fotos para el pasaporte y lo que salía retratado era un niño. Fui a comisaría y allí hube de aportar un sinnúmero de papeles, entre los que destacaban el de penales y un certificado de buena conducta que daba la propia policía. Fue la primera vez que acudí a aquella comisaría en los bajos del Gobierno Civil. Firmó mi padre la autorización y al cabo de un tiempo de ansiosa espera me dieron el documento, que guardé como un tesoro. E hice bien en ponerlo a buen recaudo. A mi padre le empezaron a entrar los cargos de conciencia por dejarme ir al extranjero de aquella

manera, porque aunque los engañaba diciendo que teníamos apalabrado el trabajo, en realidad no teníamos más que una vaga referencia de que en la propia estación te contrataban nada más bajar del tren, y él se estaba maliciando que aquello era demasiado riesgo para un crío. No podía volverse atrás por lo que anduvo buscando el pasaporte para impedir el viaje. Pero no lo encontró. Y un día, a escondidillas, metiendo en un macuto, resto de mi tiempo en la OJE (otro llevaba una tienda, que se vio que todas no las habían devuelto), algo de ropa, algo de comida y una maquinucha de fotos que había logrado con los chocolates Zahor, me marché de casa a encontrarme con los demás en la estación. Y nos fuimos los cinco. Primero a Madrid, a la estación del Norte, que de allí salía aquel expreso rumbo a Hendaya y después hacia Burdeos.

Era un tren de vendimiadores. Familias enteras, la mayoría del sur y de La Mancha, con sus maletas de cartón atadas con hatillos. Aquel paisaje humano, aquel barullo, aquella gente no me era del todo desconocida. Yo también había hecho con mi familia aquellos viajes hacia el norte, y había sido uno de aquellos niños que miraban los trenes y aspiraban los olores de humo y hierro del ferrocarril. Un olor que se queda para siempre en el recuerdo y que he de decir que no es un mal recuerdo. Desde siempre me han gustado los trenes y las estaciones.

Nosotros desentonábamos en aquel paisaje humano y creo que hasta adoptábamos, reflejo de inseguridad y temor, un aire de distancia y suficiencia. Pero ya en algún primer contacto empezamos a ver que lo que teníamos por delante tenía peor pinta de lo que ilusamente habíamos supuesto. La mayoría de los que viajaban tenían o bien un contrato o ajustado ya un patrón que los esperaba porque repetían de años anteriores. Pensé en las cuadrillas de segadores que en mi infancia aparecían con sus hoces por el pueblo y se ajustaban con los labradores para la cosecha. Las cuadrillas solían repetir en las casas, aunque siempre había alguna baja y algunos que eran nuevos. Otros se sentaban en la plaza, junto a la fuente, a ver si había tajo para ellos. Algunos lo encontraban. Otros se marchaban andando al siguiente pueblo, hacia el norte, donde aún quedara mies que recoger. Segaban desde antes que saliera el sol hasta que se ponía. Y hasta se echaban carreras bajo el «solitrón» que a más de cuarenta grados a ver quién acababa antes el surco. Los segadores eran sólo hombres. En la estación del Norte, entre los vendimiadores, había mujeres y chicos pequeños. A algunos no les sacaba yo muchos años, por cierto. Subimos al tren con algo de miedo metido en el cuerpo, pero ya no era cuestión de

volver atrás. «Sin contrato no será fácil que os cojan, pero a lo mejor sí, porque sois estudiantes». El tren se puso en marcha y con él nuestras cábalas y temores. El chico de Guadalajara nos había dicho que saber francés ayudaba y nosotros lo habíamos estudiado en el Instituto. También nos lo dijo uno que parecía un jefe de cuadrilla de andaluces. «Sí os cogerán, sí, aunque os pagarán menos».

Íbamos los cinco juntos, como un bando de perdigones. Pero sin perdiz que nos guiara. Nos hacíamos los machotes y los hombres. Y los demás no sé, pero yo iba asustado. Sin embargo, el apoyo de los unos a los otros, y el disimular el temor propio ante el ajeno, nos hizo a todos valientes y animosos. Íbamos a cruzar, por vez primera en nuestras vidas, una frontera.

En Hendaya bajamos del tren y pasamos por las garitas de la Policía Armada española, aunque también los había de paisano, la «secreta». Nos sellaron el pasaporte sin hacernos apenas preguntas, aunque a otros vimos que sí se las hacían y a alguno se lo llevaron a otro cuarto. Nosotros ni mirábamos. Sabíamos que había cosas de las que mejor pasar de largo, sin mirar siquiera.

El gendarme francés me dijo «bonjour» y yo le contesté ufanamente lo mismo. Se rió y me extrañó que un policía se riera. Entendí después, a duras penas, la verdad, que me preguntaba donde íbamos y atiné a contestar que a «Bordeaux», aunque no dije nada de vendimia si bien a él debía resultarle de lo más obvio. Tampoco dije que iba de turista. Eso tampoco. Que era «etudiant» dije. Me selló el pasaporte sonriendo y luego a los otros.

Cambiamos de tren y dijimos que el francés era mejor y hablamos del ancho de vía, que uno se lo sabía y hasta se dijo que era para que no nos invadieran. La preocupación empezaba a ser el dinero. Porque con el importe de los billetes nos estábamos quedando sin nada. Contamos los pocos francos - habíamos cambiado ya moneda - que entre todos juntábamos y la verdad es que estábamos más que justos para volver siquiera. Pero estábamos en Francia.

Nos tocó en el departamento con parte de una familia que iba con contrato y un señor mayor nos dijo lo que teníamos que hacer al llegar a la estación de Burdeos. «Allí vienen los patrones. A la salida. Juntaos con otros que tampoco llevan papeles. Y decid que sois estudiantes y que habláis francés».

A Burdeos llegamos un domingo. Algunos, más previsores, habían hecho averiguaciones. Cerca de la estación había un colegio de jesuitas que solía ser vía para poder encontrar alguna cosa a la

que engancharse. El Tívoli se llamaba, o en el parque Tívoli estaba. Fuimos hasta allí. Pero era domingo y estaba cerrado. Se habían ido de excursión. Apareció por casualidad un cura que se había quedado al cargo. No había nada que hacer. Nos dijo que volviéramos a la estación, que por allá pasaban algunos patrones buscando gente «aunque no tuviera papeles». Volvimos. En la puerta de la estación casi no quedaba nadie, salvo un pequeño grupo que esperaba a un señor que los tenía apalabrados. Como a otros antes, les dijimos que si no les importaba decirles que nosotros estábamos también dispuestos a ajustarnos. «Es que os ven muy críos y esto es muy duro. Por eso no os cogen. Pero se lo diremos y a lo mejor hay suerte. Y si no, pues a esperar a mañana».

Decidimos que de perdidos al río y en un golpe de audacia acordamos que si había que hacer noche, mejor con el estómago lleno. Así que con lo que nos quedaba compramos embutido, pan y vino y nos sentamos a comerlo y beberlo en la puerta de la estación de Burdeos, esperando que algún patrón viniera y quisiera contratar a unos estudiantes ilegalmente y bajo cuerda, que ya teníamos claro que éramos ilegales y aquello tenía para los franceses un riesgo.

Nos comimos nuestros bocatas y nos alegramos con el vino francés, que nos sabía - por la novedad sería, porque era el más barato-, mucho mejor que el nuestro y lo alabamos. Pero estaba ya para caer la segunda y última botella y no había aparecido nadie que no nos despachara con una mirada despectiva, e incluso el último grupo que quedaba también se había marchado. La gestión no había dado resultado o no habían dicho nada.

Entonces apareció aquel señor bien vestido, elegante y canoso. Se dirigió a nosotros y nos preguntó si buscábamos trabajo en la vendimia. Le dijimos que sí.

-¿Pero tenéis papeles? - preguntó.

-No, sólo el pasaporte - contesté.

Nos dijo que a lo mejor, que tal vez... que quizás podría contratarnos y que luego volvería. Se marchó y la noche ya había caído. El desaliento se apoderaba de nosotros. «Éste no vuelve ni de coña», era la sensación que se acrecentaba según pasaban los minutos. Se echaba la oscuridad y nos preparábamos ya para dormir en la estación, cuando ante nuestra sorpresa volvió.

Nos observó con severa curiosidad, como sopesando edades y riesgos. Luego se decidió y preguntó que cuántos éramos en total. Logré hacerme entender en francés que íbamos juntos y que de ajustarnos era «toas ensamble» porque no podíamos dejar a ninguno tirado, y en aquella conversación saqué oficialmente mi título de

intérprete para el resto de la expedición. Por mi parte alcancé a entender que estaba dispuesto a contratarnos pero que aquello era ilegal y que él corría riesgos. Nos dijo que nos trasladaríamos a una isla de la desembocadura de «La Garonne». Se cerró un precio por día que cuando se comentó en el grupo se aceptó gozosamente y cada cual empezó a hacer cálculo de lo que podían suponer dos semanas de trabajo; y aquello lo cierto es que daba, a como estaba el franco, hasta para el rifle. Comidos y alojados, dijo el monsieur. Y a la vuelta nos pagaba el billete de tren hasta la frontera. «Os contrato», dijo. Nos pidió los pasaportes. Llegó otro francés. Anotaron nuestros nombres y nuestros números y nos subieron a un vehículo. Había allí más gente, una familia al completo de Valladolid, con niños pequeños. Nosotros estábamos dispuestos a vendimiarnos Francia entera. Por lo visto al patrón le había fallado un grupo que a última hora no había aparecido y él necesitaba coger la uva en su tiempo.

Nuestro vehículo dejó atrás las luces de Burdeos y se adentró en la noche durante un buen trecho. No sabíamos en absoluto dónde íbamos, hasta que vimos las luces de un embarcadero. Allí se detuvo aquel trasto y entonces empezó nuestro desembarco, o mejor dicho embarque, en Normandía. O sea, que acabamos navegando en medio de la oscuridad por el gran río. Un río que era más mar que río. Pero aunque pareciera un mar era la desembocadura del Garona, un gran delta pespunteado de islas. Y lo de creernos en Normandía tenía su razón, porque en lo que nos transportaban era en una barcaza vetusta, que no iba para nada desencaminado suponerla resto de aquel memorable día D, porque tal parecía, y en efecto, tras preguntar, nos contestaron que así era. Era noche cerrada cuando llegamos, tras desembarcar y un corto trayecto caminando, al destino.

Se distinguían, a la poca luz de algunos focos y bombillas, viejos edificios, algunas casas, caserones, la gran mole de una nave de maquinaria y otra de más empaque que debía ser la bodega. Nos dieron de cenar una sopa, algo de carne y vino y nos llevaron a nuestro alojamiento. Era la segunda planta de un caserón. No había camas. Nuestro lecho se limitaba a unos jergones de paja y unas almohadas rellenas de lo mismo. Ni hablar de sábanas ni mantas. Pero dormimos bien y hasta alegres. Vestidos, claro. Nos dijeron que el lugar se llamaba «¡le Vert», Isla Verde. Lo era.

Al amanecer ya estábamos arriba. Nos dieron una tijera con muelle de cortar racimos, un «Panié», o sea, una pequeña cesta de plástico para echar los racimos, y nos dijeron que el que quisiera

podía llevar la «ota», un gran cubo de latón con correas que se portaba a la espalda y donde los otros descargaban sus cestos para que el «otear» a su vez los descargara en el remolque. Me apunté a «oteur», pero después hube de compartir el puesto con todos por turno porque aunque era fatigoso aliviaba los riñones después de haberse hecho un par de filas de viña.

Los demás vendimiadores apretaban los hilos de viñedos adelante y nosotros, los «estudiantes», nos quedábamos atrás. Así que al comienzo de aquella jornada, cuando ellos habían concluido nosotros apenas si habíamos pasado de la mitad del surco. Entonces, algunos de los vendimiadores de verdad, de los curtidos, se daban la vuelta y nos ayudaban viniendo a nuestro encuentro para que acabáramos cuanto antes y pudiéramos seguir todos llevando la viña a hecho.

Cuando cerré los ojos aquella primera noche, solo veía granos de uva. Pero lo malo fue el amanecer siguiente. Nos dolía todo el cuerpo. Pero el desayuno, muy copioso, acostumbrados como estábamos en España al café y poco más, nos reanimó un poco; aunque pudo más el orgullete de no ser el primero en rilarse. De todas formas no quedaba otra que seguir. Nos dieron un tazón de café con leche, pero también había patés, queso y vino. No les hicimos ningún asco. Las agujetas y el hambre iban parejas y creo que el buen apetito hizo que poco a poco las primeras fueran siendo vencidas.

A los pocos días ya nos considerábamos unos veteranos de la vendimia y casi no hacía falta que vinieran a ayudarnos en nuestro surco. Sólo nos ganaban por un par de cepas o tres. Hasta empezamos a echar carreras entre nosotros a ver quién acababa primero. Y eso que algo vino a hacernos de verdad duro el trabajo: el agua. Comenzó a llover y eso no hizo que se detuviera el trabajo, salvo cuando el aguacero estaba en su apogeo. Después se proseguía y las viñas se convirtieron en un barrizal por donde nosotros chapoteábamos en zapatillas. Caminar por el barro con los pies empapados hizo que nos inventáramos las más curiosas soluciones, porque otro calzado no teníamos. Al final todos andábamos con un envoltorio de paja y plástico que algo nos aliviaba, aunque acabamos con los pies hechos una verdadera pena, y terminar la jornada y poderlos poner en seco era la mayor de las bendiciones. Más que la cena, y desde luego que el jergón donde dormíamos.

Pasamos allí una semana. No nos dio ni tiempo siquiera para conocer apenas a nuestros compañeros, aunque lo cierto es que entre las cuadrillas se hablaba poco y con nosotros aún algo menos.

Cada cual iba a lo suyo, y las familias se agrupaban con los suyos sin mezclarse demasiado. Un día, de mañana, antes de acudir al tajo, nos dijeron que cogiéramos nuestras cosas y que debíamos salir a escape. Venía la policía y no teníamos papeles. Subimos a la barcaza por un lado de la isla mientras que, por lo visto, la policía francesa desembarcaba en el otro. Salimos a escape, navegando Garona abajo, y acabamos en otra isla más pequeña, que llamamos de los mosquitos por la razón más obvia que cabe. Te comían vivo.

Nos había recogido un señor de aspecto imponente, un hombre de aire marcial, voz dura y modales secos. Vestido con ropa caqui y pantalón corto, además se tapaba la cabeza calva con un salacot. Un tipo que traslucía una vida turbia y un pasado no menos turbulento. Muy serio y contundente nos dio las instrucciones precisas y, callados, observando con el rabillo del ojo a aquel capataz que nos había tocado en suerte o más bien en desgracia, llegamos a nuestro nuevo destino, aquella pequeña isla de la Gironde, en la desembocadura del gran río, de la que nunca supe el nombre si es que lo tiene.

Allí residía habitualmente el del salacot, su mujer y algunos franceses más, entre ellos un afable Obélix de voz inauditamente aflautada que contradecía su enorme corpachón, y que era el enólogo de la explotación. Francois, que así se llamaba, resultó ser cazador y un buenazo, tan afable como el capataz que de entrada nos había asustado tanto, y también su mujer, a los que a nada, qué cosas, llamábamos Papá y Mamá. De broma. Pero en serio. Y como a hijos nos trataron. Lo primero es que ya pudimos disponer de unas literas. Todo un lujo. Pero por la noche entraba cierto frío por abajo, y el del salacot al día siguiente ya había conseguido unos colchones. La felicidad fue total con las comidas preparadas con todo esmero y cariño por la señora. Al vernos tan jóvenes la buena madame nos prohijó de alguna manera y comenzamos a ser cuidados como si estuviéramos de verdad en nuestra propia casa. Aprendimos a, después de comernos la sopa, bebérnosla echando vino en el plato para no desperdiciar nada del sabor del caldo. Supimos que el del salacot sí tenía una historia, si no tenebrosa, sí aventurera y terrible. Aquel hombre había sido miembro de la Legión Francesa y había combatido en la lejana Indochina, donde el ejercito francés sufrió, en Dien Bien Phu, la derrota a manos de los vietnamitas, que ahora andaban ya teniéndoselas tiesas con los norteamericanos. En el grupo íbamos tres a uno a favor del Vietcong, más un abstencionista que no se mojaba. Pero no se lo decíamos al capataz, claro. A él lo habían tenido prisionero y no

parecía que precisamente guardara agradables recuerdos del cautiverio.

Era un buen hombre y él y su Obélix cazador no nos apretaron las tuercas trabajando. Había que vendimiar la isla de los mosquitos en un margen de tiempo establecido, y con tal de que se concluyera la faena se daba tiempo de asueto e incluso se compartían los momentos de descanso. Hasta nos íbamos a cazar zorzales al amanecer y al atardecer, cuando volaban desde o hacia sus dormideros, con nuestro Obélix. Un día, al volver, abatió un faisán salvaje entre las viñas.

El clima era muy húmedo, el otoño estaba bien entrado y habíamos pasado serias calamidades con los pies embarrados, calzados con zapatillas y con el poco remedio de los envoltorios de plástico para intentar aliviarnos. El de Dien Bien Phu se percató de nuestras maniobras el primer día lluvioso y tras un gesto de que esperáramos apareció con equipaciones completas para los cinco. Botas y unos gruesos impermeables con capucha que nos protegieron los pies del barro y el cuerpo del agua. Nos sentimos, después de lo pasado, verdaderamente afortunados.

Los mosquitos eran una pesadilla, eso también, pero la señora nos consiguió repelente y, aunque deslomados, porque lo estábamos y alguno pasó días verdaderamente al límite, aguantamos y cumplimos. Nos ganamos nuestros francos. Y un día, cuando ya empezaba a doblar octubre, concluimos la faena. Hubo fiesta de la vendimia, de la que muy poco recuerdo ni creo que ninguno de nosotros. Porque fue nuestra primera borrachera plena. Dos se metieron a una barca en el río y menos mal que estaba amarrada y anclada, si no aún los estamos buscando en el Atlántico. Dos se bajaron. Tres intentamos conseguir otro trabajo. Nos hablaron de coger manzanas en Italia. Pero al final a mí no me salió la cosa y regresamos también a España.

El único contacto con la población «nativa» y ajena a la vendimia tuvo lugar un domingo, que no se trabajaba, en ¡le Vert, en que con la complicidad de un tractorista francés que nos llevó hasta un punto y luego nos devolvió al embarcadero, nos acercamos a Mirambeau, donde vivía una muchacha que uno de nosotros o su hermano, no me acuerdo muy bien de la relación, conocía. Llegamos el sábado por la noche, medio perdidos, y dormimos, es un decir, cuatro en una minúscula tienda de campaña. Pero la francesa nos recibió muy alegre y nos gustó mucho la iglesia, donde había un órgano que sonaba maravillosamente. Y no porque ella fuera católica ni nosotros fuéramos a misa. Es porque era de lo que

se podía ver en Mirambeau. Prometimos volver al año siguiente. Y nos dejamos las señas y el teléfono. El tractorista cumplió y nos estaba esperando y pudimos volver sin contratiempos a la barcaza, para al día siguiente seguir cortando uvas.

De la isla de los mosquitos no salimos excepto cuando finalizamos nuestro trabajo y nos despedimos de «papá», «mamá» y Obélix, con enorme gratitud y creo que por su parte con no poca ternura. Después dos volvieron de inmediato a España, otros intentamos seguir, pero ni salió lo de las manzanas ni ningún contrato largo, tan solo una cosilla de dos días. Además el billete de vuelta tenía fecha límite y no era cuestión de perderlo. Así que cogimos el tren de vuelta; pero cuando llegamos a Hendaya yo me separé del resto. Tenía previsto desde que había salido de casa pasar de regreso por el País Vasco, donde me había criado de niño. Tenía alguna cuenta pendiente.

En aquel tren de Hendaya a Achuri, en Bilbao, pensaba que de alguna manera todos nosotros, los cinco, volvíamos diferentes a como habíamos partido. Yo, al menos, así me sentía y mucho. Todos éramos, de algún modo, otros de los que fuimos.

Yo había trabajado antes, a los catorce años, con categoría de botones, pero en realidad de administrativo, en una fábrica durante el verano; pero me pagaban tal miseria y eran tan miserables que ni siquiera quisieron subirme un mínimo y opté por marcharme en septiembre. Mi padre se cabreó bastante diciéndome que tenía que haber aguantado. No tenía razón. Era una cuestión de pura dignidad, y aquellos tipos eran amén de unos explotadores unos tiparracos gritones y verdaderamente despóticos que aprovechaban su situación para humillar a quienes tenían por debajo. Me hacían trabajar y trabajaba como un adulto y con sus responsabilidades, pero pretendían que tuviera un salario poco menos que de limosna. Había discutido con mi padre pero ahora sentía que había hecho muy bien en tomar aquella decisión.

Porque ahora mi vuelta a casa, cuando al fin volviera, sería diferente. Este trabajo no me lo había buscado nadie, que el otro encima fue como por «enchufe» de un conocido, sino que lo había logrado yo por mi cuenta, solo, y regresaba con un dinero y habiendo viajado encima al extranjero. Eso me hacía sentirme orgulloso. Y mi padre, las cosas como son, también lo estuvo, aunque tuviera que aguantar la mala hostia de un pariente madrileño, funcionario, que cuando le dijo que estaba en Francia y que además de trabajar quería aprender francés le espetó despre ciativo: «Sí, aprender segando». Mi padre se lo tomó a mal y se

sintió dolido, que era lo que pretendía el otro, le pegó un bufido y le puso la cruz para los restos por mamón. Aunque no fuera desencaminado, entre segar y vendimiar poca diferencia había. Pero algo de francés sí que había aprendido. Y además le traje a mi padre unas tijeras de las que usaban los franceses para cortar las uvas que iban como la seda y cundía mucho más que con la navaja. Le traje eso y le conté que los franceses cuidaban las viñas como jardines y las emparraban. Que daba gusto cortar los racimos y que eran mucho más grandes que los de su viña de garnacha. Y él me dijo que aquel vino francés, con tan poco sol, no podía tener grados y que era mejor el suyo, sin química ni nada.

Pero antes de volver a casa a contarlo, me separé, como digo, de lo que quedaba de nuestro grupo, y puse rumbo al País Vasco, donde yo había sido maqueto y los hijos de los vascos-vascos me habían despreciado por el apellido y por ser hijo de nadie. No todos, pero sí bastantes. Otros no, que no era cuestión de apellidos, era cuestión de cabeza y algunas no han salido de la raza. Y poco de viaje.

Volví donde me había criado de niño y fue hermoso hacerlo. Un amigo, y los vascos lo son para siempre, me recibió en casa y de mis pantalones sacó su madre en la lavadora mosto para hacer una tina. Pasé unos días alegres y orgullosos, dejándome ver y presumiendo de haber estado en Francia. Hasta vi a una chica con la que una tarde, más niño aún que ahora, nos habíamos cogido, a escondidas, de la mano, un día que fuimos de excursión a las campas del Mugarra, y la invité a salir y salimos. Y le hice un poema y hasta de despedida nos besamos. Y los vascos más vascos de la cuadrilla se enfadaron y uno me dijo que no debía ir a tomar vinos a un bar porque a ese iba la «txacurra», y yo le dije que iba a tomar vinos donde me daba la gana. Y mi amigo, el de verdad, y otro que también lo era, el que tenía más pedigrí de todos y un abuelo que había fundado el Athletic, se pusieron de mi lado y discutimos de nuevo como habíamos discutido de chavales por mi condición de maketo. Pero un maketo que ahora había viajado a Francia. Y solo. Los diecisiete años los había cumplido en el viaje de vuelta y ya los tenía cuando bajé en la estación de Achuri. Y lo que deseaba que se enteraran aquellos que de niño me llamaban maketo, era que los tenía, que había estado en Francia, que podía invitar a txiquitos, que me los tomaba donde me venía en gana, que podía salir con una chica y pasearme por Eskurdi con ella y hasta que, aunque ella tuviera cuatro apellidos vascos, de despedida me besara.

El viaje a Francia y a Vascongadas, como se las llamaba

entonces, me dio prestigio en mi ciudad, entre las pandillas, y un cierto liderazgo entre el grupo de la casa de la higuera. Que seguía funcionando y creciendo. Cada día eran más los que se apuntaban.

A mí me habían quedado las imágenes del tren, de las familias con las que tan poco habíamos convivido, pero que me conmovían. Aquellos eran los parias de la tierra de la canción prohibida, que cuando sólo quedábamos en el Chamizo los del núcleo más intimo, cantábamos en voz baja.

En España mandaba Franco, claro, pero había un gobierno de Lopeces, los tecnócratas del Opus Dei, que tenía entre la progresía la peor de las famas. Se presentaban como resolutivos gestores que estaban cambiando España pero sin meterse en «política», como quería Franco que hicieran. Ocupaban la práctica totalidad de las carteras económicas. López Bravo, López Rodó y López de Letona eran las cabezas visibles, pero había otros que se suponía eran también «algo diferente» como Monreal Luque, Fontana Codina o el democristiano Silva Muñoz, que fue sustituido aquel mismo año del 70 y pusieron en lugar a Gonzalo Fernández de la Mora, que era un ser tonante, y además de la cartera de Fomento o algo así y lo de las carreteras, se dedicaba a las profecías. Era uno de nuestros favoritos para las risas. No faltaban los tres generales al frente de las respectivas armas, Tierra, Mar y Aire y el almirante Carrero vicepresidente, desde que cesaron al general Muñoz Grandes, con sus grandes cejas, que según avanzaba la decrepitud de Franco iba ocupándose cada vez más del Gobierno en sí, hasta que un tiempo más tarde le hicieron presidente des lindando cargos. El dictador siguió en la Jefatura del Estado pero Carrero se hizo cargo de la Presidencia del Gobierno.

Habían dejado muy disminuidos a los falangistas. Girón, que parecía ser tan eterno como Franco en la cartera de Trabajo, fue sustituido por Licinio de la Fuente. Quedaban azules, claro, pero era evidente que los habían pasado a la retaguardia y les habían dicho que guardaran las camisas viejas y las charreteras varias. En Gobernación había dejado de mandar el generalote Camilo Alonso Vega, conocido por «Camulo» hasta por sus partidarios, que reían sus bárbaras anécdotas y no digamos por los que sufrieron sus aún más terribles acciones. Una bestia parda. El nuevo se llamaba Garicano Goñi. Fraga Iribarne también había dejado de ser ministro, sustituido por un tal Sánchez Bella, que lo hizo bueno. Entonces a Fraga no se le reconocían ni los Paradores.

Lo cierto es que el paisaje de España cambiaba a toda velocidad. Lo primero es que se construían muchos pisos nuevos, que se hacían

carreteras por las que cada vez circulaban más coches y ya había algo más que los seiscientos, pero que sobre todo no dejaban de llegar turistas. Venían a manadas, o eso decían, porque por nuestra ciudad no aparecía una sola de aquellas famosas suecas que tenían al personal soliviantado. Que se empelotaban y se encamaban así como quien no quiere la cosa, aún más que las francesas y otras. Eso se decía que pasaba por la costa y en verano. Y pasaría, pero por una ciudad de provincias y del centro, de eso no pasaba nada de nada.

Allí la minifalda seguía siendo un escándalo si subía un poquito más de la cuenta, y aquella inglesa, Sandie Shaw, que había ganado el festival de Eurovisión antes que Massiel, que era la falda en el punto exacto entre enseñar y decencia, Shaw seguía siendo una golfa, como otras que andaban enseñándolo todo, y la letra se las traía porque aquello de «Puppet on a string» sonaba a que quería ser la muñeca de alguien o algo parecido. Una golfa extranjera, vamos.

Pero lo malo, para desesperación de los vigilantes de la moral y las buenas costumbres, es que empezaba a haber y por todos lados golfas autóctonas. Era el destape y el «¿dónde vamos a ir a parar?» Pero he de decir que aquello no iba en línea con lo que nosotros entendíamos como avance real y menos como espejo de futuro. Eso era sexismo, alienación repudiable, machismo puro del peor. Lo nuestro era la igualdad de sexos. Y en lo que estábamos era en lo de los cantautores. Una cosa era el destape, que era carca, y otra el amor libre. Pero vamos, que la canción de Francoise Hardy y aquellos gemidos suspirados valían para todo. Aquello era pecado. A falta de suecas y de playas, de bikinis y de otras tentaciones carnales, habíamos de conformarnos con lo poco que dejaban ver por la tele. Así que tenía que volver como fuera a Francia, y quedarme más allá de la vendimia. Llegar a París y pasarme una temporada. Pero antes tenía que aprobar un fleco que me quedaba del Preu, el examen específico para entrar en la universidad, que en una tontería había elegido ciencias y no me interesaban nada pero nada ni las fórmulas químicas ni las matemáticas. Yo lo que quería era llegar a París y marcharme a vivir luego a Madrid. Aquel invierno la ciudad de provincias se me quedaba muy pequeña y se me hacía muy estrecho aquel horizonte. Me salvó del atasco Emilio Cobos, el librero en singular de Guadalajara - que eso sigue siendo, y que se sacaba entonces unas perrillas dando clases particulares-. A mí me enseñó aquello de las diferenciales que tenía atragantado y que olvidé de manera inmediata y fulminante tras aprobar el

examen. Nunca he necesitado recordarlas; al librero sí. Con mucho recato y no poco disimulo, el hombre, entre diferencial, prosa y verso apuntaba tirillos a zocata. Desde entonces, con algún tinto de por medio, nos hemos seguido hablando.

Me seguía enamorando, claro, y seguía escribiendo poesías. Pero cambió en algo la cosa y es que, aunque no me diera demasiada cuenta, yo comencé a gustarles a ellas. Sería por lo de Francia, por la barba, porque sus madres no les dejaran salir conmigo o porque al fin y al cabo les gustaba que les escribiera poesías, pero algunas se dejaban encontrar. Sin embargo nosotros estábamos demasiado embebidos en lo de cambiar el mundo, empezando por nuestra ciudad, y maquinando proyectos de concien ciación popular; y para ligar también tenían que concienciarse ellas. De una manera u otra y a pesar de las concienciaciones mutuas, el clima erótico iba aumentando de temperatura y ya había quien hablaba de sexo y al completo. Algunos de los que andaban por grupos musicales se decían que hasta lo practicaban. Nosotros, que los comenzábamos a contemplar, desde nuestra altura de concienciados políticos, como a hippies integrados, confiábamos envidiosos en que sólo fuera una leyenda urbana y que en ello los pioneros habríamos de ser nosotros, al fin y al cabo los que creíamos en la liberación de la mujer. Pero lo que digo, desde luego se barruntaba difícil lograrlo en aquella ciudad de provincias, donde todos se conocían, mesetaria y desde luego sin rastro de una nórdica.

Mi estreno sexual completo, o lo que puedo recordar de él, vino por cauces totalmente ajenos a esos circuitos y me imagino que por otros mucho más transitados y frecuentes de lo que yo imaginaba. Fue en las fiestas de un pueblo cercano y más grande que el mío. Una noche que, como muchas, en lo que se acababa era en una destemplada borrachera a la espera del encierro del amanecer. En algún momento apareció en una especie de peña donde estábamos un grupo de gente bastante más mayor. En otro momento me recordaba ya hablando con una mujer, porque era ya una mujer, cercana quizás a la treintena si es que no la sobrepasaba. No era de por allí. Después me recuerdo bailando abrazados y refrotándonos. Luego ya estábamos solos en algún lugar donde olía a higueras. Me dejaba tocarle los pechos y luego meter la mano entre sus muslos hasta alcanzar su sexo. Bajo la braga estaba húmedo.

-¿Lo has hecho alguna vez?

-No.

-¿Sabes apearte en marcha? Bueno, da igual, acabo de tener el mes.

Ella debió hacerlo, después, todo. Yo hice poco más que meterla y correrme. Y me parece que asustarme y a poco salir corriendo. Pero no me dejó hacerlo. Siguió besándome y haciendo que la besara en otros lados, como la oreja, los pezones y el cuello. Con siguió que recuperara la erección y esa segunda vez ya aguanté un poco más. No mucho después me devolvió a la peña.

Así que cuando al fin volví a emprender el camino hacia Francia ya no era virgen y lo había contado una docena de veces, con cierto alarde y no demasiada verdad sobre el placer. Y además ya era del PCE. 0 algo parecido.

Por nuestro Chamizo se habían acercado el último año algunos universitarios que estudiaban ya en Madrid. Mayores que nosotros y con cierto aire de superioridad y misterio. Se rumoreaba que, además de ser «progres», estaban organizados y eran del «Partido». Lo cierto es que nuestra organización iba creciendo como la espuma y ya pasaba de las cien personas. Hasta habíamos editado una revista por el método de tres copias a la vez en la máquina de escribir y luego fotocopiarlas hasta conseguir una cincuentena de ejemplares, con escritos literarios y hasta algún comentario que considerábamos el colmo de la trasgresión. También empezó a decirse que la «secreta» nos vigilaba», y que un concejal de los falangistas, que había estado en la División Azul, se había referido a nosotros en un pleno acusándonos de subversivos. Pero lo único cierto es que nos dedicábamos a leer lo que podíamos que no era mucho, a hablar de la República, del marxismo, de Mao que hacía la Revolución Cultural en China, y de muchas otras cosas más sobre las que discutíamos con ferocidad sin tener apenas idea de lo que debatíamos. Pero con algunas ideas muy claras. Que en España había una dictadura, que no había libertad, que no había democracia y que el pueblo estaba oprimido y nosotros vivíamos bajo un régimen de represión. Y eso no nos hacía falta leerlo sino que lo sufríamos cada día. Que en Francia y en toda Europa aquello no era así, que éramos el último reducto del fascismo y del nazismo. Y de aquello te dabas perfecta cuenta en cuanto quisieras, que esa era otra, porque era la pura y sencilla realidad. Pero que nadie quería darse cuenta de ello, pues también. Porque si no te metías en nada no te pasaba nada. Lo malo era cuando intentabas hacer algo. Entonces es cuando comenzaban los problemas. Porque no había una cosa que no estuviera prohibida. Hasta las películas que ellos decidían prohibir, hasta por darse un beso multaba el guarda del Parque. Y lo malo, lo peor, era ser de izquierdas, que era entonces ser del Partido.

Que a sopetón y a bocajarro, uno de aquellos universitarios que se dejaban caer de vez en cuando, y cuando andábamos ya con los preparativos del nuevo viaje a Francia, me lo propuso.

Me tanteó sobre mis ideas y mi disposición, aunque ya me había oído hablar en las reuniones. Me dijo que había de mantener el máximo secreto y que eso sólo quedaría en principio entre él y yo. Y me preguntó si quería ser del PCE. Yo le contesté que llevaba mucho tiempo esperando que alguien me lo propusiera.

No hubo ni carné, ni nada que se le pareciera. Él sería por ahora mi único contacto y me daría instrucciones. Luego, más tarde, me presentaría a la célula en que iba a militar. Pero eso sería ya a mi vuelta de Francia, cuando fuera a la universidad, donde ya iba a ir seguro porque había aprobado al fin lo que me faltaba. Iba a hacer Periodismo y Políticas. Así que cuando fui a Francia por segunda vez ya era todo un militante del PCE, aunque apenas me hubiera estrenado, pero según me dijo mi mentor era muy importante el trabajo de masas que estaba realizando, que había que encauzarlo y que mi misión iba a ser reclutar de entrada a bastantes más del grupo. A los que él iría dando el visto bueno para que yo se lo fuera proponiendo. Pero sin decir jamás de dónde venía la propuesta ni que supieran nada de él. Compartimentos estancos, centralismo democrático como forma de organización, células que sólo se conocían entre ellos y a su responsable, que a su vez sólo conocía a otro responsable superior. De esta forma, si «caía» una, la policía no podía llegar a más. Y delatar era el peor de los pecados y la más asquerosa traición. Aunque hubiera que soportar torturas. Fue la primera vez que lo de las torturas comenzó a tomar cuerpo en mi mente. Hasta entonces era una cosa que sólo podía pasarle a los otros. Pero ya me podía pasar a mí.

Así que cuando me marché a Francia ya sabía qué era. Era del PCE. Con 17 años. Y menos mal, porque si no hubiera vuelto trotskista.

III

PARÍS DESPUÉS DE MAYO

Aquella francesa rubia, rotunda y hermosa, que reía gozosamente y trasmitía su alegría de vivir en cada caricia y cada beso. No es que me reafirmara en mi ideología, que también, porque lo que le atrajo en principio de mí era aquella aureola de militante antifranquista, aunque por entonces yo no había tirado ni un panfleto, sino que me abrió las puertas de la vida. Porque aquella francesa de Les Charantes, rotunda, alegre y rubia me enseñó a hacer el amor. Que era otra cosa diferente a lo que me había sucedido borracho en la fiesta de aquel pueblo en el verano. En una semana me enseñó eso y mucho más de las mujeres, que nunca había ni soñado. Pero, qué cosas, de ella, yo siempre tan enamoradizo, nunca estuve enamorado. Sólo me gustaba, y a ambos nos resultaba muy placentero estar juntos.

El segundo viaje a Francia fue preparado con mucho mayor esmero e intención. Aunque la mayoría de mis compañeros - de los que tan sólo repetía Adolfo Garijo, con quien me había ido sintiendo cada vez más unido - seguían teniendo, como yo, la misma intención del dinero, algunos añadíamos - Fito desde luego, también - otra cuestión: la política, la de conocer Francia, empaparnos de democracia y volver con toda aquella experiencia para trasmitir en España. Quería traerme libros, venir cargado de ideas, de contactos y de proyectos con que cambiar muchas cosas. Los ojos con que mirábamos eran ya otros, y la voluntad diferente. Francia era también la libertad, la creación, la luz, y hacia ella nos embarcábamos. Había que llegar al luminoso París. Pero antes había que cortar uvas.

Esta vez, con la experiencia del año anterior, nos resultó más fácil el contratarnos. Ya en el tren conectamos con una numerosa cuadrilla, compuesta por varias familias de un mismo lugar de La Mancha, que comandaba el Tío Braulio, un patriarca respetado y sentencioso, a quien le pedimos que nos recomendara. Así lo hizo y nos incluyó de alguna manera en el lote. Conseguimos un poco mejor paga que el año anterior y nos encaminamos a los viñedos.

Lo que no resultó mejor fue el trato. Aquello iba casi a destajo. Eran uvas blancas, emparradas, para hacer coñac, el Pinau de Charentes, y una gran explotación con decenas de vendimiadores. Volvimos a saber lo que era dormir de cualquier manera, pero eso sí, al amanecer, al ir hacia la viña, nos echábamos al coleto un

campanazo de coñac que no se lo saltaba un gitano. Que por cierto había algunos.

También había vendimiadores franceses. Una cuadrilla de jóvenes de Limoges que me hicieron quedarme con algunos giros del idioma, tantos - la rubia también era de Limoges-, que cuando llegué a París hubo quien me dijo que hablaba «patois» (dialecto) de Limoges. Yo no lo sabía, claro, bastante tenía con entender y hacerme entender en su lengua. Como para andar con delicadezas lingüísticas.

Los ojos, ya digo, con que miraba ya eran otros. Pero los vendimiadores españoles, a cualquier intento de hablar de la situación de España, rehuían la charla y se alejaban. Hasta allí se sentía el miedo. Solo al cabo de unos días se abrió un poco el Tío Braulio. Cargado de sentido común y sensatez, era bien consciente de lo que había, pero aún mucho más de lo poco que podía hacerse. «Los que mandan no van a dejar de hacerlo y tienen todo en la mano para seguir mandando». El Tío Braulio no hablaba ni de la guerra, ni quería que se hablara. Era el presente y el futuro de sus hijos lo que le interesaba. Como a mi padre. Pero había en él un matiz que en aquel tiempo a mi padre aún le faltaba. Con esfuerzo y sacrificio se salía y se llegaba, creía él. El tio Braulio sabía que no, que algunos, que muchos no, por más que lo intentaran; que había cosas que les estaban vedadas. «Tú eres un caso raro, un hijo de un obrero que va a la universidad. Verás qué pocos te encuentras. Así es y así ha sido siempre».

-Pero no tiene por qué serlo mañana. Los hijos de los obreros y de los campesinos han de tener los mismos derechos. Hay sitios donde los tienen. Aquí mismo, en Francia, más que nosotros tienen.

-Pobres y ricos siempre ha habido. Pero sí, aquí los pobres son menos pobres.

Pero la verdad es que al Tío Braulio lo de la democracia y la libertad le llegaba algo menos de lo que era el pan nuestro de cada día y el cómo conseguirlo. Como prototipo de campesino con posibles revolucionarios sufrí una cierta decepción, desde luego ni pensar en afiliarlo; pero como persona y sensatez me enseñó más que bastante. Aunque para eso hubo de pasar algún tiempo hasta que me diera cuenta. Los ardores revolucionarios estaban por encima de cualquier otro.

Bueno, de todos no. Porque entre los vendimiadores franceses había algunas muchachas jóvenes, y una de ellas no se alejaba precisamente cuando yo me acercaba al grupo. Fue tan obvio el acercamiento que los «paisans» de Limoges se percataron pronto de

ello y no paraban a ella de zaherirla y a mí de picarme. A la francesa aquello pareció traerla por completo al fresco y el único que las parecía pasar mal era yo, que me quedaba cortado y me temo que bastante colorado.

Se burlaban de ella por andar con «le petit espagnol», pero les salió el tiro por la culata. Me parece que lo único que consiguieron fue despertar más el interés y las ganas, aunque sólo fuera por darles en las mismísimas narices a sus compañeros bocazas.

Después de una semana de cortar uvas, cargarlas, beber coñac, intentar adoctrinar al tío Braulio y su familia sin éxito ninguno, quejarme del dolor de riñones y hacerme el encontradizo cuando acababa la faena con la francesa, llegó el domingo. Y dieron la tarde libre.

Había una especie de fiesta y baile en el pueblo cercano y fue la propia chica la que me consiguió colocar en un todoterreno desvencijado que nos llevó hasta allí. Era un salón con suelo de madera y con banderitas y motivos de racimos y flores. Tocaba una orquesta. Ella dejó claro desde el primer momento que no había más que ella, y que allí estábamos juntos y volveríamos juntos cuando se terciara.

Bebimos y bailamos. Y cuando nos dimos el primer beso bailando, la canción que estaba sonando era Mamy Blue, de los Pop Tops. Y la chica francesa tenía los ojos azules. Salimos fuera, paseamos por el pueblo de la mano y cogidos por la cintura, buscó un lugar, un pequeño hotelito y me dijo: «Mañana antes de que salga el sol volvemos en un taxi, se puede llamar uno y nos llevará. Pasaremos juntos la noche. Quiero hacer el amor contigo».

Me enseñó a hacerlo, a acariciar y ser acariciado, a besar con mimo o con frenesí, a mordisquear y a despertar gemidos, a que me despertaran un estertor a mí. Me hizo besarla donde nunca se me había ocurrido que podía besarse a una mujer y se apoderó de todo lo mío.

Pero además hablábamos de todo, de toda la vida y de todas las cosas y de todas las ilusiones. Las mías eran inmensas, las suyas más cercanas. No había estudiado más allá del graduado obligatorio en Francia. Quería montar un pequeño negocio, una tienda de alimentación y productos exquisitos y naturales. No lo entendí muy bien. Pero resulta que la visionaria era ella.

Fue una noche hermosa y en vela, aunque hubiera que vendimiar al día siguiente. Éramosjóvenes y el sexo nos desintoxicaba y reponía en vez de agotarnos. Al final ella me dijo: «Cuando volvamos mañana ellos se burlarán, pero tú no digas que

has pasado la noche conmigo. Niégalo. Ellos ya lo saben. Y yo también lo sé. Pero que no salga de tu boca». Eso me dijo, y es de lo más sabio que puede hacerse en estas cosas, como luego me ha demostrado en alguna ocasión la vida.

-Allí nos veremos por la tarde, aún queda una semana, pero yo ya me marcho. Mi contrato acaba el viernes y no podremos venir aquí ni podemos hacer el amor allá - se rió-, pero besos no te faltarán, eso no, «mon petit». ¿Eras virgen, verdad?

Yo contesté que sí. Y era verdad.

La vendimia en la plantación de Pinau de Charentes acabó, en efecto, a la semana siguiente. Nos despedimos del Tío Braulio y su familia. Algunos de mis compañeros volvieron ya a España. Otros seguimos. De Langón, donde estábamos, a Verdelais. Ajustamos otra semana más. El patrón era un verdadero cabrón de malos modos y que nos trataba a patadas. De apellido y origen español, por cierto. Se pasaba el día renegando de España pero nos trataba peor aún por ser españoles y se aprovechaba de que no teníamos papeles más de lo que se habían aprovechado los franceses. Y sus hijos eran aún peor. Me alegré muchísimo cuando una mañana apareció furioso porque se le había muerto el cerdo. Aquel fue el único día alegre que tuvimos en aquella explotación, que desde luego lo era. Por fin acabó la faena y logramos cobrar la paga. Que tuvimos nuestros problemas y que afrontar un duro regateo pues quiso bajar a 25 francos en vez de los 27 diarios pactados con aquel miserable. El peor de todos los patrones con que habíamos topado y encima compatriota.

Tras aquello, solo cuatro decidimos seguir. Yo había establecido contacto de nuevo con la muchacha de Mirambeau que había conocido el año anterior. Pero este año, además, sabía que era un contacto político porque su padre era un dirigente del Partido Comunista Francés y ella misma militaba en susjuventudes. Line, que así se llamaba, y yo, nos habíamos carteado, y con sobreentendidos ya sabíamos bastante de cómo pensábamos.

El hombre era un cuadro comunista de rango medio y nos recibió muy afectuosamente, como a correligionarios. Aunque solo dos lo éramos, y más que novatos, nos entendía a todos como camaradas casi heroicos de la resistencia contra Franco. Para él aquello suponía una ocasión de apoyo a la más noble causa contra el fascismo. Causa en la que ellos, los comunistas franceses, habían vencido, y en la cual la República Española había perecido. Había algo, y se dejaba notar a nada, de paterna lismo y cierto aire de superioridad en su solidaridad. Algo muy francés por otro lado.

Pero ante todo era hospitalario y atento. Y eso que bien se veía que no todo eran glorias en su PFC y su secretario Georges Marchais. El Mayo del 68 estaba reciente, y aunque para nuestro anfitrión eso había sido cosa de niños burgueses de la capital metidos a «revoltés» que no a revolucionarios, y que fueron los obreros de Renault y las gentes de la CGT, el sindicato comunista, quienes barrieron a la policía del Barrio Latino y dieron a aquello una seriedad y un empuje decisivos, lo cierto es que el prestigio del antes todopoderoso partido comunista, hegemónico en la izquierda, se estaba deshaciendo a marchas forzadas.

Los comunistas habían sido la médula de la resistencia contra los nazis, los que más habían luchado y padecido, los verdaderos partisanos -y muchos españoles republicanos que combatieron con ellos-, como lo fue toda la II Guerra Mundial. Para él nadie sino la Unión Soviética y los guerrilleros comunistas, Stalingrado y el Ejército Rojo, habían decantado y ganado la guerra. Lo del desembarco en la vecina Normandía había sido ya pan comido, el remate para que los rusos no fueran quienes liberaran también París, como liberaron Berlín.

-Como sucedió en España. El Partido podía haber ganado la guerra si no hubiera sido por la traición socialista y el descontrol anarquista. Y como ahora pasa. ¿Quién es la resistencia contra Franco? Los comunistas. Sólo los comunistas. Los demás vendrán después a aprovecharse.

Yyo estaba más que de acuerdo, por supuesto. Algunas cosas eran bien verdad y bien notorias. Pero había otras que chirriaban. Aunque nuestro espíritu crítico estuviera muy adormecido, lo de la URSS no estaba nada claro, lo de Stalin resultaba incluso entonces oscuro, y lo de los tanques aplastando la disidencia en Praga no tenía un pase. Por muy URSS y garante de la revolución mundial que fuera, aquello no lo tragaba.

Aunque poco ducho en política internacional, a mí -y a casi todos los jóvenes españoles - me empezaba a parecer que Stalin no era precisamente un santo, aunque fuera un santo rojo. El PCF siempre había sido fiel a la estela soviética aunque ahora parecía que se desligaba un poco, pero no tanto como los españoles dirigidos por Carrillo y sobre todo los italianos de Enrico Berlinguer. Porque el verdadero espejo ideológico empezaba a ser, para muchos de nosotros, aquel dirigente, que conectaba más con nuestra sensibilidad y se alejaba de otras que no compartíamos. Además el Partido Comunista Italiano, el Pci, renovado y moderno, era el más poderoso de los partidos comunistas occidentales y

competía con éxito electoral en las democracias burguesas. Gobernaba en muchas zonas de Italia, las más desarrolladas, era un ejemplo de dinamismo y estaba a un paso de llegar democráticamente al poder. Eran los tiempos del eurocomunismo, que empezaba a venderse como el salto adelante y el futuro innovador para la izquierda.

Porque lo que parecía claro es que los viejos partidos comunistas perdían fuelle. Hasta el francés. Éste había señoreado la izquierda gala desde el final de la guerra. Habían sido su fuerza hegemónica, con un partido socialista bastante debilitado. Era el representante comunista el que durante muchas elecciones tras la guerra llegaba a la segunda vuelta, aunque para ser batido luego por De Gaulle. Eran una gran fuerza electoral, sindical y territorial. Pero estaba dejando de serlo, y el Mayo Francés sacó a relucir muchas de sus carencias y miserias. Lo desbordó totalmente en muchos casos.

El de Mirambeau no quería ser consciente de aquello que hasta nosotros mismos, inexpertos, percibíamos claramente. Se resistía ferozmente, incluso veía aquel movimiento como profundamente disgregador y falso en el seno de la izquierda. Pero el PcF había iniciado su declive y eso incluso lo palpábamos nosotros, recién llegados a todo, mejor que ellos. Es una constante en la política y en la vida; nadie quiere ver lo que no le conviene y el ser humano es un resistente feroz a la verdad cuando ésta va en contra de lo que desea.

Fue una larga velada en la que participó también su hija, la militante de las juventudes. En realidad había poca discusión, pues el de Mirambeau nos aplastaba con sus axiomas teóricos y doctrinales y nosotros poco oponíamos, excepto algunos pequeños matices, pequeñas contradicciones; pero sí noté que la joven francesa las escuchaba con suma atención, y aunque no quería refutar a su padre parecía estar más de acuerdo por sus gestos un tanto solapados con lo que decíamos nosotros. Ella, además, sabía bastante español y, de manera traviesa, aprovechando que su padre apenas lo entendía, colaba algún comentario risueño y jocoso a sus grandes soflamas.

Nos había propuesto acompañarnos a pasar el fin de semana en la costa. No estaba la cosa, por octubre, para baños en aquella Grand Cóte, atlántica y de aguas grises y frías, pero nos llevamos dos tiendas de campaña, la mía y otra suya y acampamos en ella.

Era una costa inmensa, hasta más allá del horizonte, que impresionaba por las ominosas casamatas y fortificaciones con que los alemanes intentaron blindarse ante el ataque aliado que acabó

abriendo brecha en Normandía. Impresionaban las moles de hormigón batidas algunas por las olas y otras en lo alto de las dunas o de los acantilados. Traían a la mente imágenes tenebrosas que el chillar de las gaviotas hacía aún más estremecedor.

Con nosotros viajaba uno de la casa de la higuera que era pintor o algo así, aunque no tenía ni base de dibujo ni formación alguna. Pero pintaba. Abstracto. Había llegado casi desde el principio a nuestra organización cultural pero iba siempre a su aire, ajeno a nuestras ansiedades políticas. Como más a lo suyo. Que no sabíamos muy bien qué era. De alguna manera lideraba a los menos politizados. Se había venido a Francia y desde el principio no había sido demasiado buen compañero de viaje, muy poco dado a dar lo que tenía y mucho más dispuesto a aprovechar lo que los otros compartían.

Hicimos una hoguera cuando llegó el crepúsculo y cenamos a su lado cuando cayó la noche. Bebimos vino alrededor del fuego. La joven francesa se quedó, voluntariamente o por casualidad, a mi lado, y el frío, el calor de la llama y de la bebida hizo que nos fuéramos acurrucando el uno junto al otro. Hasta acabar besándonos. Pero aquello no interrumpió ni la charla entre todos ni la reunión junto a la fogata. Pero en algún momento sí que decidimos abandonar el corro y tras un paseo por la playa, al borde de las olas, ella y yo nos metimos en una de las tiendas. Los otros seguían junto al fuego todavía. Entre ellos el pintor.

Yo tenía un saco de dormir y ella otro, y los compartimos. Estábamos abrazados cuando nos interrumpió el susodicho. Sin mediar palabra de aviso se metió dentro. A los otros se les oía reír aún junto a la hoguera. Podía el tipo haberse ido a la otra tienda. Pero no, tuvo que venir a la nuestra. Buscando no sé qué, o más bien impidiéndolo. Así que solo dormimos abrazados. O no dormimos nada. Ella fue por años una excelente amiga, aunque yo me comporté malamente una vez que vino a España más adelante. Estaba tan enredado en cosas que no la traté con la hospitalidad y la cordialidad que ella me dispensó siempre. Fui muy ingrato. Una faceta que parece estar más agudizada en esos tiempos jóvenes en que creemos que somos acreedores de todo y deudores de nada. Pero no me vale de excusa. Al escribirlo me avergüenzo un poco, la verdad.

Debí haber aprendido de aquel suceso, pero no lo hice, y resultó que al fin y a la postre con quien seguí avanzando Francia arriba en la vendimia, Fito regresó a España, fue con el pintor hippy o lo que fuera - que era hippy como se supo luego-, que se marchó tras

abandonar nuestra organización, buscarse una buhardilla, andar con los primeros flirteos con las drogas y terminar por arribar, como le gustaba, a su aire, por Mallorca viviendo de artesanías y esas cosas. Que muy bien hizo, por otra parte.

Pero de que era moscón y aprovechado debía de haberme dado ya en la playa de las casamatas alemanas y haber obrado en consecuencia. Pero no. Acabamos no mucho después, con todos los otros de regreso a España, en otra propiedad donde el de Mirambeau había conseguido que nos contrataran. El pueblo se llamaba y se llamará St Martial Sur Né y el patrón era todo lo contrario al anterior, aquel cabronazo de apellido español al que se le murió el cochino. Este era un hombre amable, al igual que su esposa, que nos trató no sólo con educación sino hasta con mimo. Nos alojábamos en las habitaciones de un pequeño hotel rural de su propiedad que en esa época del año estaba casi totalmente vacío y donde disponíamos de nuestra propia habitación individual, con ducha caliente y todo. Creo que les dábamos cierta pena pues tenían hijos de parecida edad a la nuestra. Lo cierto es que fue la primera vez en mi vida que me alojé en un hotel.

Este era un «petit patrón», cuya propiedad se enmarcaba en la región de Saint Emilión, famosa por sus vinos, muy apreciados y caros. Eran propiedades pequeñas pero cuidadas como jardines y trabajadas con esmero y sabiduría por sus dueños. Sus bodegas eran maravillosas. Y lo seguirán siendo, espero. La familia nos dio trato de invitados más que de trabajadores y, sus dos hijos, un chico y una chica, fueron amabilísimos con nosotros. Él era un muchacho serio y trabajador, que estaba muy claro que iba a seguir la estela de su padre. Ella una pizpireta francesa que nos dejaba atónitos con sus modelos chic, sus pañuelos al cuello, sus detalles y sus manera siempre seductora y elegante de hacer las cosas. Era la primera francesa-francesa de las de las revistas de moda que tratábamos. Porque aunque de Saint Emilión ella era parisina y allí vivía durante buena parte del año y estudiaba. Nos trataba con mucha cordialidad y encanto, pero yo diría que con algo de ironía. Unos años mayor que yo, recalcaba en pequeños detalles esa diferencia y su distancia infinita. Y sabía que no le quitábamos los ojos de encima. La muy coqueta. Pero encantadora.

Saint, Emilión era nuestra última estación tránsito hacia mi soñado destino de París. Ya por entonces, y por algunas cosas más que me habían sucedido con mi compañero, hubiera preferido ir solo. Pero no podía dejarse así a nadie en la estacada y yo tenía un as guardado en la manga. Aunque él decía tener otro, el de un tío

suyo exiliado que iríamos a ver en cuanto hubiéramos llegado. Yo creo que me lo dijo porque se temía que yo le diera puerta y sabía que yo sí tenía un lugar donde podríamos encontrar una cama y un techo seguros.

La hija de nuestros patrones iba a pasar unos días con unos amigos y nos acercó con su coche un trecho más hacia el norte. Nos despidió con una sonrisa maravillosa y se marchó con su pañuelo al cuello y al viento deseándonos suerte. Y la íbamos a necesitar, porque dos jóvenes barbudos haciendo autoestop ni entonces ni ahora ni nunca suelen lograr que paren todos los coches, si es que logran que pare alguno. Pero entonces paraban algo más. Y después de algo así como una hora nos paró un señor que conducía un «doscaballos» azul, la famosa «cabra».

Era un tipo peculiar, con gafas y aire de sabio despistado y un tanto ido. Nos preguntó por las cosas más dispares sobre España, muchas de ellas auténticos misterios para nosotros, y quedaba sorprendido de que en absoluto las conociéramos. Él había viajado mucho, sobre todo por la Costa Brava, con su «cabra». Pero yo no conocía entonces ni Barcelona. Se mostró muy decepcionado de nuestra ignorancia pero nos llevó, a su tran tran - no pasaba ni por casualidad de los 80 kilómetros por hora como velocidad punta - hasta nuestro destino, y nos dejó en París.

Yo iba más que mosca. A estas alturas parecía que yo era quien debía resolver todos y cada uno de los problemas. El hippy se escudaba en el silencio, en que su francés era todavía mucho más escaso que el mío, pero mudamente o con alguna pregunta intencionada, me presionaba para que fuera sacando las castañas del fuego a los dos. Para sacar los billetes del metro, para ir hacia aquí o hacia allá, para tomar un café o para ver qué íbamos a hacer una vez que habíamos llegado

Lo primero era dormir en algún lugar. Él había supuestamente hablado ya por teléfono, antes de ese último trayecto, con su tío exiliado allí desde la guerra, y aseguraba haber concertado algún tipo de cita. Pero eso fue antes de llegar a París. Porque una vez allí y a la hora de la verdad no se arrancaba ni concretaba nada, esperando que mi opción se concretara y no tener que mojarse en nada. Pero decidí que esta vez le tocaba mover a él. Así que lo forcé a llamarle de una vez por todas, aunque se hizo el remolón todo lo que pudo. Casi tuve que marcar yo el número, vamos. Pero al final hablaron y quedamos con su pariente en un barrio de la periferia de la ciudad.

Nada más sentarnos ante un café con su tío entendí que mi

compañero se escabullera porque seguro que a él le había dicho ya de entrada lo mismo que nos espetó a los dos nada más saludarnos. Que no nos quería ver ni en pintura y que había accedido a encontrarse con nosotros de casualidad. Que no esperásemos nada de él. Ninguna ayuda porque ni podía ni quería, que allí la vida era muy dura y que si teníamos pensado algo diferente estábamos muy equivocados. Lo de acogernos ni siquiera para una noche ni se le había pasado por la imaginación, ni se atrevió su sobrino y menos yo, dado el recibimiento, a plantearlo siquiera.

Zanjado, sin entrar, en aquel escabroso asunto, el viejo, que lo era, se despachó a gusto. Contra todo y contra todos. Contra España, contra los que vivíamos allí, contra los que salían en busca de trabajo, contra el resto del exilio, contra la vida en general y contra los comunistas, a los que odiaba con amargura y ferocidad, muy en particular. Echó pestes contra los españoles y contra el PcF. Contra la Pasionaria, a la que detestaba, contra Carrillo, al que despreciaba, contra Marchais, contra el sindicato y contra todo bicho viviente. Habían traicionado todo, a la República, a la revolución; eran unos asesinos bajo las directrices de Moscú y nadie sino ellos había matado a Buenaventura Durruti en el frente de Madrid, temerosos de su liderazgo y popularidad. Como para decirle uno que acababa de ingresar en esas filas. Me callé. Y nos callamos. Ni por su familia preguntó siquiera.

Pero lo que estaba claro, amén de su retahíla de agravios, era que con él no podíamos contar absolutamente para nada y que cuanto más lejos de aquel amargado y aquello resultaba cada vez más incómodo, nos levantamos, nos dijimos adiós con sequedad y la pelota volvió a estar en mi tejado. En realidad lo había estado siempre y el otro lo sabía. Lo del famoso tío no había sido más que el pretexto de que sumábamos fuerzas y posibilidades. Para seguir enganchado, vamos.

Lo mío no tenía nada que ver con el exilio ni con la solidaridad internacional entre los luchadores antifranquistas, sino con un primo que había emigrado hacía unos años y que trabajaba en la Renault. Que de política nada, aunque su padre y sus dos hermanos mayores habían combatido en el lado rojo y las habían pasado luego bastante mal en el pueblo. De hecho el padre se acabó tirando al canal del río, el pobre. Pero de política mi primo, ya casado y casi cuarentón, no habíamos hablado nada de nada. Pero que era mejor persona que el anarquista lo demostró al instante.

Resultó que, como ya me había dicho, él y su mujer se iban a España, a nuestro pueblo, a pasar una quincena de vacaciones. Y

que sin más nos dejaban la casa, que nos dejaban una llave y que sólo nos pedían que luego lo dejáramos limpio y le diéramos la llave a su vecino de enfrente, que era de confianza y amigo. Que así tendríamos un techo y podríamos hacernos de comer, que los restaurantes de París eran muy caros. Que desde luego lo de trabajar estaba más que difícil y que sobre eso él no podía hacer nada. Pero que lo otro que contáramos con ello. Total, que nos fuéramos para allá, que había que coger el metro y luego un tren porque vivían en una de las ciudades dormitorio a las afueras de la capital. Que era fácil, pero que nos esperaba en la estación. Y allí estaba el hombre. Nos llevó a su casa. Solo tenía dos cuartos para dormir. Por la mañana, como ellos se iban, tendríamos una cama para cada uno. Un lujo, vamos. Y aquella noche su mujer nos dio una buena cena. El hippy casi ni dio las gracias, siempre en su silencio que quería parecer de profundidades pero que a mí cada vez me engañaba menos. Supongo que él no pensaría mucho mejor de mí. Esas son cosas que pasan en los viajes, que descubres cuando es tarde, con quién debes ir y con quién no se puede ir, una vez fuera de casa y de tu entorno habitual, ni a tomar café.

Por la mañana, casi antes del amanecer, oímos irse a la pareja, hablando bajo para no despertarnos, los hombres. Aún dejó la mujer preparados café, tostadas y mantequilla. Y mi compañero, si a mis primos les había escatimado el agradecimiento, a mí casi me reprochó que aquello estaba lejos del centro de París. Estaba claro que suponía que mi obligación era resolverle la vida y cargar con él. Y además era un tacaño de los que cuando pagaba él era a escote y del fondo común, y cuando tú, invitación. Bueno, puede que exagere. Pero no mucho.

Pero aunque tuviera que cargar con él de mochila perma nente, no se separaba de mí ni para mear, no me iba a amargar París. Todo era luminoso. Y lo que más el Sena y los puestos de libros, algunos en español. Libros que me parecían el mayor de los tesoros, la puerta de entrada a un mundo nuevo. Los compraba usados, de política, de Marx, de Lenin, de la Guerra Civil, de nuestros poetas prohibidos, del Ruedo Ibérico... y hasta me atreví con algunos en francés, sobre todo uno, Les fleurs du mal, de Charles Baudelaire y otro de Arthur Rimbaud. Fuimos a los museos. El Louvre sobrecogía, pero el museo de ArtModerne, que entonces tenía su sede en el Jeau de Pomes, en el Bois de Bologne, donde estaban los impresionistas, me emocionó. Para mí ellos eran la esencia de París. Y la época azul de Picasso, de nuestro Picasso, que era el más grande de todos. Y comunista encima. Pero siempre guardaré para

mí un cuadro, el que me eligió nada más poner la vista en él y que siempre me ha acompañado. No sé por qué, pero entre todos siempre lo recuerdo: La femme á l'ombrelle, de Maillol.

En una de aquellas mañanas deambulando por el Barrio Latino, el del Mayo del que todos hablaban, observando a aquellos estudiantes que eran un mito y que iban con sus libros y sus conversaciones, a los que miraba con envidia y admiración, oí hablar español en un grupo y me acerqué. Al saber que era un estudiante español y el otro aspirante a pintor nos recibieron con gran cordialidad. Más los propios franceses que los dos españoles a los que había oído hablar en nuestra lengua. Estos parecían recelar.

Los dos jóvenes españoles no se soltaban, pero a nada los tres chicos franceses, dos muchachos y una chica, ya nos estaban intentando adoctrinar. Eran trotskistas y ellos habían sido la punta de lanza del Mayo Francés. Eso decían, al menos. El PCF era una mierda, que había traicionado a los obreros y al pueblo francés. Pero la semilla estaba sembrada y la revolución en marcha. Su héroe se llamaba Alaine Krivine. Nos invitaron a pasarnos al día siguiente por su sede.

Conocer a unos protagonistas de lo que había sido el objeto de no pocas discusiones en la casa de la higuera de nuestra ciu dad resultaba para mí emocionante y me parecía que trascendental. Me sentía inmensamente afortunado. Por fin iba a conocer una organización revolucionaria. Aunque no fuera la mía, que bien me callé yo lo que era. Ya vi que las siglas del Pc, fueran del país que fuera, no gozaban de simpatía por allí.

El hippy no tenía muchas ganas de ir, pero yo casi no podía dormir pensando en el día siguiente. Me habían dicho que me presentarían a alguien muy importante. A quien llevaba los asuntos de España.

La sede tenía puerta blindada y una mirilla. No nos dejaban entrar, pero acabé por lograr hacerme entender y explicar que habíamos sido invitados. Uno de los chicos y la chica salieron a recibirme y accedimos al interior. El primer impacto fue el de la bandera roja, con la hoz y el martillo cruzados, presidiendo todo el espacio. El símbolo prohibido, exhibido allí con total libertad, me emocionaba. Las paredes estaban llenas de pósters. Había frases del Mayo, grafitis y murales. Montañas de libros, de folletos y todo tipo de carteles.

Lo primero que hicieron fue darnos una charla. Un señor ya mayor, de unos cincuenta, sobre la situación en España. Sobre la dictadura, la opresión, la necesidad de la democracia y la lucha por

la libertad. Y hasta ahí de acuerdo. Luego entró en lo suyo. Una crítica feroz, primero a los socialistas, que habían dejado de existir, aunque alguno había por París, y luego a los comunistas de Carrillo, sometidos a la obediencia soviética como Marchais, dijera lo que dijera, y que además estaba cayendo en trampas burguesas, renunciando a destruir el fascismo; lo que pretendía era pactar con él. En eso preferí callarme. Ellos, los trotskistas, habían comenzado a tener presencia y su influencia era cada vez mayor, afirmaba. En ocasiones dentro de las propias células del PCE, intentando reconducirlas y de alguna manera purificarlas para hacerlas verdaderamente combativas. Veían cerca, muy cerca, el fin de Franco. Yo lo veía más que lejano, casi un sueño imposible.

La chica trotskista debió darse cuenta de mis dudas y mis reticencias. Mi compañero ni tullía ni Bullía. Me parece que se aburría mucho, pero como luego hablaron de irnos a comerjuntos, se animó.

A mí todo me resultaba fascinante. En efecto, el «cuadro político» era quien nos habían dicho. Y era una prueba, el presentárnoslo, de enorme confianza. Ya en los cafés, y pulsada la ideología, mi compromiso con la lucha antifranquista - alguna exageración sobre nuestra labor hubo también - y mi comunión con las ideas de izquierda, hasta se insinuó que era posible que cuando él viajara a España pudiéramos vernos y ver. Aquello sí que me dejó un poco extrañado. Me parecía una enorme falta de seguridad. Prácticamente ni me conocían. En España aquello podía ser letal, y en vez de mí haber aparecido por allí un miembro de la Brigada Político-Social camuflado. Aunque evidentemente mi extrema juventud era prueba de mi ingenuidad y de «estar limpio», no me gustó.

Yeso también lo notó la trotskista, que era la que parecía más avisada y tener mayor interés. No sé si de captación ideológica o personal.

Con los trotskistas como guías y mentores, aunque su intención de captación era cada vez más evidente, conocí París. Y la teoría marxista-leninista-trotskista-revolucionaria. Así me enteré de que a Trotski, el jefe del heroico Ejército Rojo en la lucha contra la reacción «blanca» tras el 17 de Octubre, lo había mandado asesinar Stalin. Lo había matado un español, Ramón Mercader, comunista a las órdenes de Moscú, en México donde había huido de la purga y la represión en la URSS, clavándole, tras ganarse su confianza, un piolet en la cabeza. Y que hasta lo había borrado de las fotos en las que aparecía con el grupo de líderes, al lado de Lenin. En la propia

España también habían ordenado hacer desaparecer al jefe trotskista Andreu Nin, con parecidos métodos, cuando era una pieza clave de la resistencia en la Guerra y simplemente porque molestaba al Partido, le discutía su propio territorio ideológico y ponía en cuestión su poder. Stalin había sido un tirano y había convertido la revolución en una dictadura personal y terrorífica. El militante comunista de Mirambeau hubiera dicho que Trotski era un traidor y que la URSS y Stalin habían salvado a Europa del nazismo y que era el pueblo ruso quien había vertido su sangre, 20 millones de muertos, en los campos de batalla, y los partisanos comunistas quienes habían entregado su vida en la retaguardia de los países ocupados. Y, aunque nada ducho en tales cuestiones, uno tendía a pensar que los dos llevaban su razón. Pero que el PCE, «mi» partido, no era así. Que nosotros no éramos estalinistas, mucho menos que los del PCF, y que luchábamos contra la última dictadura fascista, por la democracia y la libertad. Que ya era mucho. Que casi parecía el más inalcanzable de los sueños, por más que aquellos franceses lo vieran a la vuelta de la esquina. Desde luego por mi ciudad no se veía nada. Las «masas» ni se enteraban. Iban a lo suyo. Además estaba subiendo como la espuma el nivel de vida, las hambrunas de los 50 eran recuerdo, y el personal andaba en comprarse la tele y, al que le daba la industria, un seiscientos. Que no rechistaba apenas nadie, vamos.

Troskista no me hicieron, ni siquiera mi amiga, que cada día lo era más, pero sí quedó en mí una corriente de simpatía hacia ellos y un cierto espíritu crítico ante los manuales ortodoxos del comunismo. Desde luego sí fue decisivo en un repudio muy enérgico hacia el personaje Stalin, aunque me negaba a creer que fuera verdad lo de los campos de concentración en Siberia y otras atrocidades que se le imputaban. Era propaganda del enemigo. En el fondo, si no hubiera sido por la URSS, Hitler y Mussolini hubieran vencido, y ahora ellos y no otros eran el garante de las conquistas de la clase obrera y quienes ayudaban a los países a sacudirse el yugo del imperialismo, como sucedía en muchas partes de África, como estaba pasando en Vietnam y en toda Indochina y como había pasado en Cuba, en la Cuba de Fidel y del Che, que era por encima de todos el referente y el ejemplo de cómo se podía triunfar. Negar eso me parecía una verdadera blasfemia. Y aunque en las reuniones con los trotskistas procuraba no saltar, a veces no lo podía evitar.

Mi amiga discutía conmigo, tratándome como a un joven alumno con posibilidades, pero descarriado de la verdadera senda.

Armada de paciencia me repetía lo que para ella eran argumentos irrefutables, y lo hacía con tanto empeño y dedicación que a punto estuve de sucumbir. Entre otras cosas porque la trotskista, de pelo rizado y negro que solía llevar recogido en una coleta, me gustaba una barbaridad. Pero como aquello iba de militantes yo me guardaba muy mucho de que se notara. O eso creía yo.

Lo que sí hicimos una tarde fue ver unas filmaciones que me emocionaron. Eran la entrada de los tanques de la Brigada Leclerc en París. Eran tanques con nombres españoles, «Guadalajara», «Madrid», «Teruel», en recuerdo de ciudades y de batallas de nuestra Guerra Civil; la de Guadalajara era la más mentada, por la derrota del fascio italiano, lo que me llenaba de orgullo, y la que conmemoraba la resistencia de la capital, «contra los moros que trajo Franco, que a Madrid quieren entrar». Los que iban sobre ellos tenían apellidos españoles, Gómez se llamaba el cabo que entró antes que nadie en el Hotel de la Ville. Aquella noche me fui a cenar con la trotskista y pudimos desembarazarnos del hippy, al que dimos esquinazo. Luego nos fuimos por la noche a deambular por la ciudad y a hablar incluso de cosas que no eran de política. De cine, mucho, de aquel movimiento que se llama la «Nouvelle Vague» y que aunque le parecía un poco «pequeñoburgués» a ella le gustaba muchísimo. A mí menos. Una película, para ella el colmo, empezaba con el limpiaparabrisas de un coche limpiando la luna de agua y así se tiraba como poco un cuarto de hora. A mí me gustaba la de Truffaut, Los 400 golpes, y sobre todo la de Rohmer, Le genou de Claire (La rodilla de Clara). La rodilla de la trotskista ni la había visto, siempre llevaba pantalones. Pero me llevaba al cine, me enseñaba París, se mostraba orgullosa presentándome a sus amigos y yo me sentía amparado y feliz.

En mi adoctrinamiento avanzaba mucho menos. Sobre todo porque topó con algo donde sus teorías chocaban con la realidad de donde yo venía. Aquello podía estar bien para Francia, no lo discutía, pero nosotros estábamos en una situación muy diferente. Empezando con lo substancial, que era conseguir la libertad. Hasta la de ser joven, la de poder leer un libro, reunirse con quien se quisiera, tener sindicatos, poder votar en unas elecciones, que hubiera partidos políticos, que no te metieran en la cárcel por opinar o por criticar al Régimen.

-En España ni siquiera te podría dar un beso en la calle. Nos podrían denunciar y multar.

Pero no me dijo, «pues dámelo aquí». Se sonrió con picardía y me instruyó a continuación sobre la necesidad de avanzar hacia un

«Bloque Obrero y Campesino» que, aliados, combatieran a la oligarquía fascista. Lo de los obreros aún lo veía yo. Lo de los campesinos de mi tierra, iba a ser que no. Quizás los jornaleros de Andalucía y Extremadura, como había sido a principios de siglo, cuando el movimiento - donde tanto influyeron los anarquistas - de la tierra para quien la trabaja. A lo mejor por allí y por las tierras de los aristócratas que las tenían sin cultivar para pasear a caballo y contemplar sus toros bravos y las duquesas de Alba, pues por allí, tal vez. Pero eso no lo conocía yo.

Pero lo que no dejaba de observar es que hablaban y no paraban de obreros y campesinos pero no los veía por ningún lado. Eran todos estudiantes o gentes de profesiones liberales, acomodados, aunque llevaran vidas austeras y siempre fuésemos a comer a sitios baratos, mirando con desdén los lugares algo más lujosos. Me costó Dios y ayuda que un día me llevara a uno de aquellos famosos cafés donde se habían sentado los pintores y cineastas más renombrados, el Café de la Paix. Por cierto que fue allí, en París, donde le tomé y para siempre una verdadera inquina a Dalí. Había montado una de las suyas bajando por el Sena, dando voces y exhibiéndose como un fantoche. Me pareció siempre un mamarracho, qué le vamos a hacer. Aparte de ser un facha redomado, que había traicionado la memoria de Lorca, el gran mito muerto, y de Buñuel, el mayor mito vivo, junto con Picasso, que paseaba por París. Pero ver a alguno de los dos, por supuesto, no los vi.

A quien sí fuimos a ver fue a Paco Ibáñez. A «La Carraca», que era lo que nosotros queríamos hacer pero en España. Aquello era un hervidero. Había exposiciones de cultura, teatro, coloquios literarios, proyecciones de cine y, claro, música, mucha música. Allí le oí cantar a León Felipe, a Machado, y sobre todo a Hernández, «Andaluces de Jaén, aceituneros altivos, ¿decidme quién levantó estos olivos?», a Alberti, ¡A galopar hasta enterrarlos en el mar!, y a Gabriel Celaya La poesía es un arma cargada de futuro, que cambió de manera ya total mi manera de entender que quería hacer con mis escritos y la miserable pérdida de tiempo, la traición sin casi, que suponía el dedicarlos a otra cosa que no fuera la lucha social y la concienciación del pueblo. Aunque, claro, también estaba Neruda y aquel poema número 20, de Veinte poemas de amor y una canción desesperada: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche. / Escribir, por ejemplo: `La noche está estrellada, / y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.'» y estaba Brecht, el gran Brecht, que también había escrito en su obra comprometida y militante su recuerdo a María A., de cuyo nombre ni siquiera se acordaría si no fuera

porque un día la besó, y ni del beso se acordaría de no ser por una nube. «Tal vez aún florezcan los cerezos y mi amor tenga ahora siete hijos, pero aquella nube solo floreció un instante, y cuando volví a mirar se había hecho viento». Todos eran de izquierdas y casi todos comunistas, porque los grandes poetas, los grandes pintores, los grandes intelectuales lo eran por lógica, porque la izquierda era el lugar de la inteligencia, la ciencia y el progreso. La derecha era el inmovilismo, la caspa folclórica y la represión de las ideas. Así había sido siempre y desde Grecia, desde Heráclito y Parménides, desde la dialéctica y la inmovilidad. «No te bañarás dos veces en el mismo río». La izquierda había hecho avanzar al mundo, a veces con violencia, «la partera de la historia» pero por la reacción feroz al cambio de los poderosos, desde Roma, desde los Gracos, pasando por la revolución burguesa, la de Francia, hasta llegar a la definitiva, a la de la última clase, siempre oprimida, la obrera, la liberadora definitiva del mundo y de los seres humanos, la del paraíso terrenal de igualdad y justicia para todos. Que estaba a las puertas, que de hecho en algunos lugares ya se estaba imponiendo. Aunque a la trotskista le parecía que no era así en la URSS, y de China y el maoísmo tampoco quería hablar. A mí lo de Mao tampoco me subyugaba mucho, no sé por qué, la verdad, con lo de la Larga Marcha y aquello. Siempre he sido más pro-ruso. Ya ven. Vamos, que hasta ahora mismo me pasa.

Ibáñez era conocido en España. En la casa de la higuera nuestros cantautores le imitaban. Había musicado hasta a Góngora y Quevedo, y nos los había hecho leer. Con Quevedo me quedé para siempre, sobre todo con sus sonetos de amor, la cumbre lírica del castellano, aunque lo que se cantaba era al «poderoso caballero, don Dinero». Había llegado a actuar en TVE una vez, interpretando Andaluces deJaén, pero no tardó en ser prohibida y cancelada cualquier actuación suya. En 1969 había dado un concierto conmemorando «el Mayo» en la Sorbonne-lo convocaron pegando carteles en los árboles; mi amiga trotskista había colaborado en ello-, y se convirtió en un acontecimiento multitudinario. Ibáñez era considerado ya como uno de los suyos, y hasta había cantado en español a Brassens, el gran mito francés; pero era nuestro, y en «La Carraca» se hablaba español y de España, de lo que a todos nos dolía nuestra España. Y estando allí, un crío entre tantos genios, sentí que sí, que el milagro era posible, que no podía ser de otra manera y que un día conquistaríamos nosotros también la libertad y los «enterraríamos en el mar».

Los discos de Paco, en los que me gasté parte de mis ingresos

vendimiadores ya mermados por todos los libros, y ahora más, de los inspiradores de sus canciones, venían ilustrados por algunos artistas plásticos de mucho renombre. Uno era Saura y el otro Pepe Ortega, un pintor afincado en París, comunista como no podía ser de otra manera. Lo conocí y también a otro manchego, Pepe Díez, que decían que frecuentaba incluso la casa de ¡Carrillo! A los dos los iba a tratar luego en España; el uno acabó derivando hacia el prosovietismo recalcitrante y Díez permaneció siempre fiel a su adorado Santiago, del que no paró nunca de hablar bien en el Café Gijón. A Ibáñez sólo pude verlo en el escenario. Bajó luego y estuvo con la gente, pero yo no era más que un chaval y me venció la timidez. Creo que cuando lo tuve cerca sólo atiné a decirle «Gracias, Paco», de lejos y en medio del tumulto de admiradores. Paco Ibáñez fue durante mucho tiempo el símbolo más importante de la música combativa en España, que entonces no se llamaba aún «Este país» en boca de la izquierda, junto con Raimon, Pi de la Serra y luego Ana Belén, Víctor Manuel y Ante.

Ibáñez, que venía de padre de la CNT y tenía ascendencia vasca, conseguidas las libertades se apuntó más al PSOE y luego dio bandazos de justificación de ETA, para concluir en ser más francés; regresó de hecho allá, donde le dieron todos los reconocimientos, qué español.

Pero eso es venirme muy acá y entonces aquél era el espejo donde yo me quería mirar y aquella organización, «La Carraca», la que teníamos que lograr crear y extender por todas las ciudades españolas.

Yo estaba con la troska, que tatareaba las canciones de Ibáñez con su acento y a cachos. Le encantaba que yo le recitara luego las letras y eso es lo que me pidió después de la actuación cuando salimos eufóricos y emocionados a uno de nuestros largos paseos por París. Le recité todas pero nada. Acabó por aparecer el hippy con el que quedaba todas las noches para irnos a casa de mis primos a dormir porque copia de llave no quise hacerle. Ya le había visto las trazas y que estaba dispuesto a hacerla suya y hasta invitar a algunos con lo que se juntaba y cuyas pintas a mí no me gustaban ni poco ni mucho. Me dijo un día que si podían venir a dormir y le dije que de eso ni hablar. Que yo no podía abusar de la confianza que habían depositado en mí. Estoy convencido que si le doy la llave cuando hubieran vuelto los pobres de nuestros benefactores se encuentran allí a aquel pájaro y su cuadrilla instalados de manera permanente. Yo por ello mantenía la llave a buen recaudo y no se la dejaba para nada, no se fuera a hacer a mis espaldas una copia. A lo

mejor me paso de mal pensado y ya le había tomado una tirria total, que sí, y puede que sin toda la razón, pero para mí que mal no hice.

Porque lo cierto es que a estas alturas nada teníamos que ver y la relación era cada vez más difícil. Yo iba a lo mío y él a lo suyo. Yo estaba emocionado con mis descubrimientos, mis relaciones, y puede que él con los suyos. Pero no eran los mismos. Ni parecida nuestra actitud. Pero a él le convenía seguir como si de grandes camaradas se tratara porque con ello tenía asegurada casa y algo de comida, pues yo solía traer para la nevera y eso se convertía en comida para los dos. Era un verdadero incordio y un peso que además me tenía sujeto, pues me sentía responsable y el tener que acudir a la cita con él para que fuéramos a casa me impedía a mí tener una mayor libertad de movimientos. Aunque lo cierto es que no había tenido opción ninguna de haber pasado la noche fuera; pero tampoco me parecía que pudiera invitar a mi amiga a venir, que ni me había dado un mínimo pie, con él de cuerpo siempre presente.

No sé por qué vino el estallido, pero una mañana cuando íbamos a coger el metro y después de haberlo rumiado en muchas ocasiones, encontré la solución. Le dije que yo me volvía a casa, a España. Que él hiciera lo que quisiera, pero que en dos días le dejaba las llaves del apartamento a los vecinos y que por allí él no podía volver. Se lo tomó a mal, se puso muy mohíno y protestó. A su manera, entre hosca y de medias palabras, me vino a reprochar mi falta de compañerismo y que lo dejaba tirado. Me enfurecí y le dije que yo había resuelto durante todo aquel tiempo la situación, que él no había movido un dedo y sólo se había aprovechado de mí. Que se buscara la vida si quería seguir en París. Que yo me iba, que prefería viajar de vuelta solo porque quería pasar además por el País Vasco y que ya nos veríamos en nuestra ciudad. No le gustó nada, pero que nada, pero no le quedó otro remedio que tragar. Quedamos aún aquella noche, pero a la mañana siguiente recogió sus cosas y se marchó. Nuestra amistad, si había existido, acabó entonces, aunque nos vimos más tarde en nuestro lugar de origen y en la casa de la higuera. Pero a poco también se marchó y se instaló por su cuenta, consiguió una buhardilla y con un par de los de nuestra organización se mudaron allí. Toda una escisión. Sus derroteros fueron otros y se rumoreó que le daban al hachís. Acabó bien, como a él le gustaba vivir. Sigue de hippy por las Baleares. Haciendo tallas de olivo y collares con conchas. Puede que tuviera mucha mejor perspectiva de la vida que yo. Pero los devaneos con

la droga, que eran más que rumores y más luego que hachís, rompieron toda relación. Yo con la droga no he querido tener tratos casi nunca, aunque algo probé más tarde, porque me parecía contrarevolucionario además de darme miedo. Con el vino y el alcohol, ya ves, sí. Quizás demasiado. Y sin quizás, también.

Tuve algún remordimiento, aunque lo que tenía de veras era una verdadera sensación de liberación. Porque no pensaba irme de París, al menos no todavía, y sabía que mis primos aún tardarían una semana en volver. Tenía a la ciudad y a mi amiga trotskista, enteritas y solas para mí.

Ella también reaccionó al cambio. Debía vivir con sus padres, pero no tenía en absoluto que estar en casa a las diez. Gozaba en eso de total libertad. Se quedaba hasta la hora que le apetecía y a veces dormía en casa de alguna amiga o en pisos que compartían los estudiantes, algo que tenía yo en mente, y lo había hablado ya con un compañero de vendimia que había regresado antes para iniciar su primer curso de medicina y que estaba buscando un hueco para mí en un piso de varios, compartido. Un colegio mayor no me lo iba a poder pagar.

La trotskista a mi piso no quiso venir, cuando me atreví a proponérselo. Tenía otros planes. Y no eran malos. Aunque al final sí que dejé antes de la cuenta París.

Un par de noches después me invitó a una fiesta que daban. Una reunión donde por una vez no iba a haber seminario de marxismo acelerado sino que se trataba de charlar, bailar y beber. Bailamos, bebimos, charlamos, me pidió que le recitara los poemas que cantaba Ibáñez y después de uno de Lorca, aunque ese no lo cantaba Ibáñez, me besó. Dulcemente, con una inaudita ternura, con besos redondos como el agua, como suspiros húmedos. Bailamos muy abrazados y luego nos fuimos abrazados a pasear por París. Cuando ya comenzaba a amanecer nos fuimos a ver salir el sol al lado del Sena. Como no podía ser de otra manera, cuando se es joven, con el corazón cargado de ilusiones, de todas las ilusiones, y cuando se tiene la inmensa fortuna de poder estar en París. Sobre todo cuando para quien no la había sentido nunca en la boca podía saborearse el gusto por la libertad y compartirlo con otra boca. No dormimos juntos esa noche ni nos fuimos juntos a acostar después de desayunar, le petit dejeneaur, en un pequeño local que olía a bollos frescos y a pan recién sacado del horno. Pero para mí fue como si hubiéramos pasado la noche haciendo el amor; y desde entonces he sabido que si en verdad amo de alguna forma a una mujer, lo noto en que quiero desayunar con ella a la mañana

siguiente de haber pasado la noche juntos.

Salió verde mi corazón a la mañana de París. Y cantaba su alegría e hizo su cielo azul y a su invierno primavera. Le sacó brazos de luz al río y hundió en sus aguas la tristeza del ruido. A París aquella mañana lo hizo mi alegría.

Me propuso ir al norte con ella, a la ciudad de Lille, donde tenía que acudir a unas reuniones de su organización, y no dudé un instante en decirle que sí. Para entonces y desde la noche anterior yo le había confesado al fin que militaba en el PCE y que no iba a ingresar en la Liga Comunista IV Asamblea. Lo de cuarta era muy importante para ellos, pues había de otras, los trotskistas eran muy dados a las escisiones según parecía, más aún que la izquierda que también se las montaba a cada paso y los escindidos o expulsados pasaban a ser los peores enemigos sobre la tierra. Eso es algo que siempre he observado, primero atónito y luego resignado. Como el comprobar que cuanto más se gritaba en una asamblea «¡unidad, unidad!» era porque la división y el enfrentamiento eran más feroces.

Pero yo me había confesado y no pareció importarle en demasía. Algo se sospechaba, pero seguía confiando en que acabaría por caer en la cuenta de mis errores y desviaciones y terminaría con ellos. Con ella, desde luego, yo sí estaba dispuesto a irme a Lille.

La ciudad, industrial y aún más fría, empezaba a hacer ya mucho frío en París y aún más en Lille, de hecho me compré ropa de abrigo y, cómo no, una trenca que era casi un uniforme, no me aportó nada ni tampoco los nuevos contactos. Yo tampoco demasiado a ellos, aunque me trataron muy bien. Llevaba el pelo largo y la barba rubia y medio cobriza que me hacía pare cer algo mayor de lo que era, y aunque a sus reuniones internas no me estaba permitido asistir y tenía que quedarme en el piso donde nos albergaron o esperando en un café, en algún acto abierto «al público» era presentado muy pomposamente como un resistente al fascismo español, cosa por la que no protesté a pesar de que mi resistencia mucha no había sido hasta el momento, la verdad. Pero para ellos era alguien especial, y desde luego Francia y los franceses, más allá de cualquier otra cosa, se quedaron para siempre en mi corazón como tierra de acogida, que nos dio cobijo y nos ofreció amistad. Aunque se sintieran superiores y nos trataran como si fuéramos de un escalón inferior. Pero nos acogieron a otros muchos miles con más necesidad que la mía, necesidad de verdad, que tuvieron aquel asilo y aquella solidaridad.

En Lille la trotskista y yo vivimos y dormimos en casa de unos

camaradas suyos. Y sí, allí, finalmente pude ver y acariciar «La genou de Claire».

Me podía haber quedado aquel invierno en París. Pero sentía la obligación de volver. Mi lugar estaba en España, donde había todo por hacer, donde tenía que estar y donde debía luchar. Ella lo entendió. Es más, me animó, no intentó en absoluto detenerme sino bien al contrario, me impelía al regreso. Lo primero era la Revolución. Me despidió tras haber empaquetado con todo esmero una carga de libros, panfletos, pósters y discos, unos enrollados en la tienda de campaña, los otros entre la ropa más sucia y los más «presentables» en una bolsa aparte por si los de la Policía Armada querían mirar. Me despidió tras una noche de ternura y promesas de volvernos a ver. De un viaje de cualquiera de los dos y en cualquier dirección. Nos despedimos aquella noche en que nevó en París. Fue su último beso el que dejó mi sangre reposando. Cayó como un copo, un copo cálido que entró en mi cuerpo y no se estrelló en el parabrisas del frío. Fue el mismo beso que recibió Bertolt Brecht bajo los ciruelos en flor. Mi mano acarició su costado y su pecho y su carne era tranquila y redonda. Mi carne fue entonces tranquila y redonda como nunca lo ha sido y se quedó quieta y respirando su pelo y su tierra. No me dijo «fe t'aime rien non plus», porque éramos camaradas y ella muy devota de Simone de Beauvoir, la compañera de Sartre, al que confieso no leí jamás.

No vino a despedirme a la estación. Ya no nevaba y en las calles había un agua sucia, estremecida y nerviosa. Subí al tren y volví al miedo.

IV

REGRESO AL MIEDO

Esta muerte que se lee,
solo entrar
en las ruedas de los camiones
y en el humo de las chimeneas.
Esta charla estúpida,
este callar con odio
en las caras de los hombres.
Se queda helado el hueso
comienza la fiebre.
Y el tren colándose entre heridas
de roca y pino
y remolinos
violados de torrente
llevándome al corazón helado
de la muerte.
Frío.
Aún laten los corazones
aún triunfa la vida en las paredes
aunque quedan palabras en las ruedas
y el tren parando
el tren calla.

Me cae la bestia del silencio
y me hundo
entre un vendaval de humo, lluvia y miedo
en el corazón, pozo muerto
España.

Lo escribí en aquel viaje de regreso, lo escribí en la cabeza antes de pasar la frontera y lo puse en el papel camino de Bilbao. Era un día gris, lluvioso y feo, de humos y nieblas. Tenía miedo a cruzar la frontera. Lo que llevaba en el macuto podía traerme consecuencias. No sabía cuáles, pero no iban a ser buenas si era descubierto. Eso es lo peor del miedo, que no sabes qué puede pasarte, cuál va a ser el castigo. Podían simplemente requisarte los libros y panfletos prohibidos, podían detenerte e interrogarte, eso seguro y luego te iban a fichar. De ahí puede que no se pasara, pero tal vez sí. Era propaganda y era delito. Llevar aquello encima, cuando me detuve ante la garita de la policía española, no era precisamente la carga más cómoda.

Pero no pasó nada, ni me hicieron abrir la bolsa con las cosas más inocentes que llevaba de cebo. Se limitaron a mirarme mal, a los pelos y a las barbas, pero aquel día no debían tener ganas de detener a nadie y ni me preguntaron dónde iba.

Iba a Bilbao, a reencontrarme, repitiendo la experiencia del anterior, con mis amigos vascos. Llevaba muchas cosas que contar y compartir, además de los libros de la mochila. Pero resultó que ellos tenían muchas más y más importantes que contarme a mí.

De entrada ya podía vivir en la buhardilla de uno que se había, más o menos, emancipado. Había formado un grupo teatral, Geroa, y funcionaba. Era ya toda una autoridad y sabía muchísimo de las nuevas técnicas de formación de actores. Tenía que quedarme y ayudarle con textos. Habían hecho representaciones con mucho éxito. Y además, algunas las hacían en euskera. Era un trabajo importante, destinado a las masas. Porque él también había entrado en el Partido. Y el otro, Javier Urquizu, por allí cerca andaba, aunque lo suyo no iba por el teatro sino que ya estaba estudiando en Deusto. Era hijo de un pequeño industrial, y la Comercial, tras el obligado paso por los jesuitas, había sido su destino. Otros dos de la vieja cuadrilla andaban también por los derroteros de la izquierda pero otros se inclinaban por el nacionalismo, a veces muy radical.

El País Vasco que yo recordaba, o es que entonces no me fijaba en nada, había cambiado mucho. No se notaba en la superficie pero

a nada que rascaras era un hervidero. El nacionalismo, larvado, despertaba. Pero no sólo el nacionalismo, aunque éste lo teñía casi todo. Mis amigos estaban sumergidos en aquella mezcla donde por un lado se reivindicaba el derecho a las señas de identidad propias, a la lengua, lo primero, a las costumbres, a todo lo vasco, largo tiempo reprimido pero no sepultado, y por otro a las necesidades de libertad global que se compartían con el resto. Parecían ir juntas e iban de la mano desde luego. Se notaba hasta en la ropa. Mis amigos se ponían cosas que evidenciaran su adscripción vasca. Un kaiku o un mendigoizale. Se recuperaban tradiciones, que en aquel pueblo industrial pero muy rural también, Durango jamás perdió aquella esencia ni el olor cercano a hierba y bosta de vaca de los caseríos colindantes, seguían vivas y sólo ansiaban que les dejaran rebrotar y que iban desde el Olentzaro, el carbonero beodo que bajaba del monte a entregar juguetes a los niños en Navidad, a todo tipo de deportes de la tierra desde los aizkolari, la pelota mano y la pujante cesta punta y las apuestas en el Eskurdi Jai Alai, el arrastre de bueyes y el chuletón en Berriz, las peleas a topetazos de carneros en Yurreta y, desde luego, la propia música, que tenía un acento propio con bertsolaris y cantautores, como Mike1 Erenthun que decían sus baladas en la vieja lengua. Y la verdad es que sonaban hermosas las baladas en euskera.

Los vascos habían sufrido una represión feroz que afectaba hasta a sus hábitos más cotidianos. Y eso no hacía falta que me lo contaran, porque yo había visto dar a un niño un bofetón en la escuela por despedirse de otro en euskera con un «agur» que hasta yo sabía decir. La presión seguía pero las gentes a su forma y manera conseguían cada vez ganar más espacios e ir creando isletas donde aquello florecía. Y todos los que nos considerábamos progresistas lo apoyábamos. Iba en el paquete de la libertad para España que los vascos pudieran recuperar su autonomía, su lengua y sus tradiciones.

El local de ensayo teatral que dirigía mi amigo era uno de aquellos lugares y se daban cita tanto jóvenes que deseaban hacer teatro y aprender interpretación como quienes veían allí una manera de compartir sus ideas y realizar otras actividades. Todo, en realidad, encaminado hacia lo mismo, desde luego. Aunque algunos no lo supieran.

Las discusiones serias se producían en ámbito más reducido, en la buhardilla; aquél era un tiempo de buhardillas, que además de baratas tenían un hálito bohemio, y tenían que ver con algo mucho más grave que se estaba cociendo a nuestro alrededor.

A finales del año anterior, apenas dos meses después de mi anterior paso por allí, en el año 1970, un tribunal militar había juzgado a unos activistas vascos de una organización llamada ETA. Se presentaban como revolucionarios de izquierda y como nacionalistas que deseaban la independencia de España. De esa tendencia había varias organizaciones, pero lo diferente es que ETA predicaba la lucha armada. Y la había ejercido. Había matado ya. Entre ellos, el jefe de la Brigada de la Social de la Policía de San Sebastián, llamado Melitón Manzanas, sobre el que se contaban todo tipo de barbaridades; un guardia civil en un control de carreteras, José Pardines; y un taxista, víctima del fuego cruzado en un enfrentamiento con la policía, Fermín Monasterio. Habían protagonizado también asaltos a bancos para conseguir dinero. Durante el 69 se habían ido produciendo detenciones y en diciembre del 70 comenzó el juicio castrense en Burgos. El Proceso de Burgos se había hecho famoso no sólo en España sino en el mundo y para muchos de nosotros, aún muy jóvenes, había sido un impacto tremendo. Muchos habíamos realizado nuestras primeras acciones de protesta. Sobre aquello había leído y distribuido yo el primer panfleto de mi vida. Poco más pudimos hacer en la pequeña ciudad que írnoslo pasando, pero seguíamos las pocas noticias a que conseguíamos acceder con tremenda intensidad y no pocas y ya difíciles discusiones. Pero lo cierto es que todos teníamos gran simpatía por los procesados y sus causas, aunque algunos repudiaban sus métodos. Pero se comprendían.

La policía había logrado detener a los presuntos culpables, aunque entonces lo de presunto no se estilaba, y el macroproceso, con generales como jueces, quería ser un escarmiento defi nitivo. Se convirtió en todo lo contrario. La petición para los 24 acusados era de 6 penas de muerte y 752 años de cárcel.

Al inicio del juicio casi no conocíamos sus nombres pero a poco los sabíamos hasta recitar de memoria, empezando por Mario Onaindia, que se convirtió en el más notorio. Todas las organizaciones contrarias al Régimen, con las muchas o pocas fuerzas que tuvieran, se lanzaron. Desde luego el PCE y el sindicato afín ccoo, pero muchos otros también, por las formas, que no eran de recibo ninguno, por los fondos, que tampoco, y la movilización para una España donde no se movía nadie fue muy fuerte. Hasta hubo huelgas obreras. Pero además una fuerte presión internacional y hasta la intervención de la iglesia, porque entre los encausados había curas, uno de ellos el coadjutor de Yurreta, una parroquia que tanto yo como mis amigos vascos de sobra conocíamos. El otro cura

era de Éibar, que había medio dejado el hábito y pasado a ser liberado de ETA. ETA y los curas vascos tuvieron mucho que ver desde el principio.

Los etarras habían logrado además un imponente golpe de efecto. El 1 de diciembre secuestraron al cónsul honorario de Alemania Federal en San Sebastián (Eugen BeihlSchaeffer) y equipararon su suerte a la que corrieran los suyos en el juicio. El régimen franquista no era precisamente apreciado en Europa y a pesar de los métodos reprobables de los activistas de ETA aquello puso todo el foco internacional sobre el proceso. Vinieron periodistas extranjeros que más que sobre los asesinatos en sí, comenzaron a escribir sobre la situación general y la obscenidad de aquel montaje judicial con los generales franquistas como jueces. Y otro asunto que luego iba a tener dramáticas consecuencias de futuro: Si ETA había matado a aquel policía, a aquel guardia y hasta a aquel taxista «por algo habría sido». Ese «por algo habría sido» iba a marcar por largo tiempo a unas víctimas que, amén de morir, cargaban con la lacra y el sambenito de una culpabilidad que parecía descontarse de antemano.

La discusión entre nosotros era si la lucha armada estaba justificada contra una dictadura que no permitía ninguna otra forma de oposición, que impedía represivamente cualquier otra posibilidad de expresión, reunión, asociación, organización o idea que no fuera la suya. A no pocos les parecía que contra el totalitarismo fascista estaba justificada, aunque la inmensa mayoría consideraba que era nociva, perjudicial y hasta la excusa mejor del Régimen contra los demócratas. Y todos, por supuesto, considerábamos que, sin el menor género de dudas, una vez conseguidas las libertades, aquellos activistas etarras dejarían de inmediato las armas y defenderían sus ideas pacífica y democráticamente. A pie juntillas creíamos aquello. Y de una manera u otra, aun criticando la violencia como el peor camino, les teníamos cierta simpatía.

En el proceso de Burgos entró en liza la Iglesia, primero la vasca, al final hasta Roma. La Iglesia del País Vasco cedió locales para reuniones y encierros en pro de la amnistía, pero hizo más: leer desde los púlpitos homilías sobre el asunto. Y entonces, y más en el País Vasco, a misa iban muchos. Se hizo famosa la de Monseñor Cirarda, que firmó con otros obispos. Nos la pasábamos como un pasquín más del PCE entre nosotros. Los curas primero quisieron, por de su coadjutor, que el juicio fuese a puerta cerrada pero cuando así se dispuso se dieron cuenta de la encerrona y lo

exigieron público a pesar del Concordato que establecía que fuera de la otra manera cuando había sacerdotes implicados. Y hasta los «rojos» leímos y distribuíamos el comunicado de la Santa Sede que acababa en petición de clemencia. «La Santa Sede no puede menos que considerarse complacida por el hecho de que sea definitivamente público el consejo de guerra que va a tener lugar próximamente en Burgos, a pesar de encontrarse dos sacerdotes entre los acusados... intercede ante el Gobierno español para pedir desde ahora una actitud de clemencia en el caso de condenas a muerte para que las mismas no sean ejecutadas...» Pero Cirarda y otros iban más allá, y en sus pastorales condenaban toda clase de violencia: las estructurales, las subversivas y las represivas. O sea, dos a una, porque las estructurales y las represivas eran del franquismo.

Las movilizaciones fueron muchas y algunas muy notorias, como la que tuvo lugar en la Abadía de Montserrat. Que fue todo un símbolo y el inicio de todo un movimiento en Cataluña, otra comunidad que también se veía afectada en su identidad y lengua por el franquismo. Los trescientos artistas e intelectuales catalanes encerrados lanzaron un manifiesto en el que pedían la amnistía política, libertades democráticas y el derecho a la autodeterminación. Vamos, que ya estaba allí lo que iba a ser la pancarta de todas las manifestaciones. «Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía» entonces y por aquello y después y hasta mucho tiempo por todo.

Porque lo que veíamos hasta quienes no teníamos ni la información, ni siquiera la mínima madurez para entender lo que había pasado, es que si el Régimen con el juicio pretendió dar un golpe mortal a ETA, el tiro les salió directamente por la culata, con el añadido de una extraordinaria y reforzadora publicidad internacional para la banda. Aún peor, resultaba que por entonces ETA estaba muy dividida a raíz de su «VI Asamblea», donde habían salido también casi a tiros y eso entre ellos no era «un decir» como se vio después con sus disidentes, como Pertur o después Yoyes, y como resultas del juicio, la propaganda y el revuelo, ahora eran admirados por todos. En Durango, la leche.

Y temidos, porque el secuestro del alemán no les salió nada mal. Alemania, esencial proveedor, cliente e inversor de España amén de destino migratorio, ejerció mucha presión con tal de que las sentencias de muerte no se llevaran a cabo, pues en caso contrario habría sanciones económicas. La presión de la Iglesia Católica a favor de la amnistía acabó de romper el círculo. ETA emergió en el

panorama de España, donde se convertiría en la peor pesadilla, como una organización que tenía claro que estaba dispuesta a matar, a secuestrar y a lo que fuera con tal de conseguir sus objetivos.

Pero también le resultó aquella movilización muy positiva al Partido Comunista de España y a Comisiones Obreras, que demostraron una sorprendente capacidad de organización y movilización. Nos dejó perplejos hasta a nosotros mismos. Pero lo cierto es que más allá de lo que dijera la Pirenaica, que la verdad es que aunque fuera de los nuestros no se le podía hacer mucho caso, pues decía cada noche que el país estaba casi en llamas y Franco cayéndose a cachos y uno salía por la mañana y aquello estaba como siempre, o sea, que no pasaba nada. Yo la verdad es que tras un par de veces fui poco de oír La Pirenaica pero aquella vez algo de razón tenía en que se había montado una buena tanto en los grandes centros obreros como en las universidades. Y los primeros nombres de la izquierda empezaron a sonarnos a todos, ademas de Pasionaria y Carrillo. Porque detuvieron a 19 dirigentes de la izquierda en un piso madrileño donde estaban reunidos, entre ellos a Nicolás Sartorius (PCEccoo), a Enrique Tierno Galván, el profesor de las gafas socialista pero del Interior, y Pablo Castellanos, de los poquitos que había del PSOE, por solidarizarse con los acusados en el Proceso de Burgos. Ellos fueron para la cárcel, pero en una manifestación en Éibar, a un paso de donde estaba yo ahora, la policía había matado de un disparo en una manifestación a un joven, Roberto Pérez Jaúregi, de 21 años de edad.

ETA había efectuado al final del Proceso otra jugada inteligente. El día de Navidad liberó al cónsul honorario secuestrado. La sentencia militar que llegó cuatro días después, en el día de los Santos Inocentes, el 28 de diciembre, era por el contrario aún más dura que las penas iniciales solicitadas, pues las condenas a muerte pasaban de seis a nueve, ya que tres acusados fueron encontrados culpables de dos delitos capitales cada uno y condenados a «dos penas de muerte». En total nueve sentencias de muerte y quinientos diecinueve años de cárcel y multas por un valor de un millón y medio de pesetas. Los condenados al paredón fueron Teo Uriarte, Jokin Gorostidi, Xabier Izko de la Iglesia, Mario Onaindia, Javier Larena, yJosé María Dorronsoro. El resto fueron condenados a penas de prisión: Víctor Arana, 70 años; Josu Abrizketa, 62 años; Enrique Gesalaga, 50 años; Juan Etxabe, párroco de Acitaín (Éibar), 37 años; Gregorio López Irasuegui, 30 años; Julen Calzada, coadjutor de Yurreta, 18 años; Itziar Aizpurua, 15 años; Juana

Dorronsoro, 15 años; y Antón Karrera, 12 años. Solo fue absuelta Arantxa Arruti.

Las protestas y las presiones internacionales arreciaron entonces; tras la intervención de Carrero Blanco en las Cortes franquistas con la manida acusación de que todo era fruto de una conspiración comunista internacional contra España. Para quien iba a ser luego su futura víctima, ETA tan sólo era una fracción más de ese ejército subterráneo, presente en todo el mundo y puesto al servicio de la URSS. El colofón, como siempre, era la consabida manifestación en la Plaza de Oriente, un ritual que ya nos sabíamos de memoria, y que reunía siempre «UN MILLÓN» y que concluía con los gritos de rigor que todos desde nuestra más tierna infancia habíamos tenido que corear: «¡Viva Franco, Arriba España!» Recomendable brazo en alto. Yo creo que por aquello del millón en la Plaza de Oriente, donde no caben ni cien mil, la cifra ha quedado tan marcada en el subconsciente colectivo, que si no se da de cifra un millón en una manifestación que se precie la cosa huele a fracaso. Y creo que un millón no ha llegado a haber ni tres veces, ni entonces ni ahora.

Dicen que Franco era consciente de que el gesto de clemencia sería interpretado como debilidad y no quería hacerlo. Pero el Régimen era más débil de lo que pensaba, aunque mucho más fuerte de lo que algunos ilusos creían por ahí fuera. La presión, sobre todo la internacional, le pudo. El 29 de diciembre se reunió el Consejo del Reino, y el día 30 de diciembre lo hizo el Consejo de Ministros en El Pardo, que acordó por unanimidad, ¿cómo no? conmutar las penas de muerte por sus inmediatas inferiores. «... Las clamorosas y multitudinarias manifestaciones de adhesión que habéis rendido en los últimos días, no solamente a mi persona, sino al Ejército español y a nuestras instituciones, han reforzado nuestra autoridad de tal modo, que nos facilita, de acuerdo con el Consejo del Reino, el hacer uso de la prerrogativa de la gracia de indulto de la última pena, pese a la gravedad de los delitos que el Consejo de Guerra de Burgos, con alto patriotismo, juzgó.»

Pero lo vistiera como quisiese, el Régimen había perdido y así lo sentíamos todos los que, aunque hubiera sido muy humildemente, nos habíamos movido en su contra. Aunque fuera hablando en las buhardillas. Y de lo que se seguía hablando. Aquello había convertido en héroes a los etarras. Y lo cierto es que todos teníamos una más o menos oculta admiración por ellos, como guerrilleros, como si fueran el Che. La dictadura, se concluía, al no permitir cauces democráticos, hacía justificable la lucha armada. Por parte del PCE no se compartía, pero porque se consideraba que era

ineficaz e imposible, no porque no tuviera justificación. Era un régimen totalitario y todo valía puesto que el propio régimen utilizaba la represión, la tortura y la violencia y no permitía ni el voto ni la palabra. Ese era el argumento. La discusión continuaría tanto en mi ciudad aquellos meses anteriores, como ahora entre mis amigos vascos.

Pero había también quien directamente no lo veía, y donde otros atisbábamos héroes guerrilleros revolucionarios, ellos vislumbraban peores cosas. Pero eran más, en especial en el País Vasco, quienes los admiraban sin consideraciones éticas de por medio, los apoyaban sin fisuras y deseaban unirse a ellos. Y muchos se unieron. De mi propia cuadrilla varios, algunos hasta mataron, algunos murieron y otros fueron víctimas de asesinatos de los propios etarras. Al padre de mi amigo Urquizu, farmacéutico durangués de toda la vida, vasco por los cuatro costados, pero con el «delito» de haber sido alférez en la mili y no tragar con los independentistas, tres jóvenes, alguno conocido desde niño, le pidieron que les mirara una prueba y le vaciaron la pistola en su confiada nuca, inclinada sobre el microscopio. Alguno murió, le estalló la bomba que iba a poner en un repetidor. Y muchos otros, sin empuñar las armas, colaboraron con ellos y siguieron y siguen en su estela. Porque siguen.

Mi amigo, el del teatro, yyo no lo tuvimos nunca claro. A solas nos confesábamos temor y preocupación. Él me decía que en el propio pueblo empezaban a actuar como matones y que lo que me había pasado el otro año con aquél que mejor que ahora no le contestara. Que ir según a qué bar ya era sospechoso. Yyo era un maqueto. Porque esa era otra del nacionalismo, que tú eras el maqueto, el inferior, el sucio, el muertodehambre, el malo.

Pero me gustaba pasear por el pórtico de la iglesia de Santa María y reconocer a las «marchanteras», que seguían vendiendo sus cosas a la chiquillería fuera vasca de raza o maqueta, y sobre todo dar paseos por los bosques de pino y los prados de los caseríos que llegaban al borde mismo de las casas de pisos y las puertas de las pequeñas fábricas. Intentaba reencontrar los años de la infancia y de la pubertad que ya consideraba tan atrás y hasta lejanos. Los miraba sin demasiada nostalgia y sí con algo de resentimiento e ira. Había sido un maqueto que estudiaba con beca en el colegio de curas donde estudiaban los hijos de la burguesía y que siempre me habían mirado con un cierto desprecio que me seguía reconcomiendo por dentro.

Pero esta vez no hice nada por mezclarme, ni hubo reunión de

cuadrilla. Mi amigo ya me dijo que estaba deshecha, que había otras afinidades que juntaban o separaban y que las amistades se rompían. Sí me acerqué al patio del colegio y a la iglesia, pero no me di a conocer, aunque yo sí que reconocí a algunos de los jesuitas.

Hicimos excursiones a algunos valles cercanos. Disfruté del de Garay, donde comimos unas alubias buenísimas en un caserío y bebimos chacolí. Otro día me acerqué solo a las campas del Mugarra y otro llegué cerca del Amboto. Las leyendas vascas parecían flotar entre los árboles y ser parte de las brumas. Pero no me salió al paso ninguna Lamia que se estuviera peinando su larga cabellera a la orilla de un arroyo.

Lo cierto es que sentía que no era ya de allí, que tal vez no lo hubiera sido nunca, y que no había tampoco nada que me reclamara quedarme por más tiempo. Aquella no era mi tierra, porque sentía en mi interior que yo no pertenecía a ella. Me causaba tristeza el comprobarlo y notaba cómo la poca raíz se descuajaba. Además del pequeño círculo de mis amigos, no tuve contacto ninguno y tampoco lo busqué. Dediqué los días a compartir algunas de las cosas que había visto en París, sobre todo en los talleres artísticos, y como además el teatro era algo que nunca me había atraído demasiado decidí que era tiempo de partir e iniciar lo que ansiaba como mi verdadera nueva vida. Quedé con mi amigo en mantener los contactos y ver si podía conseguir intercambios y actuaciones con los de mi ciudad o ampliando aún más aquellos horizontes. Crear una red por toda España de cultura y de agitación populares. Quedó prometido y lo curioso es que algo sí fructificó, al menos por lo que a nuestra ciudad se refería. Pero eso tardó en suceder algunos años. Ahora yo quería volver cuanto antes, porque se echaba ya la Navidad encima y deseaba aprovechar aquellos días para poner en marcha todo lo nuevo que traía en la casa de la higuera. Había que organizar una gran demostración cultural popular y al aire libre, sacar el arte a la calle. Había que hacerlo para el año próximo en cuanto el tiempo acompañara.

Así que regresé. Habían pasado meses esta vez desde que saliera de casa. Todos mis compañeros de partida, hasta el hippy, habían regresado ya y mi tardanza me confería un cierto halo de diferencia y de misterio. Los libros, los folletos y los discos fueron recibidos con entusiasmo y reverencia. Se hicieron turnos para leerlos. Y decidí dar un paso más. Intentar publicar unos artículos sobre la experiencia, al menos sobre la parte que se podía contar, en el periódico local. Creía que me serían rechazados porque de

publicarse supondrían una conmoción ya que hablaba, siempre con la autocensura, de eliminar lo más peligroso, de las condiciones de vida de los vendimiadores, de la realidad de otra España que se nos ocultaba. Ante mi estupor, el director del semanario, un falangista culto, los aceptó y me los publicó de buen grado. Y pasar no pasó nada. Vamos que ni me los comentó nadie siquiera que no fuera de mi entorno más cercano, y eso porque yo les llevé el periódico. Que se llamaba Flores y abejas, por cierto.

Mis padres sabían que definitivamente me marchaba de casa. «Aquí tienes tu habitación y aquí tendrás siempre tu casa». En realidad la seguí visitando a menudo porque la decisión de la organización, el del PCE así me lo comunicó, es que si bien militaría en la Facultad, los fines de semana sería muy conveniente que los siguiera dedicando a la ciudad, al movimiento juvenil y a toda la labor de masas. Porque estimaban como muy positivo lo que se estaba haciendo. Porque la verdad es que ya había cerca de doscientos jóvenes metidos de una manera u otra en el ajo.

Las navidades se pasaron en una actividad casi frenética, intentando montar a toda prisa talleres y actividades. Lo más importante fue lo del cineclub que hicimos con dos curas de un colegio religioso. Pero para eso tenía que conectar en Madrid y conseguir entrar en el circuito de películas que se movía a bajo coste para este tipo de salas. Iba a ser mi primera tarea de enlace. Lo que los curas supieran de por dónde iban los tiros o bien estaban de acuerdo o se lo callaban. Los curas entonces hicieron muchas cosas que no sabían los obispos que llevaban a Franco bajo palio.

El descubrimiento en la ciudad fue el de un hombre que tenía un cargo oficial. En los Sindicatos Verticales. Y era el Delegado. Pero era un personaje peculiar. Era falangista, sí. Pero de los de primera escuela y no tenía nada que ver con los otros caciques del Movimiento. Jesús Beladiez y yo nos encontramos un día en Montemar, un bar, y resultó que él debía haber sido el único que había leído mis dos artículos sobre la vendimia y los vendimiadores. Y sabía de mis aficiones literarias. Empezamos a hablar y nos bebimos dos botellas de blanco. Luego me invitó a su casa, que estaba justo al lado. Comimos juntos y a la salida iba cargado con libros. De Machado, de Lorca y uno de José Antonio. Tenía un tesoro en la biblioteca y nos hicimos amigos. Tanto que empezamos a ser la comidilla. Un chico que estudiaba para maestro se unió también a la tertulia. A los dos jóvenes nos daba por la literatura, aunque a mi amigo, Joaquín Utrilla, en su vertiente periodística. Hacía sus pinitos por Pueblo.

Fito, mi amigo y compañero de vendimia, había arreglado lo del piso. Él y yo éramos los pequeños. Su hermano mayor y otros dos, entre ellos el que me había contactado para el Partido, eran quienes lo compartían desde hacía algún tiempo. Y tenían sitio. Por fin iba a ser un universitario con todas las de la ley. Estaba ansioso por empezar aquella vida que había apenas entrevisto el día en que fui a formalizar mis matrículas, pero que me parecía el momento más importante de todo lo que hasta el momento había vivido.

Me consideraba un adelantado, la vanguardia, y por tanto con autoridad moral para despreciar a todo o casi todo. Desde luego la película que hizo furor: Love Story. A cualquiera que le gustara aquello quedaba de inmediato descalificado. Y lo cierto es que no era mal baremo. Pero vamos, algo parecido o hasta peor sucedía con casi todo, más aún lo que echaban por la tele, donde lo que se podía ver eran «Crónicas de un pueblo» o el concurso de «Un millón para el mejor», que éste sí lo vi una temporada, porque participó el primo mío más fuerte y tremendo que he tenido, el Toño, que se cargaba una mula y levantaba un carro. Quedó el tercero entre los brutos. Su disculpa es que se había ido de putas la noche anterior y le habían mermado fuerzas. Un tipo de lo mejor como persona que en alguna, por las fiestas de los pueblos, me sacó de problemas. Intimidaba. Él de política nada sabía. Pero era mi primo.

Bueno, lo que iba diciendo, que todo nos parecía una mierda y un engaño. Por ejemplo el julio Iglesias, icono de la categoría de Raphael como tipo despreciable y afecto al régimen. El uno un histrión y el otro un cursi, que cantaba aquello de Gwendoline y se fue a casar con una filipina que se llamaba Isabel Preysler. Karina quedó la segunda en Eurovisión y bueno, la verdad es que era como los otros, pero por lo menos parecía simpática. En ese punto el mínimo aceptable, más allá ya eran terrenos no recomendables para un progre, era Cecilia y Un ramito de violetas. Lo de jesucristo Superstar nos pareció y muy claramente una cosa de hippys integrados para sacar dinero. O sea, que no teníamos ni la más mínima intención de ir a verlo aunque hubiéramos podido.

En cine aún nos pudimos reír con Woddy Allen y Bananas, y elogiar Muerte en Venecia, de Visconti (nosotros poníamos en el cineclub todo lo que pillábamos de los directores italianos del realismo social y, desde luego la primera, Arroz Amargo, con Silvana Mangano.

A algunos les gustó un filme que jamás pude entender, Fata Morgana, de Herzog; lo hicieron objeto de devoción y culto. Como La naranja mecánica, de Kubrick, que fue censurada por violenta y

no pudo entonces estrenarse en España. Consiguió pasar la censura Canciones para después de una guerra, de Martín Patino.

Por una extraña razón y amistad con un joven pintor de la ciudad, julio, el de más talento sin duda, me había aficionado al boxeo; hacíamos «guantes» hasta en el portal de su casa con otro de la cuadrilla, Gonzalo, y hasta íbamos a veladas en la plaza de toros o en una sala cerrada y llena de humareda y sudores. Lo veíamos también por la tele y estaba verdaderamente en boga. Allí vimos perder a Cassius Clay con Frazier, la caída del mito más grande, y vimos ganar al veloz Legrá, el campeonato europeo de los ligeros, y a Velázquez, un fino estilista de los medios, lo enfrentaron en un combate fratricida con Pedro Carrasco y a éste llegar a campeón del mundo, aunque lo cierto es que Mando Ramos, al que descalificaron, lo estaba breando. Y el que se cayó, y nos dio el disgusto del verano, fue Luis Ocaña cuando iba a ganar el Tour de Francia y le sacaba diez minutos al monstruo Merckx. Y lo que teníamos para nosotros - aunque yo de eso no había rechistado en París, que a los trotskistas el ciclismo no les importaba nada de nada-, es que los franceses lo habían tirado. En esto del deporte los franceses siempre nos han tenido tirria. En el deporte y un poco en todo. Aunque yo hubiera vuelto emocionado de París y estuviera envidioso de aquella Francia.

La noticia en España había sido, y ya nos lo sacaban a todas horas, que Franco había nombrado ajuan Carlos sucesor a título de Rey. Al Príncipe de España, que es lo que le llamaban, nosotros lo veíamos como un títere, un bobo, un payaso y una marioneta del fascismo, que hablaba encima a trompicones y gangoso. ¿Cómo íbamos a verlo de otra manera si donde lo veíamos era siempre al lado del Dictador?

El héroe mundial era Salvador Allende. En él se depositaban todas las esperanzas de un socialismo democrático y al que se llegaba y desde donde se actuaba por vía pacífica y sin totalitarismos ni dictaduras del proletariado. Aquel era el camino y Allende el ejemplo a seguir por toda Iberoamérica. Aunque era claro que las fuerzas reaccionarias y el imperialismo conspira han ya contra él, y la extrema izquierda se lo ponía aún más difícil con sus excesos. Pero él seguía adelante y nacionalizó la minería, una de las grandes fuentes de riqueza de Chile.

Lo aplaudimos a rabiar y aún fue mayor la alegría cuando a «nuestro» Neruda le dieron el Nobel de Literatura. Era un poeta del amor, sí. Pero había sido también y siempre un militante comprometido. Y más con España que con nadie. Fue embajador en

los tiempos de la República y después de la derrota fue él quien logró sacar y llevar a Chile a muchos refugiados en el vapor «Winnipeg». Neruda era la prueba de que el mundo empezaba a darse cuenta de dónde estaba la verdad, la razón, el futuro y la justicia. Además de la poesía, el genio, el arte todo y la literatura. Porque Neruda era de los nuestros y estaba muy bien que le hubieran dado el Nobel, después de habérselo dado el año anterior al renegado Solzhenitsyn, que acababa de publicar Archipiélago Gulag, un libro que desde luego ningún militante debiera ni siquiera ojear porque era la mayor carga de injurias contra la Unión Soviética, que sí, que había cometido errores, pero aquello era pura propaganda imperialista y reaccionaria. Pero algunos lo leímos. Ylo que leímos nos hizo dudar de muchas cosas. Yo hasta llegué a pensar que mi amiga la trotskista francesa iba a acabar llevando razón. Pero la fe era firme y las excusas siempre estaban a mano. Además lo nuestro era diferente. Era contra Franco y quienes luchábamos contra una dictadura éramos nosotros.

Por eso nos caía bien el Lute, que se les fugó del penal del Puerto de Santamaría, y que de tanto criminalizarlo al pobre hombre éste acabó por caerle bien a casi todo el mundo. Se le veía más como un desgraciado muerto de hambre que como el perverso y furioso criminal que nos contaban. Un hombre acorralado. Y acorralados nos sentíamos un poco todos.

Porque las tierras de España estaban empapadas de miedo. Porque su voz era un cielo pétreo sobre todos nosotros, de aplastar cabezas y apagar palabras. Porque el miedo se tumbaba delante de las puertas, ahogando nuestros sueños, y nos iba mordiendo los caminos de los ojos.

V
MADRID CALENTABA LAS ALAS DE LAS MOSCAS

Madrid siempre había estado cerca pero casi nunca se iba. La posibilidad de ir parecía cercana, al alcance mismo de la mano, pero la vida cotidiana nunca cogía aquel rumbo. Así que se alardeaba de la cercanía de la gran urbe pero muy pocos usaban de ella. Solía ser un viaje al revés. Los de Madrid venían, algunos todos los días a trabajar, muchos profesores lo hacían, pero se volvían por la tarde. Y los provincianos de a pie y más los muy jóvenes en realidad salíamos muy poco del entorno cerrado, conocido y reconocido de la pequeña ciudad, donde todo estaba contado o todo parecía estarlo. Era el espacio de la mosca y el vuelo corto y si por casualidad a dos insectos se les ocurría volar juntos aquello ya era un revuelo que se convertía en tormenta si pretendían volar en dirección no indicada o simplemente un poco más lejos.

De Madrid yo tan solo guardaba un viejo recuerdo de cuando, viviendo de niño en el pueblo y antes de emigrar al País Vasco, me operaron de anginas y viví en casa de unos primos por una semana o algo así durante el preoperatorio y el postoperatorio. Recordaba el barrio, por Bravo Murillo y sabía ir andando a otra casa de familiares hasta Infanta Mercedes. Fue cuando monté por vez primera en el metro. Luego sí había ido en más ocasio nes y el metro lo conocía, al igual que las estaciones de tren. Pero Madrid, lo que se dice Madrid, no lo había pisado apenas.

Pero ahora era muy diferente. Ahora iba a vivir allí, iba a estudiar una carrera y a militar en el PCE. Era un mundo el que se abría pero al que llegaba, creía al menos, preparado, pues ya me había curtido en vivir solo en mis experiencias francesas.

Cogí el ferrobús con no demasiadas cosas en la mochila; al fin y al cabo, volvería a la casa de mis padres algunos fines de semana y mi madre había hecho cuestión de honor que ella me lavaría la ropa.

En cuanto al piso tenía apalabrado un trimestre. Los mayores me dejaron muy claritas las reglas de juego. Se compartían los gastos de alquiler y de comida con un fondo común. Se hacía una lista de compra, objeto de la mayoría de las discusiones, que luego por turnos nos encargábamos de adquirir. Éramos 5, así que una vez a la semana, sábado y domingo cada cual se buscaba la vida, le tocaba hacer la comida a uno. Yo me especialicé en pollo al vino.

Por la noche lo habitual eran algunas latas, embutido o unos huevos fritos con patatas y fruta. Se fregaba por turnos alternos para que no le tocara al mismo que había preparado la comida. Había un espacio central de estancia común y reuniones. No había tele. La habitación de cada cual era territorio privado, pero de tiempo en tiempo tocaba limpieza general. Se podía llevar a chicas a la habitación y de hecho uno, ante nuestra envidia, lo hacía con su novia y otro con alguna que pescaba de vez en cuando. El tercero de los mayores era un chico muy serio y entregado al estudio. Los dos pequeños, el otro y yo, sí que hubiéramos querido llevar chicas. Pero el problema era la inexistencia del contrario. Yo apenas si conocía a nadie como para andar ya con esas, y mi amigo sí tenía un cierto apañete pero no debía estar la cosa tan madura como para llegar a mayores.

Había normas sobre música, que a las doce debía de estar apagada, sobre la basura, otro turno, y sobre la bebida. Daba la cosa para alguna botella de vino y poco más. No había por allí alcoholes duros y sí mucha austeridad y organización. Canutos por supuesto prohibidos. Éramos del PCE y de los serios. Los cinco fumábamos, cuatro Ducados y uno rubio. A mí me dio una temporada por fumar en pipa y luego me pasé también al rubio, al Bisonte sin filtro, que era el más barato.

El piso estaba relativamente cerca de la universitaria. Por Jerónima Llorente. De hecho hasta se podía bajar caminando y se llegaba en menos de media hora. En autobús eran quince minutos. Los tres mayores estudiaban más que nosotros, esa era la verdad. Además tenían carreras de ciencias, alguno de teleco, que era durísima.

Sobre las actividades de cada cual en el partido no se hablaba. Eso estaba prohibido. Quedaba para la célula. Integrarme en ella fue lo primero que hice en la Facultad. Tenía una contraseña, hube de elegir un «nombre de guerra», todos teníamos uno como medida de seguridad. Me dio por ponerme Andrés, ni idea de por qué, se me ocurrió sobre la marcha. Pero ya me pareció un poco tonto porque los cuatro que la componíamos además de nuestro responsable nos conocíamos perfectamente de clase, pues éramos todos del mismo curso. Pero bueno, había que hacerlo y por algo sería. De hecho el responsable era famoso, era Marcel, por diferenciarlo de su padre, que era nada menos que el mítico Marcelino Camacho, el líder de ccoo. Un obrero a quien respetábamos como el modelo ejemplar, de honradez y compromiso con la clase obrera que todos debíamos seguir. Había trabajado en

la Perkins, donde protagonizó las primeras luchas y sufrió las primeras detenciones y cárceles. Era el hombre de losjerseys de cuello vuelto que le hacía su mujer josefina.

Marcel, su hijo, era un tipo serio y yo diría que muy imbuido del peso de su apellido. Era muy reglamentario en todo, no se salía jamás del guión previsto y aún menos de la ortodoxia marcada por el Partido. Desde el principio no entendió muy bien que yo tuviera una cierta dispensa los fines de semana para ir a mi pequeña ciudad y allí seguir haciendo mi trabajo cultural y de masas. Pero en eso debía tener instrucciones superiores, y aunque no le agradaba lo acataba como él hacía siempre las cosas, por disciplina. Que era para él la condición y virtud máxima en un militante. Y dudas las justas, o sea ninguna.

Por ello aquello mío no le gustaba. Pero una tarde me di cuenta de dónde venía la orden. Le vi hablando muy reservadamente con un rubio algo mayor, que iba, cosa extraña en aquellos pagos, bien vestido y llevaba una cartera de mano. Un joven algo mayor que nosotros, bien plantado y guapo, al que Marcel trataba, se veía desde lejos, con deferencia y respeto. Luego en el bar con otro de la célula, le pregunté quién era.

-Es Enrique Curiel. Es uno de los dirigentes del Partido en la Universidad. Él y Pilar Bravo son los jefes. Está aquí y en Derecho.

Curiel era ya leyenda en la Universidad. No daba el tipo de progre, pero era el referente de todo el PCE universitario. Nada de barbas ni de greñas, siempre aseado, con una trenka de color azul y una voluminosa cartera en la mano. Era moderado en la expresión, tranquilo hasta en los momentos más tensos y siempre parecía tener todo controlado. Hablaba de tú a tú con los profesores, que lo respetaban. Pero para nada era pusilánime. Era valiente y lo había demostrado. Había sido gran amigo de Enrique Ruano, con el que coincidió varias veces detenido por las comisarías. A Ruano en una de estas lo llevaron a su piso, para hacer un registro y allí supuestamente él intentó huir y cayó por una ventana estrellándose contra el suelo del patio y muriendo. Para todos estaba más que claro que era la propia policía quien lo había arrojado al vacío y nadie creyó aquella versión de la «social». Bueno, sí, los jueces del Régimen, por supuesto que la dieron por buena. Ruano fue «suicidado». Curiel llevaba siempre presente la figura de su amigo asesinado.

Las reuniones de célula eran muy teóricas. Éramos poco más que aprendices. Así que nos tuvimos que leer el Marta Harnecker, que venía a ser algo así como el catecismo del militante. La señora, de

nacimiento chileno, pero afincada en la revolucionaria Habana, dio a la luz un manual de adoctrinamiento que era de obligada lectura: Los conceptos elementales del materialismo histórico. Allí estaban todas las respuestas. Que sigue teniendo ella muy claras, pues todavía vive entre Cuba y Venezuela donde fue largos años asesora de Chávez. Pero doña Marta, con todo, tenía un cierto listón filosófico. El «Ripalda», o sea, el catecismo reducido de respuesta rápida era el Politzer, escrito por un húngaro afincado en Francia y que fue asesinado por los nazis en 1942. Georges Politzer los tenía bien puestos y murió como un héroe. Al pelotón de soldados alemanes que le apuntaban para fusilarlo le gritó: «¡Yo os fusilo a todos!». Fueron sus últimas palabras, pero las que dejó escritas en Principios elementales de filosofía nos las sabíamos de memoria.

Con el Politzer y el Harnecker ya teníamos munición ideológica suficiente. Allí, en forma de preguntas y respuestas, estaba todo lo que era imprescindible saber y a lo que había que atenerse. Porque era imprescindible tener lo esencial muy claro y más en aquella facultad, que era un hervidero de todos los grupos que había en la izquierda. En la izquierda comunista, amén de los ácratas, porque otros no había. Había «cátedros» que se suponía eran antirégimen pero eran como de segunda. La disputa era por ver quién era el más revolucionario, y alguien de la democracia cristiana era considerado un tipo verdaderamente tibio y hasta cobardica. A un pobre profesor de Derecho se le consideraba facha porque tenía un perro, un pastor alemán, con el que de vez en cuando venía a clase, aunque lo dejaba fuera, claro, el pelo corto y se decía que había hecho algo de la Constitución de Israel. O sea, un sionista malvado. Porque todos nosotros éramos propalestinos, que eran a quienes les habían arrebatado los sionistas judíos su tierra. No conocí a nadie en la izquierda de aquellos días que fuera projudío. Bueno, alguno que tenía esa ascendencia, pero se callaba.

Fachas de verdad sí que había. En la facultad estábamos eso, los fachas y los rojos. Había ultras de falange y ultras que llevaban hasta la esvástisca, como los de Defensa Universitaria, que en alguna ocasión se liaron a cadenazos en el bar. Uno de ellos tenía el pelo de color paja, un poco cobrizo, y llevaba unas gafitas redondas. Se llamaba Jorge Verstrynge y dio muchos vuelcos por la vida política. Yo sólo le vi un par de veces aquel primer año - era ya de los que estaban acabando carrera-, por el bar, rodeado de los suyos. Los fachas y los rojos nos mirábamos con odio, pero de ahí, excepto el día de los botellazos y las cadenas, no pasó la cosa. Y aquel día porque ellos llegaron en tromba arrancando carteles y pegando

hostias.

En la facultad el PCE era hegemónico. Y eso era muy importante. Pero también el objetivo de las críticas de todos. Porque la misión esencial de todos los grupos de extrema izquierda parecía centrarse en poner a parir al PCE. La acusación más extendida y generalizada era que éramos unos traidores a la revolución y a la clase obrera. Y que queríamos pactar con el fascismo. Eso era lo que te espetaban a cada paso y a cada asamblea. Te lo decían unos muchachos que, por lo general, eran vástagos de familias adineradas o al menos acomodadas. A la universidad, hijos de la clase obrera en el sentido literal de la palabra íbamos muy pocos por entonces. Vamos, que eran hijos de burgueses. Pero llamarte «partido pequeño burgués» era lo que nos llamaban. Bueno, al Partido. Pero también a nosotros porque allí a poco ya se sabía o se sospechaba mucho, ya en el primer curso luego ya era vox populi, quiénes éramos los del PCE. Y quiénes los amigos, los «compañeros de viaje» que sin serlo empezaban a simpatizar, a ser cercanos y a los que se les iba dando confianza, propaganda y si se les veía maduros ya se les invitaba a un seminario de «ingreso».

También se sabía quiénes eran los «troskos», los «chinos», los ácratas y todo tipo de organizaciones. Porque estaban los trotskistas, sí, pero había de tres. La Lc que no había que confundir con la LCR, que eran los «míos» de París y dos, chicas por cierto, que eran del PORE, una última escisión. Los prochinos, a la sombra de los éxitos de Mao, pregonaban la Larga Marcha y la Revolución Cultural. Había varios grupos, el más potente el de la SUDE, pero también estaban la ORT y el PT así como la oMLE. Eran los más radicales y hacían pinitos con la lucha armada. Empezó a oírse hablar del PCE (R) y del FRAP, que se decía quería seguir los pasos de ETA a nivel nacional y preparaba comandos. Yo tenía el Libro Rojo de Mao pero aunque lo guarde no lo acabé de leer nunca. Me costó mucho también hacerlo con el Capital y con varias obras de Lenin. La teórica se me atragantaba a mí bastante. Pero era un ferviente eurocomunista, Berlinguer, mi mito más querido y creía que Carrillo llevaba toda la razón. Sobre todo en que había que dejar de una vez por todas atrás las quimeras de la lucha armada - ya habíamos tenido la experiencia primero de los maquis tras el 39 y luego el intento de invasión por el Valle de Arán después de la II Guerra Mundial, que acabó en un desastre y con la muerte de muchos guerrilleros - y buscar un acuerdo global de la sociedad española, bajo el paraguas de la Reconciliación Nacional, cerrar las

heridas de la Guerra Civil, desmontar el Régimen y dar a luz una democracia plena. Y eso había que conseguirlo con la Ruptura. Porque en la derecha, y en la facultad había figuras importantes aunque nosotros no les diéramos ninguna, había quienes pensaban en la evolución desde dentro del Régimen. Pero uno, en su inocencia, no sabía cuál de las dos cosas era más imposible. Ni aquello tenía pinta de evolucionar ni me parecía que hubiera fuerza para derribarlo. Pero estaba claro que había que seguir luchando contra ello. Aunque fuéramos cuatro gatos. Aunque en la Facultad pareciera que fuéramos media docena por lo menos.

Porque esa era la primera sensación. Que en la Universidad sí había pequeñas isletas donde todo parecía posible. Luego salías fuera, a las calles de la gente normal o, aún peor, a mi pequeña ciudad, y entonces te dabas de bruces con el silencio y la realidad.

Pero en el Partido vivíamos de las buenas noticias. Que si los obreros de tal sitio se habían puesto en huelga, que si la construcción se movilizaba, que si la doctrina del partido ganaba cada día más adeptos. Y luego lo interno, que eso sí se notaba y la organización crecía. Había escisiones, una muy dolorosa de Claudín y Semprún, que acusaban a Carrillo, nuestro intocable secretario general, de estalinista en su comportamiento real y orgánico. Como es lógico ni siquiera nos permitíamos hablar de tales patrañas y ambos se tacharon como traidores a la causa y listo. Porque lo cierto es que el Partido sí avanzaba. La nueva noticia es que todo un grupo de la Facultad había decidido integrarse en nuestras filas. Mejor dicho dos. Unos que se llamaban Octubre Rojo y otro, más numeroso, de las gentes del Pci (Par tido Comunista Internacional) que eran muy conocidos en la Facultad, sobre todo por una chica pelirroja y muy combativa, Isabel Villalonga.

Socialistas por allí, ni por la Universidad había ninguno. No existían, vamos. Habían estado los de Tierno Galván, el partido socialista del interior, pero la mayoría, entre ellos Curiel, se habían pasado al PCE. De los otros, del PSOE, se sabía que había unas momias por París. Pero se consideraba algo así como un partido difunto. Nadie había oído hablar de Felipe González ni de Guerra, y aún tardaríamos años en oír siquiera mencionar sus nombres.

El trabajo en el Partido era sobre todo hablar y conseguir captar gente. El reparto de la propaganda era lo esencial y donde debíamos observar todas las medidas de seguridad. A la hora de ir a recogerla y a la hora de distribuirla. Si te pillaban con ella encima lo que te esperaba era primero el calabozo de la comisaría y luego Carabanchel. Si te pillaban con un fardo, claro. Así que cuando

quedábamos con nuestros responsables cruzábamos tres veces el mismo semáforo y hacíamos ida y vuelta en la misma línea de metro para comprobar que no nos seguían. Pienso que si algún social nos hubiera seguido desde luego nos podría haber cazado por aquellas cosas tan extrañas y fuera de toda lógica que hacíamos. Pero también es cierto que nosotros le hubiéramos detectado a él. Porque la gente no pasa los semáforos tres veces y en dirección opuesta.

La «social» era la Brigada Político-Social, de muy siniestra fama. Los mandaba un tal Yagüe, o la había mandado durante años. Eran unos sádicos represores aficionados a torturar estudiantes en la «Pensión» Sol, sede de la Dirección General de Seguridad, donde estaban los calabozos. Su sola mención, sobre todo a los nuevos, nos erizaba el vello. Caer en sus garras era lo peor que podía pasarte. Y había dentro de ellos algunos famosos con recorrido de verdaderos criminales, como Billy el Niño, reconocido por sus palizas y su saña contra los militantes antifranquistas.

Había «sociales» infiltrados en cada facultad, que se hacían pasar por progres y había que tener mucho cuidado con ellos. Así que nos pasábamos el día dándonos «queos» y avisándonos de chivatazos. «Oye, que el tal dicen que es de la social». Y sobre el tipo, lo fuera o no, caía el recelo y, si había algún indicio de confirmación, el ostracismo.

Estaban los grises. Pero es que esos estaban dentro y muy visibles. Eran parte de nuestro paisaje. O sea, que tenían cuartelillo dentro de la propia facultad. En la nuestra a la entrada, con un sargento al mando. Cada día nos observábamos al pasar. Los habían metido dentro después de unas revueltas y el grito, en cualquier algarada, era «Fuera policía de la Universidad».

Estudiar era difícil. ¡Había tantas cosas posibles que hacer y mucho más interesantes que asistir a clase! Más aún para un chico de provincias con ganas de conocerlo y vivirlo todo. Primero en la propia Facultad, en cualquier corrillo fuera en losjardines, al sol y sentados en la hierba donde nos poníamos a cambiar el mundo cada mañana, o en el bar, donde no hacía falta siquiera consumir nada para estar de tertulia la mañana entera. Los corros eran, sin embargo, bastante homogéneos. A clase íbamos menos los progres que hasta mirábamos con aire de desdén a los otros. Lo importante era lo que debatíamos entre nosotros, en vez de estar oyendo las monsergas de cualquier profesor.

Y además había chicas, aunque la mayoría, la verdad, eran más propicias a ir a clase que a hacer el progre; pero el hecho de poder

disfrutar de esa compañía tan cercana y tan poco frecuentada suponía un aliciente extraordinario para «fumarse» las clases.

Pero aquel primer año aún acudí a bastantes. Y me cundió bien el curso aunque había llegado tarde. Acabé por aprobar todas menos dos y me di por satisfecho. En junio me consideraba un veterano. Y además, en mayo había dejado el piso y me había ido a una buhardilla al Rastro, mucho más barata y que compartí primero con un tipo de lo más peculiar que jamás supe bien a qué se dedicaba, pero que era paisano y luego con un personaje genial, que era de Ermua, dibujante, y conseguía colocar bastantes cosas en Hermano Lobo.

Estaba muy loco y era muy ácrata, pero era un magnífico compañero. De éste no digo el nombre, como tampoco de otros muchos porque no me da la gana y son ganas de señalar, porque tuvo un final personal desgraciado. A mí, que publicara de vez en cuando en la revista satírica Hermano Lobo, que era uno de aquellos mínimos nichos por los que con el humor como excusa se colaba alguna crítica al Régimen, me parecía el culmen de todo. En Hermano Lobo estaban Chumy Chúmez, Gila, Ops, Summers, Forges y Perich, y escribían Umbral, Vicent y Cándido. Nosotros creíamos que todos eran rojos y que si no lo decían más claro era porque no podían, por disimular. Entonces todo el que era antifranquista era o parecía rojo. Hasta Mingote.

Con él conocí a mucha gente del teatro, que era la escena más reivindicativa por entonces. Estaban Los Goliardos y estaban mis amigos que habían hecho Castañuela 70, que había sido tal éxito, donde se unió crítica y gracia a raudales y hasta les dio unos dinerillos. Con ellos se decidieron a montar un nuevo espectáculo, El retablo del flautista. Pero el día del estreno tuvieron la mala fortuna de que se le ocurriera ir a verlo al mismísimo ministro de Gobernación, Garicano Goñi. Y al día siguiente se clausuró la función y mis amigos se vieron en la peor de las ruinas. Empeñados además de censurados.

La buhardilla, en Carlos Arniches 3, en el Rastro, al lado de una corrala donde vivían varias familias de chamarileros y gitanos con las que siempre se mantuvieron cordiales relaciones, estaba en una galería de nichos similares. Salía muy barata porque no tenía ni agua corriente y por tanto tampoco baño. Éste se encontraba a un extremo del pasillo, justo bajo una bombilla amarilla. Pero salía muy, muy barato, mucho más que el piso. Además me parecía el máximo de lo bohemio y de lo progre. Hasta presumía. Pero la verdad es que yo andaba más que tieso en lo económico. No me

quedaba nada de los francos y había ido sobreviviendo con trabajillos que me buscaba. Desde hacer encuestas a irme a descargar al mercado de Legazpi por las noches. Una vez donamos sangre y nos dieron 700 pesetas y un bocata. Para un mes largo del alquiler de la buhardilla, que nos salía por mil entre los dos.

Lo de comer pues a los comedores del SEU, que por 25 pesetas te apretabas cuantos platos de lentejas quisieras, o sea dos y un algo de segundo, o bien alguna tasca de las baratas. O colándose en una boda. Que esto es lo que me enseñó a hacer mi amigo el dibujante.

Era un artista. Para eso nos poníamos el traje. El único que tenía él y el único que tenía yo. El mío de rayas y el suyo de pana. Localizábamos una boda y nos metíamos en la iglesia. Luego íbamos al ágape y si veíamos que había cierto descontrol y las mesas no estaban numeradas ni con los nombres de los invitados, nos colábamos. En las bodas siempre falta alguno que al final no ha podido ir. Siempre queda un sitio libre en una boda. Ya lo creo. Y a los del novio se les decía que se venía por parte de la novia y al revés. Comíamos y bebíamos bien, y hasta hacíamos amistades. Porque en una acabamos un tropel, y hasta con un sombrero de copa, en la buhardilla y aquello fue una juerga de las buenas. Los invitados verdaderos y los dos falsos, borrachos y al final riéndonos todos de nuestra mentira. Creo que venía hasta el padrino.

La otra afición de mi colega, amén de colarse en bodas, era correr delante de los autobuses. Decía que era por ver la cara de los conductores.

-Ellos a lo que están acostumbrados es a ver a la gente correr detrás de ellos cuando arrancan y se piran con una sonrisa maliciosa de ¡ahí te jodas!, aunque hay alguno bueno, pero que les corras delante les deja muertos.

-Un día te va a atropellar uno y vas a tener un disgusto.

- No corro cuando van lanzados. Corro sólo cuando están arrancando, que van muy lento. Enseguida me aparto.

Mi amigo era muy ágil, nervioso y rápido. Un día le salió una novia que tenía piso y se marchó. Dejó la buhardilla pagada hasta el verano, casi dos meses más de lo que le correspondía. Para entonces ya habían andado por allí los hermanos Krahe, y Sabina también vino un día. Estábamos preparando una gorda en mi ciudad para septiembre, y se apuntaron a través de Alberto Pérez, que era amigo y de Sigüenza. Y cantaba los boleros como no los cantaba nadie. Buena gente Alberto, y su hermana muy guapa, con la melena más larga que había. Casi tan guapa como una amiga que tenía y que me gustaba mucho a mí.

Madrid era duro, y sin dinero aún más, pero no era hostil y yo no sentía apenas las penalidades. Su aire, su sol, calentaba con el tibio rayo de libertad las alas de la mosca provinciana que podía volar a su aire. Lo sentía cada uno de los lunes en que volvía de pasar el fin de semana en casa de mis padres, que se fueron espaciando cada vez más. Uno podía andar a su antojo, ir y tornar, hacer lo que le viniera en gana, estableciendo sus propias obligaciones o dejándose llevar por no cumplirlas, sin que hubiera una especie de ojo controlador de tus pasos. Esa sensación de ser anónimo entre la multitud, de que a nadie le importara tu transitar, de poder cada mañana establecer tu propia ruta, tus compañías y soñar tu futuro no tenía precio. La gran ciudad parecía darte un cierto amparo y una cierta impunidad que contrastaba con la atmósfera opresiva en que, ahora me daba cuenta, había vivido desde niño en el pueblo, luego en la localidad vasca y después en la ciudad mesetaria que percibía como opresora y siempre vigilante de que no asomara la cabeza o sacara los pies del tiesto. Además ya no era un niño ni creía ser un jovenzuelo, era un universitario, con ideas, con ilusiones, con sueños personales y colectivos. Y como yo éramos muchos, unidos si no por la ideología y el ansia de libertad, que bastantes también, sí, al menos, pero esa misma sensación de sentirnos algo más sueltos y algo más liberados de pesos y controles, aunque estos existieran y se nos presentaran por momentos de manera incluso brutal. Pero mientras, y a salvo de esos momentos, nuestro deambular, nuestro vuelo, aunque fuera de insectos, nos aportaba un pálpito de dicha, de gozoso aleteo.

Los de provincias tendíamos a juntarnos por una razón obvia. Primero los de la propia ciudad y aquello del paisanaje que une siempre más fuera del paisaje propio, pero también con los que como nosotros teníamos una misma situación. Los de Madrid hacían otra vida, en sus casas paternas, en sus barrios de origen, llevaban su vida más o menos de siempre, pero nosotros andábamos más sueltos. Yo creo que hasta nos contemplaban con cierta envidia aunque nos llamaran paletos de manera más o menos encubierta. Muy de Madrid pero dormían en casa y nosotros pues los unos en colegios mayores - si la condición económica era más pujante y según qué cuales, que los había prohibitivos hasta para los medio ricos-, o en pisos compartidos, que era la moda y a lo que aspiraban los que tendían más a progre, y algunos como yo en buhardillas, que aunque fuera por necesidad le daba un toque apetecible de bohemia.

De vinos andábamos por Moncloa y el barrio de Argüelles, y

hasta había bares identificativos hasta por ideologías y facultades. La izquierda complutense más bien del sector letras, los de ciencias tenían más y difíciles apuntes, solía andar por los baretos de los esquinazos, el Morro o el Rosal, y fundamentalmente, o sea porque era lo más barato, le dábamos al vino sin marca y al botellín de un quinto. No éramos apenas de discotecas, donde pululaba más la derecha y los pijos, que se suponían misma cosa, pero alguna vez, aunque de manera muy extraordinaria, se podía uno dejar caer por la Plaza de España. Por la noche había territorios. Unos empezaron a ir por Malasaña, aunque fue bastante más tarde cuando floreció de verdad y se convirtió en el referente máximo de lo que llamaron movida. Entonces, cuando nosotros, no había «movida» sino que andábamos en revoluciones, en lo que los de la movida ni estuvieron ni se les esperaba. Yo solía frecuentar el Sésamo, por aquello de que era literario. Cuando tenía alguna perra me iba a las Cuevas a por una sangría buscando compañía, o llevándomela puesta, para intentar ligar a base de versos, aunque fui dejando la poesía en reserva porque comprobé que no era precisamente el mejor de los caminos. Valía la cosa cultural, literaria y bohemia pero era mejor intentarlo con escritos ajenos que con los propios. Estos sólo podían tener un merecer en segundas o en terceras citas y si había habido ya algún beso, al menos, de por medio. Entonces sí que podían funcionar algo mejor. Que no mucho, la verdad, pero de algo sí valía.

Pude incluso añadir unos ingresos más a la «hacienda». Me llegaron por el amigo que era jefe en los Sindicatos Verticales y el que estaba acabando magisterio. Me consiguieron colocar en Pueblo, que tenía una sucursal en la provincia. Cuatro páginas, pero había que cubrirlas. Menos de deportes escribí de todo. Y con mucho cuidado aquel año. Siempre entre líneas si se quería decir alguna cosa. Lo que criticábamos mucho era si había baches en las calzadas o socavones en las aceras. Yo me di al reportaje costumbrista. Y decidí que el periodismo iba a ser lo mío y que además era compatible con Políticas que era lo que estaba haciendo, pues me convalidaban muchas de las asignaturas. Me acercaba además a la literatura. Que uno aún soñaba con ser Quevedo aunque no hubiera avanzado nada en absoluto en ello. Diría que hasta había retrocedido.

Porque antes que nada y sobre todo estaba la revolución. Antes incluso, aunque muy poco, de las chicas. Que a pesar de algún restregón en las Cuevas de Sésamo, la experiencia madrileña había sido frustrante. Muy frustrante, a qué engañarnos. Yo creía que

aquello iba a ser orégano. Que encima, habiendo viajado por Francia tendría un plus. Pero nada. Mis acercamientos a mis compañeras de facultad resultaron entre el nulo y el patético. Aún menos con las camaradas y las de otros partidos del segmento. Mucho hablar de Simone de Beauvoir, del sexo libre, de comunas, pero al fin y al cabo eran «unas estrechas». Desde luego aquello no era Francia ni apareció la excepción de la fiesta de aquel pueblo. La represión sexual práctica era todavía mucho más poderosa que la presunta liberación teórica. Y eso las progres. Las demás quedaban aún más lejanas, o a mí me lo parecía. Iban a sus cosas y a sus clases y nosotros les parecíamos un peligro. En algunas sí había cierta simpatía pero también en otras prudencia de no mezclarse con quien no se debía, y hasta rechazo. Porque «cantábamos» de qué íbamos hasta en la ropa. Yya no digo con la trenka y con las barbas.

Por eso, dijeron que venía de Curiel, un día en la «célula» se nos comunicó que debíamos de cuidar un poco las trazas y las pintas. Que mejor aseaditos, y que bueno no era cosa de cortarse el pelo pero tampoco llevar coleta. Que cuando se iba a acciones clandestinas y arriesgadas, o sea a recoger la propaganda o a alguna manifestación, o a algún salto para tirar panfletos y cortar por unos momentos una calle, era mejor llevar unas pintas que luego permitieran pasar algo más desapercibidas. Y la cosa resultó. Un día, ya casi a final de curso, que nos vimos en un momento perdidos cerca de Cuatro Caminos, yo dejé de correr y lo mismo le dije a la chica que venía a mi lado. Nos metimos en un portal y luego salimos los dos de la mano, procurando serenar la respiración. Y pasamos al lado de los grises que venían a la carrera por la calle. Corriendo tras los que corrían, detuvieron a algunos porque habían puesto un coche al final de ella y alguno fue a caer en sus mismas porras y en sus mismos brazos. Los grises en el fondo eran lo de menos, se limitaban por lo general al trompazo. Pero aquel día también detuvieron. Y eso fue malo. De mi célula cayó uno y le costó caro. Luego nos enteramos de que le habían roto un tímpano de un golpe en la comisaría. Pero que no había cantado. Fue recibido como un héroe. Y a todos nosotros se nos pasó el susto. Porque yo anduve una semana sin aparecer por la Facultad, encerrado prácticamente en la buhardilla. Nunca he sido muy valiente que digamos.

Aquello fue por marzo, cuando lo de la Bazán. Una huelga y manifestación de los obreros de la empresa de construcción naval se manifestó por Ferrol que se suponía era del Caudillo. La policía

disparó. A matar. Porque entonces se disparaba a matar. Y mataron a dos obreros. Amador Rey y Manuel Niebla. Nuestra respuesta era intentar que al menos se supiera. Porque el Régimen no sólo mataba; además silenciaba a los muertos y hablar de ello se convertía en subversión. Los panfletos, los carteles, los «saltos», pequeñas manifestaciones en la calle, eran intentar que el silencio no cayera sobre todo y sobre todos. Ante todo sobre los dos jóvenes obreros que habían pagado con su vida el pedir un salario más justo.

Aquello fue un poco antes de la primavera, que estuvo tensa y con mucha actividad política, que fue decayendo según se acercaban los exámenes. Tras ellos el Partido, en la Universitaria, cerraba su actividad y entonces ya se vio muy bien que yo volviera a mi ciudad y empezara a desarrollar lo que tanto tiempo venía dándoles la murga y haciendo aunque a veces fuera un poco a escondidas. O sea, que tenía que ir un algo de clandestino con mis amigos clandestinos y me estaba ganando cierta fama de indisciplinado y ácrata. Mala cosa en el Partido.

En realidad casi no me quedaba otra que volver. Se me echaba encima el verano. Había pasado los exámenes, que apreté un poco, y como digo no me fue mal del todo. Pasaba curso. Vivir en Madrid de continuo, aunque tuviera la buhardilla pagada, que no era cosa de perderla, no me lo podía permitir, porque además necesitaba encontrar trabajo y allí no me había salido nada, aunque intenté y a punto estuve de lograr un puesto en una tienda de un mercado. No me cogieron porque al decir que era universitario el dueño me dijo que no le interesaba. «Tú luego te vas a los estudios y cuando los acabes me dejas. Necesito un mozo que aprenda el oficio y se quede». O sea, que en cuartos andaba peor que en las últimas. De modo que no tenía más remedio que volver a mi ciudad y a la casa paterna.

Sabía que no iba a ser fácil a partir de entonces la convivencia. Una cosa era la noche del sábado, que era una y de lógico salir cuando iba de fin de semana, y otra el todos los días de antes. Yo me había hecho muy independiente y lo de estar a una hora en casa ya no iba conmigo. Además, las discusiones políticas con mi padre comenzaron a encresparse. Él, entonces, era simplemente un labrador que había emigrado y que tras andar por el País Vasco había regresado. Ahora trabajaba en una vidriera. Era archero en la cadena de producción y marchaba bien. Hasta se había comprado un piso. Me decía y me repetía que no me metiera en líos. Y menos allí, donde todo se sabía y donde ya me tenían señalado. Pero a

poco resultó que quien también andaba en líos fue él. Aquello fue un par de años más tarde. Antes y aquel verano quien entró a trabajar en la fabrica, en oficinas y como eventual durante los meses de verano, fui yo.

Daban preferencia a los hijos de los trabajadores y allí caí. Aquello hizo que de la vendimia y de Francia me olvidara, porque eran tres meses de sueldo seguro, que no era malo y que lo ahorraba casi todo, pues la comida y la cama las tenía cubiertas. Me daría para buena parte del invierno.

VI
VIENTOS DEL PUEBLO

La organización del Partido en la pequeña ciudad, o sea los cuatro o seis que se reunían cada cierto tiempo y poco más, pero gente muy seria y disciplinada, tampoco nos veía del todo con muy buenos ojos. Éramos una banda de chavales y aquello les parecía un tumulto. Pero sin duda hacíamos mucho más ruido y movíamos más la calle que la pequeña célula digamos que oficial, y que se limitaba a adoctrinarse entre ellos y a repartirse el Mundo Obrero. O eso nos parecía a nosotros entonces, que íbamos de sobrados. Nada más lógico dada la edad por otra parte. Nos parecía que eran unos inmovilistas inactivos y que no hacían nada. Que éramos nosotros los únicos que de verdad actuábamos. Cosas de la edad, ya digo, que en algo no andaban desencaminadas pero que también eran en parte bastante injustas, porque a su modo y manera vimos que tanto por las fábricas como por los grupos cristianos que se movían en el ámbito obrero (la HOAC) eran muy activos y estaban creando una organización cohesionada y fuerte. Eso sí, tuvieron que reconocer que la campanada en aquel verano, ya a finales de 1972, la dimos nosotros y el resultado nos llenó de estupor a todos. Porque nadie podía esperar una respuesta semejante y menos en una pequeña ciudad de provincias.

La cosa empezó a tomar cuerpo en forma de macro exposición de artes plásticas, pintura, grabado, fotografía, al aire libre y luego de un concierto-recital en un lugar público sin que hubiera que pagar entrada. La máxima era llevar el arte y la cultura a la calle y a través de ella concienciar a la gente.

Lo inaudito es que el Ayuntamiento franquista nos lo permitió. Me imagino que lo que intentaban era darse un barniz de cierta apertura y que no nos veían demasiado peligrosos. Enviaron a la casa de la higuera al concejal de Cultura, un señor que había estado en la División Azul siendo un jovencito, un «Kinder», un niño, que era como firmaba sus artículos en el periódico provincial, para supervisar lo que queríamos hacer. Los cuadros, los grabados en madera y las fotografías no le interesaron nada. Descubrimos de inmediato que su preocupación máxima eran los textos de poetas que queríamos recitar. Estaba más que mosca con los cantautores

que traían por mal traer a la censura convirtiendo, como había hecho Paco Ibáñez, unos versos de Quevedo o hasta del mismísimo Góngora en reivindicaciones revolucionarias. Su obsesión tenía un nombre y una fecha mucho más reciente. Es que no apareciera ni por lo más remoto un texto de jesús Hernández. Y le juramos por lo más sagrado que de «Jesús» Hernández nada de nada. Confundía al ministro comunista de la II República con el poeta, con Miguel. Nos vino de maravilla y cumplimos nuestra palabra.

Trabajamos como posesos aquel verano. Íbamos a hacer lo que se hacía en París pero lo íbamos a hacer en España, en una ciudad provinciana y conservadora. Todos estábamos verdaderamente ilusionados, quizás muy ilusamente, en lo que aquello iba a significar. Y encima hasta nos imprimieron un pequeño programa que pudimos repartir y con el que se convocaba a los actos.

La exposición de plásticas estuvo emplazada en la propia Plaza del Ayuntamiento. Nuestros artistas aportaron todo lo que tenían pero además llegó apoyo madrileño. Dibujantes de Hermano Lobo nos enviaron algo de sus obras, y hasta el propio Forges, no sé si original o alguna fotocopia ampliada, estuvo presente. Lo cierto es que se acabó por completar algo muy digno y aceptable. La intención de llevar el arte a la calle estaba conse guida. Otra cosa era lo que la calle pensaba. Hubo curiosidad. No mucha pero sí alguna. La segunda intención era ver si algo se vendía. Y las ventas tendieron a casi nada. Pero algo sí logró venderse al fin y al cabo. Me parece que un par de grabados de madera y algún cuadro.

Pero el plato fuerte iban a ser y fueron el recital y el concierto. En una plaza cercana, la del Mercado de Abastos. Un recinto enorme cuando estaba vacío de los puestos ambulantes que se instalaban cada martes. Imponía y nos temíamos lo vacío que iba a parecer si sólo participaban unos cientos de personas, aunque la entrada era gratuita y libre. Íbamos a parecer cuatro gatos.

Nuestros músicos, sin embargo, estaban muy animados. El acto iba a consistir esencialmente en canciones, pero pespunteado con algunos versos de grandes poetas, cortos y con mensaje; o sea, en absoluto de nosotros. Como en la exposición de plásticas la esperanza y el puntazo fue que se apuntaron los «amigos» de Madrid. A través de los contactos universitarios y buhardilleros -y cuestiones de paisanaje - resultó que acabó por venir Javier Krahe, con vinculación con la provincia, y el bueno de Alberto Pérez, de Sigüenza. A Sabina creímos verle pero no cantó en el escenario.

Todo estaba listo y sólo faltaba, tras montar el muy sobrio escenario y los micros, que viniera gente. Y ante nuestro estupor

comenzó a llegar a raudales. Cuando pasaban de doscientas personas los presentes, ya nos dábamos por satisfechos; cuando llegaron a las quinientas, estábamos eufóricos; pero cuando aquello se llenó y puede que hubiera cerca de dos mil no salíamos de nuestro asombro. Gente joven la mayoría, pero también otros que no lo eran y algunos claramente gente obrera y algunas personas mayores a las que se veía emocionadas.

También empezamos a ver cerca del escenario a miembros de la policía secreta, de la social, y un pájaro de mal agüero que iba de jefecillo, regordete y con el bigotillo típico, al que teníamos particular miedo. Se les notaba crecientemente inquietos y mosqueados. Y según subía la temperatura, emocional con las canciones de Alberto y luego reivindicativa y jocosa con las de Javier, con A beneficio de los huérfanos y otras letras, que tan solo eran irreverentes pero ya suponían una trasgresión y hasta un verdadero desafío.

En algún momento pareció que nos iban a suspender por las bravas, y en un par de ocasiones casi estuvieron a punto de hacerlo. Les debía frenar la posibilidad del escándalo o incluso la reacción de la gente. Entre las canciones se entremezclaban los poemas, acompañados de guitarra. No pasó nada con Machado, ni con Lorca, ni con León Felipe. Pasó cuando me tocó Hernández y sus Vientos del Pueblo. Cuando aquello de «yugos os quieren poner gentes de la hierba mala, yugos que habéis de dejar rotos sobre sus espaldas», el del bigote hizo un ademán furioso de subir. Pero se contuvo todavía un instante, los aplausos inundaron la plaza, no se debió oír el final. Los ademanes de los policías eran perentorios. Me hicieron bajar. Aquello estaba acabado. Punto final. Pero no importaba. Sabía y sabíamos que habíamos hecho algo muy importante. Vi gente con lágrimas en los ojos. Algunos se atrevieron a abrazarme. Fue la primera vez que pisé una comisaría.

Iba asustado, con verdadero pánico a lo que podía sucederme y lo que podría yo aguantar. Pero una vez allí la verdad es que casi no sucedió nada. Comencé a tranquilizarme y a venirme arriba cuando empezaron a hacerme preguntas que me resultaron casi ridículas. No puedo considerar aquello ni siquiera un interrogatorio. No sabía ni qué pretendían, se limitaron a vaguedades. Salió otra vez lo de jesús Hernández y yo tuve que decir que no era jesús, que era Miguel, que el uno era el político y éste un poeta. «Sí, un poeta rojo». «Pero si viene en los libros de literatura». Me guardé muy mucho de decir que había muerto preso en las cárceles franquistas y mucho menos que el único retrato suyo lo había hecho a carboncillo

nuestro paisano Antonio Buero Vallejo cuando coincidieron en un penal, condenados los dos por rebeldes. Buero durante tiempo con una condena de muerte sobre su cabeza. De los cincuenta de su grupo tan solo dos se libraron. Quizás porque a su padre, teniente coronel de Ingenieros, lo habían asesinado los «otros» por el simple delito de serlo, en Paracuellos. Me lo iba a contar él mismo con lágrimas en los ojos algunos años más tarde.

A mí en la comisaría la verdad es que no me tocaron. Me metí en mi papel de hacerme el ingenuo y hasta el tonto. Aunque se notara. Menos ir de listo, cualquier cosa. Sin ni siquiera tomarme declaración y escribirla a máquina ni ficharme, me dejaron marchar. Era ya bastante tarde y preferí irme a casa. No pude pegar ojo.

A la mañana siguiente sí era bastante palpable lo que habíamos conseguido. Se notaba incluso en las miradas. En sonrisas cómplices o gestos de disgusto. Cuando bajé a la exposición de los plásticos todo eran parabienes. La mayoría ni sabía que me habían llevado a comisaría, pero alguno que había estado preocupado sí me echó en cara que al salir no los buscara. Creo que tenía razón, aunque me justifiqué diciendo que no quería comprometer a nadie. Los del Partido oficial, lo supe luego, comenzaron entonces a mirarnos de otra manera. Poco después nos convocaron a una reunión para coordinarnos. Fuimos dos del grupo, y aunque nos hicimos los humildes, la verdad es que considerábamos que si allí se había hecho algo lo habíamos hecho nosotros.

Había que cambiar el mundo, y como no éramos de Nueva York ni de París pues empezamos por Guadalajara, que era lo que teníamos a mano. Los hermanos Durán, Paco, Cherna, Víctor, los Sambernardino fueron de los primeros y julio del Rey, que era mi amigo desde que llegué tímido y cobardón al instituto donde él se salía de la parva y nos asombraba dibujando con un solo trazo un caballo con un indio encima.

Nos habíamos metido en lo que Franco no quería que se metiera nadie, y él mismo decía que no lo hacía. «Haga como yo, no se meta en política», había espetado con aquella voz tan aflautada como temible. No importaba la procedencia ni nadie la miraba, eso vino después, cuando faltos de referentes cercanos y presentables hubo que echar mano de abuelos. Los Sambernardino procedían de familia y padre combatiente de cierto rango republicano, pero los Durán eran hijos de un guardia civil, Julio de un teniente de Infantería. Nos metíamos en política porque había que meterse y hacer algo. Porque éramos jóvenes. ¡Éramos tan jóvenes! ; pero

mucho más allá de lo que decía la canción del Dúo Dinámico. Compromiso era la palabra, y más que una palabra. Era la linea divisoria entre lo que debía y no debía hacerse. Y el compromiso abarcaba todo y todos los aspectos. El político, el vital, el artístico y, por supuesto, el musical.

El compromiso se demostraba en el escenario y era ante todo cosa de cantautores. Que era a lo que tiraban los nuestros. Pero el Pop y el Rock no estaban exentos. Aunque sí había una cierta linea divisoria, pero muy permeable y transitada de un lado a otro, entre los más «modernos», los de los conjuntos músicovocales y añadidos, y nosotros, los comprometidos.

Porque era el tiempo de los «conjuntos». Un cantante, líder y solista, bajo, batería y teclado y a meter ruido en un garaje y si les contrataban en las fiestas de los pueblos. En la ciudad el que más molaba era Jaime Busón, que era la encarnación del pop en aquella Guadalajara de funcionarios encovachados. Era el líder de todo aquello y de su conjunto, claro. Pero además era el que más ligaba. No llegaba a ídolo local pero tenía su público y quien le calentara sus alardes. Pues hasta Busón con los años acabó en el Partido, y eso que era hijo del único superviviente de la matanza de la cárcel. En la Guerra Civil y tras un bombardeo de la aviación franquista que se utilizó como excusa por los más exaltados fanáticos para asaltar la cárcel donde estaban los presos de «derechas», en muchas ocasiones sin otro delito que ir a misa, y matar a tiros y pasar a cuchillo a más de trescientos hombres indefensos. Sólo se salvó Busón, que se metió debajo de un montón de leña, pero la masacre quedó en la memoria personal de las familias de los asesinados y en la colectiva de toda la ciudad. Pero ahora aquello, el odio, había de superarse, había que mirar al futuro, había que pasar página; la reconciliación entre los españoles era tarea prioritaria y eso nos movía a tantos, hasta a esos hijos de quienes más afectos eran al Régimen. Hasta, aunque fue años más tarde, al líder del conjunto pop de una ciudad de provincias.

El pianista que llevaba los teclados en «Generación 49», Javier García Breva, se metió antes en el lío. Además de tocar en las fiestas veraniegas de los pueblos, hacía Políticas y tuvo mucho que ver en que yo eligiera esa carrera. De apariencia seria, unos años mayor, andaba metido por la facultad en un grupúsculo muy de izquierdas y pequeñito que se llamaba «Octubre Rojo» que se integró a poco en el Partido. Siempre un tipo cabal, el Breva, que hasta llegó a hacer cierta carrera en el PCE y luego, posibilista siempre fue, en el PSOE. Pero era demasiado cabal y lo postergaron.

La carrera musical la hizo Pedro, el Pelirrojo, que era el batería del grupo más joven y de mayor tirón, Los Escarcha. Jodra, Raúl y Pedrito con su pelo ensortijado y rojizo y unas eternas gafas de sol que no eran capricho. Tenía fotofobia y la luz le hacía mucho daño. Los Escarcha sí que llegaron a la cúspide local y fue grande la noche en que logramos que tocaran en mi pequeño pueblo, famoso siempre por tener el baile más animado de todos los contornos. Se vinieron luego a las bodegas y el Pelirrojo acabó caído en un montón de cebollas cuando bien podía haber estado arrebujado y calentito en alguna falda. Pero de siempre estuvo enamorado de mi hermana, Ana, la rubia, donde el hombre pinchaba en hueso. Luego tuvo muchos sitios donde pinchar. Le fue de dulce. Lo eligieron en concurso para sustituir al batería de Los Secretos, que había muerto, y llegó todo. Fama, éxito, la vida a borbotones y la muerte en una curva de la carretera. El destino trágico de todas las almas de aquel grupo. Pero antes, cuando tocaba hacer ciertas cosas y no sólo tocar la batería en los Escarcha, pegaba carteles por el barrio de la estación y tiraba panfletos por la Libertad y la Amnistía. Pop, flores, hoces y martillos puede que sonaran raro pero entonces no era raro que tocaran juntas.

Llegaba el otoño y tocaba volver a Madrid. Mi trabajo de mañana, de 8 a 3, concluía en la fábrica. Había pasado allí todo el verano, visando facturas de proveedores y clientes, con un jefe que venía de Madrid a diario, que siempre llegaba tarde y que trataba como escoria a los proveedores, de los pedidos de la gran fábrica de cristal dependían sus pequeñas empresas de embalaje y estaba muy claro que se dejaba regalar y agasajar como mejor manera de conseguirlo, y consideraba a sus subordinados como seres inferiores, a mí más que a ninguno; era el último mono de la oficina, una mínima piltrafa.

Nadie me comentó nada en la fábrica de lo sucedido en el concierto recital de la Plaza del Mercado. El silencio tenía un gran prestigio en aquella época. ¡Cuántas veces no habré escuchado el consejo de «el hablar es plata, pero el silencio es oro»! Todo lo más que se detectaba era alguna mirada cómplice o en ocasiones sesgada. Pero yo allí, en la fábrica, no me había destacado en nada, limitándome a cumplir mi trabajo y mi horario. Aquello era mi seguro de vida y de poder seguir los estudios en Madrid. Cogía el autobús que todos los días de lunes a sábados bajaba a los oficinistas y en él me volvía. Los obreros como mi padre, que iban a turnos de mañana, tarde y noche de ocho horas, iban a otras horas.

Nadie dijo ni «mu» en la cristalera de lo que había pasado; otra

cosa había sido en la pequeña redacción del periódico, donde sí que hubo revuelo y pareceres aunque se optó por parte del jefe en que mejor dejar la cosa en una nota aséptica, un par de párrafos, como si no hubiera pasado nada; y desde luego de mi visita a comisaría ni yo mismo dije una palabra. Pero ni siquiera mis compañeros, excepto el maestro, que estaba de alguna forma en el ajo, se pronunciaron a favor y se les notaba incómodos al comentar el asunto. En la fábrica ni un comentario siquiera. Tan solo uno de mis compañeros, en un momento de la mañana del lunes, se giró en su mesa y me dijo: «El sábado estuve allí». Los dos sabíamos a qué se refería y todo lo que me quería decir. Era justo el que a mi marcha volvería a ser el «último mono» de la oficina, cosa que quedaba bien clara hasta en la propia disposición de las mesas. El jefe en la cabecera, encarado hacia nosotros, y nosotros en mesas alineadas dándonos uno al otro la espalda, hasta llegar a mí, que se la daba ya a la pared del fondo.

Allí hablaba ante todo y casi solamente el jefe. El resto asentía, casi por grados y de mayor a menor. Cuando no había forma de tragarse lo que el preboste opinaba, que lo opinaba a grandes voces generalmente, la opinión que quedaba era la del silencio, que no era precisamente de otorgamiento pero que tampoco podía considerarse de réplica. Por ejemplo cuando pasó lo de Septiembre Negro en Munich.

Eran los juegos Olímpicos. No me acuerdo siquiera si ganamos ninguna medalla, que entonces era cosa casi de milagro, pero lo sucedido nos conmocionó a todos e incluso hizo que se comentara en la oficina.

Un comando de una organización palestina llamada Septiembre Negro asaltó la villa olímpica. Sus ocho integrantes, vestidos de chándal, franquearon la valla siendo incluso ayudados por unos atletas norteamericanos que creyeron que volvían como ellos de juerga, y tomaron como rehenes a nueve atletas judíos, tras haber matado a dos que intentaron oponer resistencia y al menos lograron que con la confusión otros nueve compañeros pudieran escapar. El grupo terrorista se llamaba así en recuerdo de septiembre de 1970, cuando tras la guerra perdida de los árabes contra Israel en 1967, y la toma de muchos territorios - entre ellos Jerusalén-, muchos palestinos se refugiaron en Jordania, donde acabarían por chocar contra el rey Hussein que había derivado a las posiciones más proamericanas entre los árabes. Dentro de la OLP de Arafat surgieron facciones muy radicales, entre ellas ésta dirigida por Abu Abbas.

Los secuestradores se hicieron fuertes en la Villa Olímpica con sus nueve rehenes. Israel quiso mandar uno de sus comandos para rescatarlos pero los alemanes, cuyo canciller era Willy Brandt y su ministro de Exteriores el famoso Hans DietrichGenscher, de quien se decía que viajaba tanto que habían chocado dos aviones en el aire y en los dos iba Genscher, se negaron y quisieron resolver por ellos mismos el secuestro.

Parecieron aceptar las condiciones exigidas, un avión a El Cairo y liberación de activistas presos en diversos países. Dos helicópteros trasladaron a secuestrados y secuestradores a un aeropuerto en penumbra donde estaba, aparentemente listo para despegar, un avión de Lufthansa. Pero los palestinos se die ron cuenta de que el avión estaba vacío y que era una trampa. Se produjo un tiroteo y se sucedieron las explosiones. La operación fue un fiasco completo y los francotiradores apenas si abatieron a dos palestinos de inicio y a continuación se produjo una cadena de explosiones. Una masacre. Murieron los nueve rehenes, un total de cinco secuestradores y un oficial de la policía alemana. Tres terroristas supervivientes fueron capturados. La conmoción mundial fue enorme. Los juegos sin embargo, tras suspenderse sólo un día, continuaron.

La gente en la oficina clamaba contra los terroristas, aunque no había demasiada simpatía por los israelitas. El jefe era el que más la demostraba. Nadie se atrevía a defender para nada a los de Septiembre Negro. Ni yo rechistaba, aunque los justificaba. No compartíamos sus métodos decíamos en nuestras reuniones, pero estaba justificada su acción ante el terrorismo de Estado que el sionismo practicaba. Pero a cualquiera se le ocurría decir tal cosa en público y menos en la oficina de la fábrica. Entre nosotros sí había mucha discusión. Se simpatizaba con Arafat, pero a éstos se les consideraba extremistas que contaminaban la causa. Como nos pasaba a nosotros con nuestros terroristas autóctonos, con los de la ETA.

La cosa dio de sí no sólo aquel septiembre sino el año entero, y algunos más venideros. Los de Septiembre Negro (FLP) secuestraron al poco un avión de Lufthansa y exigieron la liberación de los tres presos en Alemania. El gobierno de Brandt se plegó a sus exigencias y los liberó.

Pero los judíos no se quedaron de brazos cruzados. Su Mossad inició una caza al hombre despiadada. Su objetivo fue acabar con todos los integrantes del comando de Munich y con todos los jefes de la FLP que habían organizado la acción. Ejecuciones y bombas fueron acabando uno a uno con todos. Tan solo el jefe máximo se

salvó. Abu Abbas murió de viejo.

Y aquel otoño emprendí de nuevo rumbo a Madrid, tras dejar la fábrica y haberme conseguido que en el periódico me fueran abriendo alguna puerta en la sede central del diario. Que me importaba mucho, pero en lo que ahora estaban mis desvelos era en lo del cineclub. Tras lo de la música habíamos comprendido que la libertad vendría de la mano de la cultura, y a las canciones había que añadirles de inmediato el cine. El comprometido y que concienciara, claro. De españoladas fachas, nada.

VII

TENÍA QUE GUSTARTE BERGMAN

Bergman, el director, tenía que gustarte sí o sí. Ingrid nos gustaba a todos mucho más y sin necesidad de explicarlo. Pero Ingmar, con quien la actriz de Casablanca no tenía nada que ver, excepto el apellido, y tan solo coincidieron en Sonata de otoño, era de obligado cumplimiento que te gustara. Como que había de creer en el psicoanálisis de Freud o haber leído el Miedo a la libertad, de Erich Fromm. Eran cosas que se daban por supuestas en un joven culto y progresista. Y además, tenías que saber explicarlo y sacar conclusiones sobre El séptimo sello, interpretar las intenciones de Fresas salvajesy descifrar las claves de El manantial de la doncella. A mí me gustaba Bergman, la verdad, pero lo de explicarlo me costaba. Pero lo hacía, ya lo creo que lo hacía, como todos, en la sesión de cinefórum después de ver la película. Que por lo menos antes veías la película, porque en lo de Sigmund Freud había que leerse los libros y lo de descifrar todas tus represiones, reales u oníricas, en base a los traumas infantiles costaba una barbaridad. Lo de leerlo y lo de explicarlo luego. Las dos cosas, a cuál más difícil. Pero era el peaje necesario y el aprendizaje mínimo por el que había de pasarse para lograr el aprobado en una graduación mínima de progre.

Fuimos chicos de cineclub. El nuestro lo hicimos contando con el apoyo y la benevolencia de dos hermanos salesianos. Ellos tenían sala de proyección en el colegio y querían exten der su acción con los jóvenes cuando éstos dejaban los estudios de secundaria. No puede entenderse aquel tiempo sin aquellos curas y aquel impulso renovador en la iglesia católica española, que llevó a un sector a convertirse en dinamizadores de movimientos progresistas y dio tanto cobijo a la resistencia antifranquista.

En el seno de la Iglesia se producían movimientos muy importantes. Tanto por la base como por la cúpula. La conmoción y los cambios eran muy profundos. De un tal arzobispo Morcillo, de Madrid, que tan sólo unos meses atrás había hecho pública su decisión de permitir el acceso a la policía a los templos. Lo de acogerse a sagrado, que se respetaba hasta en la Edad Media, dejó de valer si se utilizaban para fines políticos y subversivos, se había pasado a la elección de Monseñor Vicente Tarancón, un tipo que fumaba Ducados y que se vio señalado a nada como el monstruo de las siete cabezas para los fachas. Los barrios obreros se llenaron de

curas progres que unían su suerte a los obreros y los pobres y abjuraban de los palios y de llevar a Franco debajo en la procesión.

Lo del cineclub veníamos hablándolo desde hacía ya tiempo con los curas. Si uníamos fuerzas, nosotros podíamos aportar una masa de jóvenes a las proyecciones y conseguir películas interesantes en Madrid en el circuito universitario, que también las dejaba a cineclubes de provincias cercanas; lograríamos una programación atractiva con películas que tuvieran tirón y que motivaran el debate. Los cineclubes eran en aquel momento punta de lanza para la concienciación, revulsivo cultural y social y lugar propicio para reuniones que podían empezar con una del Oeste y acabar discutiendo sobre el derecho a la huelga. O en Carabanchel, que también.

Lo del nuestro lo empezamos a mover con los colegios mayores, con elJohnny, el «San Juan Evangelista», el Chaminade y el Loyola, que eran los considerados punteros entre los chicos, y el Isabel, de las chicas. Al final pudimos utilizar sus películas tras pasarlas ellos, por un coste bastante razonable y tan sólo para un pase y de vuelta.

El cine era motivo de honda preocupación como disolvente de la moral y las buenas costumbres tanto para el Régimen como por la jerarquía eclesiástica. En las puertas de las iglesias se colocaba la lista de las películas que se proyectaban en la ciudad y se las calificaba con rombos. Dos era pecado. Para mayores con reservas. Pecado mortal, vamos. Pero, además, en las carteleras comerciales no se podían ver las películas que ansiábamos ver. Seguramente porque de haber puesto alguna de aquellas, no hubieran hecho ninguna taquilla. O tal vez sí, a tenor de lo que había pasado en la plaza del mercado. El caso es que suponíamos que no las ponían por censura y represión. Por tanto teníamos que proyectarlas nosotros.

No era la cuestión del sexo lo que más nos movía, aunque todo el mundo creía que Rita Hayworth se acaba por desnudar completamente en Gilda y que después de quitarse el guante se quitaba todo, sino que estábamos mucho más por lo social, lo revolucionario y las nuevas olas. Lo que queríamos ver y que se vieran eran películas «comprometidas». Y esto, a los salesianos, que en fondo lo del sexo ya se les hacía cuesta arriba, no les parecía nada mal y por ahí no teníamos problemas con ello, aunque había líneas rojas, nunca mejor dicho, y poner El Acorazado Potemkim suponía traspasarlas y meternos todos en un buen lío. Pero otras muchas, menos sonadas y de muy parecido cariz sí que colaban. Más contando a nuestro favor que era en el Colegio de los Salesianos donde se hacía la proyección y eso sí que suponía un

resguardo. El régimen tenía sus temores a meterse con la Iglesia, aunque tuviera fichados a los curas progres, curas obreros que se les llamaba.

Así que firmado el pacto, el cineclub nació y comenzó a crecer en audiencia de manera extraordinaria. Empezamos a traer películas y, lo más importante, a hacer coloquios, el cinefórum, para analizarlas y discutirlas después de la proyección. Empezamos, para no mosquear a la autoridad competente que todo lo vigilaba, con perfil bajo, con la Nouvelle Vague francesa y mis queridos 400 golpes de Truffaut y algunas del Oeste, aunque entonces a quien le gustara Ford -y no digamos John Wayne - era un facha perdido. Como queda ya contado la moda era Bergman. Todos teníamos que decir que nos gustaba Bergman y luego interpretarlo. Las disquisiciones sobre lo que había querido decir eran maravillosas y estoy convencido de que alguna vez hasta yo mismo me creí lo que opinaba de ellas cuando acababa la sesión.

Pero el primer gran momento fue lograr traer una de Buñuel, ni más ni menos que Las Hurdes, tierra sin pan, su documental sobre la deprimida región extremeña, y Viridiana. Fue el punto álgido que supuso el despegue del cineclub e hizo de él la herencia más estable a lo largo del tiempo en la ciudad. También la causa del primer problema.

Vivíamos obsesionados por la infiltración de la policía. Y no era para menos. Porque se empezó a decir que uno de los que se habían apuntado era un «social». No lo era todavía. Pero estaba estudiando para serlo. Y nosotros teníamos un problema. Porque sí, habíamos descubierto al «social» y había que hacer algo, pero era también un vecino y conocido de bastantes de los asistentes habituales, y además, ¿qué podíamos hacerle?

Estaba, o eso nos parecía, fuera de toda duda que sus intenciones no eran buenas. Sabíamos a ciencia cierta, por la hija de otro policía que estaba con nosotros, que eljefecillo del bigote le estaba dando clases para que aprobara los exámenes de acceso y el pago añadido por sus servicios no podía ser otro que informarle de lo que en el cineclub se cocía y se decía. Y delatarnos a todos los que pudiera y en cuanto pudiera al más mínimo traspiés, de paso.

Optamos por afrontar directamente y por las bravas el asunto. Y una noche, a la salida de la función, lo acorralamos entre varios. Fue muy tenso y las pasamos, él y nosotros, muy mal. Acabó medio por confesar, aunque se mantuvo en que no se había chivado de nada y que lo único que había dicho es que hablábamos de cine moderno. O sea, que sí, pero que no. Pero que quisieron evitar de

alguna manera la proyección de Buñuel también fue cierto y eso sólo podían haberlo sabido, pensábamos, por él. Porque que los dos curas y el director del colegio sufrieron presiones al respecto también fue un hecho. El cineclub estuvo a punto de clausurarse y faltó un «tris» para que el director salesiano tomara esa decisión. Pero pudieron más nuestros dos curas y la cuestión se zanjó de manera favorable. Vimos Las Hurdes y Viridiana y el aprendiz de policía no volvió a aparecer por la sala. Pero ya sabíamos que el grupo de cabecillas estábamos más que fichados y que había dado a su jefe nuestros nombres y contado nuestras opiniones.

El cineclub salió fortalecido, sin embargo, siguió y prosiguió con creciente aceptación y número de socios su curso. Perduró en el tiempo y por muchos años, lo que era una rareza, porque las cosas se comenzaban muchas y algunas hasta cosechaban éxitos de inicio, pero no acababan de cuajar del todo, languidecían y acababan por morir de inanición. Por ejemplo, aquello de la exposición y la plaza del mercado al año siguiente se quedó en bastante menos, y aunque hicimos varias incursiones por poblaciones de la provincia, que cosecharon un relativo impacto, nuestra energía se fue agotando y a poco ya no fuimos capaces de organizar en aquel aspecto nada más.

Sin embargo el impulso que originaba todo, el de los jóvenes rebelándose, sí se estaba extendiendo por toda la provincia, y en muchos lugares comenzaron su propia andadura montando clubesjuveniles a imagen y semejanza de lo nuestro. No era apenas nada, pero en realidad era más de lo que parecía y significaba mucho después de todos los vacíos. Aunque si uno miraba las calles de la ciudad en un día cualquiera, no pudiera percibirse nada y parecer que todo permanecía inmóvil e inamovible. Que era lo que en algunos momentos, para mi propia desolación, me parecía.

VIII

COBARDÍA

La cobardía contiene dos miedos. El interior y el exterior a que los demás lo perciban en nosotros. El miedo, en sí mismo, y aunque no goza en absoluto de prestigio, no es en modo alguno cobardía y hasta supone cierto grado de inteligencia el tenerlo y sólo las criaturas sin razón ni conciencia de la vida, y los locos más hundidos en sus delirios, carecen de él. Los tontos siempre han sido muy osados.

El miedo lo sentimos todos y nos salva en muchas ocasiones. Nos previene de la catástrofe y nos ayuda a evitarla. Ello sucede cuando conseguimos controlarlo o, sin vencerlo del todo, al menos equilibrar sus impulsos con los que nos llevan a arriesgar cuando consideramos que es lo que tenemos la obligación de hacer o cuando, incluso, no nos queda otra salida que la temeridad. Pero cuando el miedo, por encima de nuestra propia voluntad, se apodera de nuestro ánimo, es cuando nos convertimos en cobardes. Lo sentimos dentro, conduce nuestra mente, nos hace sufrir por anticipado consecuencias y terrores y nos señala - el miedo es muy imaginativo - las peores penas futuras y nos indica, con aparente inteligencia, las mejores sendas de escape para sutilmente convencernos de que nuestra huida está más que justificada y no es sino la más prudente y sabia de las medidas. Pero en el fondo, el alfilerazo de la vergüenza nos hace saber que nos mentimos, y es entonces cuando ese segundo miedo exte rior nos atenaza. Nuestro esfuerzo se concentra en que no sea percibido por los demás y el que estos puedan detectarlo nos atenaza aún más. Pero también, en ocasiones nos ayuda a vencer y compensar el primero. Tener miedo era algo cotidiano y todos asumíamos tenerlo, pero era imposible que confesáramos la también frecuente verdad de que a veces nos vencía y ya era terrible cargar con la culpa de haber sucumbido a la cobardía. Entonces uno se sentía manchado, sucio y expuesto a las miradas que iban a detectar de inmediato nuestra debilidad, nuestro pecado. Porque la cobardía era el peor de los pecados en nuestra nueva iglesia.

Porque nosotros no habíamos dejado la iglesia. Sólo nos habíamos mudado de creencias. La Fe la habíamos sustituido por la Razón atea, la Biblia por la interpretación materialista de la historia según Marx con un apósito del Nuevo Testamento a convenir y a conveniencia, los hermanos bautizados en Cristo por los camaradas

ungidos por Lenin, y la Católica, Apostólica y Romana como verdadera religión ante protestantes y desviados, por el PCE como verdad y guía entre las sectas y herejías «chinas», trotskistas y ácratas. El Partido era la Iglesia, el Papa, Carrillo, con Pasionaria como Vieja Diosa Madre, la curia cardenalicia, el Comité Central y los obispos, los jefes del movimiento obrero y del comité universitario. En ella creíamos con pasión de catecúmeno, cumplíamos sus reglas, purgábamos los pecados contra su doctrina y ¡ay de ti! si era tan grave tu desvarío o tan enormes tus culpas que eras excomulgado y arrojado a las tinieblas. Entonces el mundo entero caía como un tenebroso velo negro sobre tu mente, tu alma y tu futuro. Sin llegar a la excomunión completa, pero juzgado y condenado por herético y pusilánime, la separación temporal suponía la expulsión del Paraíso de los elegidos y la patada hacia las mismísimas puertas del infierno, a no ser que te avinieras y lograras superar un Purgatorio. Y por el Purgatorio iba a tener que transitar, tras ser pateado hacia los Abismos al finalizar aquel curso. Pero antes había rozado algunos cielos.

Porque en aquel curso 72-73, pasaron y me pasaron muchas cosas. Aprendí a enfrentarme a los grises y hasta a hacer caer alguno del caballo, a saber lo que era un vergajazo, a ser separado del Partido por cobarde y a ser rehabilitado tras superar pruebas de redención. Pero también me enamoré de verdad por primera vez en mi vida y a ser correspondido. Aprendí a sufrir por amor y por mi estupidez. A saber que había amado y había sido amado después de haberla perdido.

Todo aquello me sucedió mientras las señoras oían en la radio Simplemente María, radionovela pacata y lacrimógena, que triunfaba en los corazones femeninos pero que preludiaba con su canto de cisne final el ocaso del género y su sustitución por los culebrones. Crepuscular fue también aquella llegada a España del padre Peyton, que era un cura que rezaba el rosario en familia, pero por la radio. En canciones eurovisivas íbamos por Morey que fue aquel entonces nuestro representante y quedó el 10 aunque a nosotros nos hubiera gustado que quedara el 30 o que mejor se hubiera desplomado el escenario. Por el cine andaba quitándose la ropa Carmen Sevilla, que se destapó en Cera Virgen, de Forqué; a algunos les parecía un escándalo, y a nosotros poco más que dar el cante de otra manera. Legrá revalidó su título de campeón de Europa de Boxeo y Fernández Ochoa ganó una medalla de oro en los juegos de Invierno en Sapporo, en Japón, que durante lustros fue «la medalla». Porque no habría otra hasta que creció una

hermana suya que acababa de nacer. El acontecimiento social fue la boda de la nietísima, Carmen Martínez de Bordiú con Alfonso de Borbón Dampierre, que era hijo de un hermano mayor de Don Juan, Jaime; que había renunciado a sus derechos porque era sordomudo o algo así, y por un matrimonio no real o algo parecido. Todo esto no nos importaba casi nada, y veíamos a los monárquicos y sus tramoyas todavía más chocos y caducos que al mismísimo Franco y sus ministros con charreteras. Pero sí nos maliciábamos que el Dictador casaba a su nieta con aquel tipo para hacerlos reyes luego a los dos y que el «bobón» de Juan Carlos se podía quedar compuesto y sin corona aunque lo hubiera nombrado ya sucesor.

Pero preocuparnos nos preocupaba más bien poco, que entonces los progres no leíamos y si lo eras a lo que no podías dedicarte era a la prensa del corazón. Éramos unos ingenuos puristas y aunque no hubiera telebasura entonces hubiéramos abjurado de tales pompas y obras como quien abjura uno de los peores satanases. Pero en aquel tiempo aún se pensaba que forrarte de mala manera y ser rojo al mismo tiempo no casaba bien. Éramos unos estrechos. Tanto que hasta hubo quien criticó a Miguel Ríos, al que detuvieron por fumar hachís. Víctor Manuel no le daba al costo, que se supiera, pero también lo censuraron en la TVE. Manuel Vázquez Montalbán sacó la primera novela de su detective Carvalho, que había que leer por obligación y devoción.

Entre los dos mundos, el azul y el rojo, el oficial y el subversivo, que se despreciaban sin reconocerse la más mínima calidad, apareció una obra en televisión que dejó perplejos a todos: La cabina, protagonizada por José Luis López Vázquez. Un argumento sencillísimo. Un hombre se quedaba encerrado e impotente en una cabina de teléfonos y ante su desesperación nadie hacía nada por ayudarlo. Todas las interpretaciones, cada cual barriendo para lo suyo, eran buenas. Pero había una que en realidad nos identificaba a todos. Muchos españoles tenían la sensación de estar atrapados en aquella cabina.

La geopolítica internacional e ideológica había sufrido una conmoción. Nixon, el presidente americano, el malvado de Vietnam, se había ido a China, que estaba enfrentada a la URSS, en una visita que los prochinos no sabían muy bien cómo explicar en la Facultad. La diplomacia del ping-pong la llamaban, pero a los demás nos sonaba a pura traición. A atroz herejía. Los chinos no habían ayudado para nada a los héroes vietnamitas. Mao era poco de fiar. Y Nixon menos. En junio empezó a hablarse de un caso llamado Watergate. Un asunto que al principio no entendíamos muy bien ni

acertábamos a comprender su alcance. La cosa es que por EEUU se había liado una parda porque a lo que parecía, habían pillado a unos espiando a los del partido demócrata, que eran algo, aunque sólo un poquito, menos fachas que los republicanos. A nosotros entonces todos los USA nos parecían fachas o progres de mentira, empezando por Kennedy y no digamos su mujer Jacqueline, que no había tardado dos viñetas en irse a la cama con el naviero plutócrata Onassis. Menuda pájara. Como la de Mónaco, Grace Kelly o aún peor. Que se espiaran los unos a los otros nos parecía en realidad cosa de poca monta pero el caso es que el Watergate acabó con Nixon y nosotros lo celebramos. Y cambiamos un tanto de opinión sobre algunas cosas USA como aquel periodismo que empezó entonces a parecernos que era progre de verdad, algo a imitar. Nos aprendimos los nombres del Bernanke, el director del Washington Post, y de Woodard y Bernstein, los jóvenes periodistas. Y algunos hasta de la señora aquella que era la propietaria del diario y aún siendo una capitalista tenía aquellas cosas tan majas.

Pero el verdadero héroe americano era Marlon Brando. Había sido el protagonista de El Padrino, que bueno, pero lo genial es que se negó a recoger el Óscar - los Óscar eran despreciados totalmente por los progres hasta que se lo dieron a Almodóvar, que siempre va de ser el primer y único director español en tenerlo, aunque ya se lo hubieran dado a Garci y a Trucha - como rechazo a aquella podredumbre de sociedad y por defender a los indios. Los siouxvolvieron a ocupar Wounded Knee, donde habían sido masacrados en 1868 y exigían sus tierras y derechos.

Los indios de las praderas norteamericanas pasaron a ser los buenos en las películas que ya era ahora porque nos cabreaba muchísimo que siempre los sacaran de malos y de tontos dando vueltas a caballo para que los matara el bueno, como a patitos en las ferias. Así que, aunque aquel año se murió John Ford, a los progres universitarios no nos importó nada porque era el que más indios había matado en el mundo entero con el rifle de John Wayne que era ya el colmo del facherío. Y hasta presumía de serlo.

Los Óscar, ya digo, nos parecían una guarrería imperialista. Pero aquel año hubo disputas porque el femenino se lo dieron a Liza Minnelli por Cabaret y como remate el de la mejor película extranjera a nuestro Buñuel por El discreto encanto de la burguesía y a Chaplin, que ya sabíamos que había defendido a los buenos cuando la caza de brujas en Hollywood, le dieron otro por Candilejas. O sea, que yanqui, pero alguna cosa buena tenía. Pero nuestro héroe, y no sólo por lo de los indios, era Brando, que para

rematar protagonizó en aquel año el superescándalo, el de la mantequilla, de El último tango en París. Algunos se decía que iban a Perpiñán a verla. Como a nosotros, mesetarios, nos pillaba muy lejos, y además según en qué sitios aquello estaba mal visto, no conocí a nadie que lo hiciera. Y como nosotros en el cineclub no podíamos poner ni la de Buñuel ni la del Tango, pues nos trajimos Queimada, que también la protagonizaba don Marlon, y era de las que tenía un mensaje de lo más revolucionario.

Pero lo que quedaba palmariamente demostrado, una vez más, es que la inteligencia y el arte eran de izquierdas y casi, casi comunistas. Lo malo fue que el yanqui Bobby Fischer le ganó el mundial de ajedrez al soviético Spassky y aquello vino fatal para la teoría y nos sentó aún peor a sus seguidores. Porque el ajedrez, reflejo de seres cerebralmente superiores, se suponía un patrimonio soviético.

Pero a mí lo realmente importante que me había sucedido es que me había enamorado, aunque con aquel fervor revolucionario me diera poca cuenta. Bien que lo sentí después. Desde Francia no había tenido más que algún devaneo y algún intento fallido, pero fue llegar aquel otoño en Madrid y sonreírme la vida. Lástima que no me percatara del todo de su sonrisa. Porque ella también se enamoró de mí.

Que nunca entenderé bien el porqué. Era en verdad hermosa, educada, bien vestida, tierna y elegante. Nos miraban cuando íbamos por la calle o nos sentábamos en cualquier bar. La miraban a ella, claro, y luego, con cierto aire de reproche, a mí.

No era de mi facultad, me la presentó una amiga de un amigo que estaba en su colegio mayor en las afueras de Madrid, por la carretera de La Coruña, y era para niñas bien. Cuando iba a verla por allí era tal el corte que después de una primera vez desafiante, en vestimenta y trazas, opté por asearme un poco.

Pero no quería aburguesarme. Quería convertirla a ella, a la que le importaba más bien tirando a poco lo mío, pero que, pobre, me seguía el rollo. Tanto que a nada, y luego pensándolo creo que por amor y sólo por amor, acabó ayudándome con los carteles que tenía que preparar para poner en el bar de la Facultad, guardándome los Mundos Obreros y hasta ayudándome una noche con el ciclostil a imprimir panfletos.

Yo no sabía que estaba enamorado, pero lo estaba. Y debía haberme dado algo más de cuenta de que lo estaba porque escribía mucho y hasta escribía, menos mal. A mí, con el amor me da por escribir, el desamor me quita las ganas. Aunque me resistiera a

escribir de amor, porque me parecía que eso no era revolucionario. Pero además, si hay una cosa que me llega es el olor. El olor personal que tiene una mujer y el suyo, el de ella, era algo que notaba dentro y que me daba un inmenso placer tan sólo el hecho de sentirla cerca, de sentirla a ella. Y el suyo se me quedaba pegado a la piel, se me quedaba días enteros, y cuando me metía en la cama solo, después de haber estado la tarde con ella, tenía su olor conmigo. Acariciándome, envolviéndome, pegado a mi párpado, llevándome al sueño de la mano.

Me quería mucho. Ahora lo sé. Hizo por mí las cosas más extrañas y más contrarias incluso a su propio pensamiento. Era callada, muy callada, o tal vez es que yo no dejaba de hablar.

Llegamos a estar en la camajuntos. Desnudos yjuntos, aprovechando que ella pudo escaparse de su colegio mayor con alguna excusa. Pero era virgen y le daba un cierto miedo. Hicimos y hacíamos de todo menos la penetración. Y ella se quedaba conmigo por la noche, quieta, acurrucada, cogiéndome con fuerza de la mano y besándome los párpados.

Tocaba el piano y en su colegio había uno. Una tarde tocó Las polonesas de Chopin y resultó algo mágico porque sabía que lo interpretaba para mí, cerrando los ojos y deslizando su mano ágil y nerviosa por el teclado. Desde entonces y para siempre he adorado a Chopin y en especial sus Polonesas.

Fue todo mi amor aquel otoño y aquel invierno. Pero no sé por qué estupidez, por qué extraño barrunto me alejé. Me alejé yo. La fui dejando ir. La perdí. Hasta me lié con una amiga suya y con ella sí que fui directo al grano. Una rubia alegre y muy hermosa que fue más lista que ella y esa sí que me dio placer físico pero no se enamoró de mí. Yo como un idiota hasta alardeé. Y ella, quien verdaderamente me quería, definitivamente se fue. Y cuando también la rubia me dejó es cuando me di cuenta de que la había amado, y cuando me dijeron que me había amado y mucho a mí, sufrí. Que aún me amaba me dijeron, pero que ya era tarde. Que la había defraudado. Y era una verdad que me dolía.

Tiempo después, mucho tiempo después, en aquel entonces dos años parecían la eternidad, un presunto amigo, uno de aquellos que iban de ser lo más de todo y se permitían hasta tener sus pisos propios me quiso herir. Se suponía que era mi amigo aunque los dos sabíamos que no. Que poco teníamos que ver. Era bastante mayor que yo, además. Nada más comenzar la confidencia, sospeché que era la única razón de que hubiera hecho por encontrarse conmigo e invitarme a compartir una fiesta. Porque supe antes de empezar a

hablar lo que iba a decirme. Que se había acostado con ella. Eso era lo esencial con que quería hacerme daño. Luego, como «amigo», me detalló además que aún era virgen cuando de alguna manera técnica y premeditada decidieron que era el momento de dejarlo de ser. Que ella le confesó que «con él se había desvirgado pero que el amor lo había hecho conmigo». Me lo dijo por hacerme daño pero estaba en guardia y sólo lo logró por un instante. Porque de pronto me quité el dolor y me quedé con su recuerdo, con el mejor de los recuerdos, con ella a mi lado, pegada a mí. El «amigo» se quedó muy perplejo cuando vio que el efecto no era en absoluto el deseado. Casi ni quise oír que luego me decía: «Oye, que yo sabía que lo habías dejado y que tú andabas con otra. Y creo que aún te quiere, si tú quisieras aún estaría ahí».

Yo sabía que eso no. Ni pensaba acercarme a ella porque sabía que quien más daño había hecho había sido yo, y no quería volver a hacerlo a quien me había querido de aquella manera y con aquella callada intensidad. Lo que sí hice aquella noche fue escribir lo que no le escribí y debí haberle escrito y que ahora al reescribirlo pienso que ella nunca llegará a leer. «Por si un piano suena/su olor recuerdo estuvo a veces pegado a mi párpado/ y me gustaba tenerlo antes del sueño tenerlo pegado a mí./ Pocas cosas me quedan ahora./ Tampoco su cuerpo húmedo y nervioso».

Pero su aroma, el de su cuerpo, el de su pelo, el de su piel y el de su boca, aún los conservo. Para siempre serán parte de mí, serán parte imborrable de mi juventud.

Y de la misma manera que perdí mi amor, por desvarío y estupidez, perdí a mi partido por cobardía. Y el Partido era mi fe y mi Iglesia. Pero eso fue algo después, antes me había curtido bastante en todo tipo de algaradas, carreras y panfletadas y hasta había intervenido de «comisionado» por el Partido, que entonces era en verdad el amo y señor de la Facultad, a pesar de los secretas y de la policía armada de guardia en el cuartelillo en la entrada. Una vez que se descendía desde la entrada entrábamos en territorio liberado. El edificio, diseñado por el arquitecto Miguel Fisac, iba escalonado de arriba a abajo y se encontraba lindero a la carretera de La Coruña y contiguo al Palacio de la Moncloa. Políticas pues, vivía hacia abajo y el bar tenía una salida al exterior, una magnifica vía de escape, en la última planta, que uno de los camareros estaba afiliado y nos la dejaba abierta para facilitar los escapes.

Políticas era ante todo un inaudito espacio de libertad. No solo por el alumnado. Bastantes profesores y hasta algún catedrático simpatizaban o hasta militaban en nuestro partido o en otros de la

izquierda, y la mayoría del cuerpo docente era de inequívoca tendencia antifranquista; aunque también me las tuve que ver con Manuel Fraga, mi catedrático de Teoría del Estado, que me puso notable y todo. De hecho el Decano era el liberal Carlos Ollero, monárquico y miembro del consejo de Don Juan de Borbón. Y los contactos entre los dirigentes del PCE de mayor rango - yo estaba en la escala inferior - con él y otros renombrados profesores eran continuos y fluidos. El poder del Partido se respetaba y se hacía respetar por su comportamiento. A la cabeza estaba Enrique Curiel, pero también otros como Gonzalo Maure, que era el ídolo de los más jóvenes por su valentía y su manera abierta de expresarse y Fernando Nolla, que se convirtió en mi valedor y mi apoyo, al que yo veía como mi gran mentor y mucho más comprensivo conmigo que mi responsable, que seguía siendo el rígido Marcel Camacho.

La agitación era creciente en la Universidad. Y a lo que menos íbamos era a clase. Fueron tiempos en que en la universidad se hacía de todo menos estudiar, aunque en compensación he de decir que leer, leíamos una barbaridad. Los días de huelga superaban con creces los días lectivos; creo que aquel año no llegamos en total a 60 y me parecen muchos. Las movilizaciones eran continuas, a ellas sucedían detenciones y a éstas nuevas movilizaciones por ellas. Lo más duro había estado por la Facultad de Medicina donde viví las primeras cargas de caballería de la policía armada. Y también aprendimos a protegernos de ellas. En sitios abiertos y en avenidas aquello era terrorífico, pero los pequeños bosquecillos de pinos y otros árboles eran un refugio para nosotros y una trampa para los jinetes y los caballos.

Por aquellos días, llevar encima una cuerda de nailon de las que utilizaban para las persianas podía ser considerada por la policía como una prueba de cargo importante y hacerte merecedor de una detención y subsiguiente multa, que se pagaba con días de cárcel compensatorios, o algo más grave. Lo mismo si te pillaban con bolas de rodamiento en los bolsillos. Un día, en la avenida de la Complutense, me alcanzó una de aquellas cargas. Al llegar a mi altura el gris descargó el fustazo justo en mi espalda. Un vergajazo que me la cruzó arrancándome un alarido de dolor, y si no me arrancó la piel es porque el grueso jersey que llevaba lo impidió. El verdugón me escoció durante muchos días y me hizo dormir varias noches boca abajo.

Pero las cuerdas de nailon y las bolas de rodamientos igualaron un poco la cosa. Al salir en estampida buscando la protección de los árboles, dejábamos caer tras nosotros las canicas de acero. Se

suponía que los caballos al pisarlas podían resbalar y caer. También nos dábamos algún buen trompazo nosotros, pero lo cierto es que algún caballo con el gris con casco encima se dio la gran costalada, celebrada como si hubiéramos derribado un helicóptero americano en las selvas de Vietnam. Lo cierto es que ver, ver, solo vi caer a uno. Pero ese cayó.

Más eficaz era lo de las cuerdas cuando algunas calles se estrechaban o algunos jinetes se metían entre los árboles. Extendida y atada entre dos troncos, aquello sí que fue eficaz, y tras bastantes tropiezos de este estilo los grises se guardaban muy mucho de perseguirnos por allí, sobre todo desde que alguno acabó con una pierna rota en la subida hacia el San Juan Evangelista.

La Complutense, en especial las facultades de Letras, pero cada vez más todas, la de Biológicas y hasta la de Matemáticas, estaban en continua efervescencia y las huelgas se sucedían. La policía seguía dentro de los recintos y los sociales pretendían controlarlo todo. Pero era imposible ya apaciguar aquella olla hirviendo. Políticas, junto a Económicas - que estaba en Somosaguas-, eran verdaderos centros de agitación. Y en este caso tenía razón Franco, eran los comunistas quienes lo agitábamos pero era el conjunto de los estudiantes quienes cada vez más se sumaban a las reivindicaciones y las luchas. Que en realidad y lejos de nuestros doctrinarios se resumían en una: fin de la Dictadura, Libertad y Democracia. Eso nos conjuntaba y nos unía. A mucha gente estoy seguro que las ideas comunistas y aún menos sus experimentos reales, la URSS y demás, no les convencían, pero el PCE era el Partido que se enfrentaba de verdad a Franco y a ello se apuntaban. Alentados, además, porque a nivel internacional esas ideas avanzaban y crecían, tanto por todo el sudeste asiático como por vuelcos en Iberoamérica, donde la gran esperanza era la posibilidad de que un socialismo de verdad pudiera llegar al poder, como había llegado Allende, por vía democrática. Confiábamos en que cualquier día Berlinguer, al frente del poderoso Pci, lo hiciera también en Italia y marcara la senda a Europa. La socialdemocracia era considerada como poco como una traición cometida contra la clase obrera.

En el Partido mi rango apenas si había aumentado. Ya no era un principiante de 1° pero no contaba más que como un humilde y retrasado militante de base de no mucho fiar y con ciertas tendencias ácratas o, aún peor, trotskistas. Porque mis experiencias parisinas me hacían tener simpatía por ellos y frecuentaba su compañía. Se dieron cuenta de que más allá no iba y aunque en

efecto aquel cuadro francés sí vino a España, me localizó y dio un seminario, yo renuncié a estar presente, cosa que trasmití al partido como información, por supuesto. Pero me llevaba bien con ellos y hasta con los ácratas. Y hasta hice amistad con un par de chicas «chinas», o sea, de la FUDE; pero cuando vi por dónde iban me alejé con presteza. Lo que empezaban a hablar entre ellos, donde se pensaba en lucha armada y emulación a ETA, me parecía tan descabellado como insensato. Eso sí que, al comentarlo en la célula, encendió la preocupación en Marcel y por escalada en los dirigentes más maduros y formados de la Facultad. Hasta me dijeron que volviera a frecuentar a las «chinas» por ver si me enteraba de algo. También habían llegado informaciones por otros lados y la cosa podía ser peligrosa para todos. El movimiento estudiantil y la lucha antifranquista en su conjunto debía mantenerse escrupulosamente en el terreno pacífico. Los fascistas eran los violentos y los represores. Nosotros queríamos la palabra y el voto. Así que me dieron un poco más de confianza y hasta me tocó hablar en alguna asamblea en el Aula 3, la más grande y donde se cocía todo. Era donde Fraga nos daba clase de Teoría del Estado.

Su llegada, el año anterior, a Políticas había resultado verdaderamente apoteósica. Ministro de Franco muchos años y mascarón de proa supuestamente aperturista del Régimen, los comunistas teníamos siempre presente su papel en el fusilamiento de Grimau y en las infamias y atrocidades que le achacó desde el Ministerio de Información y Turismo, donde mandó largos años, para justificar su ejecución, a pesar de la presión internacional e incluso la intervención del Papa, en 1963. Imperdonable. Y, sin duda, el capítulo más oscuro de su historia.

Un camarada nuestro, el más inquieto y bullidor, muy alegre y optimista siempre, además de listo y preparado, al que muchos admirábamos, era Rafa Fraguas, el hermano del popularísimo Forges cuyas viñetas esperábamos y celebrábamos cada día, aun que a veces nos parecieran tibias y no del todo comprometidas. Rafa mantenía una relación curiosa y fluida con muchos catedráticos y su mediación era esencial cuando las cosas se tensaban demasiado y parecía que el estallido iba a hacer saltar todo por los aires. Con Fraga mismo mantenía una extraña relación que a los demás nos parecía imposible y nos dejaba perplejos.

Porque Fraga había sido recibido a su llegada por un pasillo estudiantil que le gritaba «fascista», lo que se había traducido en un cántico de «Es un fascista excelente, es un fascista excelente», el día de su cumpleaños, amén de haberle colocado una botella de cerveza

El Águila en la mesa de profesor desde donde se disponía a dar su clase. Franco, para endulzar el cese, los nombraba consejeros de alguna empresa, y a él le tocó Cervezas El Águila, lo que se tradujo en burlas varias. Por ejemplo la que me costó más de tres expulsiones de clase. Levantaba la mano.

-¿Profesor?

-Dígame.

-Águila, por favor.

Así rezaba la cantinela del spot publicitario de la marca. Me echaba, faltaría más. El resto de compañeros se solidarizaba y acabábamos todos fuera. Bueno, menos unas americanas, que tanto aquí como en las huelgas pretendían seguir con las clases. Fraga las defendía diciendo que ellas no tenían por qué sufrir en sus estudios por las cuestiones políticas que sólo a los españoles nos afectaban. Pero pasaba lección y, claro, nos sentíamos perjudicados. Y allí ya estaba preparado otro follón. Pero Fraga era todo un carácter. Eso sin ninguna duda, no se arredraba. Venía con puntualidad espartana a la clase, el primer día nos repartió a todos un más que voluminoso curriculum, como había hecho el año anterior, con el resultado de obtener en ambas ocasiones un sonoro pateo, y la daba contra viento y marea, inundándonos con su hablar endiablado, su memoria prodigiosa y sus arrebatos de genio. Es un facha, sí, pero una «fuerza de la Naturaleza» decíamos.

Rafa era, aunque de un curso superior, el que mejor sabía provocarla y convertirla en las más estruendosas rabietas pero, curiosamente, también hurtarse de ellas.

Fraga acudía puntualísimo cada mañana. Un día pretendió hacerlo en el autobús que salía desde Moncloa a la Facultad, apodado el Politikón. Pero fue entrar él por una puerta y bajarnos todos por la trasera. Llegaba al vestíbulo, rodeado de una cohorte de adjuntos, entre los que estaba ahora el antiguo militante de Defensa Universitaria, que daba el primer paso de su transformación política, Jorge Verstrynge, y junto a él un tipo que debía ser del Este, con habla ronca y dura, y algunas profesoras, a las que apodamos Las Boyardas por las pieles que llevaban, lo que demostraba el prisma soviético y la extendida afición entre la peña por el cine ruso. Don Manuel tenía, además, ordenado al conserje del aula que debía retirar antes de su entrada toda la cartelería subversiva que diariamente colgábamos por paredes y pizarra. Un día, un cartel pidiendo la Amnistía, con una foto de un policía golpeando a un estudiante, permaneció colgado en un lateral de la clase. La comidilla fue que al día siguiente al conserje lo habían

echado. Hicimos una asamblea y declaramos a Fraga persona non grata. Su contraataque vino en una bronca posterior comenzada de nuevo con burlas y cachondeos. Nos espetó: «Las revoluciones hay que hacerlas en serio, como Lenin; lo que ustedes hacen son simples algaradas».

Pero el peor trago lo pasó un camarada de mi propia célula y clase, Agustín. Fraga había empezado a su hora la clase y un cuarto de hora más tarde llegamos nosotros como piquete informativo para exigir a los alumnos que asistían que se fueran porque antes se había producido una votación de «huelga vinculante» que afectaba a todas las clases. Fraga se puso furioso. Llamó a un conserje para que avisara a la policía de la entrada. Cambió luego y de inmediato de opinión y decidió que él solo se bastaba. Le dijo a Agustín, que había llevado la voz cantante por nosotros: «Muchacho, para ser revolucionario hay que madrugar». Nos tocó, aunque no hicimos caso y seguimos con nuestro piquete. Finalmente optó por marcharse y salió furioso del aula. Le cantamos una variación del «fascista» que trocamos por un: «¡Es un centrista excelente, es un centrista excelente...!», ya que por entonces andaba ya con aquello del centrismo desde dentro del Régimen.

Pero cuando creíamos que aquello le provocaría un estallido de rabia aún mayor, lejos de encolerizarse más se volvió hacia nosotros y nos soltó, con indudable sentido del humor: «Gracias, señores». Porque hay que reconocer que pese a los epítetos que le dedicábamos a su ideología, a veces nos dejaba perplejos recomendando en clase los libros de Mao Tse Tung o textos de Daniel Cohn-Bendit, líder izquierdista de las revueltas parisienses del Mayo francés, o el Qué hacer de Vladimir Ilich Lenin, que había sido una de las joyas que yo me había traído de París.

La extraña relación de Rafa Fraguas con él debió comenzar en una conferencia sobre Guinea Ecuatorial, en el colegio Mayor chino-taiwanés Siao, cerca del hoy edificio de la UNED, junto al río Manzanares. Fraguas le planteó, muy educadamente, dos preguntas, en las que Fraga, tras alabar la pertinencia de las cuestiones que le fueron propuestas, exhibió su profunda erudición y conocimiento del tema tratado (había presidido la delegación española en la independencia guineana). Se explayó en las dos respuestas.

Pero luego vino la tercera cuestión, fuera del tema conferenciado. Franco, ya físicamente decrépito, acababa de anunciar en Sevilla su célebre frase: «Jamás vendrán los partidos políticos!». Entonces, aquel mismo estudiante preguntó a Fraga: «¿Cree usted que hay alguien en sus cabales capaz de ponerse por

encima de la Historia y erradicar de antemano un derecho democrático de una nación, como son los partidos políticos?», le espetó. Fraga se incendió de manera súbita, montó en cólera y expulsó fulminantemente al joven de la sala de conferencias. Pero, inesperadamente, los demás asistentes al acto, casi un centenar y medio de personas, muchas de ellas chinas, se marcharon junto con Rafa y dejaron solo en la sala al catedrático gallego.

Sin embargo, muy poco después Fraga daba otra versión de sí mismo. La Brigada Político-Social detuvo a una camarada nuestra y también alumna suya, Julia Hidalgo. Julia estaba enferma y su enfermedad exigía una medicación que temíamos que no iban a darle precisamente en los calabozos de la Social, donde en los interrogatorios lo que recetaban eran golpes y torturas. Rafa y otros se decidieron a acudir al estudio que Fraga tenía en la calle de Joaquín María López, junto a Isaac Peral, en Moncloa, para interceder ante el profesor por Julia, a sabiendas de que Fraga tenía mano en la Dirección General de Seguridad. Fraga recibió a los delegados estudiantiles y en su presencia llamó al director general conminándole a poner en libertad a la joven jerezana, que poco después estaba en la calle.

Y aquel mismo invierno, a principios del 73, hubo otra parecida, pero peor. Pues allí acabó detenido hasta el decano. Dos agentes de la Brigada Político-Social - que llevaban ya muchos meses acuartelados con decenas de grises dentro de Políticas y que no se irían hasta que en ese mismo curso el boicoteo de los exámenes finales y la paralización total del campus los expulsó de la Complutense, en lo que fue un gran triunfo estudiantil- detuvieron en el propio vestíbulo a una estudiante vasca, María Victoria Garmendia.

Velozmente, un grupo de alumnos acudimos al Decano de la Facultad, Carlos Ollero - nuestro liberal juanista de referencia - para que intentara impedir que se la llevaran. Ollero, con arrojo y firmeza, exigió a los policías que soltaran a su alumna; pero, sorpresivamente, los agentes de la Brigada Político-Social detuvieron también al veterano catedrático que, esposado, con el rostro enrojecido por la humillación, fue introducido en un vehículo policial y conducido bajo custodia a la Dirección General de Seguridad del Ministerio de la Gobernación, en la madrileña Puerta del Sol. De nuevo fue Rafa Fraguas el comisionado estudiantil y de nuevo se fue para el despacho en Argüelles. Fraga, cuya memoria era prodigiosa, se acordaba perfectamente de quién era y de sus contenciosos, sobre todo aquella del colegio chino, pero al iniciar

Fraguas el recordatorio él lo cortó en seco: «¡Yo tengo muy mala memoria, Rafael! ¿A qué han venido?»

Rafa le dio noticia de la detención y apresamiento, esposado, del catedrático Carlos Ollero. «Vengan conmigo», dijo enérgi camente Fraga y les llevó al interior de su despacho. Marcó el teléfono con uno de esos ademanes repentinos que le caracterizaban. «Quiero hablar con don Eduardo Blanco, director general de Seguridad», tronó Fraga. «Blanco al aparato, don Manuel», se escuchó decir al teniente coronel, director de la Policía. «Eduardo: ¡tus hombres han cometido una tropelía inadmisible!¡ Soltad inmediatamente a don Carlos Ollero, una eminencia del Derecho Constitucional. Es como si me hubierais detenido a mí!», le gritó. Cinco minutos después, Ollero estaba en la calle.

Tres cuartos de hora más tarde, el decano regresaba a la Facultad de Políticas, donde un cortejo de estudiantes le esperábamos con ansiedad.

«¿Qué tal, don Carlos, cómo se encuentra?, le preguntamos agradecidos por su coraje en la defensa de la compañera Garmendia y preocupados también por el tremendo sofoco que el veterano profesor traía consigo.

«Bien, gracias», nos respondió con alguna sequedad. Entonces, con gesto de fastidio, preguntó a su vez: «EA quién se le ha ocurrido la idea de pedirle a Fraga que mediara por mí ante la Brigada Político-Social?». «A mí», le respondió Rafa. A lo que Ollero replicó. «Pues la ha hecho buena. ¿No ve usted que ahora voy a tener que agradecer toda mi vida a don Manuel que me haya liberado de la Policía?». Ollero era el único catedrático, lo era como Fraga de Teoría del Estado, que le había disputado con éxito el número uno en una oposición. Al año siguiente Fraga dejó de dar sus clases. Se marchó de embajador a Londres. Decían que el Régimen lo había rehabilitado y que iba a ser quien conduciría la Transición franquista. Él también lo creía. Pero a poco quien tuvo que rehabilitarse en el Partido fui yo. Y fue muy duro hacerlo y lograr redimirme. Porque, simplemente, me echaron por cobarde.

Los 1° de mayo, el día del Trabajo, el Régimen montaba una demostración sindical en un estadio, amén de fútbol y toros, entonces considerados, aún más que la religión, el opio del pueblo. Para la oposición antifranquista y aún más para la izquierda y el PCE en fecha tan señalada era preciso más que nunca la respuesta y la movilización. Máxime con todos los dirigentes de ccoo, los Diez del 1001, en la cárcel. Se nos ordenaba, amén de incrementar en días previos todo tipo de acciones y propaganda, acudir a una

concentración que solía tener lugar en Atocha. La policía, ya puesta sobreaviso, nos esperaba allí. Montaba una auténtica jaula y caíamos como chinches. Pero era una orden y había que ir por mucho miedo que se tuviera.

Yo no quería hacerlo. Dar vueltas por allí, como un ratón acorralado esperando que el gato te cogiera a ti o a cualquier otro compañero, otro ratón, me parecía que no conducía a nada. Pretexté, y algo de verdad había, que me reclamaban asuntos importantes del movimiento juvenil y del cineclub en mi ciudad. Pero la orden de Marcel fue clara. Cita y hora precisadas para nuestra célula.

Lo rumié mucho, me representé en la cabeza una y cien veces lo que iba a pasarme, me convencí de que era mucho más positivo irme a hacer lo otro que a dar vueltas por Atocha y que podría justificarme. Vamos, que no fui a la cita.

Quizás no me hubiera pasado más que otra de las broncas de Marcel por haber dejado a la célula orgánica en segundo plano, pero aquel año en Atocha sucedieron cosas muy graves. Algunas, que por mis amigas chinas es posible que yo me barruntara, y algo les habían dicho a los míos sobre ello, teñidas de sangre y con el añadido de muchos de los nuestros capturados, entre ellos una chica majísima de nuestra propia célula, Begoña, muy joven y aparentemente la más tímida. Pero que le echó mucho más coraje que yo aquel día.

Los de la SUDE, que desde entonces ya todos entenderíamos como parte o apéndices del FRAP, convocaron en Antón Martín. Fueron muy pocos, ni llegaban a un centenar, pero algunos tenían claro lo que hacer. Iban a matar. Acorralaron en un portal de la calle Santa Isabel a un jovencísimo policía llamado Juan Antonio Fernández Gutiérrez, un subinspector recién ingresado, que vivía el hombre en una humilde pensión no muy lejana, y lo apuñalaron con saña. Murió desangrado antes de llegar al hospital.

Aquello fue terrible. Porque lo era en sí mismo y porque de inmediato nos metieron a todos en el mismo saco. Los responsables decían que eran el PCE(R) pero eso a nivel de calle no lo distinguía nadie y menos cuando se procuraba confundirlo aposta, de todo el comunismo, del que Franco siempre hablaba en el balcón de la Plaza, del PCE, vamos. Entendimos de inmediato que era algo que nos caía encima como una losa y que iba a ser utilizado a fondo contra nosotros. De entrada contra los que habían detenido aquel mismo día, contra nuestra camarada. Y yo encima me había escabullido y los había dejado tirados. Incluso les había puesto en

mayor peligro, según Marcel, por haberme estado esperando. Aunque eso según nuestras normas de seguridad no me parecía a mí que fuera demasiado cierto. Pero el hecho es que no había estado y no me valieron excusas. La decisión de mi responsable de célula, con el silencio aquiescente, aunque no participativo de mis otros camaradas, fue la de separarme. Cautelarmente. Seguía siendo del Partido, pero quedaba excluido de reuniones y cortados mis contactos con la organización universitaria. Quizás tuviera que ver algo también con la medida el que tomaran todas las precauciones pues por aquel entonces la policía desmanteló, o al menos eso pregonó a los cuatro vientos, los aparatos centrales del PCE y de su homónimo y hermano catalán, el Psuc. Sí que hubo muchas detenciones pero la propaganda, tras un pequeño paréntesis, siguió fluyendo.

Pero aquello para mí, la caída del aparato, apenas significaba nada. Lo trascendental era el mazazo personal, que fue demoledor. El Partido era para nosotros nuestra Fe, nuestra Iglesia, y ser arrojado de ella el peor de los castigos que pudiera acaecernos. Además me sentía culpable, manchado y miserable. En mi fuero interno sabía que mis excusas eran falsas, que me había podido la cobardía, que era quien se había inventado y amplificado todas las razones y motivos para no acudir a la cita.

Por si fuera poco había dejado la buhardilla. Llegó a hacerse imposible vivir en ella dadas las condiciones de cutrez y falta de mínima higiene. Andaba de acoplado en un piso donde ni había sido bien recibido del todo ni ellos, alejados de mí en forma de vida, aunque alguno camarada y supuesto gran amigo y hasta supuesto y adulto mentor. El que más tarde me confesaría lo de la pianista. No me gustaba aquel rollo ni determinadas cosas entre las que los canutos cotidianos y otras eran demasiado frecuentes. Pero lo esencial es que quien no les gustaba, a qué vamos a engañarnos, era yo a ellos. Fuera del partido y casi sin lugar donde disponer de un rincón y una cama, aquellos días fueron duros y solitarios. A nadie quería contarle mi desgracia y aún menos la razón de la misma. No quería ser, definitivamente y para siempre, despreciado por mis amigos. Volver a vivir en mi ciudad no arreglaba nada. Lo empeoraría todavía más cuando al fin se supiera lo sucedido. Me sentía una piltrafa, humillado y avergonzado, pero encima solo y tan sólo por mi propia culpa y cobardía.

Fue un amigo, sin preguntar nada pero quizás suponiendo algo, quien me echó la primera mano. Un buen tipo «el Ruso». Un tipo bueno de los que ayudan sin preguntar. Él ya trabajaba. Era maestro

y ejercía en Alcorcón, una ciudad dormitorio y obrera, a escasa distancia de Madrid. Tenía alquilado con otro maestro un piso allí y me ofrecía poder entrar. Acepté encantado. Y hasta que llegó el fin de curso, pasé los exámenes, que no los hice porque se lió la parda con el boicot general, y volví a la oficina de la fábrica, allí tuve mi cobijo y un amigo. No tardé en contarle todo. Y él me dijo que se arreglaría, que yo había hecho muchas cosas por el Partido y era una pieza esencial en mi ciudad, que eso lo tenían que tener claro y que no había hecho nada verdaderamente grave sino que hasta puede que bastante razón tuviera en no haber ido a aquella ratonera en que nos metieron.

Pero mi obsesión, y en lo único que pensaba, era en redimirme. Y encontré quien me apoyó. Marcel había tomado aquella decisión un poco por su cuenta y a la tremenda, y eso lo detecté a poco en la Facultad. Otros dirigentes y más destaca dos me seguían tratando como si nada hubiera pasado. Así que un día me encontré a Curiel y le expuse mi caso y mi cuita. Se puso muy serio y me afeó mi actitud. Tenía que haberlo dicho claro. Que no iba a ir bajo ninguna presión y así hubiera evitado mayores males como los que ahora me afectaban. Pero que él hablaría del asunto. Y debió hablar. Con Rafa y con otros. Total, que me convocaron y me plantearon que si quería volver tendría que someterme a prueba y demostrar que no reincidiría en mi comportamiento, que dulcificaron llamándole «ácrata». Tendría que aceptar que Marcel supervisara y diera su aquiescencia, o no, a mi vuelta.

No sé si era el arrepentimiento o el demostrarles que se habían equivocado pero de allí a junio cumplí como los buenos. Me encargaron algunas acciones difíciles, y en solitario, para que un error mío no pusiera en peligro a nadie. Me tocó más de una misión de propaganda peligrosa y alguna que hasta me pareció una prueba-trampa. Pero fui, como nunca lo fui ni nunca lo iba a ser, disciplinado. Y a todo me avine sin rechistar, hasta a un «comando» en Cuatro Caminos donde no me pillaron de milagro con toda la panfletada encima pues era yo quien tenía que llegar antes al lugar, esperar que se produjera el «salto» y soltarlos yo al aire para luego escabullirme por mi cuenta. Casi me metí por una calle cortada, con los grises ya llegando a mis alcances. Me salvé de chiripa. Porque esta vez el error no había sido mío, sino que no se había hecho una buena prospección de la zona y marcaron una salida para la dispersión que acababa por dar en un muro. Yyo encima ni siquiera tenía cita de seguridad posterior, donde nos encontrábamos en otro punto de la ciudad para saber si todos estábamos a salvo y caso de

que alguno hubiera «caído» tomar las medidas necesarias de limpieza de pisos o de desaparición momentánea.

Liberaron a Begoña, ni había sufrido golpes ni por supuesto había cantado y fui a hablar con ella. Para mi alivio no me consideraba responsable de lo sucedido. Es más, ni lo había pensado. La cogieron al ir. No porque me esperara. Me reconfortó. Pero la redención aún tardó un poco. Quizás fue cuando me tomé un nuevo café con Curiel en el bar de la Facultad, y a nada ya me dijeron que mis errores habían quedado purgados. Aunque la verdad es que en el Partido nunca se purga del todo un error, queda en la hoja de servicios. Pero yo volví a mi ciudad contento y liberado de un opresivo peso que me había tenido semanas acogotado. Había superado la prueba. Pero sabía que aún me quedaba por superar el miedo. Ese que me atenazaba antes de iniciar los «saltos» o tirar «la palomita», el de la noche anterior, cuando imaginaba que me alcanzaba un gris o que un social me llevaba detenido a Sol. El miedo a lo que podía suceder, a que en cualquier momento pudieran llamar a la puerta o que te esperaran en el portal de la casa o en cualquier esquina. Ese era el miedo, el cotidiano, el que no se separaba apenas de ti durante todo el día ni cuando llegabas al fin a casa. Yeso es lo que estaba dispuesto a vencer, a conseguir quitármelo de encima y pensaba demostrarlo el año próximo por mucho que me asustara. Ahora tenía trabajo que hacer, el que me gustaba, entre la gente, el de masas que le llamábamos.

IX

CHILE EN EL CORAZÓN

Hicieron a Dalí miembro de la Academia de Bellas Artes y siguió con sus gritos histéricos a favor de Franco. A nosotros se nos murió Picasso y en las noticias en España se ocultaba siempre su compromiso y su militancia, lo que nos cabreaba muchísimo. En la facultad de Biológicas se organizó un homenaje. Intervenía Moreno Galván. Nos concentramos allí muchos militantes universitarios.

Biológicas tiene unas empinadas escaleras y unos muros altos. Un difícil escape si había intervención policial. Y la hubo. Apareció la secreta y el siniestro Billy el Niño. Interrumpieron el acto. En medio del tumulto y del griterío, con mesas cayendo, botellas y vasos, porque era en el bar, carreras y descontrol, Gonzalo Maure, uno de los dirigentes del PCE en nuestra facultad, le propinó un silletazo en las costillas al temido «social». Los que pudimos salimos a escape entre los golpes de los grises que habían hecho un pasillo las escaleras abajo por las que acabamos cayendo en tropel bajo sus porrazos. Gonzalo también pudo escapar pero su cara se le quedó grabada al policía. Estaba ya muy señalado, y ese curso acabaría siendo expedientado junto a otros dos compañeros. A Curiel también le había caído otro expediente. Eso significaba que no les dejaban concluir la carrera, una expulsión de la universidad, vamos. O sea, que teníamos faena, de entrada.

La situación internacional, de la que vivíamos pendientes, estaba más que nunca marcada por Vietnam. Parecía a punto de alcanzarse un armisticio. Nixon estaba empeñado en que los féretros de soldados americanos dejaran de llegar envueltos en las banderas yanquis. Las conversaciones de paz tenían lugar en París. Kissinger y Le Duc Tho. Tras varios meses de tiras y aflojas se firmó. Pero la guerra siguió de todas formas. Eso sí, los americanos se iban. Sólo quedaron unos 10.000 del medio millón que llegó a haber, y como asesores que ya supuestamente no combatían. Volvían a casa con la sensación de una derrota, aunque en verdad con su superioridad armamentística hubieran ganado todas las batallas. Pero habían perdido la guerra y lo sabían. Se liberaron varias decenas de sus prisioneros, que contaron atrocidades de las torturas de los Vietcong que por supuesto nosotros no creíamos. La guerra en realidad no paró ni un día y siguió en toda la zona. Lo único es que ahora los norteamericanos no combatían por tierra, tan sólo bombardeaban y dejaban el trabajo a los ejércitos títeres que habían montado y que

pretendían que aguantaran, pero aquello no parecía fácil en ninguno de los países, Laos y Camboya también se tambaleaban, a la guerrilla y a las fuerzas de Vietnam del Norte. Tan infiltrados estaban que un avión de las propias fuerzas gubernamentales bombardeó el palacio presidencial de Lon Nol en la capital de Camboya. Éste salió ileso, pero murieron más de cuarenta personas y hubo centenares de heridos. Todo aquello, más pronto que tarde se desplomaría. Hasta los norteamericanos lo intuían, por más que Kissinger dijera lo contrario.

Pero ya lo de Vietnam era incluso secundario en las preocupaciones de Nixon, al que se le empezaba a poner cara de mentiroso compulsivo con el caso Watergate. Lo que empezó siendo un oscuro asalto a la sede demócrata lo salpicaba ya de lleno. La investigación periodística había seguido tenaz y el Washington Post dirigido por Ben Bradlee, que empezaba a ser mítico junto con sus jóvenes investigadores, Carl Bernstein y Bob Woodward, convertidos en referentes de los que empezábamos a sentirnos aprendices de la profesión, todos queríamos ser como ellos y tener un director como Bradlee, lo estaban poniendo ya no sólo contra las cuerdas sino a punto de besar la lona. Les dieron el Pulitzer.

El polvo se lo hicieron morder el fiscal Archibald Cox, aunque le costó la destitución, y el juez John Sirica, un señor de gafitas que se fue llevando a todos por delante incluido el último saco terrero, el vicepresidente Spiro Agnew. El cerco se cerró cuando al negarse a la entrega de las cintas que lo comprometían, el más cercano de sus subordinados, Dean, no pudo resistir la presión y su testimonio lo señaló de plano. Aquello fue demoledor y quedó claro que sus días estaban contados y nosotros perplejos. En la vituperada democracia americana algo funcionaba de verdad y la prensa libre y la justicia podían tumbar dentro de la ley y con la ley a un presidente. Era cosa de reflexionar, sin duda, pero lo cierto es que lo reflexionábamos poco. El antinorteamericanismo estaba tan extendido y calaba tan hondo que ni siquiera aquello hacía que se nos ocurriera suponerlo un ejemplo de nada.

Además las agresiones imperialistas seguían. Porque si en el lejano Oriente las cosas iban bien por la fuerza de las armas, por esa misma y con golpes de Estado se amenazaba cualquier avance en Iberoamérica, el patio de su casa imperial, donde no iban a consentir ningún experimento, bastante tenían con tener que tragar Cuba, y estaban acogotando a Allende. Acababan de dar un golpe en Uruguay y colocado un militar al frente. Todos creíamos, y en esto no andábamos nada desencaminados, que la embajada USA

estaba detrás de todo golpe y desde luego detrás de todo lo que se cocía y conspiraba contra Allende. Aquel verano, a finales de junio del 73, solo meses después de que volviera a ganar la presidencia con un 54,8 de los votos, se produjo un primer intento de derrocarlo por la fuerza. No triunfó porque salieron al paso dos generales, Prats y un tal Pinochet, del que oímos hablar por vez primera. Pero entonces supusimos, dado que había evitado el golpe, que era de los buenos. Luego, en agosto, Prats dimitió y Pinochet fue nombrado Comandante en jefe del Ejército Chileno. El zorro guardando el gallinero; pero nadie sabía aún que era el zorro y mucho menos el lobo.

Al escribir ahora me doy cuenta de que lo que me sucedía es que empezaba a hacerme periodista y a ver y describir las cosas como tal. Comenzaba a estar al tanto y hasta al día de las noticias y ya no sólo por la información de la radio, la tele o del partido sino por lo que oía en la redacción del periódico, donde se secreteaban todo tipo de macutazos no publicables, y donde ya acudía con regularidad y como meritorio, ya no sólo a la de mi ciudad sino también a la central de Madrid merced a los buenos oficios de un señor que fumaba celtas en pipa y firmaba como Lahorascala, Pedro, además poeta y buena gente, y de un golfo simpatiquísimo, Javier Pérez de Almenara, que era medio conseguidor, medio publicitario, medio relaciones públicas, medio rico hoy y totalmente arruinado mañana. A ambos les debo, creo, el haberme metido el veneno periodístico en el cuerpo. El segundo además me hizo vivir una experiencia ya de periodista de verdad con todo el tejemaneje del cadáver de Evita Perón, que tras confesar los militares argentinos dónde lo tenían secretamente sepultado anduvo dando vueltas, y alguna por España. La dictadura militar que tantas víctimas había causado, aunque lo que supimos luego fue mucho más terrible de lo que entonces se sabía, estaba desplomándose, y de hecho los peronistas volvían. Primero un tal Héctor Cámpora, tras la renuncia del general Lanusse, ganó de calle las elecciones; pero a quien se esperaba era a Juan Domingo Perón. Lo del peronismo y los argentinos es algo que siempre me ha superado cualquier grado de comprensión. Esa especie de fascismo populista, de caudillismo teñido de demagogia, parece ser parte de la médula espinal de aquel país y a esas volvían. Vamos, que volvía Perón, que precisamente estaba en España, había ayudado mucho a Franco en la posguerra y durante el bloqueo de los aliados mandando remesas de carne y era considerado el gran amigo y su Evita una figura alabada y adorada. No digamos ya por la Sección Femenina y Pilar

Primo de Rivera, que yo creo que algo de pretender emularla había en todo aquello de los comedores y el auxilio a los pobres.

Lanusse y Perón salieron en avión desde Madrid rumbo a Buenos Aires, pero al llegar a Ezeiza se montó uno de sus grandes quilombos. Las diferentes facciones peronistas se liaron a tiros y hubo 20 muertos y 300 heridos. Perón tuvo que aterrizar en el aeropuerto de al lado. Cosas de argentinos y de peronistas que actuaban en esto como en el fútbol, como si la cosa fuera de «barras bravas», pero todos en el fondo con el mismo trastorno mental en la cabeza. A los exiliados argentinos que aparecían por España uno no los quería ver ni en pintura. Iban de guapos y lo eran, tenían una labia enorme y, en un descuido, amén de quedarse en casa, te levantaban la novia. Además descubrías que el exilio podía ser o no ser, mejor dicho, una milonga campera. Pero no era mentira que tres de cada cuatro, además, te psicoanalizaban en cuanto te descuidabas y te quedabas muchísimo peor de lo que estabas. Aunque lo que más les gustaba a ellos era psicoanalizar a nuestras novias.

Escribía menos poesías y muchos más artículos, y el contar las cosas se iba imponiendo a reflejar las reacciones que provocaban en mí. El periodismo me iba enseñando a mirar hacia fuera y eso se nota hasta en el recuerdo y en la memoria. Porque, por ejemplo, antes el Gobierno era Franco y ahora hasta le ponía cara a los ministros e incluso algunos empezaban a tener una personalidad propia. O sea, que amén de las cosas de la revolución me iba metiendo en política.

Que en realidad era meterse en vericuetos de familias; que si los azules, que si los del Opus, que si los militares, que si más o menos ultras. Franco había hecho cambios con variaciones sobre su acorde pero había nombrado a Carrero Blanco, que competía en cejas con el Brézhnev ruso, que también había hecho variaciones en su Politburó, presidente del Gobierno mientras él mismo, El Generalísimo, que así se le nombraba sin rubor bananero, seguía ocupando laJefatura del Estado.

De los Lopeces quedaban Rodó y López de Letona, seguían Barrera de Irimo en Hacienda y Licinio de la Fuente en Trabajo. A López Bravo, que había pasado de Industria a Exteriores, se lo cargaron porque se llevó lo de Gibraltar a la ONU y no se avanzó, como siempre, nada. Torcuato Fernández-Miranda emergía como hombre fuerte a la sombra, parecía, de Carrero, vicepresidente y Secretario General del Movimiento Utrera Molina, azul oscuro siempre, continuaba en Vivienda, Ruiz Jarabo en justicia y Gonzalo

Fernández de la Mora en Obras Públicas; los militares Pita da Veiga, Salvador y Díez-Benjumea y Coloma Gallegos al frente de las armas. En Educación nos cayó un tal julio Rodríguez, dispuesto a hacerse notar desde el primer momento.

El verano se había saldado después con los paseos en yate del Dictador y se había unido un triunfo marinero del Príncipe de España, don Juan Carlos, en la bahía de Santander, ganando con el «Fortuna» la competición de vela. Por supuesto que ya sabíamos que a Franco le clavaban en el anzuelo los salmones en el río y hasta los cachalotes en el mar, que también pescaba alguno desde el Azor. Así que al Borbón le dejaran ganar todas las regatas era algo que estaba en el guión y la costumbre.

En Marbella se había muerto el dictador cubano Batista, que era uno más de la recua de dictadores iberoamericanos y reyezuelos títeres de los nazis que estaban aquí acogidos y nadando en la abundancia con el dinero que habían robado a sus pueblos. Uno, venezolano, Pérez Jiménez, al salir de naja se dejó una maleta en el aeropuerto y dentro había una fortuna en dólares. Las demás se las trajo y se hizo construir un búnker antiatómico en la Moraleja. Pero de esos había a docenas. Luego estaban todos los reyes del Este que habían colaborado con Hitler y había luego puesto de patitas en la calle el Ejército Rojo. Rumanos, Bulgaros, Austrohúngaros y hasta un gigantón albanés que se llamaba Leka y era el más facha de todos, y andaba metido en escuadrones paramilitares y esas cosas. El búlgaro, Simeón era el más listo y el más rico y había emparentado con los Borbones.

Los españoles cruzaban la frontera para ver El último tango y Ocaña ganó el Tour, esta vez sin que le tirara nadie. Amparo Muñoz consiguió ser la segunda más guapa de Europa pero la primera del Universo, lo que no se entendía muy bien, pero estaba buenísima. La verdad es que era guapa a más no poder y ya se decía que no era precisamente una folclórica franquista. La Guardia Civil consiguió echarle mano al Lute y lo sacaron con un brazo en cabestrillo y su eterna pinta de desnutrido. Johan Cruyff fue el fichaje del Barcelona y yo seguía siendo todavía del Athletic de Bilbao por aquello de mi crianza vasca y que de niño le había tirado, aunque era el más patoso de todo el colegio, penaltis a Carmelo, que era del pueblo, y otra vez a Iribar, de quien se rumoreaba andaba en cosas políticas aunque era el portero de la selección española. Entonces todos los porteros eran vascos. A los progres, de todas las maneras, no nos podía gustar el fútbol, que era cosa de ignorantes alienados, ni la copla ni el folclore andaluz, y se andaba a la greña por los

toros. Que eran parte de la España oscura pero que resultaba que los grandes pintores, hasta el mismísimo Picasso, los tenían como parte esencial de la cultura popular. Así que hubo que empezar a discernir. Había folclore adulterado, las de la peineta, y había arte popular y hasta toreros que ya se empezaba a saber que eran de izquierdas, aunque el Cordobés le hubiera hecho tanta alharaca a Franco y lo trataban como a un referente del Régimen y la mayoría lo que quisieran era acabar de señoritos andaluces y montar a caballo como ellos en medio de tierras yermas y braceros con alpargatas de esparto. Resultaba que Antoñete tenía amigos comunistas y algunos Dominguines lo eran.

Fue Manolo Vázquez Montalbán quien nos cambió el paso a muchos, y el San Juan Evangelista, el «Johnny», quien logró aficionarnos al cante «fondo». Resultaba que no había nada más profundo, más del sentir popular, que el flamenco cuando era puro. El Cabrero, Morente, Meneses eran adelantados y la verdadera raíz de lo nuestro. El colegio mayor, símbolo de la progresía, se rindió a la evidencia. Quítate tú a Mocedades y aquellos otros, y écheme usted una soleá o un fandango. Allí estaba la raíz y del pueblo, y lo demás eran tonterías pequeño burguesas. Pero Montalbán aún iba más lejos. También la copla era popular y revolucionaria. Que la hubiera cantado la Piquer y se hubieran apropiado de ella no significaba que no la hubiera cantado Miguel de Molina, a quien los falangistas comandados por el Conde de Mayalde, le habían dado una paliza, vejado, rapado el pelo y hecho beber ricino por ser maricón y rojo, a cuál de ellas peor cosa que la otra. Se había marchado al exilio pero él también antes, y nosotros decíamos que mejor, claro, había cantado Ojos Verdes y La Bien Pagá. Y resultó que nos gustaba y mucho la Zarzamora. Fue la fiebre del folclore, incluso del castellano, que empezó también a oírse de la mano de Joaquín Díaz, quien comenzó a bucear y rescatar voces y romances. Y también instrumentos. Pero esa parte le debe más a Agapito Marazuela, un dulzainero segoviano, comunista y represaliado, ¿cómo no?, que había mantenido aquellas raíces del pueblo. En los actos culturales ya no faltaba ni la dulzaina ni el flamenco, y un grupo de folk que cantara algo de molineras medievales ligeritas de cascos.

O sea, que pudimos ir a los toros y decir sin apuros que nos gustaba la copla. Claro que seleccionando. Para nada la folclorada que iba al Pardo a cantarle el cumpleaños a Franco. Esos estaban vendidos y adulterados. Pero a mí me gustaba, qué quieren que les diga y al fin confiese, Lola Flores y aún más Rocío Jurado, que

encima se casó con Pedro Carrasco, mi ídolo del boxeo. Vázquez Montalbán nos había liberado y encima empezó a hablar de comida, lo que no sé yo si fue tan buena idea visto luego que ahora a un cocinero le otorgan la misma categoría artística o más que a un Picasso o a un Neruda. Con tales los comparan. Pero desde luego aquello fue el inicio de que los progres se iniciaran en esa senda, que no mucho después los convertiría a bastantes en todos unos expertos en quesos y vinos, en añadas y denominaciones y en tortillas desestructuradas. Todo esto, que conste, lo comenzaron Manolo y su Carvalho.

En mi ciudad eran fiestas. Aquel año dimos un paso más en la salida a la luz pública. Sin descubrir del todo el carné, claro. Se pidió permiso y se consiguió para instalar una caseta, un puesto de bebidas, pinchos y demás en el ferial con lo que sacar algunos fondos y además tener «presencia». Hacernos visibles para los «nuestros» por lo menos. Trabajaríamos allí los afiliados, casi todos salvo alguno, por estrictos motivos de seguridad o porque había que mantener fuera de cualquier foco debido a su trabajo y así, entre vino y vino, morcilla y morcilla poder hablar con la gente. Unos cuantos carteles que identificaban el lugar como un sitio progresista, aunque nada subversivo por supuesto, y menos aún banderas rojas y nuestra misma presencia hizo que de inmediato aquello se convirtiera en un lugar de paso obligado, aunque a veces apresurado y dando sólo un saludo de emergencia, y otras de reunión y poder estar juntos los «que éramos y nos sentíamos» aunque sólo fuera compartiendo un trago. Fue un éxito, aunque alguna visita desagradable también tuvimos, y apechugar con algunas provocaciones entró en la comanda. Pero estábamos muy contentos cuando nos amargó la fiesta y el verano el terrible golpe de Pinochet en Chile.

La noticia llegó una noche y la desolación se apodero de todos. «Ha sido Pinochet». «¿Pero no era el que había estado a favor de Allende en el golpe anterior?». «Para copar el poder de las Fuerzas Armadas y así controlar todo. Como hizo Franco aquí».

Pronto se supo que no había resistencia. Se rumoreó que Prats, leal, lo intentaba y avanzaba con tropas, pero fue un espejismo y un macutazo desmentido de inmediato por la realidad. La Moneda bombardeada y Allende muerto eran los hechos, y junto a ellos miles de detenidos, conducidos como ganado al Estadio Nacional. A Neruda, muy enfermo, le arrasaron su casa en Isla Negra, destrozando sus recuerdos y pisoteando sus libros. La represión caía brutal sobre todo el pueblo chileno y la esperanza de aquella nueva

vía al socialismo saltaba por los aires, reducida a escombros por las bombas de la aviación. Empezaba en Chile un largo y trágico calvario de tortura y muerte. Víctor Jara, al que se dijo habían cortado las manos antes de acribillar a balazos, sería el símbolo más terrible y sangriento de todo aquello. El más triste sería el del gran poeta Pablo Neruda que murió tan sólo una semana y media después de que su amigo Allende, quien, tras intentar defender la Moneda se volara los sesos con un disparo final. El final de Neruda, en su lecho de muerte, rodeado de la muerte, la prisión y la tortura de su pueblo, no pudo ser más angustiosa y triste.

Chile y Allende era algo que sentíamos como propio, como muy nuestro. Había quien acusaba también a la extrema izquierda de haber propiciado con su actitud el golpe militar. Pero quien lo había dado era aquel general de gafas negras y bigote tan parecido al de nuestros fascistas patrios y quien había estado detrás había sido Estados Unidos y el maligno Kissinger. Al que para más INRI hasta le dieron el premio Nobel de la Paz, junto al vietnamita que negoció con él y que tuvo la dignidad de rechazarlo.

El otoño universitario se abría pues, acongojado y con enorme tensión, porque aquí se acercaba el juicio a los sindicalistas de Comisiones. El Proceso 1001.

Por mi parte, yo había ya apalabrado un nuevo acomodo que esperaba fuera estable por una larga temporada tras mi periplo por buhardillas y habitaciones de favor. El piso de aquel curso tenía todas las garantías y había de guardar todas las seguridades porque todos menos uno éramos militantes del PCE, el quinto andaba por cercanías aunque con diletancias izquierdosas, y tres de nosotros teníamos responsabilidades en el delicado aparato de propaganda. O sea, que el lugar más que una vivienda lo que parecía en ocasiones era un almacén de panfletos, con alguna «vietnamita» incluida debajo de la cama. Restos de panfletadas por los suelos, bolsas con Mundos Obreros y «Nuestra Bandera» bajo las camas y colillas de cigarrillos en vasos y los más variados receptáculos eran la decoración particular de aquella casa en el barrio de Pueblo Nuevo donde nos instalamos. Si al casero se le llega a ocurrir asomarse un día le da un síncope cardíaco.

Destacaba entre nosotros un hombre inteligente y duro, que hacía matemáticas y era un verdadero pilar del partido en su Facultad y en toda la universitaria. Curtido y seco, era un referente de valentía y para mí fue una inestimable ayuda ya no para quitarme el miedo, ese siempre acechaba el carcañal, sino para saber sobreponerme a él y afrontar las acciones que aquel año se

intensificaron hasta tenernos absolutamente absorbidos por las tareas revolucionarias. El proceso 1001 centraba toda la atención y a él dedicábamos todos los esfuerzos. El régimen juzgaba a los diez dirigentes de Comisiones Obreras cuyos nombres y cuyas fotos estampilladas teníamos marcados y presentes en nuestro día a día.

Iban a ser juzgados por el delito de pretender organizar un sindicato que empezaba a ser decisivo y que con su táctica de presentarse a las elecciones en el Vertical estaba convirtiéndose en el verdadero referente de los trabajadores en toda España. Que eran del PCE es algo que todos sabían, pues entonces ccoo y PCE caminaban y corrían de la mano.

Habían sido detenidos el 24 de junio anterior cuando mantenían una reunión en el convento de los Oblatos de Pozuelo de Alarcón y permanecían desde entonces encarcelados en Carabanchel: Se enfrentaban a la acusación de ser la dirección de ccoo y por vínculos al PCE y por tanto ser ilegales por dos sitios, y los cargos esenciales eran por asociación ilícita. Por ello se les pedían decenas de años de cárcel. Los procesados eran: Camacho, máximo líder del sindicato, Sartorius, abogado, vástago de una de las familias de mayor rango aristocrático de España, el apellido se continuaba con un Álvarez de las Asturias y Bohórquez que no cabía ni se nos ocurría añadir en los panfletos, y comprometido desde muy joven con el movimiento obrero, Francisco García Salve, el «cura Paco», un sacerdote obrero, los andaluces Soto y Saborido, Zamora Antón, Pedro Santiesteban Luis Fernández, Francisco Acosta y el asturiano Juan Muñiz Zapico, Juanín.

La organización estaba volcada tanto en la Universidad como en las fábricas. En la Complutense, además, «ayudaba» el nuevo ministro de Educación que había nombrado Carrero, un tal julio Rodríguez, que tuvo la brillante ocurrencia de pretender cambiar el calendario lectivo. Los cursos irían de enero a enero, como el año natural, lo que significaba un desbarajuste monumental y sin sentido ni racionalidad alguna. El calendario juliano fue tal disparate que no solo los activistas sino hasta los cátedros más reaccionarios estaban en contra y cada uno a su manera dispuesto a liarla parda. Y se liaba. El ministro duró apenas nada, y el experimento no llegó a ponerse en práctica. Pero lo esencial era el 1001 y no había bar de Facultad, ni asam blea, ni acto cultural, ni proyección de cine y me imagino que lo mismo sucedería en todos los centros fabriles y tajos, donde no cayera la palomita; así le llamábamos a la suelta del taco al aire que luego caía revolando, de panfletos con las caras de los diez de Carabanchel procesados. El

proceso, además, cruzaba fronteras y el escándalo era mayúsculo, pues nadie en Europa podía entender que se juzgara a unos obreros por ejercer lo que en todos los sitios eran los más elementales derechos laborales. La dictadura se retrataba y aquí no valía ninguna tergiversación ni infamia. Eran gentes absolutamente pacíficas y que en absoluto pretendían otra cosa que conseguir un mínimo de libertades sindicales. Gozaban además de un enorme prestigio por su honradez, austeridad y ejemplo entre la clase trabajadora. Estaba previsto que el juicio tuviera lugar a finales de año.

Los trabajos de propaganda me los resolvía yo con mis medios, pero para los comandos, saltos en diversos puntos de la ciudad, me sirvió de mucho la compañía del de Matemáticas. Con él fui a la primera cita, muy cerrada y seleccionada para no caer en manos de la policía por el soplo de un infiltrado y que cuando llegáramos el lugar estuviera copado. Una de aquellas primeras acciones fue en el barrio de Vallecas, en la propia avenida Ciudad de Barcelona, donde entendíamos contábamos con la simpatía y el apoyo de la gente incluso por si venían mal dadas.

Quedamos en un punto cercano y en pequeños grupos de tres, o a lo sumo cinco, nos acercamos al lugar señalado, que sólo se comunicaba en esa cita previa y que sólo uno conocía de antemano. Llegados al lugar, frente a un banco, todo se sucedió vertiginosamente. Saltamos a la calle, cortamos el tráfico, se soltaron los panfletos, de algún sitio salieron unos adoquines y las lunas de esa y otra entidad bancaria quedaron hechas añicos. Para asegurar un poco la dispersión y la retirada se cruzó algún contenedor y se incendió con un cóctel molotov, que se fabricaba con una simple botella de coca cola, gasolina y una mecha de algodón. Y salimos a escape, cada uno por nuestro lado antes de que la Policía Armada ni siquiera asomara.

La cita de seguridad fue, tras bastantes estaciones de metro, en un lugar bastante alejado. Allí el de Matemáticas me estrechó la mano y nos fuimos a tomar una caña porque, yo al menos, de la tensión, la carrera y el miedo, tenía la garganta reseca.

La operación se repitió bastantes veces a lo largo de aquel otoño, tantas que a poco, yo ya estrellaba con dureza las pedradas sobre la luna que más me pusiera, y hasta en algún momento mantuve la sangre fría de cruzar con otros un coche, una «cabra», para que la policía que aquel día ya llegaba no pudiera seguir en sus vehículos por la calzada. Nos especializamos en pintadas en el metro, donde considerábamos que era donde mejor llegaba el mensaje a la «clase

obrera», y mientras uno le daba al spray otros lo custodiábamos empuñando barras de hierro que escondíamos bajo las trencas. La gente nos miraba asustada. Luego nos perdíamos en los vericuetos del subterráneo, cuyas líneas y conexiones acabamos conociendo a la perfección.

Estos comandos, las intervenciones en las asambleas, donde cada vez más era a mí a quien tocaba llevar la opinión del Partido, en tercero ya era un veterano y no me expresaba nada mal en público - otra vez creo que Curiel tuvo bastante que ver en ello - y mi disciplina, que llevaba a rajatabla, cumpliendo las órdenes que me daban hizo que la opinión sobre mí no sólo cambiara, sino que de pronto me encontré asumiendo responsabilidades de un nivel que hacía nada no podía ni imaginar siquiera.

Dado que Marcel Camacho debía actuar como enlace entre los presos, en suma, su propio padre, y no le parecía bien duplicar esas funciones con la de responsable de nuestra Facultad en las reuniones de la Universitaria, donde a la sazón habíamos conjuntado las fuerzas de Complutense, Autónoma y Politécnica, se consideró y él mismo me transmitió que había de ser yo el encargado, su sustituto, en nombre de Políticas. Eso significaba estar en el sanedrín que planificaba las acciones conjuntas y quienes además habíamos de surtir de propaganda a las diferentes células. Interceptar aquel río de propaganda era la misión prioritaria de la Social y a ello dedicaban sus esfuerzos y los de sus confidentes. Pero nosotros teníamos al Abuelo. Era un verdadero genio en darles esquinazo y hacer entregas seguras.

Prácticamente éramos todos del PCE pero también se apuntaron algunos de la Liga, trotskistas considerados fiables y seguros; los chinos quedaron excluidos porque se les daba por infestados internamente de «sociales» y encima con aquello del Primero de Mayo y el policía asesinado, se les consideraba compañía nada recomendable. «Los chinos que no se enteren. A los chinos ni agua». Con los ácratas la verdad es que ni se contaba.

El Abuelo se inventaba maravillosos ardides para que los riesgos fueran mínimos y tanto al ir como al regresar extremábamos precauciones. El mejor lugar, y que durante semanas funcionó a la perfección, fue la propia iglesia de la Universidad Complutense, a la entrada de ésta, allá sobre un altozano. El Abuelo se vestía de cura, cogía su vespa cargada con dos bolsas a los lados hasta arriba de panfletos y se metía en un confesionario. Allí íbamos llegando de uno en uno y por riguroso turno a recoger nuestra ración y de ahí salíamos para intentar llegar al metro y, una vez en él, ponernos a

salvo confundidos entre la multitud.

Fue bien durante varias entregas, hasta que en una, acompañado por un trosko de la facultad que era nuevo en el menester y al que entregué parte del cargamento recogido, notamos al descender hacia el metro de Moncloa que pudiera ser que un tipo nos estuviera siguiendo. Llegamos frente al edificio del Ministerio del Aire y allí pusimos en práctica el truco de cruzar varias veces el semáforo. Y ¡zas!, el tipo hizo la misma extraña maniobra que nosotros. Los nervios del trosko se desataron y sin encomendarse a nadie ni avisar siquiera salió de naja, corriendo como un desesperado. La verdad es que aquello podía haberme dejado en una situación imposible si el de la «pasma» hubiera tirado a por mí, pero quiso que su acto reflejo fuera salir a escape también tras el que huía. Yo me escabullí por la boca del metro echando pestes del de la Liga pero confiando que el «social» no le diera caza.

Y no se la dio, pero al día siguiente sí le eché yo la gran bronca por la situación de peligro en que nos había puesto al salir huyendo así, teniendo como teníamos el metro a un paso y lo fácil que allí era perderse con un poco de habilidad. Lo malo fue que de alguna manera habíamos quemado el entorno y el Abuelo decidió que ya estaba bien de hacerse pasar por cura y que en caso de necesidad la sotana no era lo mejor ni para correr ni para pasar desapercibido. La siguiente entrega fue ya en un lugar laico.

Y además hubo que discutir de nuevo sobre árabes e israelíes. Porque el día 6, festividad judía de Yom Kippur, y aprovechando tal efemérides y que la confianza en la superioridad de su ejército les pudo hacer descartar una ofensiva enemiga de tal magnitud, egipcios y sirios lanzaron un ataque por sorpresa que pilló desprevenido al hasta entonces invulnerable Tzahal. La guerra de los Seis Días en 1967 había dejado en poder israelí los estratégicos - hasta por sus reservas de agua - Altos del Golán sirios y la península del Sinaí egipcia. La negativa a su devolución era contumaz a pesar de las resoluciones de la ONU, siempre vetadas por EE.UU., y que contaban también con la abstención de China, alejada del bloque soviético, y sus aliados «no alineados».

De inicio, los avances y victorias egipcio-sirias, incluso destruyendo aviación enemiga en tierra, fueron fulgurantes. Los egipcios cruzaron el Canal de Suez y los sirios tomaron los Altos del Golán. Los árabes cantaron victoria. Pero llegó el contraataque judío y, a partir del día diez, sus tropas empezaron a reconquistar todo lo perdido. Es más, el general Dayan, el del parche en el ojo, al frente de columnas de tanques cruzó Suez y se adentró por Egipto

presto a llegar a El Cairo.

La tensión internacional creció hasta llegar a un punto en que parecía posible el estallido del conflicto entre las dos grandes potencias involucradas. Unos a Israel y los otros a Damasco y El Cairo. La URRS amenazó con que estaba dispuesta a intervenir enviando ayuda a Anwar El Sadat, el presidente egipcio que había sustituido a Nasser, si el avance judío proseguía. Henry Kissinger, Secretario de Estado norteamericano, viajó a Moscú para negociar una solución. El avance se detuvo y, finalmente, el día 25 se produjo el alto el fuego, retornando los tanques de Dayan al lado este del Canal de Suez pero manteniéndose en los Altos del Golán.

La opinión mayoritaria seguía estando con los árabes, pero en esta ocasión hubo matices personales y alguno no dejábamos de admirar cómo se habían batido los israelíes que, de no haberles parado, hubieran tomado en una operación relámpago la propia capital egipcia. Los muertos del conflicto fueron casi 15.000 (8.500 árabes y en torno a 6.000 israelíes) pero tuvo además importantes repercusiones: el alineamiento de los países árabes y de la URSS se hizo más estrecho, la imagen de invencibilidad del ejército israelí quedó en cierta medida puesta en cuestión, Israel se hizo más dependiente de EEUU y, sobre todo, la guerra propició que la OPEP, donde los estados árabes tenían un peso decisivo, decidiera una brusca subida del precio del petróleo que desencadenó una espiral inflacionista que llevaría a una gran crisis económica.

En cualquier caso, aunque el pañuelo palestino siguiera subiendo en su cotización como señal identitaria de progresismo, lo nuestro seguía siendo el proceso 1001 e intentar concienciar a la población de la brutalidad del régimen con aquellos obreros. Y la movilización iba aumentando de intensidad y no dejó de crecer durante todo el invierno. Hasta que llegó el día 20 de diciembre y comenzó el juicio en Las Salesas, donde tenía su sede el TOP.

La convocatoria de acudir a la cola para intentar acceder al recinto, a pesar del reducido aforo, se sustanció en que centenares y tal vez miles de personas comenzamos a congregarnos en la plaza y a formar una larguísima cola, siempre vigilados por una fuerte presencia de la policía armada y multitud de sus unidades distribuidas estratégicamente por las esquinas y puntos colindantes. Apenas acababa de ponerme yo en la fila cuando comenzó a escucharse una especie de rumor inquieto, un murmullo que se propagaba tanto entre nosotros como entre los propios policías, que se removían inquietos. Al fin una voz próxima llegó a mí.

-Han matado a Carrero. Un atentado. Han hecho volar su coche.

Muchos no se lo creían. «Es para que nos asustemos y nos vayamos», decían algunos. «Hay que aguantar».

Pero el creciente nerviosismo de la policía, que además comenzó a ponerse en movimiento, hizo que muchos se lo tomaran en serio y empezaran a intentar salir de la plaza.

Había una cabina de teléfono próxima y desde allí llame al periódico. Pude comunicar, y logré - aunque era un simple becario, un meritorio - que me pusieran con mi sección, donde había uno de guardia. Pueblo era un periódico de tarde que se cerraba poco antes del amanecer. Él me confirmó la noticia.

-Un atentado terrorista o una explosión de gas. Pero brutal. El coche ha volado y no se encuentra dónde ha caído, o sus restos. Pero Carrero está muerto, seguro. ¿Dónde estás?

Ni contesté. Colgué y salí a paso rápido pero sin correr hacia la cola.

-Es verdad, es verdad. Han volado a Carrero.

Entonces muchos sí que decidimos irnos de allí. La Policía Armada, creo que tan confusa en sus noticias como nosotros, se disponía a cercarnos y cargar.

Tomé rumbo a la estación de Atocha y allí me subí en el primer ferrobús que salía hacia Guadalajara. En el vagón distinguí a varios conocidos y militantes como yo que habían tenido la misma reacción. Nos vimos, nos miramos pero ni siquiera nos saludamos los unos a los otros. Mirábamos por la ventanilla sin querer fijar la vista en nadie ni que nadie la fijara en nosotros. Llegué a casa de mis padres y puse la radio. El coche de Carrero había aparecido en lo alto de una azotea, el presidente del Gobierno estaba muerto. La explosión de gas con la que se quiso por algún momento especular no tardó en dar paso a la constatación de que había sido una enorme carga explosiva detonada al paso del vehículo. Y de nada había servido el blindaje.

Cuando mi padre llegó de trabajar, tenía aquel día turno de mañana, ya lo sabía también y nos miramos con gesto de enorme seriedad. Sabíamos que la situación era grave y podía serlo mucho más.

-¿Quién ha sido? - me preguntó.

-No lo sé, ETA tal vez.

-¿Pero cómo puede haberlo hecho ETA así y en Madrid?

Mi padre, tras múltiples discusiones conmigo y muchas admoniciones de que no me metiera en líos, había terminado por meterse él también de hoz y coz en ellos y poco antes había sabido, aunque no por él, que estaba con los de Comisiones en la fábrica e

incluso habían hecho reuniones en nuestra bodega del pueblo.

-Esto le va a venir muy mal a Camacho y los demás.

Yya lo creo que les vino fatal. El juicio tan sólo se suspendió un día y se reinició el día 22. El treinta salió la sentencia, que era durísima, creo que hasta por encima de las penas solicitadas por el fiscal franquista. Marcelino Camacho, 20 años de cárcel; Nicolás Sartorius, 19; Miguel Ángel Zamora Antón, 12; Pedro Santiesteban, 12; Eduardo Saborido, 20; Francisco García Salve, 19; Luis Fernández, 12; Francisco Acosta, 12; Juan Muñiz Zapico,Juanín, 18; y Fernando Soto Martín, 17.

Era tan desproporcionado hasta para la propia legislación de la dictadura que un año después el Tribunal Supremo las rebajó: Marcelino Camacho a 6; Sartorius, Saborido y el Cura Paco, a 5 Soto y Juanín, a 4 y Luis Fernández, Francisco Acosta, Santiesteban y Zamora a 2.

Por cierto, que en el Proceso es cuando conocí a algunos abogados laboralistas y otros de diferentes formaciones que se quiso participaran de alguna manera para dar una imagen de que era un juicio contra la democracia y que demócratas de todas las tendencias los defendían. Manolo López, Cristina Almeida y Jaime Sartorius, primo de Nicolás, eran los más «nuestros» pero también democristiano Joaquín Ruiz Giménez, Paca Sauquillo, de la ORT y un socialista del entonces ignoto PSOE, pero que era militante ya de años y del interior, Enrique Barón, así como Marcial Fernández Montes, Alfonso de Cossío y Corral y Adolfo Cuellas y hasta el mismísimo José Ma Gil Robles, como representante de una derecha tradicional. Por cierto que Pepe Bono, que andaba de secretario o algo así de Tierno Galván, estuvo en un tris de defender a uno, y se intentó también que un tal Felipe González, de quien nadie había oído hablar defendiera a Saborido ya que era sevillano como él, pero Saborido dijo que le dejaran de cuentos y componendas y eligió a Adolfo Cuéllar que era un clásico y no andaba por tales enjuagues en busca de fama en la izquierda.

El régimen estaba rabioso. Se truncaba su garantía de continuidad; el Almirante Carrero era el destinado a garantizarla una vez desaparecido el dictador, tutelando férreamente todo el entramado, incluso el designado sucesor, Juan Carlos, quien por cierto a nada de ascender a la jefatura del Estado amnistiaría, el 25 de noviembre del 75, a los condenados por el 1001.

El atentado nos desconcertó también a nosotros, por lo inesperado, por su significado, por su eficacia y por la violencia acarreada al mismo corazón del Régimen y de la capital de España.

El PCE y todos sus militantes tuvimos una sensación de estupor. Reprobábamos la violencia y creíamos que aquello lejos de adelantar el proceso de democratización lo retrasaría, porque las gentes no querían una senda que pudiera conducir a otro enfrentamiento armado. Pero no sabíamos qué decir del todo, nos hacíamos cábalas de cómo podía haber sido posible, temíamos la represión que se iba a desencadenar y optamos en aquellos días por mantenernos en silencio y de alguna manera escondidos. Ayudó a poner tierra por medio que llegó la Navidad. De hecho las facultades estaban cerradas hasta después de Reyes. Tiempo habría entonces para poder interpretar y sacar alguna conclusión y tener alguna directiva que seguir.

X

EL ABUELO DE «LA LOBA PARDA»

Pero el 74 lo que me trajo fue amor. O más bien sexo. Pero además, un reencuentro con mis propias raíces y la recuperación de mi niñez. O mejor dicho, el descubrimiento de mis paisajes, de la tierra, de mi pueblo, de su esencia y de mí mismo y de mi infancia que no podía venir de otra mano que la de mi abuelo. El Valentín, el que me había enseñado a recitar de memoria el Romance de la Loba Parda, aunque yo lo hubiera olvidado durante muchos años.

En cualquier caso todo estuvo relacionado, aunque suene extraño, lo del sexo y lo de mi abuelo, y todo fue un tanto inesperado. La militancia en grado de máxima efervescencia dejaba poco lugar para ligues y además en muchas ocasiones el círculo vital se reducía a las camaradas y algunas amigas que eran «próximas». Cierto que en la Facultad tenía contacto con otras chicas, pero con ellas siempre había por ambas partes cierto aire reactivo. Las chicas bien que iban a «estudiar» nos parecían lejanas y el trato no era precisamente como para intimar, aunque es cierto que no dejaba de haber cierto morbo y había quien afirmaba que «con las de derechas» no hay que andarse con tanta teoría y que una vez puestas, y sin tanta Beauvoir de por medio, iban más al grano. Alguno de estos suponía que el halo de romanticismo del perseguido suponía ventajas. Pero por entonces a mí no se me daba el caso y los contactos siempre eran con progres o con militantes de otras formaciones con las que en un descuido lo que acababas era discutiendo de política y ellas poniéndote a parir por «carrillista» y vendido. Vamos, que sin comunión total en la ortodoxia no había encame. Y con ortodoxia compartida casi tampoco.

Tuve algún escarceo con alguna camarada, pero la cosa no cuajó. Sexo, lo que se dice sexo, tenía más bien escaso tirando a nulo. Vamos, que tenía más éxito en mi propia ciudad, donde sí que algunos fines de semana y en una discoteca que abrieron y que pasaba por ser el antro de perdición local, me hice amigo del disc-jockey y hasta del dueño, que por aquello de que trabajaba en un periódico me dejaba entrar sin pagar, y acabé por lograr que alguna acabara luego por mi cama en Madrid. Pero todo estaba pasado por la prisa y al piso tampoco es que se las pudiera llevar en vista del paisaje interno. Alguna aún fue, pero no era cuestión de repetir con todos los demás pululando por allí y escondiendo panfletos y ciclostiles que andaban por todos los rincones y eran imposibles de

ocultar. Ir a una pensión resultaba entonces imposible. Te pedían no solo el carné sino hasta el libro de familia.

La cosa tuvo que ver algo con un anarquista, Salvador Puig Antich, que fue ajusticiado el dos de marzo. Tuvo que ver con una Universidad que verdaderamente explotaba cada mañana contra un Régimen que unos decían que agonizaba, pero que seguía dando terribles dentelladas y segando vidas y libertades.

Puig Antich era un joven anarquista catalán del que ninguna noticia teníamos hasta que se inició el juicio contra él. Se le acusaba de la muerte en un tiroteo durante su detención del subinspector de policía de la BPS, Francisco Anguas Barragán. Su padre era un anarquista represaliado tras la guerra que se salvó de la pena de muerte en el último instante para pasar luego largos años de cárcel. Tras el Mayo y el asesinato de Ruano se activó como militante antifranquista y comenzó a militar en Comisiones Obreras, pero derivó rápidamente hacia el anarquismo junto con sus amigos desde la primera juventud, los hermanos Solé Sugranyes, con los que formó el Movimiento Ibérico de Liberación (MIL).

Aunque no cometían atentados tipo FRAP o ETA, sí que acometían acciones violentas, sobre todo atracos de bancos, con los que se financiaban. Antich solía actuar de chófer tanto en esas acciones como en los frecuentes viajes al sur de Francia, donde se relacionaban con viejos militantes cenetistas.

El 2 de marzo de 1973 un contable de la sucursal del Banco Hispanoamericano de Barcelona resultó herido de gravedad durante un atraco en el que participó junto a uno de los Solé y dos compañeros más. La policía intensificó su caza y el grupo sufrió la escisión de la mayoría, en desacuerdo con los métodos que empleaban. Puig y los Solé siguieron adelante. En un último atraco cayó uno de los Solé y, uno tras otro, los demás. Finalmente también fue detenido Puig, al que consiguieron reducir y meter en un portal en una calle de Barcelona junto a un compañero. Se produjo un forcejeo y un disparo. Garriga, el otro detenido, huyó, aunque no tardó en ser capturado, pero cuando los policías regresaron al portal allí yacía muerto un inspector y malherido Puig.

Iniciado el juicio y acusado de asesinato en febrero de 1974, fue condenado a muerte por un consejo de guerra. Hubo movilización y petición de indulto tanto en España como por parte del Vaticano o del canciller alemán, Willy Brandt. En la Universidad hubo reacciones pero no con la intensidad de otras ocasiones. No se echó toda la carne en el asador, vamos.

De hecho el Partido pensaba que Franco no iba a llegar tan lejos y que Puig no sería ajusticiado. Nuestros análisis casi lo descartaban como posibilidad. Así que hubo huelgas, asambleas y comandos pero los ácratas nos acusaban de no estar haciendo lo suficiente porque no era de los nuestros. El dos de marzo, sábado, fue ejecutado, por el procedimiento de garrote vil, en la cárcel Modelo de Barcelona. Aquel mismo día, por una extraña forma de así distraer la atención y que ambos parecieran presos comunes, fue también agarrotado un ciudadano que dijeron polaco y de nombre Heinz Chez, acusado de la muerte de un guardia civil en Tarragona, pero que luego resultó ser un ciudadano alemán proveniente de la RDAS, que tras lograr pasar al lado occidental recaló en España. Fueron los últimos ejecutados en España por aquel espeluznante procedimiento, que en el caso del alemán-polaco le supuso en la prisión de Tarragona una larga agonía de 25 minutos debido a la torpeza del verdugo.

La sensación fue atroz y demoledora, no exenta de cierta conciencia de culpa. En la Facultad aquel lunes se levantaban voces clamando contra nosotros y el Partido me encargó ser yo quien diera la cara en la asamblea general convocada en el aula 3, donde daba clase Fraga.

Fueron momentos de enorme tensión y de una rabia inmensa que se desbordaba y me desbordaba. Tras confesar la verdad en lo que podía y en medio de una enorme angustia y griterío - «No hay que discutir entre nosotros, compañeros, sino hacérselo pagar a este régimen asesino que lo ha matado. Vamos a por ellos»-, nos lanzamos a la calle. Aquella mañana la carretera de La Coruña, la Universitaria - hubo hasta quien quería dirigirse al vecino palacio de La Moncloa-, ardió. Y no sólo en sentido figurado. Autobuses incendiados hubo y también el tráfico colapsado, con barricadas ardiendo. Estuve fuera de mí durante horas sin importarme, como en otras ocasiones me había importado, si era detenido y sin calcular el peligro que corría. En el muro del bar de la Facultad quedó largo tiempo un poema, que luego alguien pasó del papel a grabado en el muro.

Me dieron la noticia una tarde de lluvia.
En Madrid. «Mataron a Puig esta mañana».
A primeros de marzo,
casi para entrar la primavera del setenta y cuatro.
Impotencia.
De escribir amargamente.
Un poema,
la mínima, única, raquítica, expresión que me queda.
Garrote vil.
Y silencio.
En las aceras, estúpido callar de risas de sábado
en todas las aceras.

De golpe saltar a la calle.
Gritar.
Buscando hermanos.
Para los ojos desencajados.
Contra el miedo de las parejas grises.
Acechando.
En las puertas de los metros.
Y el miedo aún más terrible.
De pistolas presentidas.
Y de esposas.
Tarde de lluvia, mataron a Puig esta mañana..
Que sean las gotas perros rabiosos que muerdan
Las espaldas de los asesinos.
Que la sangre del muerto ahogue a la hiena,
que la sangre cerque los pies de los asesinos.

(«Porque un pueblo ha gritado ¡libertad!, vuela el cielo y las cárceles vuelan», Miguel Hernández.)

Creo que fue entonces cuando ella se fijó en mí, aunque yo me había fijado ya varias veces en ella. Iban siempre un grupo de unas cuantas chicas y un tipo grande, con aire soberbio, que si bien nunca se le veía en manifestaciones ni en acciones de ningún tipo, siempre andaba como rondando y que tenía fama de intelectual y

profundo. Actuaba como una especie de «pope» para el grupo y parecía a todas luces ser el novio o algo así de ella. Tenía coche y todo. El inevitable «dos caballos» de la época. Pero coche.

En algún momento de aquellos días ella se acercó o me dejó acercarme y a poco era frecuente vernos en el bar de la Facultad juntos, aunque no tardaba en llegar el tipo con las otras para llevársela, hasta que una tarde fue ella misma la que me invitó a ir con ellos, a pesar del evidente gesto de desagrado de su acompañante. Anduvimos de vinos por Moncloa y ella no hizo otra cosa que darle al otro en los morros. Tanto y de manera tan clara que al irnos, al ofrecerme llevarme en el coche hasta Cuatro Caminos, se sentó junto a mí en la trasera y al despedirme lo hizo con un abrazo más que cariñoso que completó con un beso en la boca a la vista del otro y de todos.

Pero aunque yo lo creí así, para nada rompió su vínculo ni su relación, que intuí era tortuosa. Como si quisiera y no quisiera al mismo tiempo librarse de él. Pero una noche quedamos y vino sola. Estuvimos por todos los barecillos de estudiantes del barrio de Argüelles y en un momento se decidió y me invitó a ir a su casa, donde parecía vivir sola, aunque había un rastro evidente de que también mi rival la frecuentaba. Cerró por dentro con llave y corrió un cerrojo. Luego bebimos más y hasta nos fumamos un canuto, cosa que a mí no me ponía nada, más bien me daba sueño, pero desde luego estaba dispuesto a dejarme conducir, cosa que hizo con cierta ansiedad y premura. Pasamos la noche juntos haciendo el amor, bebiendo y fumando canutos. A la mañana siguiente cumplí mi viejo rito de desayunar juntos en un bareto de esquina y al contarle lo que significaba sonrió, por una vez, con una extraña dulzura, para volver luego a su desasosiego que siempre parecía dominarla.

Pero en el tiempo que pasé con ella descubrí, o mejor reencontré, unas raíces y unas emociones que estaban por aquel entonces dormidos en mí y que me llevaban hasta mi propia infancia, que recuperé ya para siempre. Fuimos a mi pueblo, a orillas del Henares, en una primavera incipiente que pugnaba por asomar y donde sobre los brotes de la hierba nueva que empezaba a pespuntear entre la hierba seca del invierno, en atardeceres azules y limpios, ateridos a veces, junto a las aguas de mi río. Tenía la espalda y los hombros más hermosos que he visto en mujer alguna. Y era acogedora y exigente en el sexo.

Por la noche subíamos a la casa de mi familia, vacía, encendíamos la chimenea y nos amábamos y dormíamos en una

manta frente a ella, con las llamas jugando sobre su piel desnuda. Con ella volvieron a amanecerme las mañanas en la piel y los días volvieron a acariciarme la vida y volver a hacer fluir la savia verde en mis entrañas.

Así sucedió algunas veces, pero las más de nuestras escapadas eran por cosas del Partido o de su nunca acabada historia con el otro; a su casa no volvimos a ir nunca, se frustraban y según llegaba el verano fueron perdiendo intensidad hasta al acabar las clases, donde por cierto mi resultado había sido muy pobre, apenas si logré aprobar cuatro asignaturas entre de segundo que me quedaban y de tercero que había empezado, su despedida fue desangelada y fría. Cuando volvimos a vernos en septiembre había vuelto definitivamente a su extraño noviazgo, después de haber pasado con él todo el verano.

Sin embargo, aunque la hubiera perdido a ella yo había recuperado mi infancia. El pueblo, mi tierra natal comenzó a aparecer ante mis ojos de manera muy diferente. Yo había sido siempre un desarraigado. Había partido de niño de mi tierra, en el País Vasco, cuando estaba a punto de encajar, había también tenido que marcharme, y luego había sucedido casi igual entre mi pequeña ciudad y la gran capital. En algún momento sentí que aquella mínima aldea y sobre todo su entorno, su tierra, era mi tierra y no porque fuera mía, sino porque yo comencé a sentirme parte de ella. El Valentín y el viejo recuerdo del abuelo que me contaba cuentos ante la lumbre tuvieron mucho que ver con ella. El abuelo era un fabuloso narrador de historias y sucedidos con un don para crear atmósfera, tensión y hasta suspense. Volvían en el reencuentro con él, en las tardes en su bodega, mi abuelo no pisaba el bar, las leyendas, las memorias de antepasados, sus aventuras de mozo, los avatares de una existencia que no quiso ser guerrera, aunque en la mili acabó preso en Mahón sin tener arte ni parte en una de aquellas sublevaciones de principios del xx y en la guerra no pegó ni un tiro, pero se hinchó a cavar trincheras para los unos y los otros, que le saquearon mulas, cochinos, trigo, patatas y gallinas. Pero ante todo lo que regresaba era el sentimiento de la tierra, el de pertenencia a un lugar, a un paisaje, a una Naturaleza, más quizás que a sus propios moradores y hasta a un pasado donde estaban los lobos.

Porque el Romance de la Loba Parda yo lo había aprendido de niño y lo tenía guardado en la memoria y sabía cuando las «cabrillas altas iban y la luna rebajada» y cuando la loba vieja se llevó a la borrega que era hija de la Blanca. En ese romance estaba

también algo que atesoraba, sin saberlo, y que era mi propia expresión, mi lengua y las dormidas palabras regresaban verdeando tras largos años bajo las costras. Fue cuando empecé a escribir de otra manera y a buscar incluso soledades que antes siempre había temido.

Así que, acompañado o en las más de las veces solo, dejaba las ratas amarillas de la gran ciudad ahogadas en copas de coñac y a los ratones provincianos murmuradores y malos los metía en un saco en el portal de casa, cogía el tren lento y largo, de parar en todas las estaciones, y punteando oteros con la vista no cejaba hasta llegar a ver las encogidas casas de mi pueblo. Me bajaba andando hasta el río, delatado por la serpiente de chopos que recorre el valle a su paso, a reencontrarme con las viejas voces. Y allí, entre las hierbas lacias del invierno, venía a sentarse en mis rodillas el latir confuso de la presa y el son más átono y tranquilo de sus meandros. Aunque las ramas de los álamos estuvieran desnudas y sin habla y en campo abierto, al otro lado, solo, hubiera yermo y frío, yo sentía el cálido aliento del trigal, el suyo y el mío. Y me quedaba contemplando todo, el vértice de la colina, la carrasca en la ladera y lejos, lejos, los picachos nevados de la sierra. Se me aclaraban los ojos y se me descalzaba el cuerpo.

Ese regusto comenzó a calarme dentro entonces y no me ha abandonado ya nunca, y espero que para siempre se mantenga conmigo. Siempre ha sido desde entonces, esa emoción de mi paisaje propio, quien me ha dado aliento y fuerza en los peores momentos de debilidad. Él me ha ofrecido su savia para seguir caminando. Desde entonces fue mi último refugio pero fue, y es, mucho más que un simple y último cobijo. De él comenzaron a brotar otros impulsos y otras fortalezas.

Los lobos de los romances y las leyendas, también de sus no tan antiguas presencias, en aquellos montes y en las sierras del horizonte cercano donde ahora han vuelto, fueron y son para mí el mito vivo de la naturaleza salvaje hecha aullido. Además pude verlos.

Bujalaro, que así se llama mi pueblo, y su río Henares, quedan a tiro de piedra de su afluente el Dulce, y en el hermoso cañón de este río iba a encontrarme con quienes entonces empezaron a pronunciar la palabra «ecología». Hice amistad en Guadalajara con un pequeño grupo de muchachos que adiestraban halcones. Los hermanos López Herencia y Alfredo Ruiz, que iban para veterinarios. Los conocía desde hacía algunos años pero entonces saqué algún hueco para frecuentar su compañía. Eran unos pioneros

en la defensa de la Naturaleza y la conservación del Medio Natural. Unos chalados que cogían cernícalos de los nidos y los adiestraban para que volvieran a su puño. La cetrería fue el portillo por donde ellos, de manera continuada e intensa y luego hasta profesional - Fernando López Herencia acabó volando sus halcones para proteger los aviones de Barajas y dirigiendo zoos-, iban a dirigir sus vidas, pero para mí fue la entrada, al menos, a una sensibilidad entonces desconocida. Pero que tuvo un gran apóstol: Félix Rodríguez de la Fuente, al que tuvimos la suerte de tener al lado. Porque Félix tenía sus lobos y filmaba sus películas precisamente al lado, en Pelegrina, en el Cañón del río Dulce. Allí iba a ver yo los lobos por vez primera en mi vida y allí adquirí con mis amigos las primeras nociones de un conservacionismo pegado al terreno, sin los talibanismos urbanitas de que se tiñó luego. Nosotros sabíamos desde el principio que para comer jamón hace falta matar cochinos, que los leones no comen maní - de hecho tuvimos una cachorrilla, la Trini, que luego acabó cuando ya era una moza peligrosa en el zoo de Calahorra-, y que la liebre sabe muy bien con judías. Mi condición de cazador no tuvo entonces ningún choque con aquellas gentes, que como Félix lo eran también, y por ello eran quizás los mejores en la defensa de la España salvaje. Ni que decir tiene que nuestro literato de cabecera era Delibes. Félix, dijeron después, hacía algunas trampas para las filmaciones y alguna hasta presencié y me contaron de primera mano, pero su labor fue la mejor semilla y su palabra sigue siendo mucho más verdadera y poderosa que la de aprovechados discípulos e imita dores que no han logrado traspasar pantalla, aunque sí se han convertido en los más hábiles predadores de las subvenciones.

Yo para aquel entonces también me había convertido, superado el abandono de mi amiga, en un pequeño, aunque bastante eficiente, depredador y, desencantado de romanticismos, había iniciado la senda de saber disfrutar de la carne de las mujeres sin preocuparme demasiado de su cerebro ni de colmar o que me colmara su espíritu. Me di cuenta de que les podía gustar y de que no entregando nada conseguía más de ellas, al menos en lo sexual, de lo que nunca había conseguido antes. Las chicas bien, vestidas, peinadas de peluquería y maquilladas, algo que nuestras camaradas tenían casi como prohibido, las que considerábamos las pijas, comenzaron a reírse conmigo en los bares de Moncloa y a llevarme a algunos de sus pisitos, donde me cobijaban y hacían de ello la aventura de amparar a un fugitivo. Pero a ellas, desde luego, no las invitaba a desayunar por las mañanas. De hecho y se hizo

costumbre, una vez concluido el sexo, me levantaba, me duchaba y me marchaba. Como si no quisiera que su olor a piel cuidada y colonia cara perseverara sobre mi piel.

Pero a ellas no las llevaba a conocer mi tierra. Esa quedó para siempre reservada a quienes entendí, aunque en ocasiones me equivocara, dignas de merecerlo y con la cercanía suficiente para compartir el secreto de mis rincones y paisajes. Que fui conociendo muchos más, porque el otro descubrimiento fue la fotografía. Algunos del Chamizo, en especial uno de los hermanos Burgos, el otro era pintor, contactó con la Agrupación Fotografía, un grupo de aficionados que luego supimos gozaban del mayor prestigio y consideración en toda España, a pesar de lo humilde de sus instalaciones en unos cuartos que les dejaban en Educación y Descanso. Bernal y compañía nos enseñaron con toda su ilusión a unos cuantos los rudimentos de ese arte y a nada, con toda la soberbia y la estupidez de la juventud, ya estábamos nosotros queriendo darles lecciones y suponiéndonos grandes innovadores. Santa paciencia la que tenían aquellos buenos hombres aguantándonos y encima enseñándonos con toda cortesía. Lo poco que luego he sabido y tan bien me ha venido se lo debo a ellos. Amén de que en sus expediciones de fin de semana por pueblos, fiestas y celebraciones fuera conociendo la muy desconocida Guadalajara y empapándome de sus historias, sus tradiciones, sus castillos y sus gentes. Con ellos asistí a las primeras botargas, a mi primera caballada en Atienza y con ellos aprendí a amar las ermitas románicas de la Sierra, y esa templaria de Santa Coloma de Albendiego un día de nevada.

En realidad todo iba unido, todo salía del cesto de la vida como cerezas engarzadas. Parecía haber tiempo para abarcarlo todo y disfrutarlo entero, aunque hubiera de hacerse como a hurtadillas siempre bajo la sombra del miedo, unas veces difuso, otras atrozmente presente en la propia puerta de nuestra casa a la que en cualquier momento podía que llamara. La piel se extendía al mundo pero también se endurecía. Yla mía iba a sufrir una herida inesperada y cruel que me iba a dejar un sabor amargo y a romperme algunos hilos de plata y confianza interiores que iba a tardar en recuperar bastantes años. Y no fueron «ellos» quienes me los rompieron, sino alguno de los que yo consideraba mis más próximos amigos y camaradas. Lo que iba a pasarme en el piso de Pueblo Nuevo me dejaría una sensación de desazón al ser maltratado sin motivo, que acabó en buena medida con los restos de ingenuidad que me quedaban. Aunque la verdad es que me

parece que ni eso ni los muchos golpes posteriores me han curado de esa faceta, que no sé si definir en mi caso como enfermedad crónica, aunque llevadera.

Lo sucedido durante el proceso mil uno, mi nuevo papel en la facultad, donde se consolidaba mi papel de «portavoz» del Partido en los actos públicos así como una creciente relevancia en los movimientos juveniles de mi ciudad, me habían otorgado un cierto aire de liderazgo. Quizás aquello me ensoberbeció, aunque en absoluto así lo sentía, o me hizo descuidar relaciones o no tratar como debiera a mis compañeros. Yo suponía que seguía siendo igual y que el clima, entre el desorden de panfletos y colillas, seguía siendo de camaradería. Pero algo se había torcido, sobre todo por parte del de Matemáticas, con quien tan agradecido me sentía y al que ciertamente respetaba.

Un día, al regresar de un fin de semana en mi ciudad, me encontré con la peor de las sorpresas. Noté ya algo raro al entrar por la mañana y algunas risas extrañas cuando me dijeron que aquella noche tendríamos una reunión de piso donde querían hablar conmigo. Supuse que sería alguna cosa quizás desagradable y alguna bronca por algo que les hubiera molestado. Pero no estaba preparado para lo que tenían dispuesto.

Fue una especie de juicio zafio y grotesco. Me pusieron una grabación que habían hecho entre todos donde descarnadamente me decían todo lo que quizás de uno en uno y directamente a la cara no se habían atrevido a decirme, y que era en cualquier caso una burla y un escarnio jalonado de todo tipo de mofas a mi acción en la ciudad, a mi gusto por la literatura, a mis supuestos aires de líder y hasta a mi trabajo, que de manera discontinua pero persistente seguía haciendo como periodista, y con el que ganaba parte del dinero de mi subsistencia.

Fue algo doloroso y humillante, pero no dejé que me humillaran más allá de lo que ya lo habían hecho ni esbocé siquiera una disculpa o intenté defenderme en lo más mínimo. En silencio recogí mis cuatro cosas y algunos libros, cabía todo en una mochila y una bolsa, y me marché de aquella casa. Ya tenía sitios donde ir y no me sentía indefenso en absoluto Me di cuenta de quién había sido el inductor, quién el que entusiásticamente y con una inquina donde rezumaba la envidia, lo había secundado y hasta adelantado en los insultos y cuáles habían sido empujados y no habían tenido la fuerza suficiente para oponerse y acabaron por participar en aquella especie de linchamiento psicológico con que pretendían hacerme sentir una piltrafa. Pero eso no lo consiguieron, ya tenía para

entonces otra piel y aunque inseguro y con cierta conciencia de culpa suponiendo que parte de ella tenía, sí había ganado en entereza que tan solo un año atrás no poseía. Buena parte de ella gracias a quien ahora me zahería de esa manera tan dura y me pareció que innecesaria y gratuita. Porque aquello en otro momento me hubiera hundido. Pero entonces fue al contrario. A la mañana siguiente, cuando amanecí donde me habían cobijado con gusto y placer, me fui hasta la Facultad como si nada me hubiera pasado y pensando que aquello en realidad a quienes degradaba era a quienes lo habían hecho y no a mí que lo había sufrido.

Me marché a vivir al Johnny, el San Juan Evangelista, donde permanecí hasta el final de curso sin en realidad figurar como residente ni como alumno. Dos subdirectores, grandes y generosos amigos, Pascual y Luis, con la aquiescencia del director, un tipo sorprendente llamado Gustavo Villapalos, inaudito en su memoria, deslumbrante en su inteligencia y que dejaba atónitos a todos por su comportamiento fuera de todo circuito o encuadre, me facilitaron una habitación en la que pude vivir como si fuera un colegial sin serlo y donde pasé los meses de mayo y junio. Gustavo pasaba por ser alguien cercano al PCE, y de hecho estaba afiliado y al más alto nivel, aunque todo en él, formas, comportamiento, nivel y consideración académica de los catedráticos y profesores indicaran todo lo contrario. Gustavo siempre podía ser cualquier cosa y ser el más aventajado en ello.

El Partido pensó, además, que aquello podía ser el principio de una actividad que se avenía muy bien con mis características. Se empezó a madurar la idea de crear alguna especie de organización de Colegios Mayores, que de alguna manera estuvieran coordinados, y que yo en el próximo curso me encargara de ellos. Tenía contactos y buena entrada en muchos y ya era de sobra conocido en la Universitaria. Curiel, ya por entonces bastante alejado físicamente de la Facultad, seguía sin embargo pilotando casi todo, y tanto él como Fernando Nolla fueron los propulsores de la idea y de mi nueva misión. Que acepté encantado. Después de tanto piso y tantos avatares y sinsabores me gustaba la idea de una habitación propia y vivir en un Colegio Mayor donde cada día tuviera unas comidas estables y una cama segura. Pero había que buscar cuál, y el Johnny estaba demasiado quemado y muy vigilado por la social. De hecho la policía lo había asaltado en alguna ocasión y en una de ellas logró que me cortara la barba.

El sillazo de Gonzalo Maure a Billy el Niño había traído cola. Una tarde, tras alguna carga por el paraninfo, muchos había mos

acabado en el refugio seguro del San Juan Evangelista, un verdadero nido de rojos, donde los había de todas las graduaciones de color posibles. La policía armada tomó posiciones y entre los sociales distinguimos a Billy el Niño. Desde las ventanas les gritábamos e insultábamos llamándoles fascistas y asesinos. De pronto Billy señaló a una ventana. Yo supuse que a la que yo me asomaba, como creo que supusieron una buena pila más de colegiales. «El de la barba, ese de la barba» gritó suponiendo reconocer al que le había deslomado, y se lanzó como un poseso seguido por los grises que entraron por la puerta principal arrasando con todo y golpeando a todo aquel que encontraban a su paso. Luego empezaron a subir hacia las habitaciones.

Yo bajé como un rayo por unas escaleras traseras y acabé escondido en el cuarto de calderas. Allí esperé escondido, como algún otro que había escogido el mismo sitio, hasta que pasara todo el tumulto. Tardamos horas en salir. Pero una vez que aquello quedó despejado de policía lo primero que hice fue afeitarme la barba y quedarme sólo con el bigote. Por la mañana comprobé que no era el único. Quedaban pocas barbas en elJohnny.

En resumen, que elegimos el Loyola. De los jesuitas, donde yo había estudiado buena parte del bachillerato. Era un principio. Pero el Loyola era muy serio. De gente muy activa pero sin tanta alharaca como el Johnny. En realidad en el Loyola vivían muchos de los responsables del PCE universitarios y de otros partidos, desde trotskistas al Mc chino, que no tenía que ver con los locos de la FUDE-FRAP, pero lo hacían de manera discreta y sin levantar sospechas ni provocar entradas de la policía.

Lo llevaban los sj, pero los alumnos tenían mucha capacidad de decisión a la hora de admitir nuevos. Costaba un dinero, pero entre el periódico y el verano en la fábrica a mí me llegaba. Pero había que pasar el examen de admisión. A eso, aunque llevé «recomendaciones» evidentes y decisivas, tuve que enfrentarme. O sea, hacer ver claramente de qué pie cojeaba pero sin declararlo y dar las respuestas que ellos entendían como apropiadas para encajar en aquel ambiente. Por recomendación del Partido, que había preparado el terreno y los votos precisos en el comité de admisiones, ya vi que un par de ellos lo tenían más que claro y hablado, fui aceptado y tuve plaza en el ala del «Paraíso» donde se concretaba el PCE. Los izquierdosos se concentraban más en la otra, la del «Infierno». Al año siguiente iba a vivir allí en lo que iba a ser mi ultimo curso como universitario a tiempo casi completo. Casi porque nunca había dejado a la ciudad a la que volvía poco menos

que creyéndome un veterano de la clandestinidad y con otra detención a mis espaldas. Que no era para tanto y la cosa, por fortuna, no fue apenas nada y no tuvo trascendencia. En una pequeña algarada cerca de Huertas, unos sociales me pidieron el carné y lo apuntaron. Por fortuna tenía la coartada de que Pueblo, el periódico, estaba muy cercano y tenía una especie de identificación provisional y un tanto chapuzas del medio. Pero que me sirvió para justificarme. Sin embargo ya tenían mi número de carné fichado, y entre los datos figuraba mi provincia de nacimiento.

XI

CLAVELES EN LOS FUSILES

Pero lo que marcó aquella primavera del 74 no fue al final ni el agarrotamiento de Puig, ni en lo personal la bufonada de mi «juicio», ni siquiera aquella mujer de hermosos hombros, ni lo trascendental de reencontrarme con mis raíces y mi propia infancia. De esto último no me daría además cuenta hasta mucho después de que me hubiera sucedido. La primavera de aquel año la marcaron los claveles de abril. Los claveles en las bocachas de los fusiles de los soldados portugueses, que alumbraron una esperanza para todos.

Portugal soportaba una dictadura aún más longeva que la nuestra. La había establecido Oliveira Salazar en 1926 y, tras su retiro por incapacidad física y mental, la había continuado Marcelo Caetano. Parecía aún más eterna y duradera que la española. Pero un día de abril, el 25, se desplomó estrepitosamente, a los sones de la música y adornada de flores. Los capitanes de abril llenaron no sólo a Portugal sino también a la España antifranquista de alegría y a nuestro Régimen de temor. Aunque lo disimuló se notaba. Se notaba en Madrid y hasta se notaba en Guadalajara, donde los ultras ya no sacaban tanto pecho y cuando lo sacaban se les notaba un algo así como de bravuconería pero un tanto acojonada en el fondo. A ellos no les iba a pasar eso, repetían, pero no por ello dejaban de tener la mosca detrás de la oreja.

No tenían en realidad y por eso razones para estar preocupados. El Ejército español era casi monolíticamente franquista, era el Ejército de la Victoria, como repetían cada año el 1° de abril. Lo eran los generales, que habían sido compañeros de armas del dictador y oficiales a su mando durante la guerra, y lo seguían siendo las sucesivas promociones salidas de las academias y formadas en la fidelidad al Régimen y la fidelidad a su jefe. Al ejercito no se metían gentes con pensamiento de izquierdas y ni siquiera democrático. Si alguno evolucionaba hacia esas ideas se iba a sentir bastante solo. El Ejército de Portugal, aunque también al servicio de su dictador y aparentemente inmerso en las mismas categorías y principios, tenía substanciales diferencias con el nuestro. Sobre todo una: soportaba dos enconadas guerras coloniales, las de Angola y Mozambique, donde se desangraba ante el creciente empuje de las guerrillas en busca de la independencia, de tendencia marxista y apoyadas por la URSS y sus aliados, entre

ellos de manera especial Cuba, tanto la del FRELIMO, dirigida por Samora Machel en Mozambique y la del MLPA de Angola liderada por Agostinho Neto, aunque en este segundo país diversas tribus apoyaban a FNLA de una de cuyas escisiones nacería el UNITA, del sanguinario y corrupto Jonás Savimbi, que más actuaba de agente contrarrevolucionario apoyado nada menos que por el régimen del apartheid sudafricano, por EE.UU y por China, que con tal de oponerse a la URSS parecía elegir por entonces y siempre el campo de los «malos».

Nuestros «buenos» eran entonces, sin género alguno de duda, los militares portugueses. Ya un tiempo antes, uno de sus más prestigiosos generales, Antonio de Spinola, que había mandado las tropas coloniales sobre el terreno, se había declarado en abierta rebeldía en cuanto a la continuación de aquellas guerras y había sido destituido aquel mismo año. Pero en los cuarteles cuajaba y avanzaba imparable el Movimiento de las Fuerzas Armadas, encabezado por jóvenes capitanes y algunos jefes de mayor rango, entre ellos el mítico Otelo Saraiva de Carvalho.

A pesar de los esfuerzos por atajar el movimiento por parte de la dictadura su influencia fue creciendo entre los oficiales y a poco se consideraron lo suficientemente fuertes y mayoritarios en los cuarteles que estimaron que todo estaba maduro para dar el vuelco político y acabar con un golpe militar con la dictadura. Pero lo hicieron de tal forma y manera que el militarismo quedó de tal manera envuelto en símbolos pacíficos y alegres que aquella revolución se convirtió en una verdadera fiesta, y su mejor símbolo fueron aquellos claveles que los soldados colocaban en las bocas de sus fusiles e incluso en los cañones de los tanques en señal de que no querían utilizar bajo ningún concepto sus armas.

Hasta la propia contraseña para iniciar el comienzo de la revolución tuvo una hermosa canción como motivo: el Grandola, vila mornea, de José Afonso, prohibida por la dictadura, que comenzó a sonar por las emisoras de radio y fue la señal de salida de los conjurados a las calles. A los pocos días, en España, la canción era cantada emocionadamente por todos nosotros. Los «capitanes» pidieron a los civiles como precaución que no salieran a las calles ni para aplaudirles pero fue imposible contener el júbilo de las gentes, que lo hicieron pero de manera tan pacífica y alegre que lo único que hubo fueron más fusiles con claveles con que los portugueses recibían en las plazas a los soldados sublevados y libertadores.

Caetano intentó resistir pero fue rodeado y destituido; António

Spínola fue el encargado de rendirlo, permitiéndole escapar del país. La Revolución de los Claveles o la del 25 de abril se saldó únicamente con cuatro muertos, todos ellos causados por la siniestra policía política de la dictadura, la terrible PIDE, similar a nuestra BPS, que disparó contra los manifestantes en algunos lugares. Conscientes de que no había fuerza capaz de resistir aquel empuje no tardaron en rendirse o escapar. El destino de muchos fue precisamente España, donde el Régimen les dio buena acogida. Alguno hasta llegó al periódico donde yo estaba y donde esta vez tuve una información añadida y de primera mano, porque algún reputado reportero ya famoso entonces anduvo por allí y nos lo contaba, en las crónicas lo que podía y luego de palabra: Raúl del Pozo, conquense y desde el primer momento benefactor mío, que por entonces ya empezaba a pajear hacia el Partido aunque aún sin decidirse.

La vuelta del exilio de los líderes de la izquierda fue apoteósica; la del socialista Mário Suares y, ésta mucho más jaleada por nosotros, la del legendario Álvaro Cunhal, el líder comunista que tenía en su haber hasta una espectacular fuga de la cárcel de Lisboa donde habían participado incluso maquis españoles llegados desde Galicia. Cunhal estaba preso en una prisión lisboeta, pero unos comandos disfrazados con uniforme auténtico de la Legión Portuguesa entraron supuestamente para conducirlo a otro lugar y lo rescataron. Lo condujeron al puerto lisboeta donde aparentemente una compañía legionaria también le aguardaba rindiendo honores, como si de un mandatario se tratara. En la rada del puerto lo esperaba un submarino soviético que lo condujo a la URSS. Entre los maquis gallegos estuvo un coruñés que por estos años ejercía como panadero pero que me contó de primera mano cómo él había participado en la operación y que aún tenía guardada, a buen recaudo y bajo tierra, su «máquina de coser», que es como llamaba a su fusil ametrallador.

Cunhal era el más pro ruso de los dirigentes comunistas europeos, que echaba pestes contra el eurocomunismo, pero no estaba entonces la cosa para andarse con matices, que al fin y al cabo «las condiciones geopolíticas y geoeconómicas son diferentes» que decíamos y, qué leche, habían ganado los nuestros, derribado una dictadura y abierto el camino de la democracia. Que algunos oficiales, los más comprometidos e izquierdistas, quisieron prolongar y llevar más allá, hacia el socialismo. Pero entonces otras fuerzas tanto conservadoras como socialdemócratas de Portugal, muy bien apoyadas por Europa, pusieron pie en pared y dijeron

hasta aquí se llega. No tardó en llegar el momento en que Saraiva y los suyos fueran desarticulados y la «Revolución de los Claveles» reconducida por otros cauces diferentes a los que ellos soñaban. A nada se concedió la independencia a las colonias, aunque en el caso de Angola la guerra civil interna entre el MPLA y la UNITA duraría incluso lustros, hasta que finalmente, con el apoyo cubano, acabó por derrotar a los sudafricanos en la batalla de Cuito Cuanavale, ganada por el general cubano Ochoa a las tropas apartheid, hasta entonces todopoderosas y supuestamente invencibles, de Sudáfrica. La victoria de Cuito Cuanavale, muy poco conocida en Europa, cambió sin embargo y a la postre buena parte del mapa de África. A Ochoa aquello le otorgó en Cuba la consideración de héroe. Tan popular que los Castro no tardaron en ponerse muy celosos de su fama y a nada, tras haberle dado Raúl la orden de dejar hacer a cambio de los escasísimos «bienes de equipo» de que tanta necesidad tenía la isla, se le acusó de connivencia con el narcotráfico y lo acabaron fusilando junto con alguno de sus hombres más cercanos, como el coronel Antonio de la Guardia.

Pero aquello fue mucho más tarde. En Portugal los ímpetus revolucionarios no tardaron en atemperarse, no mucho después, con la detención de Saraiva de Carvalho, el héroe del 25 de abril. Pero en aquella primavera todo era aún jubiloso y una esperanza para todos. Si aquello pasaba en Portugal, ¿por qué no podía pasar en España? Aquello abría inusitadas expectativas y todo tipo de cábalas. ¿Quién podía ser nuestro Spínola? No parecía que por aquí los hubiera, pero empezaron a sonar nombres y se pronunciaba en todos los cenáculos el apellido Díez Alegría, de dos generales hermanos de un jesuita, José María Díez Alegría, que había organizado una monumental bronca en la Iglesia. Era un teólogo importante, con su libro no autorizado Yo creo en la esperanza, en plena comunión con las ideas de la Teología de la Liberación, muy vinculada a la orden jesuita siempre tan inquieta intelectualmente, que acercaban de manera peligrosa para la curia de Roma el cristianismo al marxismo y llevaban a muchos sacerdotes a unir su suerte a los pobres y más desfavorecidos. «Se quitaban la sotana, se ponían el jersey de cuello alto y acababan por dejar la orden y hasta el sacerdocio en un descuido» decían los propios sj. Un ejemplo para todos era el Padre Llanos, quien hijo también de un general franquista hasta la médula - los Alegría lo eran de un banquero asturiano-, había pasado desde la enardecida militancia falangista tras la guerra a la comunista, de manera igualmente ardorosa, en el curso de su apostolado en el Pozo del Tío Raimundo, un misérrimo

poblado de chabolas cuando él llegó allí en 1955. El barrio se transformó de manera tan radical y pareja a la propia ideología del cura Llanos. Díez Alegría acabó por aterrizar por el suburbio, tras ser expulsado de la Orden y salir de Roma. Cambió el Vaticano por las chabolas del Pozo.

Sus dos hermanos, ambos tenientes generales, eran mirados con simpatía por las fuerzas de oposición. Podían tal vez ser nuestros Spínolas. Pero lo cierto es que uno de ellos, Luis, había hecho una carrera tan impecable en el ejército franquista que había llegado a dirigir la Guardia Civil y era en aquel momento nada menos que jefe de la Casa Militar de Franco. Luego fue jefe del Estado Mayor, cargo del que precisamente su hermano Manuel, también Teniente General, fue destituido en 1974 por cometer la osadía de entrevistarse en Bucarest (Rumanía) con Santiago Carrillo. El lugar no era casual pues Carrillo era el intimo amigo de Ceaucescu y residía en muchas ocasiones en aquel país, junto a su familia, bajo su amparo. Los generales Díez Alegría, y en especial Manuel, aunque conservadores, parecían tener un perfil muy diferente al resto de los generales, la mayoría anclados en la guerra y representantes de un ejército que se consideraba a sí mismo garante de la estabilidad y continuidad de la dictadura franquista que habían impuesto por la fuerza de las armas tras una cruenta lucha.

Pero era una gota en el océano y no muchos más eran los jóvenes capitanes y algunos comandantes que intentaban organizarse en la UMD. Porque algo sí se «movió» al calor de los claveles de abril. Un grupo de oficiales entendieron que aquella podía ser la senda, aunque sin soñar en levantamiento alguno. Comandantes y capitanes, liderados por Luis Otero, julio Busquets y Perinat, fueron los fundadores de aquel movimiento. Que se inició, paradojas de la vida, en una escuela de preparación para el ingreso en la Academia de Zaragoza, la de Tierra, arma a la que pertenecían casi todos, dirigida por falangistas pero donde entre otros andaba por allí un cura jesuita llamado José María Llanos que empezaba su deriva del azul intenso al rojo vivo.

El Régimen estaba sobre aviso con lo sucedido en Portugal, con la mosca tras la oreja, y en efecto las condiciones no eran las mismas. El ejército era mucho más monolíticamente azul y franquista. Muchos eran curtidos combatientes de la Guerra y los vencedores de la misma. No dejaron ni respirar a los «húmedos». Al verano siguiente fueron detenidos nueve y condenados por un juicio sumarísimo. Fue un golpe demoledor sobre la incipiente organización, pero también afloraba algún síntoma de descontento

en el interior de las Fuerzas Armadas españolas, y esta vez no eran las consabidas peleas de familia entre falangistas y requetés. Era entre demócratas y franquistas. Los UMD no tenían una significación política demasiado definida. Los había de tendencias socialistas, algunos serían luego diputados, como Busquets o Sanjuán, otros incluso simpatizaban con el PCE o al menos eso se decía de alguno, pero la mayoría eran de tendencia conservadora pero democrática.

Lo cierto es que el mundo parecía estar volviéndose si no loco sí un poco del revés. Los hijos de los generales franquistas se hacían comunistas, en el PCE los había destacadísimos, como el hijo del Teniente General del Aire, Lacalle, al que un día detuvieron tirando panfletos desde el coche oficial del Ministerio del Aire, o el del Almirante Buhigas, o un vástago de los famosos Kindelán, monárquicos y héroes de la aviación nacional, o el sobrino de Alberto Marín Artajo, durante tantos años ministro de Exteriores ligado a Acción Católica, que apareció un día por una finca familiar con la policía a toda pastilla tras él, levantando una inmensa polvareda en los caminos y en el pueblo donde se ubicaba. Eran muchos los hijos de franquistas que abrazaban los ideales marxistas y se afiliaban al PCE, eran muchos los hijos de los «poderosos» y de los ricos que se «pasaban» de bando. Al fin y al cabo la mayoría de los universitarios eran de aquella extracción social adinerada o hijos de las profesiones liberales. Muchos acababan en las filas del PCE como representante máximo de la lucha por las libertades. Por allí andaban Pilar del Castillo y por Cataluña eran legión, pues era en Barcelona donde el poderío y la hegemonía del Psuc eran totales. Los jóvenes más brillantes e inquietos, hasta los Josep Piqué o Anna Birulés, acababan en sus filas y con el tiempo llegarían a ministros de Aznar.

Eso pasaba aquí y también en el mismísimo Estados Unidos, donde la descendiente del más famoso de los potentados, Randolph Hearts, Patricia, que fue secuestrada por un grupúsculo izquierdista, acabó en nada uniéndose a sus secuestradores y, ante el estupor del mundo, fue grabada metralleta en mano y con gorra revolucionaria - aunque con toque Bonnie & Clyde-, atracando un banco.

XII

FRANCO SE NOS EMPIEZA A MORIR

Los claveles portugueses no llegaron a España. Pasó la primavera y llegó el verano. Todo parecía seguir en el monótono trascurrir, en aquella inmovilidad de decenios, por más que la Pirenaica anunciara cada noche que la Dictadura se tambaleaba, cuando de pronto en julio, con las playas llenándose de turistas y bikinis pecadores, se nos empezó a morir Franco. Tanto se nos pareció morir que hubo días que ya lo dimos por muerto. Y entonces sí que de verdad sentimos que bajo nuestros pies las aparentemente tierras firmes del Régimen empezaban a temblar. Los españoles nos enteramos además de qué era una tromboflebitis, que fue lo que le dio al viejo dictador, que había superado los ochenta años. Estaba ya muy avejentado y el Parkinson que padecía desde hacía tiempo era ya inocultable. La tembladera de su mano era el gesto más expresivo de sus discursos.

El 9 de julio el Generalísimo fue ingresado en un hospital y desde el primer momento se detectó que el asunto era grave. Franco tenía un trombo en una pierna y aquello podía derivar, si el coágulo de sangre ascendía, en una embolia pulmonar que lo mataría. Y a pesar de los partes oficiales, que pretendían minimizar la situación, se notó de inmediato que no pocos esperaban un fatal desenlace porque amén de que se le pusiera la pierna como un boto y que sufriera diversas hemorragias internas, el 19 de julio acabó por delegar, provisionalmente, y eso se remarcó muy claramente, poderes en el Príncipe de España, Don Juan Carlos.

Pero en la realidad, Juan Carlos se percató de inmediato, ni mandaba ni pintaba nada. Era Arias Navarro, el presidente del Gobierno, y el reaparecido ministro falangista y máximo representante del búnker, Girón de Velasco, quienes manejaban el cotarro y tenían acceso directo a la habitación de Franco, donde ajuan Carlos apenas si le dejaban pisar de vez en cuando. Quien caciqueaba además de continuo por allí e interfería de continuo tanto al equipo médico, que encabezaba el doctor Rivera, como en todos los cabildeos políticos, era el yerno, el marqués de Villaverde, que se pretendía un genio de la medicina y que en una recaída, cuando parecía que lo peor de la tromboflebitis ya había pasado, impidió operarlo cuando todos los doctores opinaban lo contrario. «A Franco no lo opera nadie» exclamó, quizás pensando que el único que debía hacerlo era él, de la familia, al fin y al cabo.

Por aquellos días el hospital era un jubileo de ministros, que a la salida decían que Su Excelencia estaba animado y dicharachero. En realidad Franco, de por sí nunca hablador para nada, no decía ni «mu», ni «so» ni «arre», y apenas si pronunciaba palabra, respondiendo tan sólo con monosílabos. El doctor Rivera sólo guarda una frase, cuando al comentarle lo que había sucedido en Portugal y que podía liarse una buena, respondió: «No crea usted. Los portugueses son unos cobardes».

En realidad, la tromboflebitis, una vez tratada y estando el enfermo bajo las mejores atenciones, no tenía por qué suponer un desenlace mortal. Pero curiosamente los ministros, que ni siquiera accedían a la habitación de Franco y se limitaban a preguntar a los médicos, cuando éstos les decían que aunque grave la situación no era desesperada ni crítica, no se lo creían y pensaban que los estaban engañando y ocultándoles que el desenlace se podía producir de inmediato.

Juan Carlos, mientras tanto, y aunque presuntamente investido con algunos de los poderes de jefe del Estado - lo que hizo concebir esperanzas en ciertos sectores más abiertos del Régi men-, no rascaba ni le dejaban rascar bola, y así llegó a confesarlo al propio doctor Rivera, a quien pidió que le informara de manera clara y detallada. Se dio cuenta de que más que nada era un prisionero de Arias y del búnker, que había vuelto a tomar el control del Gobierno y estaba dispuesto a perpetuar el franquismo sin Franco.

El 30 de julio el Dictador salió del hospital, recuperó íntegramente sus poderes y cualquier síntoma de apertura se agostó antes de brotar siquiera. Arias había alumbrado aquello del «Espíritu del 12 de febrero» en lo que se pretendieron poner expectativas, pero que era en realidad una nada. Se suponía que se admitirían asociaciones políticas, pero todas dentro del Movimiento Nacional y fieles a sus Principios. O sea, una perfecta farsa que no colaba ni como pantomima y que era imposible de hacer pasar por algo que se pareciera a una apertura democrática. Pero todos los periódicos, no hay que olvidar que controlados por una censura muy potente, dirigidos en la mayoría de los casos por personajes afines o relevantes del Régimen, y emisoras y por supuesto TVE, lo habían saludado como el colmo y no va más de la apertura.

En la oposición aquello, por supuesto, no colaba lo más mínimo. El mismo día 30 el PCE contestaba con una propuesta de gran alcance y que obtuvo señaladas adhesiones de gentes y grupos que no estaban en los ámbitos comunistas. Lanzó su idea de Pacto por la Libertad y la junta Democrática como instrumento que iba a ser el

vehículo del cambio y donde todas las fuerzas democráticas juntas acabaran por derribar a la dictadura, dando paso a la democracia, utilizando como mecanismo final una gran huelga general y nacional que estableciera un gobierno provisional. Esta última parte de la ecuación era la que, aunque no lo dijéramos en voz alta y la defendiéramos con entusiasmo, nos parecía más que complicada de realizar, por no decir una pura utopía. En la Junta estuvieron desde el inicio el PCE, la cada vez más pujante y activa ccoo, el Psp de Tierno Galván, los carlistas de izquierdas, multitud de relevantes personalidades independientes y algunas personalidades de la derecha democrática, el conocido Rafael Calvo Serer, de aquel «Madrid» que fue volado; pero no quiso entrar el PSOE. Éstos, que habían celebrado su congreso en Suresnes, consideraron que debían desmarcarse de todo aquello donde el PCE estuviera e impusiera su hegemonía. Tenían mejores planes trazados y un apoyo internacional cada vez más potente. No les importaba tanto el no tener militantes. Tenían siglas y reconocimiento.

El Régimen, aunque aparentemente poderoso y anclado en sus fuerzas represivas y el ejército, es cierto que se desmoronaba. Muerto Carrero Blanco, y con él la posibilidad acariciada de una perpetuación del sistema sin cambio alguno, estaba obligado a moverse de algún modo. El Gobierno Arias lo intentó con una pantomima de apertura que no tardó en verse que no iba a ningún sitio. Ni el búnker interior lo iba a permitir ni nosotros íbamos a tragar con aquella fantochada.

El búnker falangista con potente presencia en el Gobierno Arias -Ruiz Jarabo, íntimo del patriarca ultra Girón de Velasco, Utrera Molina, Nemesio Fernández Cuesta, los militares Coloma Gallegos y Pita da Veiga y otros más de gobiernos del más rancio franquismo-, aplastaban cualquier síntoma de apertura por mínimo que fuera. La propuesta final de asociaciones políticas, aprobada el 12 de septiembre, no valía ya ni como sucedáneo y acabó con todas las expectativas, hasta las de quienes más estaban dispuestos a aceptarlo. El búnker, que se había fortalecido indudablemente durante la enfermedad de Franco, debido a una reacción defensiva ante la inminencia de un cambio o por puro instinto de supervivencia o por todo ello junto, vio su oportunidad de imponerse totalmente cuando se produjo el atentado de la Cafetería Rolando, en la céntrica calle madrileña del Correo, junto a la Puerta del Sol y la sede de la Dirección Nacional de Seguridad, donde estaban los tétricos calabozos de la llamada «Pensión Sol» de terribles recuerdos para muchos y cuyo nombre invocaba el miedo

en todos. Fue el día 13, sus autores materiales los etarras, aunque en esta ocasión se habló, y mucho, de complicidades con gentes disidentes de la línea pactista y pacifista del PCE y que ayudaron a los terroristas vascos, y causó un total de once muertos y sesenta heridos. Entre los muertos había varios policías que frecuentaban el local.

Aquello exacerbó al Régimen y dio todavía más alas a los ultras. Pío Cabanillas, que era la cara más aperturista de aquel Gobierno, se vio forzado a dimitir ante una situación insostenible, postura en la que le secundaron su subsecretario, Marcelino Oreja, y el director general de RTVE, Juan José Rosón. Blas Piñar, convertido en adalid máximo del sector más extremista, comenzó a campar por sus anchas y la ultraderecha, entendiendo que ya no sólo eran suficientes las fuerzas represivas del Régimen que durante lustros se habían bastado y sobrado para que no se moviera ni un alma, se lanzó a la calle y comenzó una actividad creciente como fuerza de choque del búnker. En ese clima no tardó tampoco mucho en salir del gobierno el otro ministro que pretendía algún aliento reformista, el de Trabajo, Licinio de la Fuente, cuando su intento de empezar a dar pasos para la posibilidad de un derecho de huelga -que estaban entonces prohibidas por ley y penadas con cárcel-, aunque limitado, y alguna representación sindicalista fuera de los Sindicatos Verticales, fueron cercenados de raíz. Un cortafuegos inútil y que estaba ya sobrepasado por la realidad. Muchos de los representantes sindicales estaban afiliados clandestinamente, aunque en muchas ocasiones era de sobra conocido por los trabajadores, a Comisiones Obreras.

XIII

EL LLANTO DE MI PADRE

Franco no se murió aquel verano, que a mí no me pilló en la playa sino, como siempre, en las oficinas de la fábrica donde de nuevo me había incorporado a principios de julio, al igual que a la redacción local de Pueblo. Cundía mucho entonces, cundía para todo. Salía de un sitio y me metía en el otro, procurando que en la oficina no se supiera demasiado que yo era quien firmaba algunos artículos y tampoco comentaba demasiado mi jornada matinal en la vidriera de Azuqueca. Podría decirse que llevaba una cierta doble vida. Triple en realidad, si se contaba lo de la militancia en el Partido y los afanes del Chamizo, aunque lo cierto es que en este último se me habían empezado a torcer las cosas un tanto, después de la experiencia del piso. Aquello había sido un síntoma y notaba cómo la mayoría de la gente me miraba de otra manera y se mascaba una tensión que no acababa de estallar pero que me señalaba. Notaba la desafección y era palpable cuando por la noche en el Jardinillo, lugar de reunión y cañas, yo estaba solo o muy poco acompañado. A veces la única que se sentaba conmigo era mi hermana Ana, que desde el primer momento había participado en todas nuestras actividades, particularmente en lo referido al teatro, montaron un grupo muy entusiasta, aunque me acusara con alguna verdad de espantarle los novios. Ana siempre fue la rubia más guapa y tenía moscardones en su alrededor de continuo y con el añadido de una especie de imán para tipos un algo trastornados y hasta locos de carril. Ella los entendía muy bien y ellos andaban detrás suyo con miradas anhelantes. Al final siempre acababa la cosa en algún problema conmigo de por medio. Así que cuando al paso de los años se hizo psicóloga, no me extrañó nada, y cuando cobraba por consulta me pareció una cierta compensación histórica. Ana, además de guapa, tenía su genio, y aunque hemos discutido siempre mucho nos hemos querido aún más. Con mi hermana pequeña, Estrella, ni entonces ni nunca he discutido jamás. Soy incapaz de hacerlo. Me tiene ganado de antemano, desde aquel día que no llegando ella ni al año la llevé en brazos en aquellos trenes tristes hasta Durango donde nos aguardaba mi padre. Estrella ha sido siempre la más sensata y tranquila de la familia pero para mí siempre será mi pequeña, quien desarma mi ira y me devuelve la calma.

Estaba airado pero mantuve, raro en mí, la serenidad y una

extraña calma muy inquietante para mis rivales agazapados. Lo que sucedía, que no acababa por salir a la luz pero que se deslizaba en todo tipo de cabildeos, críticas venenosas y soterrado, me parecía que era miserable y azuzado por envidias y pretensiones de liderazgo. Más allá de errores yo sabía que tenía la razón, el trabajo realizado y la trayectoria de mi lado. El Chamizo se había convertido en un referente y ahora era muy goloso su control o al menos gozar de alguna preeminencia en él. Yo estorbaba esas intenciones. Comprendí parte de lo sucedido en Madrid pero mucho mejor lo que estaba sucediendo ahora. Había que tirarme del tejado. Pero ni se atrevían del todo ni yo estaba por bajarme. Y Ana, además de mi hermana era mucha Ana para decir algunas cosas que yo no debía decir pero ella sí podía. Que era vergonzosa aquella actitud y de muy poco fiar quienes la azuzaban intentando desplazarme. Yo no dije nada, me limité a aguantar y esperar, y a nada la situación comenzó a revertirse a mi favor. Primero los «históricos», que en su mayoría no se habían dejado llevar por aquellas movidas y tenían bastante calados a los que sí se montaban en ellas y que siempre me habían tenido cierto «gato», aunque se habían callado y disimu lado. Luego en vista de que la correlación de fuerzas se inclinaba hacia mi lado y el viento volvía a soplarme a favor, los demás también lo hicieron, hasta que pareció que todo había vuelto a ser como antes y mi papel y cierto liderato restablecido. Pero no era verdad del todo, ni por un lado ni por el otro. Mi figura había sido cuestionada y dañada y ello tenía indudables efectos y consecuencias, y por mi lado de algunos yo no me fié ya para los restos y a otros les puse cruz y raya. En el fondo, y si lo piensas, los dos efectos fueron incluso positivos.

Lo increíble, sin embargo, más allá de aquellas peleas de camada, que mucho tenían que ver en que el grupo, comenzaba a marcar las tendencias entre los jóvenes de la ciudad entera. Unas tendencias que a las madres de las niñas bien espantaban, a sus padres enfurecían, a sus hijos atraían, a los prebostes cabreaban y que la policía vigilaba con intensidad creciente. Aquello había dejado de ser una cosa de cuatro chavales sino que tenía cada vez más influencia y estaba cada vez más y mejor conectado con todo lo que se oponía a la Dictadura. Y los que iban a demostrar que estaban enfrente y que aquello sí que era serio, eran los obreros de las fábricas del corredor del Henares. Empezando por la de Vicasa, en la que yo estaba.

Aquel verano del 74 iba a ser el que vi llorar a mi padre, llorar abrazado a mí, desesperado, impotente, pidiendo incluso guía al

chaval que no dejaba de ser su hijo. Porque habían detenido a sus compañeros y alguno de ellos podía hasta haber muerto.

Como los dos años anteriores, yo había vuelto a la oficina de la fábrica. Allí seguía con el jefe gordo, inmutable y jactancioso, visando facturas y cumpliendo sus órdenes de favorecer a éste y adelantar el pago o retrasar al otro, y demorarlo, dependiendo de los untes y óbolos que le entregaran. Allí seguían mis compañeros, y justo ante mí el hombre pelirrojo con el que tenía una cierta confianza. Poca desde luego para hablar de determinadas cosas. Ni siquiera para comentar la enfermedad de Franco, la salud del Caudillo que decía el gordo.

En la fábrica sí se hablaba, y mucho más. Allí Comisiones se hacía cada vez más fuerte y en las elecciones sindicales monta das por el Sindicato Vertical, se había metido y ganado muchos delegados a pesar de las maniobras de la empresa intentando colocar gentes dóciles y afines. Por los hornos y las archas, el movimiento obrero se asentaba y cristalizaba.

Durante los meses de julio y agosto el rumor de que algo se cocía fue creciendo. Pero todo era económico. Los obreros se limitaban a plantear una serie de peticiones para su convenio, que en cualquier caso a todos nos afectaba. Las negociaciones tenían lugar en el despacho de al lado, el de Recursos Humanos que se llamaba, con un jefe de Personal, un tipo de traje y cara afilada de apellido Montoya. Temido por todos. Pero pareciera que no por aquellos que ahora, encabezados por Antonio Rico Niño, un curtido obrero, nos representaban. Bueno, a los de fábrica, porque los de oficina habían votado a los sumisos que ni rechistaban.

Los obreros proponían y la empresa hacía como que negociaba. Hasta que se llegó a un punto en que decidieron hacer saltar la pantomima por los aires. A la petición de los trabajadores se contestó con una propuesta tan irrisoria que más bien parecía un insulto y una provocación para que estallaran. Me enteré de algunos de sus términos por otro muchacho en mi misma situación, que estaba en Recursos Humanos, y decidí a la hora del bocadillo acercarme al horno quinto, donde sabía que ese día estaba de turno mi padre y decírselo. Fui subiendo por todas las naves hasta su extremo más lejano. Sobre mí, la fábrica se movía como un organismo gigantesco, con el vidrio fluyendo por los conductos hasta convertirse en frascos y platos.

Llegué al fin al horno V.Me costó reconocer a mi padre, con las gafas de protección, las orejeras, la mascarilla y el polvo del vidrio en lo que le quedaba al descubierto de cara. Era archero. Rodeados

del fuego de los sopletes le di la mala nueva.

-Bájate - me dijo-. Voy a decírselo a los compañeros.

Vi que se quitaba las gafas y se dirigía a su maquinista, que era Antonio Rico. Aun en medio del ruido de las máquinas pude escuchar una imprecación que hizo levantar a toda la sección la vista hacia él. Y luego su voz restalló por encima de todo.

-¡El vidrio a la charca!

Mientras bajaba de nuevo hacia la oficina me di cuenta de que algo empezaba a sucederle al monstruo de los millares de tubos, pinzas, brazos metálicos y conductos que se concretaban en hijos de veinticuatro tentáculos, que parían otras tantas botellas a cada resoplido, sobre mi cabeza, que me alcanzaba y luego me sobrepasaba.

Noté que a su respiración jadeante pero rítmica y convulsa iba como faltándole el oxígeno, como si la sangre empezara a no llegarle al corazón. Los tubos se iban quedando vacíos de la savia ardiente y la gota comenzó a no llegar a las bocas de soplado. Poco después, éstas silbaban al vacío. Los tentáculos acabados en pinzas, que retiraban los frascos, seguían recorriendo estúpida y acompasadamente el espacio y depositando, con sumo cuidado, la nada en las cintas transportadoras.

Me alcanzó y me sobrepasó y luego, la máquina global, el mecanismo entero, exhaló una especie de profundo suspiro final y quedó inmóvil. El silencio se hizo atronador y entonces sí se oyeron las voces de los hombres que se gritaban los unos a los otros.

-¡El vidrio a la charca!

Mientras la fábrica se paralizaba sobre mí y yo desandaba el camino desde el lejano horno hasta las oficinas separadas del complejo fabril propiamente dicho, los obreros me observaban. Yo también los miraba y empecé a ver cuánta gente había allí que me parecía que no había contemplado al subir antes. Camuflados e integrados en el paisaje de archas, tubos, cintas y cajas, los veía ahora separarse de todo aquel conjunto, hacerse figuras, humanizarse y tomar personalidad propia y al mismo tiempo unida. Comenzaban a compactarse en grupos.

-¡Vamos fuera, a la calle, ante las oficinas! ¡Ya bajan los del duralex! ¡Ya vienen todos!

Yo había llegado ya a mi punto de partida cuando los vi brotar al sol por la boca oscura y enorme de la primera nave y quedarse allí parados, mirando en un silencio total hacia los bunga locas de madera y aluminio donde estaba la administración y los despachos de los jefes.

Venían ya con las caras al descubierto, con las gafas, las mascarillas y las orejeras en las manos enguantadas. Algunos al salir al aire, al irse colocando en silentes filas ante las oficinas, se quitaban la visera en un gesto reflejo, como de respeto, como he visto hacer muchas veces a los viejos campesinos cuando entran en un sitio. Y es que muchos de aquellos hombres eran hasta hacía tan sólo un par de años, labradores, gentes del campo, y para todos su primera huelga, su primera rebelión ante nada que habían consumado en toda su vida.

En la oficina todo eran nervios y gritos.

-¿Qué pasa, qué pasa? - preguntaban con voces de miedo los jefes, y nuestro gordo se revolvía en su silla, para abandonarla, salir, volver a entrar y refrotarse convulsamente las manos.

-Han parado la fábrica.

-¡Que llamen a la Guardia Civil! - gritaba mi jefe-. ¡Que la llame ahora mismo Montoya!

Los pasillos de las oficinas se llenaron de corrillos y cuchicheos. Los oficinistas hablaban en voz baja, secreteandose noticias y opiniones.

-Es una locura. Pueden destrozar los hornos, que se suelden. Esto es un atentado, terrorismo laboral.

-Así no se puede. Una cosa es discutir el convenio, que no digo que en cosas no lleven alguna razón, y otra esto, una huelga. Así la razón que pudieran tener la pierden y nos perjudican a todos.

-Es una salvajada. Acabará mal para ellos y para todos.

-Dicen que han dejado retenes de mantenimiento cuidando de los hornos, para que no colapsen. Me lo acaba de decir por teléfono un ingeniero de fábrica.

-Pero ¿qué pedían?

-Un aumento de tres mil pesetas. Y les han ofrecido la décima parte, trescientas.

-Peor estaban arando.

-Bueno. Y nosotros ¿qué hacemos?

-¿Nosotros qué vamos a hacer? Nada. Mira, ahí viene el Montoya.

El jefe de Personal, rodeado de algunos otros directivos y flanqueado por nuestro jefe El Gordo, se dirigió a todos los oficinistas allí congregados. Todos habían acudido en busca de noticias y de órdenes.

-Señores, ya conocen la situación. La fábrica se ha puesto en huelga. La empresa, aunque confía plenamente en ustedes, quiere saber perfectamente a qué atenerse. En las oficinas de duralex y

vidrio hueco ya se ha efectuado una votación. Veinticuatro a uno han votado contra la huelga. ¿Qué me dicen ustedes? La empresa quiere saber con quién puede contar, sección a sección.

La votación en total, y en el conjunto de las oficinas centrales, fue de setenta y dos a tres. Mi mano se levantó solitaria en mi departamento. Algunos, entre ellos el pelirrojo que se sentaba ante mí, desaparecieron para no estar presentes cuando Montoya hacía las votaciones.

-Está claro. Cada uno a su puesto. Siéntense todos.

Pasaron largos minutos luego. Los obreros seguían silenciosos, justo frente a nosotros, una masa de monos azules que apenas si se movían, aguantando el sol. Nos miraban a través de las ventanas mientras nosotros parecíamos afanarnos en nuestros papeles. El Gordo se paseaba por la sección con aire entre orgulloso y retador, pero también con furtivas ojeadas atemorizadas hacia la masa que había fuera. Nosotros bajábamos la cabeza ante las miradas que sentíamos fijas en nosotros. Alguien se levantó y bajó las persianas para que no nos vieran.

Entonces el Gordo exclamó:

-¡Son unos hijos de puta!

Me oí a mí mismo decirle mientras miraba la cara de sorpresa de mi compañero, el pelirrojo, vuelta hacia mí:

-Eso no lo consiento. Eso ahora mismo lo borra - exclamé mientras me levantaba de mi silla y hacía gesto de avanzar-. Entre esos que están afuera está mi padre.

En ese mismo momento entraba de nuevo en nuestra sala Montoya. Esta vez venía con el director máximo de la fábrica. Un hombre de traje impecable y un cierto aire imponente al que rara vez veíamos. Tan sólo al subir y bajar de su coche. Los dos se me quedaron mirando y me dio la impresión de que habían oído y casi presenciado la escena.

-Bueno, señores - fue Montoya una vez más quien se dirigió a nosotros-, se les van a proporcionar botas y guantes apropiados para que vayan a las charcas de vidrio. Es necesario retirarlo y tienen que hacerlo ustedes.

Mis compañeros se acercaron a recogerlos. Yo me quedé quieto.

-¿Y usted? - me preguntó y de sobra sabía lo que había votado, y mi condición de hijo de uno de los obreros, pues era ante él ante quien firmaba cada año mis contratos temporales.

-Señor Montoya, yo me quedo aquí. Las oficinas han votado no ir a la huelga y me someto a esa votación permaneciendo en mi puesto de trabajo. Pero en mi sitio. Usted no puede forzarnos a ir a

otro puesto, de fábrica, donde no nos corresponde estar y hacer el trabajo de otros.

La contrariedad no se reflejó apenas en su cara. Era un tipo frio y calmado. Pareció que iba a contestarme pero lo pensó unos instantes y al final sonrió.

-En efecto. Esto es voluntario. Quien voluntariamente quiera ir a las charcas es quien irá. La empresa no fuerza a nadie. ¿Alguno más quiere quedarse?

Sólo el pelirrojo se volvió hacia mí, cuando los otros ya salían, y sonrió como disculpándose por irse también con ellos. Me quedé solo.

Oí entonces claramente la voz del director, me imagino que elevó el tono para que lo oyera a través de los finos paneles de separación, que parecía contestar a Montoya.

-Nada, nada, señor Montoya. Ya ajustaremos las cuentas con el estudiante en cuanto esto pase. Lo pagará y bien caro.

Los obreros seguían enfrente aunque ahora escuchaba algunos murmullos, que se alzaron un poco más cuando los oficinis tas salieron hacia las charcas, y hasta se elevó alguna voz que fue silenciada por el resto.

-¡Esquiroles!

Pero de las filas salió un siseo y lo acataron. No querían enfrentamientos con otros trabajadores.

Permanecí, sin moverme, en mi sitio. Ni para ir al servicio, y eso que me entraron algunas ganas. Pero los demás no tardaron en volver. El pelirrojo se acercó a mi mesa, los demás procuraban ni rozarme, y me ofreció un cigarrillo para poderme decir en voz baja:

-Ni puñetera falta hacíamos en las charcas. Los directivos de fábrica lo sabían perfectamente, que no había necesidad alguna de picar el vidrio. Sólo lo han hecho para enfrentarnos con los obreros.

Luego me dijo:

-Han dicho que te despiden.

-Saben que legalmente no pueden. No he abandonado mi puesto de trabajo.

-No, si al final quien ha hecho bien has sido tú. Dos vecinos míos están ahí fuera y me han visto. Con qué cara me tomo yo luego una cerveza con ellos en el bar. Hubiera hecho lo que tú. Pero tengo tres hijos.

Casi me arrepentí de mi contestación.

-Los de ahí fuera también tienen hijos.

El resto del departamento hacía un corrillo con El Gordo. Oí que levantaba la voz.

-Los comunistas. Detrás de esto están los comunistas.

Su segundo le apoyó corroborando sus palabras y volviendo hacia mí la mirada.

-Agitadores pagados que arrastran a los otros como borregos. Eso es lo que son la mayoría, unos borregos.

Más allá de la masa de monos azules, al otro lado de la verja que separaba el recinto fabril de la carretera, se empezaron a ver moverse uniformes verdes y los fusiles al hombro se perfilaron contra el aire.

Al fin acabó la jornada y llegó la hora de salir todos para ir a coger los autobuses. Al salir nos cruzamos con cuatro o cinco obreros que se dirigían al despacho del director. Delante iba Rico. En el parqué de las oficinas sonaban extrañas aquellas pisadas compactas de las botas con puntera de hierro para proteger los dedos de los golpes. Nosotros nos dimos casi de bruces con la masa de todos los demás, todo el turno, setecientos en total, que nos contemplaba con una mirada común de reproche. Pasamos muy cerca. El silencio se rompía con murmullos de enfado y desprecio. Al pasar muy cerca de ellos, casi rozándolos, una voz resumió todo su sentimiento.

-¡Mierdas!

Pero no levantaron una mano contra nadie cuando pasamos a su lado.

Mi padre no volvió a casa aquella tarde, ni por la noche tampoco. Mi madre se agitaba presa de los nervios y el miedo.

-No te preocupes, mamá, está bien. Lo he visto. Tiene que estar allí junto con sus compañeros.

-Pero sin comer ni cenar ni nada.

-Algo habrán comido. Llevan las fiambreras y les habrán llevado comida los del siguiente turno. No te preocupes que no le pasará nada.

Yo regresé por la mañana. Seguían allí. Ahora eran más, con todos los turnos unidos. Septiembre ya había doblado su mitad y aquel año había resfriado antes de la cuenta. A algunos se les veía alrededor de las paredes circulares e inmensas de las chimeneas de los hornos, como para calentarse ante el relente de la madrugada. Al pasar esta vez ni nos gritaron, pero en sus miradas había más ira.

Mi padre volvió aquel mediodía a casa. Ellos también habían decidido mantener turnos y que cada uno mantuviera lo esencial, que eran los hornos, en perfecto estado.

-Algunos bestias querían cargárselos y abandonarlos. Pero eso no puede hacerse, eso es destrozar nuestro propio pan; si el horno

colapsa y se solidifica el vidrio queda inútil para siempre y sería la ruina de todos. Hemos puesto retenes de gente de confianza para que no pase nada.

-¿Y la Guardia Civil?

-Lo tiene todo rodeado pero no hace nada. También se ven a los secretas. Rico está negociando con la dirección. Él y los de la comisión son los que no salen de la fábrica. Allí están protegidos por la gente.

Así sucedió hasta el cuarto día. Entonces cayeron en la trampa. Se les convocó a una reunión en la sede de los Sindicatos Verticales. Iban a reunirse con la empresa y representantes oficiales de los Sindicatos, que eran quienes convocaban la reunión. Pero cuando Rico y los demás entraron, quienes les esperaban eran los policías, la Brigada Político-Social, quienes se los llevaron detenidos y en un coche camuflado que les esperaba en la puerta de atrás de la Delegación, a los calabozos del Gobierno Civil, donde estaba la comisaría. Sus compañeros ni se enteraron de lo que había sucedido hasta por lo menos una hora después, en que se dieron cuenta que ni salían ni estaban allí siquiera.

Es cuando aquel mediodía mi padre llegó a casa. Deshecho y azorado.

-Nos los han quitado los canallas. Nos han engañado y se los han llevado. Los tienen presos. Y ahora ¿qué hacemos? ¿Hijo, qué hacemos?

Mi padre me abrazó y noté que de su pecho salía un sollozo primero contenido y luego desbocado. Cuando nos miramos después, ya más calmados, los dos teníamos los ojos húmedos y aún nos temblaba la voz.

-Dicen que con los de la Tudor, que también se ha puesto en huelga, vamos a avanzar desde la fábrica hasta llegar por la carretera hasta la capital y a presentarnos delante del Gobierno Civil hasta que los suelten. ¡Aunque tengamos que asaltar la comisaría!

-Eso sí que es una locura, padre, eso sí que no. Ahí sí que se produce una catástrofe. Ahí nos matan, en la carretera mismo nos disparan. Mira lo que ha pasado en muchos sitios. La Guardia Civil y la Armada nos detiene aunque sea a tiros.

Me di cuenta que era también lo que él mismo pensaba y que de ahí venía parte también de su zozobra. Aquella tarde se evitó una matanza, porque no dudo que de avanzar la masa obrera, como había pasado en El Ferrol o en el País Vasco muy recientemente, eso es lo que hubiera sucedido. Que civiles, armadas y secretas

hubieran recibido la orden de disparar y la hubieran obedecido.

Hubo que convencer a los más exaltados pero algunos de Comisiones que estaban libres y todos los que pudimos hicimos lo posible porque los ánimos se calmaran. Comenzó otra negociación. Ya lo económico había pasado a segundo plano, ahora se trataba de lograr ante todo la libertad de los detenidos. Se consiguió a los cinco días. Siete trabajadores, el primero Rico Niño, Merodio, el segundo, fueron despedidos fulminantemente de la empresa. La huelga concluyó entonces y los obreros volvieron al trabajo. A los dos meses al resto les subieron el sueldo dos mil pesetas mensuales. Por entonces también al ingeniero jefe de la Nave B, el que había comandado a los oficinistas a las charcas, un pesado molde de metal le aplastó el pie izquierdo.

A mí al final no me despidieron. Bueno sí, pero se les pasó el día y tuvieron que aguantarme un mes entero. Porque yo hacía tres o cuatro meses. Aquel año lo tenía de tres, pero como con la conmoción se les pasó la fecha, trabajé sin rechistar, que bien me venían unos días más... ilegalmente, sin que se dieran cuenta ni Recursos Humanos me comunicara nada. Cuando se percataron era tarde y allí seguí, malmirado y sabiendo que una vez me fuera ya no pisaba jamás por allí, hasta cumplir el mes entero en que ya tuve que volver a la universidad. Ya no estuve cuando, al año siguiente -y desde entonces todos los años-, el primer punto de negociación del convenio era la readmisión de los despedidos. Y un día lo consiguieron, aunque para ello tuvo que llegar algo que entonces parecía un imposible y más difícil que alcanzar un sueño: la amnistía. Rico regresó aquel día a su puesto en el Horno V a hombros de sus compañeros.

XIV

JÓVENES QUE QUERÍAMOS SERLO

Lo que el franquismo no quería dejarnos era ser jóvenes. Y eso, antes que nada, era lo que nos rebelaba. Su pretensión es que fuéramos una cosa muy rara, un ideal que venía a ser una cosa así como una mezcla de un espartano y una beata. Su concepto, aunque ya por aquel entonces muy desbordado, era de que fuéramos unos rígidos y reprimidos «cadetes» ya lleváramos pantalón corto o lo lleváramos largo. Casi todo lo teníamos prohibido y de su alianza con la iglesia más reaccionaria y obsesiva con el sexo se derivaban los más absurdos vetos. El sexo parecía traerle tan por mal traer como la política. Eran las dos cosas que les ponían de los nervios. Y nos tenían de los nervios a todos, claro. O sea, que amén de reprimidos estábamos obsesionados. Es lo que tiene el hambre. Que sólo se piensa en comer.

Éramos unos reprimidos, pero no era por falta de ganas, sino porque todo se confabulaba para que esa represión fuera casi imposible de superar. Había que vencer tal cantidad de obstáculos que ni siquiera era suficiente la aquiescencia de la «contraria». Lograr ésta no era para nada moco de pavo. La virginidad, se dijera lo que se quisiera y por muchos seminarios, seguía siendo un valor muy considerado, sobre todo en determinados ambientes y estamentos, algo acrecentado si además se vivía en una ciudad del qué dirán como era Guadalajara.

Pero ser «malo» tenía ciertas ventajas. Se suponía que tú ya estabas pecado e «ibas a lo que ibas», con lo cual te ahorrabas algún trámite. Si además era notorio que las mamás desaconsejaban tu compañía, ello te suponía un cierto valor añadido. La curiosidad y el fruto prohibido, amén de la atracción por el «lado oscuro», no eran la peor carta de presentación. Del guateque y el «filete» ya se iba pasando a palabras algo mayores. Y en ello las niñas de derechas y las chicas de izquierdas, cada cual a su manera, iban dando pasos acelerados. La eclosión no fue repentina pero sí que se fue produciendo de manera acelerada. No había nada más que ir al Angelo&Franki, la única discoteca de Guadalajara, para ver lo que pasaba. Y si eso sucedía en Guadalajara, pues en cuanto no había ojos que miraran, y por Madrid o por cualquier lugar que no fuera el sitio donde se conocían todos, la rienda se soltaba. Pero en todos los lados el problema esencial, más allá del propósito común, era el sitio. Había quien tenía coche. Pero sin coche la cosa era

verdaderamente endiablada. Era toda una odisea, incluso más difícil que la seducción en sí misma. Vamos, que casi había que hacerlo al revés. Tener sitio primero y ponerse a ligar luego.

Con todo, manteníamos una relación tortuosa con el sexo. Nos quedaba dentro mucha costra, y no digamos a ellas. Acostarse con un chico significaba algo muy trascendental y hasta traumático. Que además podía tener malas consecuencias y no sólo la de un embarazo. Había que guardar formas y apariencias y antes exponerse a ser señalada. Que se señalaba. Pero poco a poco o al galope, aquello iba tomando un aire muy diferente y desde luego en las antípodas de lo que se predicaba. Que sólo se predicaba porque follar, hasta con Franco, se follaba. Es más, el golfo no estaba mal visto. Pero si era ella, la golfa era estigmatizada.

Había que desprenderse de muchas cosas, pero no era tan fácil en la práctica el hacerlo como la teoría señalaba. Hablábamos de libertad sexual mucho, casi siempre vamos. Pero no sé si nuestra intención era cambiar con ello la relación entre hombres y mujeres o lograr que se vinieran a la cama. En cualquier caso, ellas sí lo tuvieron muy claro y ya no hubo marcha atrás. Las mujeres empezaron por entonces su verdadera revolución que no era sólo sexual, como tal vez pretendíamos, sin confesarlo o sin tener siquiera conciencia de hacerlo, nosotros.

Unos y otros, tuvimos que superar en cualquier caso, muchas cosas. Entre arrimones, jadeos, rechazos a medias, mucha charla y a frustración por día, frustrado era una de las palabras tótem en aquellos días, alguna vez encontramos la noche y hasta la luna. Pero lo habitual era un calentón de cojones, y nunca más precisamente dicho. No era nada extraño, pues, que de culminar aquello se considerara poco menos que milagro, aunque pasada la euforia no era raro que nos pesara de alguna manera en la espalda la mochila de culpa y hasta ciertos remordimientos y suciedades añadidas. Lo que más costó interiorizar, más allá de las amenazas infernales, es que aquello era algo limpio.

Por ejemplo, sobre la masturbación y desde muy chico me habían advertido con tal cantidad de secuelas, hasta de reblandecimiento del paladar, que a pesar de la distancia que ya tenía con todo aquel clima, lo cierto es que hasta que no me leí un libro de Erich Fromm no me pude dar una paja con cierta liberación y gusto, sin mala conciencia posterior. Pero si hasta sobre algo tan íntimo como una paja se producían tales malas conciencias, qué decir de cuando una relación se consumaba. Y ahí de nuevo había la crucial diferencia. Si para el hombre podía ser motivo de alarde,

para la mujer lo podía ser de inmediata culpa y vergüenza. En cualquier caso los tiempos sí estaban cambiando. Ya lo creo que cambiaban. Para bien, además, y lo notábamos. El sexo, el feminismo y otra cosa de la que hasta entonces no se podía hablar siquiera. La homosexualidad. Que entonces eran los risibles y despreciados maricones, el peor de los insultos y la mayor de la infamias que alguien pudiera llevar sobre sus espaldas. La homosexualidad era considerada enfermedad, degeneración, y quienes en ella caían lo más arrastrado, risible, vil y perseguible que imaginarse pudiera. Era no sólo el pecado nefando, sino un estigma.

El primer homosexual que conocí y que confesó serlo en público causó un impacto enorme entre los jóvenes que seguía mos viéndonos en la casa de la higuera, aunque la actividad, suplantada por las de cada uno en la Universidad y en sus diferentes centros de reunión como el cineclub, el grupo de teatro o los clubes juveniles habían bajado bastante. Era poeta y con un fuerte poder de atracción que caló, sobre todo, en los más jóvenes que acaban de «ingresar», por así decirlo, en la progresía. A algunos, aunque no lo confesáramos, nos preocupó incluso y más de lo que reconocíamos. Sobre las ideas y el papel, la homosexualidad estaba muy bien y que se les tratara igualitariamente era una reivindicación justa y a la que no podía ponérsele pegas. Pero que quisiera hacer proselitismo levantaba algunas ronchas. Vamos, que en el fondo no nos gustaba, y a mí de los que menos, que nos fueran haciendo una ristra de maricones, dicho con perdón de la expresión, que desde luego jamás se osaba proferir en público ni casi tampoco en privado.

Porque lo que más molestaba es que parecía que si no eras homosexual ni podías ser un genio ni un artista ni tener sensibilidad de poeta. O sea, que según él, todos los más grandes habían sido homosexuales. Lorca, sí. Claro. Era sabido, y algunos otros también. Pero es que aquél se pasaba un poco y acababa casi por decir que si Hernández no lo había confesado era porque no se había atrevido y que este, aquel y otro lo que pasaba es que eran en realidad reprimidos que no se atrevían a salir del armario. En resumen, que uno claro que lo apoyaba y lo comprendía y estaba dispuesto a defender sus derechos, pero no todos teníamos por qué ser gays y la verdad es que no me parecía en absoluto una elección acertada siendo las mujeres tan maravillosas.

La cosa no pasó a mayores. Tras permanecer y pernoctar durante un par de semanas por el Chamizo, que se había convertido también en dormidero de acogida en ocasiones, aunque carecía de los

mínimos precisos, se marchó a Madrid dejando tras sí algunos rumores. Pero nosotros estábamos verdaderamente enredados en un proyecto que nos parecía esencial poder sacar adelante ese verano. Una verdadera acción de masas que movilizara a la juventud entera. Teníamos que conseguir hacer peñas jóvenes en las fiestas.

Las fiestas de la ciudad eran las más aburridas del mundo. Hacían a una reina, un año de aquellos nada menos que a una nieta del mismísimo Franco, quien por cierto no había pisado la ciudad en su vida, y todo se limitaba a procesiones, ofrendas de frutas y verduras a la virgen, a un ferial de máquinas de la risa y autos de choque, y para quien les gustaran, las corridas de toros. Para los jóvenes nada.

En algunas poblaciones de cierta enjundia y solera de la provincia las peñas de jóvenes estaban permitidas. Tenían su música y sus charangas, que algunas hasta venían de Pamplona donde muchos iban a correr los encierros, que eran también el plato fuerte de las fiestas de la inmensa mayoría de los pueblos, donde la afición era enorme. Pero en la ciudad, ni olerlos, y las peñas, ni mentarlas.

Hubo algunas, pero según nos decían habían tenido que ser clausuradas en medio del escándalo. Porque habían aparecido hasta colchones en los locales y alguna se había quedado embarazada de resultas. Que eran unos antros de perdición y desorden y que ni hablar de ello, vamos. Se hizo alguna aproximación a las autoridades competentes por parte de algunos de los menos identificados y la negativa fue contundente. De eso ni hablar y menos con el gobernador civil que había.

Así que decidimos actuar por nuestra cuenta y riesgo. Quisiera o no quisiera el gobernador peñas, habría como las que tenían en tantos sitios e incluso en nuestra propia provincia. No teníamos nosotros por qué ser menos.

Era un argumento muy convincente y la necesidad de hacerlas sentida por la gran mayoría de los jóvenes de la ciudad, algo añorado en todas las pandillas. Empezamos a contactar con los más dispuestos y sin hacer distingos de los pies por dónde cojeaban. No era cosa de política ni teníamos ganas de que lo fuera. Era una reivindicación joven, sin más, y en ello era en lo que debíamos estar unidos. Poco a poco fueron muchas las cuadrillas que manifestaron interés, hasta que aquello era la comidilla de los jóvenes de la ciudad entera. Desde luego que debió, por tanto, llegar a oídos de la policía; hasta había algunos hijos de secretas y de guardias, en el ajo. Pero, o no supieron cómo pararlo, o pensaron que bastantes problemas tenían y que éste no les merecía la pena emplearse a

fondo para cortarlo.

Nos reunimos algunas tardes junto al río. Cerca de un centenar de la más variada procedencia. Varias pandillas se habían juntado y pensado en unir esfuerzos y se consideró que se podían formar, para que cada una tuviera al menos un número considerable de gente, hasta cinco. Que serían abiertas, que todo el mundo podría pasar y que se daría a la gente vino gratis. A más no podía llegarse. Había que uniformarse, claro, y cada cual elegiría una camiseta y un nombre. Todos teníamos en realidad ya el nuestro.

Eso no tenía problema. Lo malo es quién nos iba a alquilar un local donde poder hacerla si encima no teníamos ningún permiso. Fue la tarea más complicada, pero a base de mucho patear y tras pagar, que lo pagamos, precios de alquiler por guariches como si fueran pisos de lujo y en vez de por dos semanas por dos meses, conseguimos, a base de favores, de que tú me lo dejas y nosotros nos hacemos responsables y toda suerte de subterfugios cada uno su local. A alguno hasta se lo dejó un padre que no sabía muy bien de qué iba aquello. Y nos conjuramos todos para velar por la seguridad, de que no hubiera excesos ni peleas, «ni que se follara dentro», ni que se permitiera fumar canutos o hierba. No podíamos arriesgarnos a tanto, aunque teníamos claro que lo más seguro es que antes de abrirlas las tuviéramos cerradas.

Yo creo que pensaron que aquello iba a ser un verdadero fracaso. No teníamos de nada. Un tocadiscos, cuatro álbumes y veinte sencillos, unas garrafas de vino y, la verdad, muy pocas chicas apuntadas. Pero el primer día de fiestas, tras pasarnos muchas horas antes limpiando mierda, cascotes y basura en el local, aquello estaba adecentado y hasta quedaba curiosito y aseado. Nos pusimos nuestras camisetas, el pañuelo al cuello y abrimos la puerta.

La noticia de que había peñas corrió como la pólvora. Al principio como dejándose caer, pero luego cada vez mayor número de gente que ya venía decidida, los locales se fueron llenando y animándose. Además la hermandad entre las cinco peñas funcionaba a las mil maravillas. Todos recorríamos todos los locales y en todas éramos bien recibidos, en un ambiente de amistad y camaradería que nunca se había conocido. Y eso que no habíamos sido capaces, por falta de dinero o de previsión, de conseguir ni una charanga.

-El año que viene con charangas esto va a ser la leche - nos decíamos-. Hay que empezar ya a buscarlas.

La cosa fue tan bien que a los dos días se nos estaba acabando el

vino y no había apenas dinero para más. El vino era lo que se servía gratis a todos y como detalle a los socios y a otros peñistas se podía llegar a la cerveza. Pero lo mismo daba. El ambiente de fiesta era lo que contaba y cuando explicamos a los visitantes las dificultades y pusimos botes recaudatorios éstos empezaron a llenarse.

Y vinieron chicas. Ya lo creo que vinieron. Venían, eso sí, en grupo y permanecían juntas, apiñadas como en bandadas. Pero sólo un rato, luego ellas también se desbandaban y comenzaban a participar de una fiesta que hasta entonces nadie había conocido en la ciudad. Varias ya pidieron apuntarse y de inmediato fueron «afiliadas». Embarazadas no sé si hubo por tal causa pero que de aquellas fiestas surgieron muchos noviazgos eso sí que fue cierto.

Como lo fue que ya al primer día por la noche tuvimos la visita de la policía. A la nuestra llegaron dos. Los conocíamos todos y no hacía falta que disimuláramos porque de sobra sabían que allí estábamos los del cultural de la plaza del mercado de años anteriores, los del Chamizo, vamos. Hablaron con varios y en especial conmigo, que ya les era conocido y con alguno otro. Pero ante nuestro estupor no hicieron nada por cerrarnos. Quizás hubiera ya mucha gente allí metida o casi con mayor probabilidad les habían dado orden de que las controlaran a ver lo que hacíamos pero sin intervenir si no nos pasábamos de la raya. Así que nos dieron órdenes y algunas instrucciones sobre todo del horario de cierre, que habría de ser a la misma hora que los pub, que ya había por entonces algunos; lo aceptamos sin rechistar, pensando que luego dentro los de la peña y quien quisiéramos y sin música, podríamos hacer lo que nos viniera en gana. Lo importante era que no nos las cerraran.

Fuimos de ronda por todas las demás y en casi todas habían tenido también la visita. A ellos les habían molestado incluso menos y en una, la de los más jóvenes y además donde había de muchas familias de las «de toda la vida», los policías se habían encontrado con hijos de conocidos.

-En la nuestra hasta una cerveza se tomaron.

En la casa de la higuera hubo reunión. Habíamos conseguido algo importante. No hacía falta en absoluto politizarlo. Las peñas tenían vida por sí solas y era cuestión de disfrutar la fiesta. Pero algunos sí dijeron que el partido había sabido también estar allí en vanguardia y que ello era muy importante. Y desde luego que lo era y que lo fue. Las peñas ya no había quien las prohibiera.

Es más, el penúltimo día de fiestas se presentó en la nuestra, y de nuevo, un policía de la secreta. La noche anterior había tenido

que venir la policía armada pero porque nosotros mismos tuvimos que llamarlos. Cuando casi íbamos a cerrar llegaron unos tipos extraños, que no eran de la ciudad ni nadie conocía. Se les dio vino, pero a poco se fueron poniendo agresivos y comenzaron a molestar y provocar a todos. Eran pandilleros y venían a armar bronca. Por fortuna, nosotros éramos muchos y estábamos en nuestro terreno, y ellos sólo eran tres y aunque creían que eso les daba coraje, lo cierto es que iban bastante mamados. Total, que acabó por liarse la gresca; uno sacó una especie de pincho, que si no llego a andar listo dando un salto de lado y más un amigo, que le arreó con no sé qué en la cabeza, me lo clava. Redujimos a dos de ellos y el otro salió de naja. Decidimos llamar a la policía, que vino a por ellos y de paso nos llevó a nosotros para que declaramos. Así que pasamos un par de horas en comisaría. Pero a nosotros nos soltaron con buenos modos y a ellos se los quedaron.

El secreta nos lo dijo al día siguiente.

-Eran «choros». ¿Ofrecieron drogas, no os intentaron ven der alguna china? ¿Habéis encontrado alguna tirada por aquí? Porque ellos no la llevaban encima y seguro que tenían. Son camellos.

No habíamos visto ninguna china y desde luego alguno pensó que de haberle echado el ojo a quien menos se la iba a dar era a la pasma.

-Es que uno se escapó. A lo mejor era el que lo llevaba.

El policía se quedó en la peña y acabó por pegar del todo la hebra conmigo. Era de la provincia y teníamos hasta amigos comunes y conocidos. Y le dimos al vino. Luego me dijo que tenía que dar una vuelta por las otras y que por qué no iba con él y así sería menos cantoso. Y me invitó a cervezas por el camino y a otras que nos invitaron en las otras peñas al venir conmigo y luego ya tomamos un cubata y el poli y yo acabamos de verdad cocidos. Hasta nos fuimos a cenar algo juntos y al salir, haciendo alguna ese, él se tropezó con su padre y su padre le metió, con todo lo policía secreta que era, una buena bronca por ir borracho. Y los dos nos reímos mucho.

Cuando yo volví a la peña, ya solo, algunos me miraban con estupor.

-Pero, tío, ¿qué has hecho toda la noche con el poli?

-Calla, que quien casi lo detiene a él ha sido su padre.

Nos reímos todos aunque alguno, siempre hay uno, se mosqueó, claro. Pero las peñas habían sido un éxito y las chicas querían tener camisetas el año siguiente. Cada una de la suya y poderla lucir con el novio o con el ligue. Que quedó claro que donde se ligaba era en

las peñas.

Terminaba septiembre, era momento de volver a la Universidad y a la militancia más activa. Tenía encomendada la coordinación de colegios mayores e iba a vivir en uno, que de alguna manera me llevaba hacia atrás, a los jesuitas que me habían educado de niño. Pero durante aquella semana de peñas había sentido que también era un joven normal. Aunque los jóvenes normales no se emborrachan con un policía de la secreta. Por cierto, que fue él quien creo que me aficionó a fumar «Fortuna», el rubio nacional que acababa de salir y que me hizo dejar el «Bisonte» y la pipa, que aborrecía porque me recordaba a los celtas que se fumaba en ella mi jefe en Pueblo. También tenía ya en el periódico un destino en Madrid, un puesto de poco menos que meritorio, pero que me iba a dar un dinero que me iba a permitir pagar sobradamente el colegio y vivir sin agobios aquel año.

XV

ISLAS DE LIBERTAD

Los colegios mayores de la ciudad universitaria madrileña eran verdaderas islas de libertad en la España de aquellos años. Dentro de ellos, al menos de algunos, parecía vivirse en un mundo muy diferente al que se abría en la puerta de la calle. El campus en su conjunto también empezaba a serlo, sobre todo desde que el boicot a los exámenes finales había logrado que la policía abandonara al fin los recintos de las facultades y desalojado sus cuartelillos. Aquello había sido un gran éxito del movimiento universitario y supuso que se respirara un nuevo aire en el interior de los centros docentes.

La politización de los estudiantes alcanzaba por entonces su punto más álgido. Los grupos opositores tenían presencia en casi todas las carreras y empezaba a notarse a quienes desde posiciones de derecha, sobre todo entre el profesorado, apostaban por una salida democrática al régimen. Luego estaba la izquierda, donde el PCE mantenía una fuerte hegemonía, flanqueado por grupos aún más escorados y radicales entre los que destacaban la ORT, el PTE, así como las diversas organizaciones prochinas, el Movimiento Comunista era el mejor organizado, trotskistas, las Ligas Comunistas, y algunos ácratas. Socialistas tan sólo unos cuantos del partido de Tierno - profesores sobre todo-, el Psp. Del PSOE todavía no conocía a ninguno con la excepción de Pablo Castellanos y otro día en una conferencia a Gregorio Peces Barba, que andaba con el democristiano Ruiz-Giménez, que había sido ministro franquista y había derivado en una oposición firme en sus «Cuadernos para el Diálogo». A Peces Barba se le apodaba por aquello «la rata vaticana» y no parecía muy socialista precisamente. Castellanos tenía mayor predicamento y hechuras. Pero del PSOE por las facultades y ni siquiera por los Colegios Mayores no había ni uno. Ni en el Johnny ni en el Loyola, donde por lo menos había un militante de cualquiera de los grupos por muy, muy minoritario y última escisión de cualquier cosa que hubiera. A lo mejor los había pero por entonces, aquel curso del 74 al 75 yo no vi ni uno.

En realidad, y a pesar de las apariencias, no es que hubiera miles de militantes. Ni mucho menos. En el momento más alto de afiliación en la época clandestina, el PCE en toda la Universitaria madrileña y contando con Politécnica y Autónoma, no superaba los 500. Había muchos más «compañeros de viaje» en su órbita y desde

luego una masa de estudiantes que sin estar a nada afiliados simpatizaba con los propósitos de todos: lograr democracia y libertades para España. Ese sentimiento sí que era muy mayoritario. Pero de ahí a comprometerse había un mundo y un recorrido. Algunos se limitaban a sumarse, y era mucho, a las huelgas y movilizaciones, ya menos, pero bastantes, habían acudido a manifestaciones, y otros habían llegado a guardar alguna propaganda en casa. Un día Curiel, en broma, comentó ante esa sensación que se tenía de una enorme cantidad de militantes revolucionarios en la universidad: «Si fuéramos tantos como se dice y se presume ya hubiéramos tomado el palacio de la Moncloa, que lo tenemos aquí al lado». No éramos tantos aunque lo pareciera, tal vez por aquello tan viejo en todo y donde siempre se aplica el juego del parchís, de comerse una y contar veinte.

Pero sí parecía cada vez más cierto, como repetía la Pirenaica cada noche, que aún sin naufragar del todo el Régimen franquista hacía aguas por todas partes.

El gobierno Arias atravesaba por un proceso de desintegración acelerada. Cuando Licinio de la Fuente dimitió, frustrado tras el bloqueo de las leyes que permitirían un derecho de huelga limitado, Arias pensó en un cierto lavado de cara y destituyó a Antonio Izquierdo, director de Arriba, que había sido uno de los bastiones de la oposición del búnker a la reforma. En marzo también recompuso el gobierno y sustituyó al íntimo de Girón, Francisco Ruiz Jarabo, y al secretario general del Movimiento, José Utrera Molina - enlace decisivo del búnker con Franco--, por el más reformista Fernando Herrero Tejedor, el protector de un entonces apenas conocido cuadro medio del Movimiento, Adolfo Suárez. Pero Herrero Tejedor, la gran esperanza de Arias, falleció al poco, en un accidente de coche; a mediados de junio y en una nueva vuelta atrás, Arias nombró al falangista José Solís Ruiz, una vieja gloria del franquismo, el de las demostraciones sindicales en el Bernabéu, la llamada «sonrisa del Régimen» que estaba ya que se caía a cachos, y con lo que se enfrió de nuevo cualquier expectativa de apertura interna.

Ello se detectaba incluso en las propias filas, antes compactas y sin fisuras. Los más avanzados, como Francisco Fernández Ordóñez, llegaban a pedir en aquel febrero algo impensable: una reforma constitucional que transformara la actual en otra democrática, y fue significativo lo que el director de ABC, el monárquico Ansón, se atrevía ya a escribir el 20 de marzo tras tantos años de halagos al Régimen: «Las ratas están abandonando el barco del régimen [...].

La cobardía de la clase gobernante española es realmente vergonzosa [...], ya se ha llegado al sálvese quien pueda, a la rendición incondicional». De esas líneas no se puede sacar la conclusión de que Ansón lo dijera con esperanza, sino más bien como amargo reproche.

José María de Areilza, Pío Cabanillas, Fraga y Silva Muñoz se habían unido a los Tácitos, un grupo de opinión que era de obligada lectura, entre los que suponíamos estaba un buen profesor mío en Políticas, Ortega y Díaz-Ambrona, y que se perfilaba como una operación política de alcance. Fernández Ordóñez pilotaba una operación reformista y se publicaba que se estaba preparando una potente asociación, al amparo de la ley Arias, llamada Unión del Pueblo Español, en la que estarían Solís, Herrero Tejedor, Adolfo Suárez y Emilio Romero. Pero esto no era nada más que una cortina de humo lanzada desde la prensa del movimiento para neutralizar a los anteriores, y conscientes de ello, tanto Fraga como Areilza, los Tácitos y Fernández Ordóñez se alejaron de todo aquel nonato asociacionismo y la operación Arias quedó totalmente arruinada.

Dentro de los colegios mayores sí que pareciera que España era otra. Marxista en su mayor parte, además. No en todos, claro. Porque también aquí había de los buenos, de los más neutrales y de los fachas. Las puntas eran el Johnny, el Loyola, el Chami, el Negro, el Pío XII y en chicas el Isabel de España. Entre los pijos y más fachas estaban algunos de sello falangista, el elitista Mendel, al que un día de fiesta «bombardeamos» con correpiés y cohetería, y los de las niñas pijas, el Mara y el Santa María del Estudiante, que flanqueaban el Loyola y donde vivía hasta una sobrina de Arias Navarro.

El paisaje de los colegios progres era el de un hervidero de actividades. Y no precisamente deportivas, aunque algunos también las practicaban. El deporte no tenía demasiado prestigio social por aquel entonces, al menos en determinados sectores. El Colegio no era en absoluto ni para nada únicamente el lugar donde se dormía, se comía y se estudiaba. De hecho aquello tan sólo era una parte y para algunos bastante pequeña, aunque a la hora de los exámenes las magnitudes de dedicación se invertían. Pero sobre todo en los inicios de curso y algunas fechas señaladas, la vida en el colegio mayor era verdaderamente activa. Primero estaban los tenderetes de libros que cada semana, sobre todo en el Johnny, se ponían a la venta y donde no faltaba un solo texto revolucionario, desde Marx a Marcuse, del Althusser a Sartre, La revolución científico técnica, de Radovan Ritka, era nuestro best-seller junto a los textos de

Poulantzas, con permiso, faltaría más, de Lenin, Trotski, Mao y todas las historias habidas y por haber sobre nuestra Guerra Civil, sobre la reforma agraria, sobre el cine mundial y sobre la teoría de las religiones, sobre las guerrillas iberoamericanas, la guerra del Vietnam, la revolución en África y la poesía popular negra amén de los textos de nues tros grandes poetas comprometidos entre quienes Blas de Otero gozaba de las mayores bendiciones. Se vendían muy baratos y hasta los comprábamos e incluso los leíamos y discutíamos sobre ellos.

Esa actividad, por supuesto encomendada a la comisión correspondiente de colegiales, era una de las muchas y cada colegio destacaba por una faceta. Los había que llevaban la punta en cine. En el Pío, cuando al fin se proyectó Acorazado Potemkim, se produjo un tumulto a la salida porque venían los grises, y no sé si fue un «armada» o uno que huía braceando pero la conclusión es que acabé con un ojo a la funerala y medio pisoteado en la estampida. Casi como en las escalinatas de la película que acabábamos de ver. El Johnny se había hecho fuerte en la música, en el jazz y el flamenco. Iban allí los mejores de los mejores de uno y otro estilo. Es algo en lo que trabajaban durante todo el año la comisión, su director, Villapalos, y los dos eficaces subdirectores, dos tipos geniales, sencillos y queridos, Pascual Sicilia y Luis Corpa, al que le llamaban las chicas el Redford por lo guapo que era. Su hermano era uno de los componentes de jarcha y su Libertad sin ira estaba a un paso de ser himno, como iba camino de bandera el Habrá un día en que todos al levantar la vista veamos una tierra que ponga libertad, del maño Labordeta.

Los festivales del Johnny concitaban a centenares de universitarios y los aforos se quedaban pequeños. Pero es que también se quedaban chicos para las conferencias de destacados representantes de la cultura, del sindicalismo y hasta de la política, por muy ilegales que fueran que comenzamos a llevar. Y en eso se destacó el Loyola.

Mi primer bautismo de fuego como colegial legal - ilegal y clandestino pero tolerado ya lo había sido en el Johnny - y con todos los derechos tuvo que ver ¿cómo no? con las novatadas.

Había un tremendo debate. Los progresistas las consideraban vejatorias y algunas eran verdaderas atrocidades, pero otros las veían como una tradición y que ayudaba a los nuevos a integrarse. En los colegios progresistas se fue acrecentando la tendencia de que se podían hacer pero siempre que no supusie ran ni menoscabo de la dignidad de los «novateados» ni mucho menos algún riesgo físico

para ellos. Que a veces lo había, porque se les hacían verdaderas animaladas. Lo más sorprendente para algunos teóricos de su abolición fue que algunos novatos casi las exigían como iniciación y lo cierto es que tenían mucho de fiesta cuando su misión era la de dar una cierta bienvenida y aprovechar la cosa para que los que iban a convivir fueran conociendo a los veteranos. Fue mentado el desfile, marcial y risueño, aunque no con mucha ropa hasta el barrio de Argüelles y hasta una cafetería llamada Flandes donde el novato que encabezaba el cortejo clavó, ante el estupor de los presentes, señoras escandalizadas incluidas, una pica de los Tercios, sacada vaya usted a saber de dónde, en el parqué. Para, como es lógico, salir de inmediato y antes de que se produjera la represalia, de naja. Habían cumplido su misión, poner una pica en Flandes y regresaron como héroes.

Pero eso era la excepción. Lo cierto es que se producían maltratos y cosas que no rayaban sino que suponían auténticas torturas psíquicas y físicas para los nuevos. En el Loyola hubo una fuerte discusión. El Paraíso, más organizado y «pecero» y también más tranquilo, decidió prohibirlas y cambiarlas por una fiesta sin más. Los del Infierno, más izquierdosos y bullangueros, las mantuvieron con matices, pero al final quedó la cosa bastante aseada y sin que nadie se pasara y la fiesta fue de todos. En el Johnny también las prohibieron como tales y siguieron la senda de una iniciación light y buscando algo original como la famosa pica.

En el Loyola había bastante gente originaria de mi propia ciudad y hasta compañeros del Chamizo. Pero todos habíamos madurado y unos cuantos además mío, que no éramos de familias pudientes, trabajábamos. Uno, Alberto, lo hacía en Standard de Villaverde con el mítico líder de aquella fabrica, Adolfo Piñedo, un referente de la lucha obrera en el sur de Madrid, otros lo hacían de contables a tiempo parcial y yo había encontrado no sólo un trabajo sino la vocación definitiva en el periodismo y había logrado traspasar sin necesidad ya de acompañante de la calle Huertas, a la espalda de los Sindicatos Verticales, a los que pertenecía, del diario Pueblo, de enorme tirada e influencia y que junto con Ya, ABC, Arriba, Alcázar e Informaciones, al Madrid lo había volado mucho tiempo atrás, constituían el elenco de la prensa madrileña. El Ya era de la iglesia, el ABC monárquico pero sumiso plenamente a Franco, al menos en lo que se leía, Arriba y el Alcázar falangistas en diferentes graduaciones e Informaciones intentaba ser un poco progre. Pueblo era populista, escandaloso y una jaula de grillos por dentro de donde, tras decenio al mando, estaba a punto de salir el Gallo, su

director, Emilio Romero.

Yo tenía allí mi curro de tarde-noche, pero había decidido apretarme los machos en la universidad y aprovechando la relativa tranquilidad del colegio, la habitación individual, un espacio para mí solo, sacar adelante cuantas asignaturas me fuera posible. Que intentaba que fueran muchas y por lo menos dejarme de una vez todo aprobado hasta tercero y hacerme con alguna de cuarto. O sea, que tenía prevista una vida de lo más ordenada y trabajada. Y en cierta medida así lo fue y hasta no me fue mal en los estudios. Me sacudí de encima nada menos que doce asignaturas de un trago, aunque a muchas sólo les quedaba un trabajo por hacer y algún empujón del profesor, que ya me tenía demasiado visto. Concluí pues tercero y aquello me vino de perlas, pues ya lo que quería era que me convalidaran, que convalidaban una gran parte, y pasarme a periodismo, donde entendía que iba a estar mi profesión y mi futuro. De hecho ya estaba en mi presente y lo disfrutaba con enorme intensidad.

Pero estaba la militancia y cumplir el cometido encomendado, que era coordinar los diferentes colegios mayores y que allí tuvieran eco y fueran también organizadas y controladas las diferentes movilizaciones para que no quedaran reducidas a los campus. Lo cierto es que el suelo estaba abonado y más que iniciarlo lo que tuve que hacer fue filigranas para no ser personal y como partido, desbordado.

Aprovechando aquellos islotes de libertad consideramos que eran el lugar propicio donde poder organizar conferencias con los representantes de las principales fuerzas sindicales y políticas de oposición al régimen. Nos pusimos en contacto a través de los vínculos que teníamos, y aquello se convirtió, durante el invierno, en un auténtico acontecimiento donde se exponían las diferentes alternativas para lograr salir de la dictadura. Tras la intervención de los ponentes tenían lugar los más apasionados debates pero desde un punto de vista y en un tono más calmado que el de las asambleas de facultad y donde primaban las exposiciones a los gritos. El Loyola se convirtió en un foro de debate en un clima de libertad que no existía en lugar alguno de España. Gracias, por supuesto, a la permisividad y a la complicidad de los jesuitas que dirigían el colegio y, en especial, el que estaba al mando, Piru. Vinieron de todos, por supuesto representantes ya casi ni tapados del PCE y de Comisiones, y del Mc y de sectores democristianos, y en una mesa hubo hasta monárquicos pero constitucionalistas y liberales. Alguien sugirió invitar a alguien del PSOE, que había tenido un

congreso en Suresnes y había elegido a unos sevillanos, un tal Felipe González y un tal Alfonso Guerra. No los conocíamos nadie ni a nadie en la universidad representaban. Guerra apareció por allí algún día, pero no sé si llegó a hablar. Yo desde luego no estaba. No lo tengo retenido en esta frágil memoria.

El director del Loyola, como muchos en la orden, estaba en una enorme convulsión interna. Habían sido los precursores y difusores de la Teología de la Liberación y máximos valedores del Concilio Vaticano II, que había intentado modernizar y acercar a ciertos orígenes sociales la iglesia. Pero había comenzado también una cierta contrarreforma y los jesuitas se sentían acosados por dos flancos, por algunos de los suyos que parecían ir demasiado lejos y adquirían claras militancias marxistas, como Llanos o los misioneros en Iberoamérica, como el grupo de Ellacuría, y quienes los atacaban desde posiciones reaccionarias y en España decididamente aliadas con el franquismo. La orden en su conjunto se mantenía en posiciones progresistas y estaban muy abiertos a todo lo que les sonara a socialización, apoyo a la apertura y avance hacia la libertad. En ello estaba Piru y los demás curas del Loyola; hasta el hermano Gómez, pilar esencial de cuentas, suministros y organización de las cosas de comer y de beber, amén de puertas y calefacciones. Que nosotros estábamos en la revolución pero menos mal que Gómez andaba en las cocinas.

Porque en aquel clima de cooperación y con el colegio, que era de los baratos, funcionando con creciente prestigio en sus actividades dentro de todo el campus, se produjo una reunión dirección-colegiales que iba a tener unas consecuencias imprevistas. Los jesuitas nos propusieron a un amplio grupo de comisionados por las dos alas celebrar un encuentro durante todo un fin de semana, una especie de ejercicio espiritual tan al gusto de los sj pero con el objetivo de hablar del colegio y de nuestra propia manera de verlo. Aquello acabó en autogestión, en el «Pacto de los «Negrales» y que si no acabamos de hundirlo en la miseria fue de puro milagro. O por el hermano Gómez.

La cosa es que empezamos a hablar de la necesidad de que los colegiales colaboraran más en las tareas y trabajos, como turnos en la puerta y en la telefonía, y en la limpieza y en el control del funcionamiento. Y de ahí cogimos carrerilla y eufóricos, nosotros y sorprendentemente Piru, llegamos a un pacto que nos pareció el alumbramiento de una nueva era. Los propios colegiales íbamos a autogestionar el Loyola, íbamos a convertirlo en un modelo y con nuestro trabajo conseguir que los precios fueran asequibles para los

menos pudientes, para los hijos de los obreros y que éstos pudieran ir a la universidad. Vamos, que dimos a luz una utopía y todos creímos a pies juntillas que aquella era la senda de un futuro para todos los colegios mayores. Gestionados, dirigidos por los propios colegiales que se responsabilizarían al mismo tiempo de los trabajos tanto de gestión como de intendencia, limpieza, organización y mantenimiento. Volvimos de Los Negrales eufóricos, celebramos una asamblea con todos y el acuerdo fue aprobado y puesto en funcionamiento.

Con un añadido sorpresa que suponía, y esa sí que era de verdad, una pica en Flandes. ¡Se podrían subir chicas a las habitaciones! Pero no se podían montar ni guateques ni escándalos. Compañeras de estudio. Discretas. Al fin y al cabo la puerta la íbamos a controlar nosotros.

Chicas a las habitaciones habían subido en ocasiones y el Johnny era permisivo si no te pillaban. Pero hacerlo con acuerdo tácito de la dirección supuso una conmoción generalizada y todos los colegios del sector, hasta el Negro, comenzaron a reclamarlo. En nuestro caso se fue bastante prudente y comedido. Aquello no dio lugar ni a bacanales ni a griteríos, se llevó con cierta normalidad y se fue normalizando. Fue de lo poco en lo que no nos pasamos en aquello del pacto de los Negrales. Eso y que sí hicimos los turnos de las puertas.

La práctica personal fue otra cosa. El que más y el que menos debió considerar que, teniendo ya la oportunidad soñada, lo demás vendría por añadidura; pero no era tan fácil la cosa. Porque la cuestión esencial y de difícil resolución era conseguir que las chicas subieran. A comer venían, en el bar se quedaban, pero subir a las habitaciones ya era otra cuestión y otra harina. Aunque hombre, algunas subían. Las que ya eran medio pareja o pareja entera, o alguna que le importaba menos o alguno que se lo montaba mejor. Pero que hubiera desde aquel día un trasiego de folleteo, nada de nada.

Fue también mi caso. Fueron más las expectativas que las realidades. A muchas no había ni posibilidad de proponérselo, a otras les daba corte el ir a un colegio mayor donde había cientos de tíos y pasar por el corredor de habitaciones y a otras simplemente porque no eras tú el que quería que se lo pidiera. Pero, hombre, alguna sí. Algunas. Aunque yo andaba como estragado de mujeres. De enamoradizo había pasado a desilusionarme a la primera. Tenía más bien instintos depredadores y, saciado, lo que quería era que se marcharan cuanto antes. Excepto una a la que una vez más alejó mi

falta de atención y mínimo cuidado y al final se enrolló con otro que sí se la dio y otra que entendió y muy bien qué era lo único que yo buscaba y decidió que era lo mismo que quería ella. Así que de vez en cuando nos acostábamos después de tomarnos unas copas y luego ella después de follar se marchaba a su casa. O sea que lo de las chicas y lo de la puerta es lo único que salió menos mal de aquello de los Negrales. Algún polvo echamos.

Lo demás fue un puro disparate. No teníamos ni idea de cómo se gestionaba un colegio, ni de cómo había que apañárselas para más de doscientas comidas diarias y para mil cosas que ni se nos había ocurrido que hubiera que trabajar, estar encima, saber algo de la cosa y dedicarle esfuerzo y tiempo. Menos mal que el hermano Gómez no dejó nunca ni el control, ni las cuentas ni el abastecimiento. Si no perecemos.

Pero el daño que fuimos haciendo no fue pequeño, y aquello llevaba ya a finales de primavera ritmo de colisión y deriva de desastre. Pero nosotros la verdad es que andábamos tan ufanos y contentos. Nos habíamos convertido en el primer Mayor autogestionado de la historia. Los sj no lo tuvieron tan claro y más bien lo vieron de color negro. Tan negro que ya a fin de curso se empezó a rumorear lo que no tardó en ser efectivo. Que a Piru lo largaban de allí y que la cosa volvía a la disciplina jesuita y que nos fuéramos preparando porque al año siguiente no iba a quedar ni un colegial de los que habíamos participado en aquella quimera. Y menos los que habíamos sido los mayores cabecillas del asunto. He de decir que casi no les di ni tiempo. Ya tenía decidido que para mí la universidad había acabado. Que mi vida iba a estar en el periodismo y mi militancia bien en mi ciudad o donde el Partido me mandara, que estudiaría al mismo tiempo que trabajaba, pero ya tranquilamente ir acabando sin prisas porque tenía la ventaja de haber conseguido ya el trabajo para el que me creía destinado y que vocacionalmente me llenaba.

Y además, me estaba dando un prestigio digamos que social que me tenía un tanto sorprendido, tanto en mi ciudad de origen como en el propio colegio mayor. Se creó una cierta costumbre en el grupo de más trasnochadores de esperar en el salón de la entrada a que yo llegara de la redacción con el primer periódico de la primera edición aún caliente y que además trajera noticias de las que se corrían por los mentideros periodísticos en los que empezaba a irme introduciendo; y no como había estado antes, en comidillas de provincia, sino en alta política y movimientos del mayor calado. Algo ya me llegaba y yo disfrutaba contándolo a aquel círculo de

amigos.

Pueblo era un periódico en verdad curioso y sorprendente. Era de sindicatos, del Vertical, y Emilio Romero era un personaje del Régimen. Pero, dentro del control, muy a su aire y manera, con sus veleidades artísticas, sus devaneos continuos -y no sólo políticos, porque había damas de contraportada que todos sabíamos con las que había que esmerar el cuidado - y sus peleas. Recientemente había mantenido una enconada con otro de los grandes del periodismo oficial, Jaime Campmany, dotado de una ironía y una magnífica pluma. Se atizaban de lo lindo en un enfrentamiento donde hasta se lanzaban puyas en verso y cuya causa era lo de menos. Para los de Pueblo ganaba Romero, o eso se decía en voz alta. Por lo bajini el personal se reía de cómo el otro contraatacaba. Una auténtica pelea de gallos del corral del Régimen, pero muy vistosa sin duda, y por cierto, Romero firmaba con un gallo.

Pero el director tenía a gala el dar en su periódico asilo a algunos rojos confesos a los que se había dejado tirados por otros periódicos y editoriales. Era el caso de Eduardo García Rico, con un gran prestigio editorial y notorio militante del PCE, al que Emilio Romero dio entrada y cobijo. Pero es que en Pueblo y ya entonces había de todo y de todos los extremos. Del partido había algunas figuras relevantes con las que tomé contacto aunque yo no militara en su célula. Javier Martínez Reverte, que tenía incluso un cargo importante en el diario, parecía la cabeza, pero allí también estaban José María Morillo, muy amigo de Curiel, el reportero Vicente Romero, todo un héroe en lo periodístico y en lo vital para muchos de los nuevos, que admirábamos sus reportajes por el mundo y su manera explícita de contarlo siempre teniendo en cuenta la voz de las víctimas y de los débiles; el gran fotógrafo gallego Juan Santiso; estaban los de talleres, y acabó estando a poco Raúl del Pozo, una de las mejores plumas, que Romero apreciaba y enviaba a los destinos más calientes, como Moscú, París o Lisboa, donde vivió la Revolución de los Claveles. Raúl había llegado a Madrid de maestro de escuela, tras haber logrado estudiar en una peripecia vital dura, con caminatas entre la nieve por sierras donde aún había maquis y no pocas calamidades de hijo de cabrero, que es lo que era su padre.

Por alguna razón de cercanía o simpatía por alguien de procedencia cercana, Raúl me tomó bajo una cierta protección y me fue sacando de las secciones de provincias donde estaba metido para lograr que me fueran dando un algo más de vidilla. También me fue introduciendo algo más tarde en otros ambientes, como el

café Gijón, donde tenía tertulia y me hice amigo del cerillero Alfonso, el anarquista filósofo que nos prestaba dinero, y cuando lo abrieron, el Bocaccio, donde no me dejaban entrar durante una no pequeña temporada si no estaba él dentro. Allí conocí nada menos que a su íntimo amigo Paco Rabal, quien un día me dio una lección magistral de teoría y práctica de cómo tratar al género femenino. «La clave, chaval, es atenderlas. Sólo atenderlas. Descubrir eso que esa tarde se han puesto para ti o para diferenciarse de los dos mil millones de mujeres. A las mujeres basta con que las atiendas de principio. Y que lo noten. Tú llámala esta noche antes de que se duerma y díselo, dile eso suyo que tanto te ha gustado». Claro, a él le salía muy fácil. Era capaz de ligar en el semáforo de la calle Génova. Le bastaba con tres veces que se pusiera rojo.

Pero eso fue más tarde, entonces en verdad mi benefactor máximo era el de la pipa, con el que trabajaba cada noche para cerrar las ediciones de provincias. Luego él se iba a hacer la «tercera» con los demás editorialistas sobre los asuntos que el director eligiera y en la línea que marcara. Pues quizás eso mismo pensara que debía quedar claro cuando una noche Romero se asomó por la planta y dijo desde la puerta: «Quiero un editorial sobre esto».

Y De la Cruz Aguilar respondió presto:

-Director, ¿a favor o en contra?

Aclarado el sesgo, él y Alcocer, un falangista que se proclamaba auténtico y de izquierdas, se pusieron prestamente al tajo.

Había también fachas redomados y algunos peligrosos, uno que cogía las crónicas cuando las dictábamos desde fuera, llevaba pistola y de ella alardeada prometiéndonos un tiro a cualquiera de los rojos que él sabía que por allí menudeaban. Pero también había gentes del Régimen de talla y bonhomía, como el culto Joaquín Aguirre Bellver, una persona noble y educada, que felicitaba la Navidad con un cuento suyo y que siempre tuvo conmigo un trato de aprecio y de respeto. Incluso cuando la vida nos puso juntos un 23-F en el Congreso de los Diputados.

Pueblo era un maremágnum de gentes muy valiosas en todos los aspectos y en todos los sentidos, que luego llegarían realmente lejos en todo. Particularmente respetado era el redactor jefe de cierre, Paco Cercadillo, que un día me dio una lección magistral sobre la mojarra y cuya palabra era la ley más respetada. Había fenomenales dibujantes como Pepe Molleda, críticos de teatro como Negrín, de toros como el archiconocido y muy polémico Navalón.

-Navalón, hijoputa, qué dijiste ayer de mis toros (Pérez

Tabernero).

-Que eran más mansos que el cabrón de tu padre.

Al día siguiente los monosabios de las Ventas le dieron a Navalón una buena tunda. Se rumoreaba que el sobre del ganadero Pérez Tabernero no le había llegado.

Pululaba por mesas cercanas el bullidor «Butanito», José María García, y Yale, el durante tiempo inseparable collera de Tico Medina, y su hijaJulia Navarro, que empezaba a destacar en las crónicas políticas. Yo me fijaba ante todo en los reporteros, en Vicente Talón y en julio Camarero, dos maestros y cercanos a mí, tan solo unos años más mayor, el más joven de los reporteros, de lo que yo ansiaba ya entonces ser, Arturo Pérez Reverte, al que entonces ya empecé a tener la mayor de las envidias, pero como se la confesaba abiertamente me invitaba a un trago en el bar del Pata.

Porque en Pueblo, además de la noria en la que subíamos y que daba vueltas - era el ascensor abierto y un tanto peligroso en el que nos desplazábamos de planta en planta-, teníamos un bar, restaurante y cafetería y un pub, amén de peluquería. El bar era más de comidas, una cerveza y de los de talleres, y el pub era la zona noble y estaba casi a la entrada y amén de los periodistas también iban algunas señoritas de la calle si eran invitadas. Allí, tras el cierre y con una copa en la mano, el director compartía un rato con los más allegados y poderosos, mientras que el resto hacíamos como que estábamos a lo nuestro mirándole a hurtadillas.

Paco el Pata era amable con la tropa y nos trataba hasta a los más piltrafillas como si fuéramos ya estrellas del periodismo «Oro liquido en su vaso, señor» decía mientras te escanciaba el JB, que ya hasta a veces nos tomábamos. Es más, si íbamos apretados no dudaba en fiarnos, apuntando los débitos muy minuciosamente en un libro. Cuando era el día de ir a por el sobre, se cobraba en sobre y en metálico, el Pata estaba al lado de la ventanilla y recitaba la cuantía adeudada que allí mismo era abonada religiosamente. Al fin y al cabo era un seguro de vida. Al Pata le compré el primer televisor de mi vida. Y se lió parda porque resultó robado y no sé cuántos del periódico anduvimos en un lío que se sustanció en la devolución del aparato y la pérdida de lo pagado. Cosas que pasaban por estar tan cerca de la comisaría de la calle Huertas y andar con malas compañías.

En Pueblo aprendí periodismo, política y vida. De lo bueno y de lo malo, que viene en el fondo a ser todo lo mismo, vida. Pero algo sí mejor: que había gentes que no pensaban ni por el forro como tú y que podían ser por muchas razones admirables en el oficio y como

gente, de la buena.

El periódico se hacía en plomo. Esto es, que se escribía primero a máquina el artículo, se corregía y se entregaba al jefe de sección, éste le pegaba una vuelta y si lo pasaba lo mandaba a maquetación donde se medía y se dibujaba la página y su lugar. Luego se iba para la linotipia, donde letrita a letrita se componía. Y aún quedaba el proceso de teja y cera hasta que pudiera entrar en rotativa, que el offset todavía no había llegado siquiera. A platinas, o sea donde un redactor tenía que echarle un vistazo a la página final, pero leía del revés, me enviaron un mes entero. Ya lo dije desde el primer día a los del taller.

«Si queréis podéis putearme lo que os dé la gana. Al revés, yo no leo. Así mejor me hacéis una putada de primera y luego un poco de por favor que soy nuevo». Sólo me metieron un par de ellas dobladas para risas de la concurrencia. Nada grave. Tuvo que ver que el jefe de talleres era de la célula del Partido. Había más de tres de Comisiones en los talleres de Pueblo.

Así pasé la temporada entre platinas, teletipos, cierres de provincias y sucesos, que también me tocó cubrirlos, y como jefe un portugués que todos decían que había sido de la PIDE y al que le tenía más miedo que a un dolor, tanto que una vez me mandó a cubrir un suicidio y me dijo que no volviera sin foto del muerto. Volví con su carné de identidad, que en un descuido le birlé al fiambre del bolsillo. Entonces si tenías algún contacto, y el nombre de Pueblo abría puertas, la pasma te dejaba entrar a veces hasta la cocina.

Pero lo bueno era de todo lo que me enteraba y que me daba cuenta de que había logrado entrar en un circuito periodístico de primera, que allí tenía todo que aprender, aunque lo primero que aprendí también es cómo puede tropezar hasta el más poderoso y caer con todo estrépito. Emilio Romero fue cesado y sustituido en 1976 y tras veintidós años al frente del diario por Luis Ángel de la Viuda, que ya me consideró de alguna manera algo más que un meritorio y me firmó mi primer carné de prensa. Que a poco me salvó de algunas detenciones seguras.

Pero aquel invierno y aquella primavera iba decididamente a tope y sólo la poca edad me permitía mantener aquel ritmo frenético. Facultad, actividad del partido, colegio mayor, estudiar y al periódico. A la vuelta, muy tarde, me paraba en el salón y compartía las noticias que traía. Algunas fueron trascendentales. Por ejemplo, las fichas del dominó cayeron al fin en el oriente lejano.

A la ofensiva norvietnamita y coordinada con el Vietcong se sumó la del Pathet Lao en Laos y la de losJemeres Rojos en Camboya. El ejército de Vietnam del Sur pareció que con el apoyo aéreo de los norteamericanos aguantaría, como había logrado hacerlo en una anterior y masiva ofensiva de Giáp que precedió a los ya mojados acuerdos de París. Pero esta vez no fue así. En marzo caían Hue, donde tanta sangre se había derramado, y Da Nang, la antigua y poderosísima base norteamericana. Y el pánico cundió por todos lados. Cayó Vientiane, la capital de Laos, y el diecisiete de abril les traje un periódico recién salido de máquinas donde se titulaba «Cayó el telón sobre Nom Pen». La capital de Camboya había caído en poder de los Jemeres Rojos y nosotros lo celebramos. Les conté también que lo que en la fotografía aérea de la ciudad se había elegido ex profeso y parecían explosiones de bombas, eran en realidad nubes bajas. Pero eso ¿quién lo sabía? El treinta cayó finalmente Raigón, con la huida atropellada de todo el régimen del sur intentando subirse en los últimos helicópteros que despegaban de la embajada americana. Y lo que yo les traía eran las crónicas de quienes allí habían estado y de aquello sabían más que nadie. Y les buscaba las crónicas de Manu Leguineche, que aunque no estaba en mi periódico, muchos considerábamos el que mejor lo veía y lo contaba.

Pero si por Oriente se avanzaba, por Iberoamérica se iba hacia atrás de golpe en golpe. Prácticamente todos los países estaban cayendo en manos de dictaduras militares de derechas. Pinochet en Chile, Banzer en Bolivia, Trujillo en la Dominicana y sus homónimos en Paraguay, Uruguay. Hasta habían derrocado al militar de izquierdas en Perú, Velasco Alvarado, y casi toda Centroamérica estaba también bajo sus botas. En Argentina, Perón que se iba a morir en julio e iba a dejar de «Evita 2» a Isabelita, un estilo dinástico ese de dejar a la viuda que parece ser la máxima aportación política argentina a la posteridad, unido, claro, a su idiosincrásico peronismo. Isabelita en lo que creía era en brujos y el país fue en nada un disparate de tal calibre que resultó tremendo hasta para los argentinos y que acabó en otro golpe de Estado que iba a ser de alivio. La tal Isabelita, claro, se vino para España.

La esperanza venía de Nicaragua, donde empezaron a surgir unos jóvenes héroes con un pañuelo negro y rojo al cuello. Reivindicaban con su nombre la figura de un mítico general guerrillero que había combatido a la oligarquía y a los gringos y que había sido amado y votado por su pueblo por su integridad y su valía: Sandino. Los americanos habían intervenido una vez más en

lo que consideraban el patio de su casa y habrían pisoteado la voluntad de los nicaragüenses y, como no les interesaba en este caso, se habían ciscado en la democracia. Habían puesto a una bestia parda, al general Anastasio Somoza, que rápidamente había convertido a su familia en la más rica y poderosa del país, entronizando una dinastía que ahora estaba en manos de su hijo, Tacho Somoza.

En 1973 se había producido un terrible terremoto que dejó en ruinas la ciudad de Managua. Hubo muchos muertos y una destrucción terrible. La solidaridad mundial y en especial la española se desató y toneladas de ayuda, alimentos, medicamentos y bienes de equipo salieron con aquel destino y para ayudar a los damnificados. Pero acabaron en manos y para beneficio muy particular de la familia Somoza, que se dedicó a hacer negocio con ellos.

El reportero más valiente de TVE, Miguel de la Quadra Salcedo, que también había logrado entrar en el año 73 a la Moneda tras la muerte de Allende y filmado incluso los dos picotazos de bala en la pared con las que Allende se había quitado la vida, amén de escenas terribles en las calles de Santiago - el programa no fue entonces emitido por TVE - llegó también a Managua y se quedó estupefacto al comprobar que toda la ayuda estaba cuidadosamente guardada y custodiada en una base militar, y que el coronel responsable respondía cínicamente que era para «evitar» saqueos, línea argumental que seguía el propio Somoza en una posterior entrevista. Ya la saqueaban ellos solitos, toda.

Pero los «nicas» sí sabían quién se la quedaba y aquello fue la gota que colmó el vaso de su aguante. Los jóvenes sandinistas se lanzaron a la guerrilla y comenzaron a poner en jaque al ejército del corrupto Somoza. En ese año los sandinistas comenzaban a entrar a formar parte de la iconografía progresista. Y había todas las razones para que lo estuvieran.

Y el mundo aquel año llegó a los 4000 millones de habitantes, lo que nos pareció tal barbaridad que la reflexión continua era que aquello la Tierra ni podía aguantarlo ni alimentarlo. Y se volvió a hablar mucho de Malthus y de su pronóstico de catástrofe. Pero la prensa en España sacó pecho. Porque nosotros teníamos una pirámide de población muy buena, la mejor de Europa, había muchos hijos, muchos jóvenes y eso era muy sano y bueno porque así se podría mantener a los viejos y jubilados.

Nos juntábamos ese pequeño grupo de trasnochadores y brindábamos por los éxitos lejanos de la revolución y porque

lográramos poner en marcha la nuestra. Y en nuestro fuero interno porque lográramos salir con bien de ella y que no nos pasara nada, que estaba a punto de pasarnos siempre a todos y a mí ya había estado a punto de pasarme un par de veces y en un par de manifestaciones. En una por cercanías de Atocha, ¡qué manía teníamos con Atocha! En la dispersión y aunque iba sin apariencia de haber roto un plato. Ya no llevaba barba y el trabajo en el periódico hacía que fuera algo más «arreglado», me pararon los policías. No me detuvieron pero me quitaron el carné, que tuve que ir a recoger a los dos días con bastante miedo, por cierto, a una comisaría, la propiamente dicha de Huertas, donde sí me conocían. No pasó nada, pero mi número quedó otra vez anotado, eso seguro.

Y el catorce de abril, con mucha moral por las cosas de Vietnam y lo que había sucedido en Portugal, y que el régimen decíamos todos - aunque en nuestro fuero interno no veíamos cómo se iba a morir de verdad, que no se moría ni Franco-, estaba agonizando, se hizo una potente movilización para conmemorar el día de la República. Había que llenar Madrid, y no digamos la universitaria, de banderas republicanas.

En uno de los colegios mayores se montó un verdadero taller de corte y confección. Se trabajó a destajo y logramos tener una ingente cantidad de banderas con la franja morada que había que colgar durante la noche anterior a la efemérides para que ya ondearan de madrugada. A cada colegio le correspondió su paquete correspondiente y durante toda la noche los del Loyola anduvimos colgándolas sin excesivos contratiempos por la zona que teníamos asignada. Al final sólo nos restó una por colocar porque a alguien se le había olvidado llevarla y se quedó en su habitación.

Ypor la noche ahí andábamos comentando la jugada cuando alguien dijo: «Aún queda una».

Estábamos muy animados. «Pues la ponemos ahora mismo».

-¿Dónde?

-En la cruz del Mara.

Sí. Era un buen lugar aquel monolito con tres patas triangulares y tendidas por donde no era difícil subir a lo más alto. Miguel, un chaval riojano fuerte y decidido, y yo, nos ofrecimos a hacerlo.

-Estad atentos en la esquina a que no vengan los grises, y si aparecen nos avisáis para bajar a escape y meternos dentro del colegio.

Cogimos la bandera y subimos a la cruz del Mara. Iba todo bien cuando unas de las chicas que estaban en sus habitaciones nos vieron desde las ventanas. Y a las muy parvas no se les ocurrió otra

cosa que empezar a intentar enfocarnos con los flexos y a darnos voces y grititos. No iban con mala fe aquellas pijas, sólo les parecía muy emocionante. Pero por su culpa no nos cazaron de milagro.

Por las luces, o por los gritos o porque simplemente pasaba por allí y además allí se solía quedar un rato, una «lechera» de los «grises» se presentó en la plaza y antes de que nos diera tiempo a bajar se había aposentado justo debajo de nosotros. Y nosotros allí con la dichosa bandera que ya habíamos puesto pero que ahora hacíamos esfuerzos para que no ondeara y manteníamos agarrada al tiempo que nos agazapábamos para que desde abajo no pudieran vernos. Que ni miraron, porque por fortuna las niñitas del Mara fueron buenas y dejaron de jugar con los flexos. Y allí estábamos el riojano y yo, mientras los grises abajo salían a estirar las piernas y a echar un cigarro.

-Como nos vean estamos jodidos, lo tenemos claro, Miguel. Vaya putada, la última y esta tontería. Qué gilipollas hemos sido.

Miguel asintió; la verdad es que nos sentíamos ya detenidos y por una verdadera memez, que nos iba a salir muy cara. Y con mi carné ya anotado en la comisaría. Los grises no se movían.

Entonces fue cuando Miguel me dijo:

-Lo mío es aún peor que lo tuyo.

-¿Por qué? - le pregunté en un susurro.

-Porque mi padre es general de Caballería.

Miguel temía más al general que a aquellos policías armadas que seguían sin irse, y no sé qué hubiera pasado al final de no ser porque a alguien del colegio se le ocurrió una pequeña maniobra de distracción. Salieron por la parte de atrás y comenzaron a hacer movimientos y a dar carreras para llamar la atención de los «armadas». Éstos, al final, los vieron. Se montaron en el coche y fueron hacia donde venían los ruidos y veían correr figuras.

-Bajad, ahora, ahora.

No hacía falta que nos lo dijeran; bajamos más que a paso ligero y nos lanzamos a todo correr hacia la puerta del colegio. Pero los grises sí nos habían visto bajar, y venían también con el Land-Rover a toda leche. Casi no llegamos. Pero ya en las escalinatas aún nos dio tiempo a gritar.

-¡ ¡Apagad las luces!! ¡¡Apagad las luces!!

Al apagarlas, nosotros que conocíamos el salón y el terreno, nos metimos por allí a gatas. Los polis entraron tropezando y soltando tacos. Nosotros subimos hacia las habitaciones y cuando se dio la luz aquello estaba totalmente despejado. Como no era cuestión, pensaron, de tomar el colegio por una bandera que a saber cuál de

los doscientos de allí habría puesto, los grises se marcharon echando pestes y nosotros nos quedamos con un buen susto en el cuerpo por culpa de aquella tontería que nos pudo salir cara. Más a Miguel, claro, por su padre el general de Caballería. Los dos tenemos que agradecerle la maniobra de distracción a Relaño, un paisano del Chamizo, que fue quien la ideó y puso en práctica.

XVI

EL PASEÍLLO

Dejé la Universidad y el Colegio Mayor, lo primero voluntariamente y lo segundo a la fuerza tras el fiasco de la autogestión, y volví a pasar el verano en mi ciudad y en el periódico, donde el de la pipa había logrado que tuviera una doble misión. Hacía local por el día y por la noche nos íbamos los dos a Madrid, yo a las páginas regionales y él a la tercera, y regresábamos a las tantas en su viejo Simca Mil. En el otoño regresaría ya a vivir a Madrid, con un piso o un algo pequeño pero ya para mí solo y dedicarme ya por entero al periodismo e ir sin prisas acabando los estudios. Que la verdad es que no me di ninguna.

A la ciudad, a pesar de su cerrazón provinciana, llegaban los vientos de la muy cercana capital y de las fábricas. La agitación obrera prendía ahora en la construcción y una huelga sacudió los tajos. Las muchas obras de la capital, que iniciaba un verdadero despegue poblacional, a socaire de las gentes que abandonaban los pueblos y venían a trabajar en las industrias del Corredor, quedaron un amanecer paralizadas por una protesta en demanda de mejores condiciones laborales que a nada ya había derivado en reivindicación política. En realidad era política de entrada, pues el mero hecho de hacer huelga ya tenía aquella connotación. La huelga estaba prohibida, pero era un hecho que los tajos estaban parados, las grúas inmóviles y las hormigoneras en silencio. Pero había gritos por todos lados.

Los trabajadores y la policía se movían de una obra a otra, los unos intentando que todas se sumaran y los otros que volvieran al trabajo. Pero desde muy primera hora eran las menos las que aún funcionaban y a media mañana casi la totalidad secundaban la huelga. La construcción tenía sus mitos, tres nombres sonaban con fuerza: Arcadio, Macario y Tranquilino eran tres personalidades ya famosas en aquel mundo de ladrillo, cemento y chispas de soldadura. Eran los tres dirigentes máximos del sindicato, responsables de haber ido organizando a unas gentes que en su mayor parte provenían del campo y no tenían apenas conciencia obrera y nada habían oído de la lucha de clases. Ninguno de los tres estaba en aquella huelga, pero ya se bastaba Antonio Rico Niño, que mire usted por dónde se había enganchado a trabajar en aquello, decían que su oficio primero había sido éste y desde luego lo conocía bien, entre él y su mujer se hicieron con sus manos su

propia casa sin tener que pasar por ninguna constructora. Y de hacer huelgas también sabía, por lo visto, un rato.

Él, su gente y la policía jugaron el día entero al gato y al ratón. Era cuestión de tiempo que lo atraparan, aunque esta vez no iba a caer en la misma trampa, pero las obras estaba claro que o había algún movimiento patronal o iban a seguir paradas. Y muchos constructores y algunos «pistoleros», como se les llamaba a las subcontratas, pensaron que mejor negociar y pactar con Comisiones que embarcarse en más problemas, que al fin y al cabo su dinero estaba en poner ladrillos y vender pisos. Algunos no, algunos eran verdaderas malas bestias que si por ellos fuera se hubiera molido a palos a todos, y hasta oí a uno decir que esto se arreglaba con cuatro tiros bien dados. Sin que él se tuviera que manchar las manos, que le bastaba un encargo y hacer una llamada. Lo decía a voces en la cafetería más concurrida de la ciudad y algunos le jaleaban. Pero otros, los mismos camareros, le pusieron mala cara y el tipo se dio cuenta de que con su bravata y su whisky no se arreglaba la cosa.

A mí el día me tocó de periodista. Al atardecer era palpable que si bien no habría una victoria completa, desde luego que no perdían la partida. Se notaba en el ambiente que había habido acercamientos aunque fuera bajo cuerda con los huelguistas, si no en conjunto sí cada patrono con los suyos. Por la noche echaron lumbre en bidones, aunque era verano y no pareciera que hacía mucha falta, pero aquello parecía dar un refuerzo y aguantaron las visitas policiales que se acercaban y se marchaban a veces sin cruzar palabra. Aunque no faltaban entre los grises y los albañiles reconocimientos. Al fin y al cabo era una pequeña ciudad en la que se conocían todos.

-Si vas por casa luego, dile a mi mujer que estoy bien. Que ya iré cuando esto acabe.

-Donde vas a acabar tú es en la comisaría por meterte en estos líos.

-No serás tú el que me lleve, ¿no?

Pero ese no era el clima general ni mucho menos. Con la Brigada Político-Social, con la secreta, ya era otra cosa muy diferente. Se hablaba de más de un golpe en los calabozos y alguno que se ensañaba. No llegaba a Madrid la cosa pero también aquí las «hostias» eran consustanciales a los interrogatorios. Pero por fortuna y hasta el momento era tan sólo la Policía Armada quien intervenía. Ni los matones de que alardeaba el «pistolero» en la cafetería ni las bandas de extrema derecha habían hecho acto de

presencia, aunque de los segundos empezaban a rebullir ciertas camadas.

Comenzaban a ser noticia continua por toda España. Bandas de ultras, algunos ya de renombre como «Los Guerrilleros de Cristo Rey» se dedicaban a atacar, dando palizas y asaltando locales, a curas obreros, abogados laboralistas, a librerías, a sindicalistas y a todo aquel que se les cruzara y que les pareciera que era un rojo o simplemente les desagradara su vestimenta. Los ataques a sacerdotes intensificaron la postura crítica de la Iglesia. En una declaración de la comisión de justicia y Paz, del veintiséis de mayo, exigía el fin de la actuación indiscriminada de la policía y pedía que las autoridades tomasen medidas contra la actividad de los grupos terroristas ultraderechistas. El cardenal Tarancón pasó a ser el blanco de las iras ultras y el grito que más resonaba no lo quería mandar precisamente a ningún buen sitio: «Tarancón al paredón». Y no lo gritaban tan sólo porque les viniera bien la rima.

La agitación laboral había aumentado aquel año de manera tan intensa que por momentos, y a pesar de la censura informativa, se detectaba que el Gobierno estaba claramente desbordado. Los atentados de ETA seguían sucediéndose de manera continua aunque intermitente en el País Vasco. Arias había optado por decretar el Estado de Excepción en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa el veinticinco de abril, enviando nutridos contingentes de Policía y Guardia Civil. Pero no había quien parara los movimientos obreros, que estaban desplazando a los universitarios como pesadilla del Régimen. Una huelga en Valladolid, que empezó como casi todas en una reivindicación económica y acabó teniendo un claro sentido político, llegó a paralizar sectores de la propia vida cotidiana de la ciudad castellana. El cuatro de junio, una huelga general en Madrid alcanzó casi a convertirse en ello. No se cerraron comercios, ni afectó al transporte apenas, pero los centros fabriles, la construcción y hasta los mercados se vieron seriamente afectados y el día once de aquel mismo mes otra huelga se generalizó de tal manera en el País Vasco que la Policía perdió por momentos el control de la calle. El 2 de agosto el GRAPO volvía a actuar asesinando a un guardia civil, Casimiro Sánchez, en Barcelona. Como reacción a todo ello, el veintiséis de agosto el Gobierno aprobó una durísima ley antiterrorista que dejaba a los ciudadanos a merced completa de la Policía sin poder recurrir a los mínimos derechos, que ya eran de por sí muy mínimos, sin la ley aquella, que la propia legislación reconocía. En la práctica la Ley Antiterrorista extendía a todo el territorio nacional el Estado de Excepción que antes sólo contaba

para el País Vasco.

La represión se intensificaba también en los medios de comunicación y era palpable en la vida cotidiana de los periódicos, donde había hasta que guardarse de escribir entre líneas. La estaca caía sin demora y ante ya no la evidencia, sino incluso hasta la duda. Los secuestros de periódicos estuvieron a la orden del día y no dejó de tocarles el turno a los dos semanarios que en aquel momento representaban el techo de la libertad informativa: Cambio l6y Triunfo. Éste último era tal enseña del sector que utilizarlo como señal de reconocimiento pasó a ser tal eufemismo que ya suponía cualquier cosa excepto pasar desapercibido. O sea, que llevar el Triunfo bajo el brazo era casi proclamar algo que ocultar y delictivo.

Cambio era más tibio y comenzaba a jugar con mucha claridad la carta socialdemócrata y a apoyar al incipiente PSOE, pero Triunfo sabíamos que era más de los nuestros. Lo dirigía Ezcurra y allí escribían todos, Vázquez Montalbán y César Alonso de los Ríos.

Y a todo esto el Gobierno pretendía entrar en el Mercado Común europeo. Buscaba en ello su aval y en cierta manera una salida. Pero lo que iba a suceder de inmediato acabó con cualquier avance que en este aspecto pudiera alcanzar la diplomacia franquista. Porque antes de morirse Franco aún iba a matar de nuevo.

Diferentes juicios a activistas de ETA y GUAPO habían concluido durante el mes de septiembre con varias condenas a muerte a tres etarras y otros tres del FRAP. A la lista se añadieron el dieciocho de septiembre otros cinco miembros del GUAPO.

En mi ciudad estábamos por aquellas fechas en fiestas. Y este año las peñas, ya mucho más organizadas, habíamos decidido dar un gran salto adelante. Eran ya muchos centenares los peñistas apuntados, se habían logrado los fondos suficientes para contratar hasta alguna charanga, estaban hechas las camisetas, arrendados los locales y hasta preparadas las pancartas para los desfiles. El arriendo de los locales había tenido su miga. Nadie quería cederlos, pero un joven de una de las «mejores familias», un tipo avispado y simpático, muy conocido y popular, apodado «Gurri» por su carácter bullicioso de «gurriato», que curiosamente tenía una ideología bastante contraria y extrema en lo político pero que tenía muy buena relación personal con casi todo el mundo - lo suyo no pasaba de ideología - y en particular conmigo, aceptó, no sé si contando o más bien sin contar con permiso alguno de su padre, arrendarnos un edificio entero. No es que estuviera en buenas condiciones, pero caerse no parecía que se nos fuera a caer encima

y allí nos podíamos meter hasta cuatro de las entonces ya siete peñas que había. Le pagamos, nos dio la llave y cada cual a lo suyo. Procurando no hacer exceso de ruido hasta que llegara la fecha señalada, ya en la última semana de septiembre.

Pero antes establecimos negociaciones oficiales. Primero con el ayuntamiento, bueno, con el que llevaba lo de la plaza de toros, Ton¡ Cortés, un tipo majo y listo que lo que quería era promocionar la fiesta y llenar el coso, que andaba siempre medio vacío. Nos entendimos pronto. Las peñas le compraban un abono de trescientos entradas a un precio bastante razonable y luego en aquel sitio acotado nos metíamos los que cupiéramos, que yo creo que más de quinientos sí que entramos. Contaba, y contaba bien además, con que las peñas llevarían vida y alegría al entonces mustio espectáculo de gradas vacías y que animarían las tardes taurinas y capitidisminuidas de la ciudad, que sí lo estaban. Y desde luego en ello se acertó de pleno. Hasta encierros por las calles acabó habiendo en años posteriores.

Peor fue la citación al Gobierno Civil, que ésta de manera personal pero considerándome el cabecilla de aquellas peñas, me cursó y de obligado cumplimiento el Gobernador Civil enviándome a buscar al diario Pueblo, que al fin y al cabo era un periódico del Movimiento.

Tras tenerme un rato en una antesala, bajo la mirada furtiva de un funcionario y un ujier, al fin se me hizo pasar al despacho del preboste. Éste, Pedro Zaragoza Orts, ex alcalde y artífice de la explosión turística de Benidorm - que decían iba a replicar en el pantano de Entrepeñas y a convertir a Sacedón en la ciudad de la vela-, un tipo corpulento e imponente, con el remarcado bigote fascista propio del cargo y de la época, me recibió vestido de camisa azul y brazo en alto. No sé si vendría de algún acto del Movimiento o porque quiso vestirse así aposta pero lo cierto es que me quedé más que helado cuando me espetó a modo de saludo un «¡Viva Franco!», al que supongo que espe raba que yo contestara. Me limité a musitar un «buenas tardes» y a quedarme muy rígido, casi firme, envarado.

Y así permanecí mientras, sin que yo rechistara, me soltó toda una retahíla de advertencias que sonaban claramente a amenazas. Se tolerarían las peñas, aunque no serían legales, y estarían bajo vigilancia permanente. Cualquier incidente, el más mínimo ribete político, supondría su cierre inmediato. Y me hacía responsable de todo aquello que en ellas sucediera. La Policía las visitaría con frecuencia, y desde luego tampoco iba a tolerar comportamientos

inmorales ni deshonestos. Se había sentado y no se levantó siquiera cuando me ordenó que me marchara. Por lo menos me ahorré el taconazo y el brazo en alto de despedida.

Las fiestas empezaron. Una multitudinaria reunión de peñistas, unos días antes y para contraponerla a la reina oficial, eligió a tres de nuestras chicas como reinas de las peñas. Y desde luego eran mucho más guapas que la hija de no sé quién que se había traído el alcalde. Las dos fiestas, la oficial, mortecina y la nuestra, se pusieron en marcha y la ciudad se asombró y disfrutó con aquel primer desfile de peñistas con sus charangas, que llenaron el paseo desde el centro a la plaza de toros de alegría. Después del primer día las gentes se aglomeraban para ver pasar a las peñas, donde estaban en muchas ocasiones sus hijos y sus nietos. La edad media de los peñistas no superaba los veintiún años ni de broma.

La ciudad estaba en fiestas. Pero el veintiséis de septiembre, Franco presidió un consejo de ministros donde se «discutió» la posible suspensión de las ejecuciones de las once personas condenadas, dos de las cuales eran mujeres embarazadas. Finalmente, las mujeres y cuatro de los hombres fueron perdonados, pero los otros cinco vieron confirmadas sus sentencias. La conmoción ya no sólo en España sino en toda Europa y en el mundo fue total. No parecía posible que un hecho así pudiera suceder y menos en un país de Europa que aspiraba a entrar en el Mercado Común. El búnker se encerraba en sí mismo y disparaba.

Las ejecuciones tuvieron lugar al amanecer del día veintisiete en diversas ciudades españolas, Madrid, Barcelona y Burgos. Los fusilados fueron los militantes del FRAP, José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo y Ramón García Sanz y Juan Paredes Manot (Txiki) y Ángel Otaegui de ETA.

Las condenas provenían de diferentes consejos de guerra que en aplicación de la ley antiterrorista se habían celebrado por el procedimiento de «juicio sumarísimo», y por tanto por jueces militares y con una capacidad de defensa casi nula.

Un primer consejo de guerra tuvo lugar en Burgos, en el Regimiento de Artillería de Campaña 63. En él fueron juzgados José Antonio Garmendia Artola y Ángel Otaegui Etxebarría, ambos de ETA, que fueron condenados por la muerte del cabo del Servicio de Información de la Guardia Civil Gregorio Posadas Zurrón, en Azpeitia, el tres de abril de 1974. Garmendia fue condenado por ser autor material de dicho atentado y Otaegui fue condenado por cooperación necesaria en el mismo, por haber acogido a etarras. A Garmendia se le conmutaría la pena de muerte por la de reclusión.

Otaegui fue pasado por las armas en el mismo Burgos.

Otro consejo de guerra sumarísimo tuvo lugar el diecinueve de septiembre en el Gobierno Militar de Barcelona. En él fue juzgado Juan Paredes Manot, Txiki, y condenado por un atraco en la sucursal del Banco de Santander de la calle Caspe de Barcelona el seis de junio, atraco en el que, a causa de un tiroteo, murió el cabo primero de la Policía Armada Ovidio Díaz López. Fue ejecutado por fusilamiento en Barcelona.

En las dependencias militares de El Goloso, cerca de Madrid, se celebraron otros dos consejos de guerra sumarísimos contra militantes del FRAP. Se juzgaron los atentados con resultado de muerte contra el policía armado Lucio Rodríguez, en la madrileña calle de Alenza, el catorce de julio de 1975, y contra el teniente de la Guardia Civil Antonio Pose Rodríguez, en Carabanchel, el dieciséis de agosto. Por el atentado contra Lucio Rodríguez tres procesados fueron condenados a pena de muerte; a dos de ellos, Manuel Blanco Chivite y Vladimiro Fernández Tovar, se les conmutó la pena de muerte por reclusión. José Humberto Baena Alonso fue fusilado en Hoyo de Manza nares junto a los también miembros del GUAPO incluidos en el otro sumario por la muerte de Pose, José Luis Sánchez-Bravo y Ramón García Sanz. Por este mismo delito fueron condenados a muerte pero se les conmutó la pena a Concepción Tristán López y María Jesús Dasca Pénelas, por estar embarazadas, y a Manuel Díaz Cañaveras de Gracia.

Fueron, por tanto, en total once condenados a muerte. El día veintiséis, viernes, el Consejo de Ministros indultó a seis de los condenados, limitándose a darse por «enterado» sobre los otros cinco, lo que era en la práctica la orden de fusilamiento inmediata para ellos, cumplida sin demora en el amanecer del sábado.

Los juicios se entendieron universalmente como una verdadera farsa jurídica. La ley antiterrorista que se les aplicaba, la del reciente veintidós de agosto, lo hacía para más indefensión con efecto retroactivo, lo que llevaba a la conclusión inmediata que había sido dictada con el inmediato propósito de cumplir tal fin. Dentro del propio Régimen, y aunque con sordina, se alzaron voces en contra. El propio hermano de Franco, Nicolás, le escribió pidiéndole que reconsiderara su decisión. Pero ni él ni la Iglesia, que también intercedió, consiguieron demora ni clemencia. La decisión del escarmiento, de fusilarlos, estaba tomada de antemano y sabía que debían ejecutarla de inmediato antes de que la reacción mundial y las presiones se convirtieran en insoportables.

En Hoyo de Manzanares los fusilamientos los hicieron tres

pelotones compuestos cada uno por diez guardias civiles o policías, un sargento y un teniente, todos voluntarios. A la 9.10, los policías fusilaron a Ramón García Sanz. A los veinte minutos, a José Luis Sánchez Bravo, y poco después a Humberto Baena. A las 10.05 todo había concluido. No pudo asistir ningún familiar de los condenados, pese a ser «ejecución pública», según marcaba la ley. El único paisano que pudo asistir fue el párroco de la localidad, que relató después la ejecución:

«Además de los policías y guardias civiles que participaron en los piquetes, había otros que llegaron en autobu ses para jalear las ejecuciones. Muchos estaban borrachos. Cuando fui a dar la extremaunción a uno de los fusilados, aún respiraba. Se acercó el teniente que mandaba el pelotón y le dio el tiro de gracia, sin darme tiempo a separarme del cuerpo caído. La sangre me salpicó.»

Los cadáveres de los tres miembros del FRAP fueron enterrados la misma mañana de su ejecución en Hoyo de Manzanares. Los restos de Sánchez Bravo serían trasladados posteriormente a Murcia, y los de Ramón García Sanz, al cementerio civil de Madrid.

La conmoción sacudió a España y al mundo. Franco había ignorado todas las peticiones de clemencia que le habían llegado, desde el Papa Pablo VI, los países miembros de la Comunidad Económica Europea, las Naciones Unidas y, de manera insistente y personal, el primer ministro sueco Olof Palme y el presidente de México Luis Echeverría Álvarez. La amordazada y sumisa, cuando no absolutamente identificada con el Régimen, prensa española, era la única de Europa y del mundo que se atrevía a proclamar la generosidad del régimen por haber indultado a seis de los once condenados. Bajo el título mendaz y repulsivo de Hubo clemencia, la prensa se plegaba a las consignas del régimen sin que se oyera una palabra disonante.

Las irregularidades de los procesos ya habían sido denunciadas por la Federación Internacional de Derechos del Hombre, cuyo representante escribió:

«Jamás, desde que sigo los procesos políticos en España, ha tenido una impresión tan clara de asistir a un tal simulacro de proceso, en definitiva a una siniestra farsa, si pensamos un momento en el provenir que les aguarda a los acusados.»

Las reacciones a los fusilamientos fueron inmediatas y tanto dentro como fuera de España. En el País Vasco, a pesar del estado de excepción, una huelga general seguida por más de 200.000 trabajadores paralizó durante tres días las tres provincias vascas y Navarra. Pararon talleres y fábricas, se cerraron los comercios y los

bares, y hasta los barcos de pesca se quedaron en puerto. En San Sebastián se convocó un funeral para el día treinta en la catedral del Buen Pastor cooficiado por el obispo monseñor Setién y otros treinta sacerdotes, que no pudo celebrarse por estar tomados por la policía la plaza y el templo. Aun así se concentró una gran cantidad de personas y los disturbios duraron hasta bien entrada la noche. Durante los mismos se produjeron disparos de bala y un niño resultó herido. Los disparos de fuego real fueron aquellos días comunes en la represión de manifestaciones, con varios heridos por bala. Hubo importantes movilizaciones de protestas, huelgas, manifestaciones, convocatoria en las ciudades españolas más grandes, como Madrid y Barcelona. En provincias la reacción fue más amortiguada.

Por el mundo el estupor y la repulsa se hicieron casi unánimes. El presidente mexicano Luis Echeverría pidió la expulsión de España de las Naciones Unidas y doce países occidentales retiraron sus embajadores de Madrid. Las embajadas españolas de diversas ciudades fueron atacadas por los manifestantes, siendo particularmente violento el asalto a la embajada de Lisboa, que acabó ardiendo. Cualquier sueño de ingreso de la España franquista en la CEE quedaba absolutamente abortado. Hasta la mismísima OTAN aprobaba un comunicado señalando que no se permitiría la entrada de nuestro país en el citado organismo militar.

El Régimen reaccionó, amén de con el control de la prensa, la radio y la TVE, con una de sus manifestaciones, de esas que siempre iba un millón. En el balcón del Palacio Real compareció, en la que iba a ser a la postre su última aparición pública, el anciano dictador, que apenas se sostenía, cuya mano temblaba espasmódicamente y cuya voz aflautada y balbuceante era apenas audible. A su lado hizo aparecer y allí estuvieron el Príncipe de España, Juan Carlos de Borbón, y su esposa, doña Sofía de Grecia.

Lo que pudo oírse del discurso y fue transcrito para su envío a los medios no era sino una caricatura de la vieja obsesión del dictador:

«Todo lo que en España y Europa se ha armado obedece a una conspiración masónico-izquierdista, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social, que si a nosotros nos honra, a ellos les envilece.»

Hasta en una pequeña ciudad como la nuestra, aquello sacudió a muchos. Aunque pocos se atrevieran a manifestarlo. Aquella misma mañana, en la cafetería donde se congregaba la «buena sociedad alcarreña» y no pocos funcionarios, las conversaciones discurrían

sobre el asunto. Los más conspicuos representantes del Movimiento parecían haberse dado cita y eran los que más elevaban la voz para no sólo justificar sino hacer apología de los fusilamientos y de la fortaleza del Régimen. En un momento uno de ellos, aquel tipo que confundía los Hernández, al poeta y al ministro de la República, consideró que era la ocasión propicia de interpelarme y alzando la voz y en tono inquisitorial se dirigió a mí que tomaba café con otro periodista.

Y tú, qué tienes que decir, no te opondrás a que se haya castigado a unos asesinos terroristas. A ver, ¿qué dices? ¿Qué te atreves a decir ahora?

Se hizo un silencio en la barra, algún camarero, que yo sabía simpatizaba conmigo y con nosotros, me hizo un gesto tanto de comprensión como de cuidado. No era cuestión de caer en la provocación que a todas luces el otro intentaba.

Pero tampoco podía callarme.

-Puede que sean terroristas y puede que sean asesinos. Y si lo son deberían de ser castigados por ello. Pero yo estoy en contra de la pena de muerte y, además, esos hombres no han tenido un juicio justo, no han tenido oportunidad de defenderse. Eso no ha sido un juicio.

El otro se encendió y otros se arremolinaron. Pero entonces sucedió algo que ninguno de ellos esperaban.

Un joven abogado, vástago de una de las más señaladas fami lías, nada menos que sobrino nieto del capitán general y jefe de la División Azul, en la cual el otro presumía de haber estado de muy joven, Agustín Muñoz Grandes, un hombre considerado por todos como de gran futuro y ya con prestigio profesional y hasta político, llamado Luis de Grandes Pascual, se acercó a mí, ostensiblemente se puso a mi lado y ante un inusitado silencio dijo.

Yo opino lo mismo. Como persona y como abogado. Merecían posiblemente una condena, pero también tenían derecho a defenderse. Y esos juicios militares no les han dado ninguno. Ya también estoy en contra de la pena de muerte.

El estupor dejó a los otros y en especial al ultra más vociferante absolutamente paralizados. Apenas si esbozaron balbuceos y alguna imprecación. Pero ya fue en otro tono y se había diluido como por ensalmo su actitud chulesca y provocativa. El camarero sonrió y al ir luego a pagar nos dijo:

-Estáis invitados.

Luis y yo teníamos ya amistad desde antes. Conocía, porque me lo había preguntado muy directamente y sin tapujos, mi militancia.

Y se la había confesado, sobre todo cuando supe que en alguna ocasión y ante ciertas dificultades se había interesado discretamente por lo que me podía suceder en alguna de las «retenciones» que había sufrido en comisaría. Él, por su parte, me había manifestado sus creencias democráticas, aunque en las antípodas de mi ideología comunista, consideraba la necesidad de dar paso a una Constitución que garantizara las libertades, los derechos humanos y diera libertad a partidos políticos y sindicatos. Y aquello era mucho, era mucho más y así lo sabíamos lo que nos unía que lo que nos separaba. Aquello era además lo que yo entendía como futuro de España, como superación del odio de la guerra y la represión de la Dictadura, aquel acuerdo entre todos, pasando la página, era el futuro. Él había andado ya en algunas asociaciones vinculadas a la democracia cristina, pero no del lado de Joaquín Ruiz Jiménez, el ex ministro de Franco que renegando de aquel pasado, era desde hacía tiempo una de las figuras más enérgicas de la oposición por parte de la derecha, aunque en su caso algo escorado y con ciertas tenden cias socialistas que le habían acercado hasta meterse a formar parte de la organización que en julio de aquel mismo año había alumbrado el PSOE como contraposición a la Junta Democrática del PCE, la Plataforma Democrática formada por los de Suresnes, cada vez oíamos hablar más de Felipe González en determinados medios de comunicación, junto con Dionisio Ridruejo, un líder y escritor falangista ya desde hacía mucho desencantado con el totalitarismo y que ahora comandaba una formación muy reducida llamada, la Izquierda Democrática, de Ruiz-Giménez, y cierto número de grupos regionalistas.

De Grandes se había movido más en esferas del interior del propio Régimen, aunque cada vez más crítico con él, y creía en la posibilidad de hacer el cambio desde dentro y desalojar a los franquistas y al búnker del poder. A mí su propuesta me parecía tan imposible casi como la nuestra. Luis, yo y algunos profesionales liberales más - como periodista se me consideraba ya como parte del sector-, nos solíamos ver algunas tardes en lo que era el primer pub de la ciudad al estilo inglés, «Mister Más» y allí, a la salida del trabajo, tomábamos una copa y hablábamos de todo. Y cuando llegaba alguien que no convenía que oyera nada, pasábamos al cine, que era una de las cosas que más nos gustaba.

Luis, que era el soltero alcarreño de oro, estaba entonces ennoviado con Loreto, una de las siete hijas de un militar, Félix Alcalá Galiano; famoso mucho después un 23-F, cuando era coronel de Policía Nacional en Madrid. Se mantuvo al lado de la

Constitución, rodeó con sus hombres a los guardias sublevados, entró al Congreso con la instrucción de detener «como fuera» - si era preciso, matándolo - a Tejero. Le vieron la pistola, casi lo matan a él, y se llevó el secreto de lo que allí sucedió a la tumba.

Menudo era Félix. Yo lo conocí por vez primera en la boda de Luis y Loreto. No fui a la iglesia por aquello del prurito ateo de izquierdas, pero sí bajé al convite, al lado del Henares. Y aquello estaba lleno de uniformes y de generales. Luis me los fue presentando y en un momento dado les dijo: «Os presento a un rojo, que es amigo. De pedigrí. Vais a tener que conocer a muchos, así que irles poniendo cara». Se echó a reír, y como era el novio de una Alcalá Galiano, y era una boda, se rieron todos, incluso yo, aunque no sin cierta zozobra. Luis entendía que había que «irnos presentando en sociedad» y esa fue una de las ocasiones elegidas; aunque hubo otra inolvidable y reflejo puro de aquel ambiente provinciano y que tuvo por testigo «Mister Mas». Un tal Luis Alejandre era el cotilla oficial y social de la ciudad, un tipo encantador, educadísimo y buena gente, al que no le faltaba el consabido toque lila, como mandan los cánones de esa prensa - aunque se limitara a contarlo de palabra - desde siempre y hasta la actualidad. Estaba informando a mi amigo sobre lo que suponía era la última hora política.

Ya está todo descubierto. Han dado con «él», quien lo agita todo. El que está detrás de todas estas cosas subversivas.

-¿Y quién es? - preguntaron Luis y Loreto.

-Uno al que llaman «Chaniman». Me lo han contado de muy buena tinta.

La pareja no pudo reprimir la carcajada. Porque en ese momento, acudiendo a nuestra cita vespertina, aparecía yo por la puerta. Y Luis que va y le dice a su tocayo:

-Pero qué a tiempo, hombre. Te lo voy a presentar ahora mismo. Aquí lo tienes en alma y cuerpo.

Alejandre no sabía dónde meterse, pero muy cortésmente me dio la mano y allí siguió un rato mientras disimulaba el sofoco y nosotros nos poníamos a «jugar a las películas», juego en el que por cierto siempre ganaba Loreto. He de decir que Alejandre, desde entonces, siempre me saludó muy afablemente cuando nos cruzamos por la calle.

Pero no estaba el día veintisiete de septiembre de 1975 para películas, y ni siquiera para fiestas, aunque las hubiera y nosotros tuviéramos entradas para los toros, charanga y un desfile de peñas.

Aquella tarde, antes de iniciar el recorrido, y en el edificio

donde teníamos sede cuatro de ellas, se produjo una reunión de la mayoría de los presidentes y de los más activos de sus miem bros. La propuesta de que había que hacer algo y que aunque fueran fiestas no podíamos permanecer como si nada hubiera pasado contó con la aceptación mayoritaria. Se decidió que lo haríamos al final de la corrida, cuando más gente había contemplando el desfile. Y así se hizo.

Las peñas subieron a la plaza con sus charangas y su jolgorio, como si no ocurriera nada. Y durante la corrida tampoco hubo ningún incidente. Pero al formar en la salida del coso para iniciar el camino de retorno, por todo el paseo que cruzaba justo ante el propio Gobierno Civil, varias de ellas colocaron en sus pancartas crespones negros y los peñistas comenzaron su desfile en absoluto silencio, como si de una procesión fúnebre se tratara. Y eso fue lo que, aleccionada, tocó la charanga venida de Pamplona, una marcha fúnebre, cuando el cortejo ante la mirada estupefacta de la multitud que acudía a vernos pasar cruzó ante la sede del Gobierno y el gobernador, que recibía brazo en alto.

Cuando llegamos a nuestros locales los rumores ya nos alcanzaban y el miedo se iba apoderando de todos.

-Van a venir seguro.

-Pues como si nada. Ahora abrimos las peñas, ponemos la música y como si nada hubiera pasado.

Aquella noche la actividad prevista y conjunta de todos era un baile de disfraces en una terraza muy grande que nos había alquilado un cine de verano. Algunos consideraron la posibilidad de suspenderla y otros me aconsejaron que no asistiera.

-Te van a estar esperando.

-Si asiste mucha gente, y disfrazada, es cuando más seguro voy a estar. Con todos allí les será difícil detener a gente. Se montaría una gorda.

Los peñistas y mucha otra gente acudió a la cita. Yo también me disfracé. De cosaco, por cierto, con un gorro de piel por más señas. Algunos miembros de la social se hicieron presentes, pero tras otear el gentío que bailaba y se divertía no tardaron en retirarse. Parecía que optaban por no hacer nada y tragarse lo sucedido. Pero no nos fiábamos.

El padre de un amigo, otro universitario del Partido, Ramón Salguero, tenía huertas en la parte baja de la ciudad, junto al río, pasadas las vías de la estación. Me convenció, sin costarle nada, de que podía ser una buena medida no regresar esa noche a casa y dormir en una caseta que tenían para los aperos, y que disponía de

un camastro y un colchón. Allí no me buscaría nadie y él me bajaría ropa y algo de comer por la mañana. Luego veríamos cómo andaba la cosa.

Dormí aquella noche, si es que dormí algo, sobresaltado de continuo por cualquier ruido que se producía, hasta el del viento. Intuía que aquel gobernador civil que me había responsabilizado de cualquier cosa que sucediera no iba a dejar pasar la cosa y que iba a venir a por mí. Pero por otro lado no tenía otra solución que hacer mi vida normal, aunque por prudencia tampoco aparecí aquel domingo por el periódico. Me trajeron algo de comer y pensamos que lo mejor para mí no era estar solo y escondido sino volver a la peña, aunque esa tarde tampoco participara ni en el desfile ni fuera a los toros, sino que ya me fuera al local, donde al fin y al cabo y al estar todas juntas habría centenares de peñistas y de visitantes.

Pareció que todo transcurría con normalidad hasta que ya bien entrada la noche algo comenzó a pasar en los pisos inferiores. Nuestra peña estaba en el más alto y desde allí comenzamos a sentir que algo sucedía. Y lo que pasaba es que el edificio se iba quedando en silencio. La Policía había llegado, unos coches estaban en la puerta, y los secretas con unos grises iban haciendo apagar la música y desalojando piso a piso. Si venían a por mí no tenía escapatoria.

Y no la tuve. Los sociales llegaron a nuestra peña. Dieron orden de apagar la música y de que fuéramos saliendo. Cuando me tocaba salir a mí, un secreta me cogió del brazo. «Tú no vas a ningún sitio. Tú te vienes con nosotros».

No me esposaron, se limitaron a ponerse uno a cada lado y me conminaron a ir caminando con ellos. Y así, desde la parte baja de la ciudad, desde la Plaza con el Monumento a los Caídos, enfilamos la calle Mayor arriba. Entre los dos policías, con un coche de la armada detrás nuestro y mucha gente mirándonos. En silencio, con esas miradas que delatan el miedo y algunas con un tímido mensaje de aliento.

Mi sensación era también de miedo e incluso de una cierta vergüenza por aquel paseíllo. Y de tristeza al ver algunas miradas y expresiones que denotaban que se congratulaban de aquel trance. Algún insulto oí al pasar, pero la mayoría no era hacia mí. La verdad es que las malas miradas y la hostilidad a quien se dirigían era a los policías que me llevaban detenido.

Y ellos también se percataban, sobre todo cuando pasábamos ante grupos de peñistas y de jóvenes que eran en buena parte de los que habían ido desalojando. Así que al acercarnos a un callejón que

acortaba el camino hacia la comisaría y el Gobierno, uno de los policías, precisamente aquél con quien el año anterior me había emborrachado, le dijo al otro - que mostraba mucha mayor sequedad e ira contenida conmigo, como si fuera a estallar y a golpearme en cualquier momento-:

-Si te parece, atajamos por aquí y evitamos el resto del paseíllo.

El otro estuvo de acuerdo. Pasamos junto al bar donde en tiempos yo bebía vino blanco con aquel delegado de Sindicatos, Jesús Beladíez, que me dejaba libros de Lorca y Hernández, y entramos poco después al Gobierno Civil por una puerta trasera que daba a la parte de abajo. Sin más preámbulos ni palabras me metieron en un calabozo y cerraron con llave.

Lo peor de una detención es lo que imaginas que puede pasarte. Y todo lo que podía pasarme me venía a la cabeza con una obsesión añadida. Que me hicieran cantar y delatar a algún compañero. Ese era el mayor de los miedos, porque después supondría la más atroz de las vergüenzas, como en la universidad ya le había pasado a alguno, a quien ya resultaba muy difícil luego recuperar anímica y personalmente. Aquello era lo que más destrozaba, mucho más que los golpes.

Que me los esperaba. Y cuando me sacaron de la celda y me subieron hasta una sala de la comisaría y vi a toda la bandada de los sociales a mi alrededor, y a un tipo que era el jefe y que me sonreía con desdén mientras fumaba su pipa, pensé en cuándo me iba a caer la primera hostia.

Me colocaron en el centro de un círculo y cada cual me hacía preguntas, sobre todo los que estaban detrás mío, mientras me prohibían que me volviera. Una la hizo uno de los dos que me había detenido, el que había estado más hosco y como resentido, y cuando hice el ademán de volverme él lo hizo de levantar la mano. Pero no cayó el golpe. Quizás él mismo se contuvo, quizás alguna mirada o algún gesto de otro lo detuvo, quizás aquel otro con el que me había emborrachado.

Me preguntaban y yo respondía mientras oía el tecleo de la máquina de escribir. Algunas eran preguntas absurdas, que nada tenían que ver con lo sucedido. Otras se dirigían a lo que parecía ser su objetivo más concreto, que confesara que era yo quien había ordenado poner crespones negros y tocar música fúnebre. O que dijera quiénes lo habían incitado. El no he sido yo ni sé quién lo ha mandado era la respuesta repetida sin más explicaciones, sin entrar en detalles, tal y como en el Partido nos habían enseñado a comportarnos en los interrogatorios. Respetuosos, hablando con

educación, sin provocaciones ni estridencias, y contestando siempre lo mismo y a ser posible con monosílabos.

En algún momento a uno se le ocurrió la idea de que debería desnudarme, una humillación y una sensación de indefensión añadida. Pero ni siquiera llegué a hacerlo del todo porque de nuevo, en este caso sí, varios y ostensibles gestos de desagrado de un policía de cierta edad y que yo conocía como vecino de mis padres me dejaron vestirme de nuevo, hicieron que el comisario lo parara.

La cosa siguió durante horas, sacando cosas del cineclub y del recital de Hernández de hacía años. Pero en algún momento detecté para mi tranquilidad que de mis actividades de Madrid, de alguna detención allí como aquella en que me quitaron el carné no sabían nada. También salió lo del periódico Pueblo y noté también que aquello no les gustaba, que sobre todo incomodaba al jefe de la pipa, al que yo había visto en ocasiones en algunos actos oficiales a los que acudía como «Prensa».

La cosa se enredaba, andaba hacia un lado y luego volvía al mismo y nada en claro salía desde luego. Yo me iba sintiendo cada vez más seguro, sobre todo en vista de que no había violencia física, que apenas si tenían idea de mis actividades madrileñas y ninguno de mis contactos, y me encastillaba una vez y otra en la misma respuesta. Pero sin ponerme lo más mínimo chulo ni perder el respeto y manteniendo siempre un aire sumiso y hasta ingenuo. Aunque aquí estuve a punto de pasarme y noté que uno se cabreaba.

-No te hagas el gilipollas ni nos tomes a los demás por tontos que al final se me escapa la mano - me amenazó.

Opté por lo mejor. Callarme. El que tecleaba, pasado ya mucho tiempo, no sé cuánto, pues había perdido en buena parte la noción del mismo y me parecía que había sido eterno, interrumpió en un momento con un gesto como de decir que eso ya lo había escrito varias veces. Entonces el jefe cortó.

-Bueno, ahora te vamos a leer tu declaración, la firmas y a dormir al calabozo. Mañana veremos lo que hacemos contigo. Al juez ya decidiremos cuando te pasamos.

Salieron casi todos, incluso el jefe, quedaron el mecanógrafo y otro, que empezaron a leerme toda aquella retahíla iniciada por mi presunta participación en los hechos que calificaban de subversivos del desfile de peñas, que yo no estaba dispuesto a firmar de ninguna manera.

Pero ante mi estupor no me dio tiempo siquiera a negarme. Entraron de nuevo el jefe y el «malo». Y ante mi sorpresa me

dijeron que me largara.

-Que se vaya este gilipollas. Éste es un mierda que no tiene puta idea de nada. Un mierda que hace lo que le dicen o lo que ha visto hacer por Madrid. Que se vaya a tomar por culo.

Me vi en la puerta del Gobierno Civil, donde montaban guardia dos guardias civiles, que me miraron con cierto asco al pasar entre ellos y a buen paso, sin explicarme del todo lo que había sucedido, preguntándome si alguien, si Luis, si el periódico, si vete tú a saber quién y por qué razón me habían soltado y me dirigí a mi casa. Mis padres estaban dormidos y pensé que no se habían enterado de nada de lo que me había sucedido ni la noche anterior ni esa. Al fin y al cabo eran fiestas y yo no solía dormir en mi cama.

Caí como un cesto. Debía ser muy tarde cuando me habían soltado y quizás no hubiera hecho más que cerrar los ojos cuando me despertó un timbrazo. Por la ventana vi que había amanecido. Rápidamente algo me alarmó, supe que la pesadilla de la noche anterior regresaba. Tal vez por la voz de mi madre, llamándome angustiada.

-¡Hijo, hijo, ven que te buscan!

No hizo falta que dijera que era la policía. Traía mi madre por el pasillo el susto en la cara, estaba aterrorizada.

Me desperté de golpe y al instante estaba como si tuviera toda la energía dentro y una ira terrible me subía desde las entrañas. Me fui hacia los secretas. Uno de ellos era muy joven, con el pelo largo, y el otro uno que tenía fama de ser incluso progre y que buscaba juntarse con nuestras gentes y decirles que aunque era policía compartía muchas de nuestras ideas.

Hizo ademán de esbozar una sonrisa untuosa pero en la que denoté malignidad. Sabía que no era precisamente esa la cara con la que habían abordado a mi madre.

-Tienes que volver a venir con nosotros. Tienes que firmar una cosa en la comisaría.

No contaban con mi reacción. Ya me había vestido en un verbo, salí, cerré la puerta de un golpe tras un somero «no te preocupes, madre, no pasa nada» y al instante de estar en el rellano de la escalera me encaré al poli.

-Mira, hijo de puta. A mí hacedme lo que queráis, pero lo que le habéis hecho a mi madre, eso no os lo voy a perdonar en la puta vida. Mi madre está enferma y como le pase algo te mato, te lo juro, por muy pasma que seas, te mato.

Y debía ser tan claro el gesto de rabia contenida, porque se lo dije sin gritar, mascando cada palabra, que aquel policía ni

contestó. Me podía haber soltado un trastazo y tirarme por la escalera, pero ni contestó.

Así que volví a desandar ahora en la compañía de los dos «sociales» el camino hasta el Gobierno Civil. Entramos por la puerta principal y fuimos directos a Comisaría. Pero una vez allí ni firmé nada ni me preguntaron apenas nada nuevo. Con las mismas que me habían traído me dejaron marchar.

Rumiando luego lo sucedido pensé que quizás había sido todo un truco policial, hacer que me soltaban, dejarme apenas conciliar el sueño y luego presentarse por sorpresa y atemorizarme; pero lo de mi madre había provocado la reacción totalmente contraria. Era lunes, las fiestas en la ciudad habían terminado. Era octubre, Franco iba a empezar a morirse de nuevo y el Régimen vete tú a saber lo que aguantaba. Hasta aquellos policías de provincias empezaban a pensar que alguna cosa vendría después y que ellos no tenían por qué caer con él, que al fin y al cabo solo eran policías. Y policías necesita cualquier gobierno, con tal de que no estuvieran demasiado manchados.

Ese mismo día, horas después de que me soltaran, ya en el periódico, me llegó la noticia. El GRADO había asesinado a tres policías armados en Madrid con una bomba. Si para entonces yo hubiera estado todavía en comisaría quizás no habría salido ni tan fácilmente ni tan indemne como por suerte había salido. ETA, por su lado, a los pocos días mató a tres guardias civiles en Oñate y la siguiente semana otro agente más en Zarautz. Los atentados terroristas, pues, no cesaban, mientras que la tormenta internacional se abatía sobre el Régimen. Olof Palme se fotografiaba con una hucha en un mercado de Estocolmo pidiendo a sus ciudadanos donaciones para apoyar a la oposición española. Y por el sur Hasán II acechaba y veía que su hora se acercaba.

XVII

UN LUCERO TENEBROSO

Quince días después, Franco se empezó a morir de nuevo. Sus actividades habían sido mínimas durante esa primera parte del mes, pero se vieron interrumpidas con brusquedad. Dada la opacidad completa que solía rodear su estado de salud, lo primero que se supo es que «había superado una gripe» pero aquello fue el día dieciséis y el diecisiete ya se filtró que había tenido que abandonar el Consejo de Ministros tras una breve presencia de tan sólo un cuarto de hora. Por las redacciones comenzó a correrse la noticia de que la cosa era grave, aunque por supuesto nadie se atrevía a publicar nada más allá de los comunicados oficiales.

Y nada más ponerse Franco a morirse otra vez la situación en el Sahara se puso a hervir, agitada de manera tan astuta como oportunista por Hasán II, que vio en la situación una oportunidad inmejorable. Desde hacía meses el asunto de la colonia española era objeto de debate en la ONU. El pronunciamiento de este organismo se produjo al fin. Derecho de Autodeterminación. Era a lo que aspiraban los saharauis y el Frente Polisario, que había iniciado ya hacía tiempo su andadura por la independencia e incluso atacado a tropas españolas.

Pero el rey marroquí, el presunto gran amigo de España y de Franco, no iba a hacer ningún caso a la ONU, y menos aún a la diplomacia española, a pesar de que le había enviado a Solís con quien mantenía buenas relaciones personales para intentar si no detener, sí al menos frenar la ofensiva que tenía prevista y anunciada. Una marcha popular, la Marcha Verde que él mismo encabezaría, que traspasaría la frontera, las líneas de defensa del Ejército español, los campos minados y lo que fuese para apropiarse de un territorio que decía les correspondía. A la petición de la ONU de que la detuviera contestó llamando a más voluntarios, y a Kissinger le expuso claramente que «vamos a recuperar el Sahara al precio que sea».

Hasán debía saber bastante más que nosotros de la situación real de salud de Franco y lanzó su ofensiva en el momento en que más indefensa se encontraba España. Con Franco adentrándose en una larga agonía, cada paso del monarca marroquí parecía seguir las secuencias de la enfermedad para avanzar un trecho más hacia su objetivo. Durante todo el mes de octubre siguió preparando el terreno y concentrando a la gente en la frontera. Los llamamientos

internacionales no le arredraron y sabía que España tampoco estaba en disposición de hacerle frente. También lo entendieron así los notables que habíamos visto en nuestras cortes franquistas con sus túnicas y turbantes; como procuradores por aquellas «provincias» y encabezados por El Jatri se pasaron a Hasán en bloque. Por su parte los independentistas del Polisario tampoco es que pudieran oponerse demasiado a una invasión de aquel calibre. Ellos esperaban que la ONU descolonizara y la independencia, y de lo que iban camino es de ser entregados a Marruecos.

La gripe de Franco ya fue oficialmente una afección coronaria el día veintidós, o sea, que había sufrido un infarto, y que además tenía hemorragias gástricas. Pero se comunicó para a nada empezar a propagar que lo había superado, y que como prueba de su restablecimiento había asistido a una proyección cinematográfica en El Pardo.

Pero no colaba ni en los círculos políticos, ni en los periodísticos ni en la calle. Era vox pópuli que su situación era muy crítica, más que con la flebitis pasada, y que de ésta ya no salía. Así que el día treinta no sorprendió a nadie un nuevo traspaso de poderes al Príncipe Juan Carlos, que en esta ocasión sería definitivo, aunque desde el primer momento la estrategia del entorno más cercano, búnker más marqués de Villaverde, fue aislarle como la vez anterior y tomarle casi como un prisionero. Con Arias a la cabeza la intención era atarlo por todos los medios, atar y amarrarlo sin posibilidad de escape a su suerte al que iba a ser nuevo Jefe del Estado. Dejarlo atado y bien atado, como creía dejarlo su Caudillo.

La primera acción de Juan Carlos fue irse, vestido de uniforme de campaña, al Sahara y decirle a las tropas allí destacadas que él sería el primer soldado de España. Hubo mucho arrebato patriótico en los periódicos y mucha alharaca, pero de la misma manera que se fue se vino, y el seis de noviembre Hasán II dio el paso decisivo, ordenó a la Marcha Verde cruzar la frontera y avanzar kilómetros por territorio saharaui hasta llegar a los campos de minas, mientras las tropas españolas, ante aquella oleada de centenares de miles de personas, no podía hacer otra cosa sino replegarse porque no cabía en muchas cabezas lo de iniciar una carnicería y menos con la que teníamos montada en casa. En realidad la suerte ya estaba echada. La ONU exigió detener la marcha como quien ordena parar la rotación de la Tierra. Hasán II aún avanzó un poco más, como réplica, para así comprender que lo tenía todo ganado, y ordenar su retirada. Porque como dijo él mismo -y lo proclamó ante su pueblo-, su objetivo estaba logrado. Bajo cuerda había conseguido un pacto

con el gobierno de España que le entregara de facto el Sahara, pasando por encima de los derechos de los saharauis y de todas las resoluciones de la ONU, que como casi siempre han resultado ser unos magníficos papeles mojados. España se retiraría y sería Marruecos quien se encargara de su control y de supervisar su futuro. O sea, que se lo anexionaba y punto; aunque, claro, el muñeco se vestía con todas las sedas para hacer ver que no era mona. Pero mona era y bien claro estaba.

La redacción de Pueblo era un hervidero. Desde luego que ya desde hacía tiempo estaban preparadas y cuidadosamente guardadas las páginas de documentación para el gran especial tras el «fatal» desenlace. En realidad podía llevar alguna en la nevera más de un año, desde la anterior enfermedad. Pero ahora todo el mundo estaba conteniendo la respiración. Yo no tenía el mínimo rango necesario para estar siquiera en ningún secreto y me limitaba a observar lo que pasaba. Desde luego que no era de los redactores que se destacaban en rigurosas guardias a El Pardo. Yo era un chico de provincias que aprendía cómo mis colegas descifraban la verdad de las informaciones que llegaban aunque luego tuvieran que publicar lo que se ordenaba. Pero eran los primeros que sabían que el momento final estaba llegando y que era muy preocupante lo que pudiera pasar entonces. Más cuando en verdad estábamos en peligro de guerra cierto con Marruecos - me parece que fue Arturo Pérez Reverte, de nuevo ante mi envidia, uno de los reporteros desplazados-, y cuando se palpaba que el búnker podía estar preparando algún movimiento que pudiera ser dramático. Al Príncipe se le veía como un simple mandado; aunque hubo algunos que, tras el viaje al Sahara, apuntaron que podía dar sorpresas. Pero para el común de los mortales, incluso para los propios franquistas, era casi imposible verlo de otra manera que como una simple marioneta y continuación de Franco y del franquismo. Otra cosa en él no habíamos visto y, sobre todo en la izquierda, su imagen provocaba ante todo burla y desprecio.

La cronología periodística de aquellos días resulta al sistematizarla con los dos ejes - enfermedad y movimientos de Hasán - verdaderamente esclarecedora y apasionante. Era como un drama que se iba representando en dos escenarios diferentes pero que funcionaban como perfectos vasos comunicantes. Basta con leerlo en forma de titulares diarios de aquellos días, los meses de octubre y noviembre, hasta la muerte del dictador el 20-N.

OCTUBRE

Día 1.

-Tres policías armados asesinados en Madrid por el GRAPO.

Día 2.

-El Gobierno en pleno asiste al funeral de los tres policías asesinados.

Día 3

-El primer ministro de Suecia, Olof Palme, 5' su ministro de Hacienda, Gunnar Stráng, pidieron dinero en un mercado de Estocolmo para financiar las «actividades» de la oposición española.

Día 5.

-Tres guardias civiles asesinados 5' dos más heridos, en Oñate.

-Se firma en Washington un nuevo acuerdo-marco España-Estados Unidos.

Día 6.

-El Consejo de Ministros de la CEE decide suspender las negociaciones sobre un futuro acuerdo con España.

-Asesinado en Vizcaya Ignacio Echave, hermano de un ex dirigente de ETA.

Día 7.

-Marruecos reclama ante la ONU los llamados «territorios del Norte».

Día 8.

-Franco recibe a la Junta Directiva de UDPE (Unión del Pueblo Español).

Día 9.

-López Bravo se queja de la actitud política que la mayoría de los gobiernos europeos han adoptado contra España.

Día 10.

-Consejo de Ministros. Se asegura que no existe ningún peligro de guerra inminente en el Sahara.

Día 12.

-Franco presidió los actos de la Fiesta de la Hispanidad en Madrid. Le acompañaron el Príncipe de España, el Presidente del Gobierno 5' altas personalidades de la nación.

Día 13.

-Primer informe de la Misión de la ONU visitadora del Sahara: «La población saharaui está a favor de la independencia». Se oponen a las reivindicaciones de Marruecos 5' Mauritania.

-ETA asesina a un taxista cerca de Vitoria.

Día 16.

-Dictamen del Tribunal de La Haya sobre el Sahara: favorable a la autodeterminación.

-Hasán II anuncia la «Marcha Verde» sobre el Sahara.

Día 17.

-Kurt Waldheim, Secretario general de la ONU, pide a Hasán II que

detenga la marcha sobre el Sahara.

-Consejo de Ministros. Franco sólo está presente un cuarto de hora.

Día 18.

-ETA mata a un guardia civil en Zarauz.

-Se informa de que Franco ha superado «una gripe».

Día 19.

-«Recuperaremos el Sahara como sea», dice Hasán II a Kissinger.

- Franco suspende sus audiencias militares.

Día 20.

-Anuncio oficial de que el Generalísimo ha sufrido una crisis de insuficiencia coronaria aguda que, dicen, evoluciona satisfactoriamente.

-Solís se entrevista con Hasán II en Marrakech. No consigue nada.

Día 22.

-Se anuncia que continúa la recuperación de Franco y como prueba se informa de que ha asistido a la proyección de una película en El Pardo.

-Sahara: aprobadas las operaciones militares en caso de una invasión.

Día 23.

-Empeora. Una nueva insuficiencia cardíaca, Franco empeora.

-Hasán advierte a los saharauis que son sus vasallos.

Día 24.

-Nueva insuficiencia coronaria.

-Arias se entrevista con el embajador marroquí. Los saharauis se muestran preocupados por las conversaciones hispano-marroquíes aunque Pinies dice en la ONU que «no se puede negociar bilateralmente un territorio que no es nuestro».

Día 25.

-Situación crítica de Franco: el último parte a las siete de la mañana dice que «ha pasado la noche descansando tranquilo, ha remitido casi totalmente con el tratamiento la hemorragia gástrica y los trastornos del ritmo cardíaco, mejorando la situación cardiocirculatoria, mantiene un nivel de conciencia normal. Persiste la gravedad».

-Los Príncipes de España, Arias Navarro, Rodríguez de Valcárcel y el Gobierno en pleno acudieron al Palacio de El Pardo. Los tres miembros del Consejo de la Regencia son convocados a Madrid.

-El Secretario de la ONU, Kurt Waldheim, se entrevistó en Madrid con Arias. Argelia no acepta un acuerdo a costa de los saharauis.

Día 28.

-Franco sigue muy, grave. Ultimo parte informa de una parálisis intestinal con ascitis provocada por trombosis venosa mesentérica.

-Se implanta el toque de queda en El Aaiún ante posibles ataques.

Día 30.

-Juan Carlos asume, por segunda vez, las funciones de jefe de Estado, mientras dure la enfermedad de Franco a quien se le efectúa una punción para evacuar el líquido ascítico.

Día 31.

-El Príncipe preside en el Palacio de La Zarzuela el primer Consejo de Ministros.

NOVIEMBRE

Día 1.

-El Príncipe de España viaja al Sahara 5' vestido con uniforme de campaña proclama:» Quiero ser el primer soldado» en El Aaiún.

Día 3.

-Franco es operado in extremis en la misma enfermería del Regimiento de la Guardia de El Pardo para atajarle una brusca hemorragia gastrointestinal. En un momento de la operación se fue la luz.

-El Príncipe recibe en la Zarzuela al primer ministro marroquí.

-El presidente de la «Yemaa» saharaui, ElJatri, se pasa a Marruecos 5' jura fidelidad a Hasán II.

Día 4.

-El Polisario causa cincuenta muertos y cuarenta heridos a los marroquíes.

-Waldheim propone un plan para el Sahara: administración internacional durante seis meses 5' suspensión de la Marcha Verde. Pero Hasán II no se detiene.

Día 5.

-Comienza la «Marcha Verde».

-Los médicos de Franco detectan un alarmante aumento de urea en la sangre.

Día 6.

-La «Marcha Verde» avanza por el Sahara y acampa al borde de la zona minada. La ONU ordena a Hasán que detenga inmediatamente la marcha. Hasán contesta que es pacífica y sigue.

Día 7.

-Los médicos exigen para una segunda operación su traslado a un hospital con medios adecuados. En La Paz se le extirpa casi todo el estómago.

-Hasán II anuncia a Arias que la Marcha Verde no hará intentos de franquear el campo de minas.

Día 9.

-Hasán pide a los marroquíes participantes en la marcha que regresen. Proclama que sus objetivos ya están cumplidos.

Día 10

-Instalan un riñón artificial a Franco. El marqués de Villaverde, yerno de Franco, aparece como máxima referencia médica y copa todo el poder en el entorno hospitalario del agonizante Jefe del Estado.

-La «Marcha Verde» se repliega hacia Tarfa}ya.

-Se reunió la Junta de Defensa Nacional en La Zarzuela.

-Se lleva de urgencia a las Cortes el proyecto Le}, sobre Descolonización del Sahara.

Día 11.

-Franco sufre graves dificultades respiratorias. Se observan esporádicos trastornos del ritmo cardiocirculatorio.

-Las Cortes autorizan al Gobierno a llevar a cabo la descolonización del Sahara. Marroquíes 5' mauritanos llegan a Madrid para negociar el futuro del Sahara.

Día 12.

-Franco empeora. En alguna redacción se comenta incluso que se ha producido su fallecimiento.

Día 13.

-Franco padece una nueva hemorragia 5' han de aplicarle a través de entubación ayuda respiratoria.

-España acuerda con Marruecos y Mauritania entregarles la administración del Sahara.

Día 14.

-Tercera operación de Franco, con nuevas transfusiones. Desde el inicio de la enfermedad las continuas hemorragias han sido terribles 5' los médicos incapaces de suplirlas a pesar de las continuas transfusiones. Los partes médicos hablan de sus heces y la gente se lanza a interpretar su significado.

-El Gobierno anuncia el abandono del Sahara el próximo veintiocho de febrero. Los saharauis, en la práctica, son entregados a Marruecos.

Día 15.

-Franco está sedado 5' con cuatro sondas: nasal, bucal, uretral 5' rectal.

Día 18.

-En la redacción de Pueblo se da a Franco por totalmente desahuciado. El anuncio de su fallecimiento se espera de un momento a otro.

Día 19.

-Franco no acaba de morirse. Hay quienes dicen que ya ha muerto y el Régimen lo está ocultando.

Día 20.

-A las 5,25 de la madrugada se produce la noticia. Franco ha expirado. Según el parte médico por parada cardíaca como final de un shock

tóxico por peritonitis.

-El Consejo de Regencia integrado por el presidente del Consejo del Reino, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, el arzobispo de Zaragoza, monseñor Cantero, 5' el teniente general del Ejército del Aire, Salas Larrazábal, asume los poderes en nombre del Príncipe de España.

-Se convoca al Pleno de las Cortes y del Consejo del Reino para la jura y proclamación del Rey para el sábado veintidós, a las 11,45 horas.

-El presidente Arias anuncia lloroso en TVE la muerte de Franco y lee el mensaje póstumo del Dictador en el que pide perdón a todos y dice perdonar a sus enemigos, aunque señala que no cree haber tenido otros que los de España.

Día 21.

-Los restos mortales de Franco son expuestos en el Palacio Real y se forman larguísimas colas para despedir su cadáver.

-El Consejo de Ministros acuerda ascender al Príncipe de España a capitán general de los Ejércitos.

Día 22.

-El Pleno de las Cortes y del Consejo del Reino proclama Rey de España a don Juan Carlos 1 de Borbón, después de que jurara «cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional». El encargado de tomarle el juramento es el presidente de la Cámara, Rodríguez Valcárcel.

Día 23.

-Franco, en presencia del Rey, es enterrado en el Valle de los Caídos.

El clima en que vivió España, en que vivimos todos aquellos meses, fue de una enorme tensión, por un lado y por otro. De respiración contenida. Franco había ostentado el poder en España durante treinta y nueve años, un mes y veinte días. Muchos españoles no habíamos conocido otro poder que el suyo, ni teníamos otra referencia personal y propia que la de la Dictadura y sus leyes. Para sus partidarios, se abría ante ellos un vertiginoso vacío, aunque pretendían creer que tenían firmemente controlado el futuro, como el propio dictador había diagnosticado. Pero no las tenían todas consigo, y tras la muerte de Carrero y los últimos acontecimientos y agitación social aún menos. Se sentían vulnerables y estaban dispuestos a no dejarse desplazar. Y ello los hacía aún más peligrosos.

Pero en las propias filas del Régimen, en lo que no era estrictamente el búnker, entre los Fraga, los Areilza, los Lopeces del Opus y en las fuerzas económicas que le habían apoyado o que

habían medrado a su amparo, las dudas eran muchas y se maliciaban que desde luego las cosas no podrían continuar como hasta ahora y había que darle alguna salida, una salida continuista, pero una cierta salida si se quería mantener algo. Yen esa apertura era donde estaba la discusión entre los que creían que bastaría un cierto lavado de cara, algo así como lo que preconizaba Arias, y los que claramente percibían que aquello no era solución ninguna y había que alumbrar una situación diferente y homologable de alguna manera a Europa. Pero entre ellos casi no había ninguno que pensara que era posible legalizar a todas las fuerzas políticas, y en especial a los comunistas. Que eso el Ejército, la Policía y las propias fuerzas del régimen, su búnker, jamás lo permitirían.

En la oposición, en nuestras filas, la muerte del dictador fue recibida con alegría. Se había muerto en la cama, pero muerto al fin y al cabo. Supe de fiestas con champagne pero lo cierto es que yo no brindé en ninguna. No era cuestión de andar dando gritos por la muerte de Franco en la redacción de Pueblo, ni en Madrid ni en la de mi ciudad, porque él podría haber cascado, pero había fachas muy vivos. Amén de que en absoluto la noticia suponía nada más que eso, que una muerte anunciada desde hacía casi dos meses y que abría profundos interrogantes y no pocas dudas y hasta miedos para el futuro.

No brindé además porque la noticia me pilló trabajando y fue anecdótico, pero a punto estuvimos desde la humilde delegación de provincias de adelantarnos a los redactores destacados en los lugares clave. Algunos no nos habíamos marchado a dormir aquella noche, como había sucedido en otras muchas a lo largo de aquellos días, y en un momento, ya sobre las cuatro largas de la madrugada, detectamos movimientos inusitados en el Gobierno Civil. Uno de nosotros tenía allí dentro muy buenos contactos y nos anunció: «Algo serio pasa». Y lo único que podía pasar era una cosa. Así que llamamos a Madrid. Y allí nos confirmaron que sí, que minutos antes ya tenían la noticia y que parecía que la anunciarían oficialmente de un momento a otro.

Nos reunimos en nuestra delegación y allí nos quedamos enganchados a la radio. RNE fue la encargada de dar el último parte médico, el que anunciaba el óbito con aquel lenguaje abstruso con el que nos había obligado a familiarizarnos y acabar por interpretarlo.

No dormimos ya, y esperamos la edición adelantada del periódico, donde añadimos nuestras páginas provinciales. Sin dormir estaba cuando vinieron a buscarme, pero por fortuna no

fueron los que pudieron haber venido.

El búnker preparaba algo y se sabía. Corría el rumor de que tras la muerte de Franco podía desatarse una auténtica caza, una noche de cuchillos largos contra la oposición de izquierdas. Algo que se secreteaba en los ambientes ultras pero de lo que no habíamos podido apenas recabar información alguna. Entonces es cuando vino aquel amigo a buscarme y sin más me dijo que me marchara con él, que la cosa no admitía demora.

Él era hijo de un reconocido falangista de la ciudad y él mismo era una figura destacada al que había conocido cuando era un chaval de la oJE. Luego habíamos seguido tratándonos, por sus aficiones artísticas, su manera bonachona de ser y porque allí, ya lo digo, nos conocíamos todos. Pertenecía a la Guardia de Franco, donde estaban la mayoría de los ultras de la población, y lo que me contó me puso los pelos de punta.

-La Guardia de Franco se ha reunido para confeccionar una lista. Una lista de rojos a quienes, en cuanto se reciba la señal, se va a ir a por ellos. No la Policía sino nosotros y ello apoyándonos. Buena parte de la secreta y los mandos provinciales y locales están comprometidos. Está todo preparado y la lista, en la que estás y de los primeritos, confeccionada. Tan sólo se espera luz verde de Madrid para comenzar esta misma noche o incluso esta tarde. Aunque seguramente se espere a la noche para hacerlo con más eficacia y menos escándalo. Se llamará «Operación Lucero» y pasará a la historia.

Eso me dijo nada más salir del periódico, donde no quiso soltar prenda. Y me informó también que él tenía que regresar en breve a otra reunión de la Guardia de Franco para recibir instrucciones.

-Tienes que venirte a mi casa. Allí es el único sitio donde vas a estar seguro. Nadie se imaginará que puedas estar allí escondido.

No quiso explicarme mucho más, tan sólo que entre quienes habían hablado contra mí estaban viejos conocidos de encontronazos pasados y que algunos parecían tener claramente cuentas personales que ajustar conmigo. Que la cosa se suponía que era detenernos contando para ello con una orden superior que viniera del Gobierno y a través de la Policía, pero que ellos serían apoyo y lo harían con ellos. Y que además de detenerme podía pasar cualquier cosa, como en tiempos había pasado. Que él había preferido en vez de discutir ponerme sobre aviso. Pero que sólo a mí, que no podía llamar a nadie más. Y en eso no podía estar de acuerdo. Pactamos sólo un par de llamadas para poder avisar al menos a dos que también figuraban arriba de la lista. A uno pude

localizarle en casa, al otro fue imposible pero le pedí al primero que dejara recado y que se pusieran a cubierto por lo que pudiera pasar y que se avisara en suma a todos los que se pudiera. Me dijo que en algo estaban prevenidos. Él también había tenido su propia alarma.

Fuimos hasta casa del joven, aunque un poco mayor que yo, dirigente falangista, procurando no ser vistos juntos; de hecho fuimos por caminos separados, para que nadie nos viera entrar en compañía en el portal. Cenamos un poco y nos tomamos una botella de vino. O sea, que los tragos por la muerte de Franco me los eché al coleto con alguien que era de su Guardia y lógicamente no era cosa de brindar por ello. Luego mi amigo, porque como tal se comportó, Juan Antonio Martín Carraux, me dijo que tenía que marcharse, que no podían echarle de menos. Que no me moviera de su casa, que pasara lo que pasara de allí no saliera y que él volvería en cuanto pudiera a buscarme y a contarme.

Estaba tan agotado después de esa noche sin dormir, que acabé por caer rendido en el sofá. Me despertó, no sé cuántas horas después, pero ya de amanecida, la puerta que se abría; y por fortuna era mi anfitrión el que entraba.

Traía buenas noticias.

-Nada. Ha quedado en nada. Lo han parado. Ha llegado orden de Madrid al Gobierno de que bajo ningún concepto hubiera civiles en nada y que no efectuaran redada masiva alguna tampoco la propia Policía. Ha habido alguna voz pero al final todos han acatado las órdenes y se han marchado a sus casas. Ya puedes estar tranquilo.

Pero una cosa era decirlo y otra estarlo. Aquello de la operación Lucero me tuvo preocupado durante días, pero en mi partido no parecieron darle demasiada importancia, hasta que un dirigente en Madrid ya le dio alguna. Pero casi fue una excepción. La Operación Lucero pareció como si nunca la hubiera pensado nadie o como si se hubiera circunscrito a algunas provincias en particular. Pero un dirigente del PCE del periódico en Madrid sí me corroboró la historia.

-Tenían algo muy gordo orquestado, pero dicen que fue el propio Rey quien lo ha parado.

Fue la primera vez que oía a un comunista hacer un comentario en positivo sobre Juan Carlos. Porque para nosotros el rey, que ya lo era, no era otra cosa que la perpetuación de Franco y el garante ahora de la dictadura. Porque teníamos claro que sí, que Franco estaba muerto y enterrado, pero el franquismo no estaba dispuesto a morir con él y sí a morir matando. Y el Rey Juan Carlos era sólo la cabeza de aquel régimen y pocas esperanzas podían depositarse

en quien se había criado a sus pechos, compartido el balcón del Palacio de Oriente y jurado lealtad al Movimiento. Era un rey fascista, del que no cabía esperar nada. Pero al menos, y por lo visto, sí había parado aquella noche donde se pudo desatar el terror para algunos o quién sabe si para muchos, y les había limado un poco las uñas a los ultras.

XVIII

EL REY A QUIEN NADIE QUERÍA

La segunda vez que yo pensé algo bueno de Juan Carlos fue cuando el día veinticinco, tres días después de ser nombrado Rey y sólo dos de haber sepultado a Franco, decretó una amnistía limitada pero en la que estaban incluidos todos los implicados en el Proceso 1001, Camacho, Sartorius y todos los demás de la dirección de Comisiones Obreras. No dejó de sorprender el gesto, aunque la verdad es que en aquel rey no creía nadie. Excepto él mismo, por lo que pudimos empezar a ver. Pero entonces, partidarios de Juan Carlos no había ni tres.

Los primeros en no verlo eran los más acérrimos del régimen y en especial los falangistas. Éstos no cesaban de ridiculizarlo en privado y casi en público. Lo consideraban un idiota y hasta se lo cantaban: «Que no queremos reyes idiotas y por pelotas...», y la verdad es que la fama de tonto había calado en el conjunto de la población española. Su manera torpona de hablar no le ayudaba precisamente mucho. Bobón es lo menos malo que la gente consideraba de su persona.

Los propios monárquicos, los borbónicos, a quien consideraban rey era a su padre, Don Juan, heredero legítimo de la corona, aunque por algún lugar estaba aquella historia de su hermano que había renunciado a sus derechos, porque era sordomudo, don Jaime y se había casado mal, o sea con una señora que no era de sangre real. Su hijo, el duque de Cádiz, era el que estaba casado con Carmencita y tenían niños. O sea, que hasta podía éste reclamar sus derechos

Luego estaban los monárquicos carlistas, que esa era otra. Había dos ramas: la franquista, que consideraba aquello ya superado y eran partidarios acérrimos del franquismo en su vertiente requeté, y la que reivindicaba a don Carlos Hugo de Borbón, casado con una princesa muy guapa, Irene de Parma, y que se había posicionado claramente a favor de una democracia y una monarquía constitucional; tanto era así que había entrado junto con el PCE en la Plataforma Democrática. Para ellos, claro está, Juan Carlos era un intruso desde el punto de vista de legitimidad y además alguien puesto a dedo por el dictador.

En los sectores del régimen más inclinados a algún tipo de reforma era donde el rey, aunque con muchas reticencias, parecía encontrar algún apoyo, aunque sólo fuera porque eso era lo que

había y a ello había que agarrarse intentando conducirlo a buen puerto.

Desde la oposición, pues qué les voy a decir; éramos republicanos, sin matices. La bandera era la tricolor, aquél el único sistema democrático o racional y legítimo, que en España había sido truncado por la fuerza de las armas y un golpe de Estado. El hecho de que la figura de Juan Carlos y su mujer hubieran aparecido siempre unidas a la del dictador, incluso en aquel último aquelarre de la Plaza de Oriente, con Franco ya más que chocheando, aportaba la prueba que faltaba; y como remate, su juramento a los principios del Movimiento y su acompañamiento a los restos del dictador al Valle de los Caídos, hacía que la losa del franquismo estuviera no sólo sobre el cadáver de Franco sino también sobre su futuro.

O sea, que fuera del Régimen a Juan Carlos no lo quería nadie. Y dentro quizás aún lo querían menos. Con todo, el primer gobierno de la Monarquía era esperado con expectación y sus nombres analizados con la lupa de leer entre líneas. Seguía Arias, el carnicerito de Málaga que le llamábamos nosotros por su protagonismo en la terrible represión en aquella localidad, y cuya imagen gimoteante anunciando la muerte de su «dios» había quedado grabada en la retina de toda España y no precisamente para bien, ni entre los suyos que se burlaban por su falta de hombría. Sobre todo los falangistas, por aquello de sus pretensiones militaristas gallardas y de espartano laconismo de que solían alardear en los discursos antes de los gritos de rigor, que se decía.

Los nombres que destacaron fueron los de Fraga, que volvía a ser ministro pero como vicepresidente segundo para Interior y Gobernación, al mando de toda la Policía y Guardia Civil y ahora en un anunciado papel de reformista y de quien, junto a José María de Areilza, se esperaba que tuvieran un protagonismo decisivo en dar una salida al Régimen. A Areilza, con fama de moderado y buenos contactos internacionales, se le encargó Exteriores por ver de resolver el aislamiento de España e intentar abrir algún resquicio en la puerta de la CEE, que nos habían cerrado en las mismísimas narices.

Junto a estas dos figuras otros nombres se apuntaban como gentes más abiertas y algún apellido como el de Leopoldo Calvo Sotelo, cuyo apellido lo decía todo y que lo ligaba al protomártir del franquismo cuyo asesinato - lo teníamos inculcado todos desde nuestra más tierna infancia - había sido el detonante del Alzamiento Nacional. Calvo Sotelo también emparentaba con una línea de

derecha conservadora pero alejada en buena medida de los poderes tradicionales del búnker franquista, como también lo estaba Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, patriarca de una dinastía de abogados y juristas con enormes relaciones y acrisolada fama de liberales. Estaban también y cercanos a este sector Villar Mir en Hacienda, Alfonso Osorio en presidencia, Robles Piquer, emparentado con Fraga, en Educación, y dos «azules» novedosos a los que no se echó en principio muchas cuentas. Rodolfo Martín Villa fue a Sindicatos y había de lidiar con Comisiones y también con uGT, ésta sobre todo en el País Vasco, de donde era su líder, Nicolás Redondo, uno de los pocos nombres socialistas que sí tenían una historia de resistencia y cárceles franquistas.

El otro que al principio pasó muy desapercibido fue Adolfo Suárez, un tipo atildado y atractivo, con buena voz, que había sido un protegido de Herrero Tejedor, gobernador de Ávila y director de RTVE, y al que se le encargaba la secretaría general del movimiento, o sea el «Partido único» del franquismo y que había sido siempre feudo de lo más rancio del falangismo.

Pero si éstos eran, con todos los matices, lo que podía enseñarse como novedad, y algunas sin duda lo eran, permanecían en el gobierno los inevitables tres militares, cada uno por una de las armas, con el inamovible Pita da Veiga en Marina, y a ellos se unía como vicepresidente primero y al estilo Carrero otro militar ocupando el segundo escalón y la vicepresidencia primera del Gobierno, el general Fernando Santiago y Díaz de Mendíbil. Y en Trabajo ahí teníamos al inefable Solís de los desfiles, la sonrisa del Régimen. José Solís era de Cabra y tenía muchas anécdotas, la mejor cuando defendió la supresión del latín del bachillerato, aduciendo que para qué demonios servía a estas alturas el latín, lo que fue contestado por un procurador en Cortes, bastante más culto que él, quien le respondió:

-Pues entre otras cosas para que ustedes, los de Cabra - el ministro presumía mucho de su localidad natal - se llamen egabrenses... y no otra cosa.

La dócil prensa recibió al Rey con el incensario. Pero la gente iba por otro lado que los habituales hosannas que ahora se dedicaban a Juan Carlos como antes se habían dedicado durante cuarenta años a Franco. Pero a la prensa entonces es que no la creía nadie, y los continuos elogios sobre su equilibrio, prudencia, renovación, continuidad y cualquier otro epíteto que fuera susceptible de halago, calaban muy poco en la ciudadanía, acostumbrada al cotidiano peloteo. Desde luego el editorial y las

«terceras» de Pueblo eran a favor. Entre líneas y por las revistas se podía percibir que se despertaban ciertas expectativas sobre todo por los nombres de Areilza y Fraga. Pero esto era no conocer a don Manuel. El primero en liarla y cargarse buena parte de su futuro iba a ser precisamente él mismo. O su gato en el estómago.

XIX

ITALIA SÍ QUE FUE UNA FIESTA

Los primeros pasos del reinado del Borbón me tocó verlos desde fuera. Andaba a caballo entre mi ciudad y Madrid, metido en un asunto de propaganda vinculada a la edición clandestina de Mundo Obrero cuando tuve otro incidente con la Policía, en este caso en Madrid, y acabé de nuevo en una comisaría al verme sorprendido por una patrulla de la Policía Armada cuando andaba esperando una cita en la estación de tren de Vicálvaro. No me cogieron con nada comprometedor encima pero me llevaron retenido, que era lo que decían entonces, para comprobar mi identidad, y allí, tras hacer alguna llamada, pareció que se mosqueaban mucho. Mi carné de Pueblo me sacó del apuro una vez más junto con la explicación de que estaba cubriendo una información. No creo que me creyeran lo más mínimo, o sí pero que jugaba a dos bandas, el hecho es que mi carné quedó otra vez anotado y era cuestión de que en algún momento cruzaran los datos o se les ocurriera llamar a donde mi carné señalaba como lugar de nacimiento. Entonces sí que me iba a caer con todo el equipo.

Y eso preocupó al Partido. Porque mi detención podía poner en peligro parte del aparato de propaganda y eso era algo vital y que había que cuidar al máximo. Así que consideraron que con lo sucedido tras los fusilamientos y aquellas dos detenciones, más la retención de Madrid, estaba ya demasiado mordido y mejor si me quitaba una temporada de en medio. La solución era desaparecer un tiempo de España y se consideró que además podría hacer algo útil en Italia, pues se había solicitado por parte del Pcr un cuadro político para una serie de seminarios con militantes suyos tanto de la universidad como de movimientos intelectuales. En el periódico me debían vacaciones pues no las había tenido en todo el tiempo que llevaba, y aunque no tenía en estricto sentido una nómina ni un puesto fijo, mi jefe el de la pipa consideró que podía tomármelas. Yo creo que él también pensaba que lo mejor era que desapareciese por una temporada de la redacción, que bastantes complicaciones le daba y más que podía darle según venía el aire. O sea, que acabé en Bolonia, la ciudad roja, la del alcalde del Pcr, Zanchery, el feudo inexpugnable de la «sinistra» y una de las bases esenciales del mayor partido comunista de toda Europa occidental. Un partido que me iba a hacer cambiar en tantas cosas y ver la vida de muy diferente manera a como entonces la veía.

El viaje fue en tren, pero por diferente frontera, para pasar primero desde Cataluña por Portbou a Francia y luego bordeando toda la Costa Azul, por Niza, hasta llegar a Ventimiglia y desde allí a Venecia, donde iban a recogerme en coche desde Bolonia.

Creo que la sorpresa en la estación fue mutua. Por mi parte y por la suya. Quienes llegaron fueron tres mujeres jóvenes y guapas, dos rubias y una tercera más morena, con el pelo ensortijado como haciendo caracolillos que me recordaban, y eso querían imitar me parece, el pelo de la Venus de Botticelli saliendo del mar. Yo vi desde un principio que estaban claramente esperando a alguien, pero para nada imaginé que fuera a mí. Buscaba entre la gente a un tipo diferente, fuera hombre o fuera mujer, pero no aquellas chicas tan elegantes, bien vestidas y sonrientes. Aguardaba a alguien más serio, algo más hosco, que tuviera pinta de comunista, vamos. Pero ellas no tenían pinta alguna de serlo, o al menos no las comunistas que yo conocía. Así que hubo de quedarse el andén casi por completo vacío para que se fijaran en mi persona. Porque ellas tampoco se imaginaban que el «cuadro» del PCE fuera a ser un jovenzuelo con bastante cara de crío a pesar del bigote. Pero era yo, y al fijarse en que llevaba la señal convenida, avanzaron hacía mí con risas y sin disimular su sorpresa. Hubo saludos, besos y una pequeña algarabía. Ya me dijeron cómo se llamaban; las rubias, la de pelo más lacio Flavia, la otra María, un nombre español que me sorprendió y que me dejó pendientes preguntas, y Claudia, la morena, más seria y quizás la más guapa.

Ellas hablaban en italiano y yo en español. Utilizando las palabras más simples y pronunciando despacio nos entendíamos, y si no echábamos mano del francés que todos conocíamos un poco. Pero desde luego no tuvimos problema alguno en comprendernos. Y lo primero que me hicieron saber, ya en el viaje en su coche hacia Bolonia, es que creían que debíamos cambiar de planes.

Lo previsto es que yo pasara aproximadamente un mes allí. Y me habían preparado diversas actividades y tareas. La más importante, mi participación en una serie de seminarios de los militantes universitarios del Pci, abierto a todos quienes quisieran participar, sobre la situación en España. Luego habría otro seminario, éste más reducido y cerrado, para cuadros universitarios y de gentes de la cultura. Además debería asistir y estar en el stand de la fiesta de L'Unita que se celebraba en Bolonia representando a mi partido, aunque allí ya estaría acompañado de algún dirigente de más rango que llegaría para la ocasión y organizar nuestra caseta y traería para ello lo preciso. Eso iba a seguir tal cual. Pero lo que querían

cambiar era la cuestión del alojamiento.

La organización tenía previsto que me hospedara en una especie de hotel para «compañeros» - tuve que aprender de inmediato que nuestra palabra «camarada» allí estaba proscrita porque era la que utilizaban entre sí los «fascistas» y allí estaba su cuna mussoliniana-, pero según me decían era todo gente mayor y no me veían a mí con ellos de ningún modo. Así que según íbamos haciendo el camino hacia Bolonia las tres iban madurando una propuesta. De lo que hablaban entonces yo entendía menos, porque lo hacían mucho más rápido y utilizando giros de su lengua entre alguna risita sofocada y algún guiño cómplice, que desde luego me tenía a mí como origen y destino, aunque desconociera su significado. Pero algo iba entendiendo de que me querían cambiar de alojamiento. Y cuando llegamos a Bolonia, nos bajamos del coche, nos fuimos a tomar un café, donde ya me empezaron a dar lecciones de cuál tomar, a qué hora, de qué tipo y cada una su preferencia, hasta que acabé por el que me sonó mejor, un capuchino, que desde entonces está entre mis favoritos, y Claudia, que en ocasiones parecía ser algo así como más jefa, pero muy poco jefa para lo que yo estaba acostumbrado, fue a llamar por teléfono.

Volvió al cabo de nada e informó, ante el alborozo de María y Flavia, que el tema estaba resuelto. Que el «dirigente español del Partido», aunque para nada llegaba yo a tal, se alojaría en sus propias casas. En las de las tres y por turnos, según tenían maquinado, vamos. Primero en casa de Flavia, luego en la de María y por fin en la de Claudia. Flavia estaba casada, María soltera, y Claudia, que tenía una niña, divorciada.

Sus razones eran que primero yo era muy joven para dejarme encerrado en aquel refugio de ancianos y lo más importante es que ellas querían que yo compartiera con ellas y les contara las experiencias de la lucha antifranquista. Porque, y eso fue lo primero evidente, para ellas y para los italianos progresistas nosotros éramos unos auténticos héroes que combatían a la última dictadura de Europa, y que lo nuestro sí que era peligroso, casi como lo de sus partisanos contra los nazis y los fascistas, y no lo suyo. Que nos tenían en gran medida mitificados, vamos y tampoco era cuestión de decirles que no era para tanto, que uno solía tener más miedo que vergüenza y que se hacía lo que se podía, que no era mucho.

La muerte de Franco, tan reciente, era lo que más motivo de preguntas daba. Qué iba a pasar, cuándo iba a llegar la democracia, cuál era la situación del partido. De todo ello querían hablar. Y de música y de poesía. De los cantautores y de los poetas españoles.

Eso sobre todo Flavia.

Me llevaron a su casa. Que era un lugar claro, limpio, espacioso y lleno de delicadeza y de buen gusto, algo hermoso, que reflejaba la propia personalidad de mi nueva amiga, que era una persona de suma sensibilidad aunque a nada afloraba en ella una sonrisa traviesa que la hacía encantadora. Flavia me adjudicó una habitación, pequeña y coqueta, con una mesa para escribir al lado de la cama. Me dijo que ya vería a su marido por la noche y que me duchara rápido que querían llevarme a comer a una trattoria y a que empezara a conocer Bolonia.

Con tales guías paseé y disfruté - en Venecia no me había dado tiempo ni para mirar uno de sus canales, «¡ya vendremos a verla!» me prometió Claudia - por vez primera de Bolonia, la vieja ciudad medieval de la universidad si no más antigua del mundo, casi; de hermoso pasado renacentista, de cierta evocación española y de vibrante historia de resistencia antifascista y de presente comunista, como capital de la región donde el Pcr demostraba que con sus ideas y sus gobiernos esa parte de Italia era la mejor gestionada, la más rica, la que más progresaba. Se la suponía inexpugnable feudo electoral del Pcr ante el que se estrellaban sus rivales y enemigos.

Comimos pizza y se empeñaron en invitarme esa primera vez. Yo protesté y al final quedamos en que tras una invitación mía en compensación, cuando saliéramos juntos lo mejor era un fondo común y que pagábamos todos, que iba a estar un mes y no quería convertirme en una carga. Que traía algún dinero de mis ahorros del periódico. La frase de Claudia a la hora de elegir lugares era siempre una: «Qui si mangia bene e si espende pocco», a María le daba igual y Flavia lo cierto es que, aunque lo disimulaba, le gustaban los lugares con más glamour y no le importaba que fueran algo más caros.

Por la noche conocí a su esposo, un hombre alto, educado y muy amable. Era mayor que Flavia e ingeniero. Trabajaba en una localidad cercana y habitualmente pasaba el día fuera y tenía que viajar a Roma con cierta frecuencia. Cenamos en casa y la sobremesa se alargó bastante, hasta que él se marchó a la cama, Flavia aún quería proseguirla y eso hicimos, hasta acabar por entero la botella de vino.

El Pcr vivía un momento esplendoroso y era la envidia de todos los partidos comunistas de Europa, por su fuerza, su vitalidad, su capacidad de adaptarse a los nuevos tiempos, su superación de clichés estalinistas, su decidida y estratégica apuesta por la democracia y su repulsa a dictaduras aunque éstas fueran las del

proletariado. Dominaba buena parte de Italia donde vencía en las elecciones municipales y regionales, particularmente en la zona norte y centro, aunque ahora también estaba consiguiendo éxitos sorprendentes en Nápoles y en zonas desde siempre dominadas por la Democracia Cristiana y la Mafia.

Su sueño posible era el «sorpasso», adelantar en votos a nivel nacional a la Democracia Cristiana, que a pesar de todos los apoyos internacionales y vaticanos, hacía aguas, dividida en muchas facciones y personajes. Los comunistas contaban con una de sus figuras, Aldo Moro, para establecer una alianza que sacara a su país del marasmo administrativo y la corrupción política que imperaba. Y Aldo Moro y su sector parecían cada vez más dispuestos a dar el paso y llegar a aquel «compromiso histórico» que a juicio de muchos Italia necesitaba y que sólo un acuerdo de ese tipo podía alumbrar.

El Pcr tenía además extraordinarios líderes, empezando por el secretario general, Enrico Berlinguer, al que Flavia idolatraba. «Es un príncipe» decía. Y en verdad lo era, porque Berlinguer, como algunos comunistas italianos - el cineasta Visconti-, provenía de la clase aristocrática. La mujer de Berlinguer era además católica y en tal religión educaba a sus hijos. Era ya tradicional ver al secretario general del Pcr los domingos esperando en la Plaza de España de Roma que su mujer saliera de misa, de la iglesia de San Juan de Letrán, mientras el líder comunista departía en un bar cercano con algunos de sus más íntimos correligionarios. Entre ellos había grandes figuras del arte, del cine, de las letras, y grandes políticos y pensadores de muy reconocida talla como Napolitano, del que Claudia decía que era el ala derecha, o Pagetta, junto con Bertinotti, que lo era del sector opuesto y lo declaraba todos los días, al que tildaba de prosoviético. Para Claudia, el referente era Pietro Ingrao, representante del ala más intelectual e izquierdista del Pcr. Pero todos estaban en el mismo partido y aquella diversidad no dejaba de ser su gran riqueza. Siempre que hubiera una unidad y un líder tan sólido y respetado como lo era Berlinguer. Sobre él estaban las tres de acuerdo.

El Pcr era el partido de la izquierda absolutamente hegemónico y en ese espejo queríamos mirarnos los españoles. El Partido Socialista italiano estaba reducido apenas a la nada. Lo dirigía Craxi, con fama de corrupto y de vendido a los sectores más reaccionarios y caciquiles de la democracia cristiana.

Una de las pruebas de aquella pujanza era su diario, L'Unitá, que competía con los grandes diarios italianos en difusión y tirada. Era

un periódico más, y de los punteros, en los quioscos, y eso me asombraba a mí cada mañana, ver a la gente comprarlo con total naturalidad. Ya había visto L'Humanité en Francia, pero no era comparable. L'Unitá en Bolonia era el periódico más comprado y más leído. Medio mundo lo llevaba y lo leía en bares, cafeterías o bancos de los parques. A mí aquello no podía evitar que me dejara siempre sorprendido, hasta que me daba cuenta de que estaba en un país democrático, en Italia.

Entre las misiones que yo tenía en Italia estaba precisamente la de estudiar la fórmula Unitá, pues el partido se quería fijar en ese modelo a seguir para nuestro, ahora clandestino, Mundo Obrero, cuando se hubiera conseguido la democracia y con ella la legalización del PCE. Mundo Obrero habría de convertirse en un diario de masas, con presencia normal y pública y homologado a los grandes diarios de información general, llevando a la población la política y la visión del partido sobre todos los aspectos de la vida social, económica, laboral, internacional pero también con sus espacios informativos y por supuesto con el sitio adecuado para la información deportiva y, en nuestro país, taurina.

Lo que los compañeros del Pci querían saber a través mío era cómo se vivía la situación en España tras la muerte de Franco. Ellos tendían a ver el cambio inmediato y casi cuestión de días que se diera el paso decisivo hacia la democracia y por supuesto la legalización del Partido. Sentía tenerles que decir que la cosa era mucho más complicada vista desde dentro que desde fuera. Que el dictador había muerto pero la dictadura proseguía, que el franquimo tenía muy fuertes anclajes, que teníamos un ejército salido del bando vencedor de una guerra y que los aparatos represivos del Estado era otra pata a tener muy en cuenta. Que no era fácil ni mucho menos y que iba a costar mucho conseguir la meta, aunque sí era optimista respecto a que la situación de la sociedad española era cada vez más madura. Vamos, que el país reclamaba democracia por los cuatro costados y el franquismo era un corsé que nos asfixiaba ya de manera tremenda y que no la dejaba respirar ni política, ni económica ni internacionalmente. Pero que a ver quién era el guapo que le ponía el cascabel al gato.

En los debates y discusiones aparecía también la figura del Rey, y comprobé que algunos cuadros italianos tenían mejor concepto de él que nosotros, aunque no se sustraían a los balconazos junto al dictador que lo habían marcado. Pero parecían abrigar algunas esperanzas que a mí se me escapaban. La reflexión de un profesor de la universidad boloñesa me hizo reflexionar más que ninguna

otra.

-Si el Rey se queda anclado al fascismo y a la dictadura, tiene perdida a medio plazo la corona. Y los Borbones, ante todo, lo que quieren es mantener su corona. Hará lo que sea por seguirla teniendo sobre su cabeza y sabe que el pueblo español desea la libertad y homologarse a Europa.

Desde el primer momento la altura intelectual y organizativa del Pci y de sus gentes me dejó fascinado. Nada que ver con los militantes del PCF que había tratado en Francia. Ésta era gente mucho más abierta, sin anteojeras mentales, que discutían y ponían todo en solfa. Bajo todo aquel sustrato emergía la figura previa del gran pensador y dirigente Antonio Gramsci, claramente un precursor de todo aquel nuevo aire que recorría el comunismo italiano, el verdadero eurocomunismo, que para Marchais parecía ser más bien un lavado de cara que otra cosa. Pero los comunistas italianos iban en serio. Estaban renovando y revisando elementos esenciales del socialismo y del marxismo y su crítica era demoledora. Y era lógico que algunos de sus propias filas sintieran que sus principios se resquebrajaban y colisionaban con los nuevos planteamientos, como era el caso de Bertinotti, que deseaba que el Pcr retornara a una senda más ortodoxa y a un entendimiento con la URSS como garante de la revolución mundial y de los avances que en este sentido se daban por el mundo, cuyo ejemplo más reciente era Vietnam o antes había sido Cuba. Sin la URSS, exponía, todos hubieran sido aplastados por el imperialismo norteamericano. Se podía criticar, pero sin romper el cordón umbilical.

Mis amigas para nada estaban en esas posiciones, y Claudia era especialmente combativa y creía que Berlinguer debía ir todavía más lejos y en la línea que Pietro Ingrao señalaba.

Pero es que no sólo era un debate en las ideas esenciales y la doctrina marxista lo que había en el Pcr. Para mí era igualmente novedoso el comportamiento y vida cotidiana de sus militantes, tan alejados de los clichés con que vivíamos en España, que al menos teníamos la excusa de la clandestinidad, pero también con los que había visto adoptar en Francia. No era así en Italia y la mejor prueba estaba en Flavia, María y Claudia, mis tres Gracias, que me hicieron recorrer aquella hermosísima región de Italia y me descubrieron una manera absolutamente diferente de ver la vida, las relaciones personales y el amor. También el amor.

Porque de allí a dos semanas yo estaba perdidamente enamorado; pero vayamos por partes. Me había hecho íntimo amigo de Flavia y su cómplice en una divertida y sensual aventura que

mantenía, María, la de nombre español, no quería dejarme ir de su cama y yo estaba rendido a Claudia, quien tenía novio tras su matrimonio y lógicamente ni se sospechaba, o eso creía yo, mi enamoramiento y desde luego para nada había ni insinuado. De mi extraña situación sólo tenía información y estaba al cabo de la calle mi preciosa Flavia.

La entrañable amistad surgida entre los dos tuvo mucho que ver con la poesía. Flavia se enteró que yo escribía poemas, pero además que gustaba de leer poesía española. Y ella tenía muy buenos libros de poetas españoles en nuestro propio idioma. Así que las veladas empezaron a concluir con su marido acostado y yo recitándole a Flavia poemas. Le encantaba Lorca y gustaba aún más de Marinero en tierra, de Alberti, que vivía en Roma exiliado.

Pudo haber surgido otra cosa, pero lo que surgió fue una maravillosa complicidad que acabó por ser total cuando un día, con aquella mezcla de ternura, inocencia y picardía, me confesó su secreto. Flavia amaba la música, pero también al concertino de una orquesta.

-Quiero a mi marido pero cuando toca el violín me vuelvo loca. Me arrebata.

En lo que acabé fue en Celestino de Flavia. Me explico. Cuando había concierto ella le decía a su marido que yo la acompañaría. Y así hacíamos. Pero luego, a la salida, yo me perdía por una hora larga para que ella pudiera perderse con su amante. Volvía arrebolada, con todo el aire de quien ha cometido una locura, pero se le notaba feliz y enamorada. Que también lo estaba, no me cabía duda, de su propio marido.

-Pero esta aventura es tan maravillosa. Si no tocara tan bien el violín no me habría seducido. Pero el violín me enloquece. No puedo evitar correr a sus brazos. No puedo. Bueno - se echaba a reír con aquella manera traviesa suya-, y tampoco quiero.

Fue Flavia la que me dijo que María estaba absolutamente colada por mí. Fue como el pago del favor de celestinaje que yo le hacía.

-María está deseando llevarte a su lecho. No hace falta ni que me lo diga. Pero es que casi me lo ha dicho. Aún te queda una semana de vivir conmigo y pienso aprovecharte, pero no tengo por qué arruinar tus noches. Yo te dejo libre las que quieras y este fin de semana yo marcho fuera con mi marido. Es el momento adecuado. No creo que una vez en casa de María te deje dormir solo. Ni la primera noche, ¡ja, ja, ja!

Yo sabía ya por qué María se llamaba así. Porque su padre había

elegido ex profeso aquel nombre español pues había combatido con el Batallón Garibaldi al lado de los republicanos y vencido a los fascistas de su propio país, al Corpo Generale Voluntario, de los generales Roatta y Bergonzoli, «Barba eléctrica», en la batalla de Guadalajara. Para más hispanidad, María vivía en la calle de Zaragoza, allí en Bolonia.

Flavia tenía toda la razón. Aquel fin de semana, María me llevó a ver Florencia y ya me había besado antes de que nos asomáramos al Arno, y luego sobre él, en el Ponte Vecchio. Se pasó el día besándome por Piazza del Duomo, por el paseo de la Señoría, debajo del David de Miguel Ángel, y cuando volvimos aquella noche a Bolonia me metió con ella en la ducha, me hizo el amor bajo el agua y me tuvo en danza la noche entera. Vamos, que me tenía muchas ganas. Casi desde que me había puesto el ojo encima; y desde luego ella y Flavia estaban más que compinchadas para que la hija del garibaldino tuviera un amor español de la manera que fuera. Que yo encantado. Porque María era una belleza y una maravillosa amante. Incansable además, eso también. Que nos daba el amanecer y aún lo saludábamos con otro arrebato.

Pero el amor tiene esas cosas. Yo suspiraba en silencio por la seria Claudia, inalcanzable, como una diosa del Olimpo griego o del romano, o de los dos. Porque Claudia sí que me tenía trastornado. Por su inteligencia, por su serena belleza, por su elegancia, por su manera de andar, de vestir, de hablar, de reírse, de sonreírme. Por todo vamos. Estaba enamorado como creía que jamás lo había estado. Pero callaba. Sufría en silencio e intentaba que no se me notara, y mucho menos que me lo notara María.

María me estaba convirtiendo con sus habilidades y experiencia amatoria en un amante bastante mejor del que había llegado a Italia. Se convirtió en mi maestra y le entusiasmaba enseñarme. A besar, a acariciar y saber de los lugares donde debía tocar las teclas adecuadas, a controlarme para intentar llegar juntos a los clímax. A gozar de su cuerpo y a hacerla gozar a ella.

Pero cuando finalmente dejé la casa de Flavia y me trasladé a su piso de soltera, comenzó a faltarme un poco el aire. En ocasiones necesitaba escapar un poco, pero al mismo tiempo me sentía culpable porque era verdaderamente encantadora y de una vitalidad maravillosa. Lo mejor fue cuando fuimos al norte, un par de días al Lago de Como, en un paisaje invernal, y pasamos mucho tiempo mirando las frías aguas del lago tumbados junto al fuego de la chimenea, en una alfombra, con una botella de chianti, dos copas y María dándome nuevas lecciones amatorias junto a la lumbre.

Pero el amor es algo incontrolable, que supera y anula nuestra inteligencia y también nuestra conveniencia. El domingo estaba deseando volver a Bolonia para ver a Claudia el lunes, en las reuniones. Y contaba los días en que pudiera cumplir ya el tercer turno y compartir con ella los últimos días que me quedaran en Italia.

Concluidos los seminarios, llegó la fiesta de L'Unitá. Fue un impacto. Su organización, sus debates, el inmenso gentío, las representaciones de todo el mundo, las banderas al viento y nuestro pequeño stand, humilde pero de continuo visitado. Llegó el responsable del mismo y un ayudante y les ayudé a montarlo. Había en realidad poco que hacer además de colocar la cartelería, algunas publicaciones que habían podido traer, algunas insignias y poco más, junto con unos paquetes de Mundo Obrero desfasados. Pero daba igual, la simpatía por España era absoluta y nos teníamos que multiplicar para atender a tanta gente que se acercaba, que se llevaba cualquier cosa en muestra de solidaridad y que se interesaba, siempre optimista, por la situación en nuestro país. Nos animaban y desde entonces he tenido para mí que el pueblo italiano se siente muy cercano, muy próximo a nosotros, de la familia, aunque precisamente por ser de la familia salten a veces esas chispas. Pero nos comprendemos y nos queremos. Lo tuve y lo tengo muy claro. Y no había en ellos ese cierto aire de superioridad que te hace sentir incómodo con los franceses.

La fiesta lo fue en todos los sentidos. Acababa los días agotado, intentando acudir a todos los lugares y a las mil cosas que en verdad me interesaban. Aquello era también una ventana al mundo y por supuesto a los países del «socialismo real», gobernados por los comunistas y muchos de ellos, excepto Yugoslavia y pocos más, bajo la égida de la Unión Soviética.

En un stand cercano estaba la organización napolitana del Pci y fue con ellos con los que intimamos. Su responsable era un tipo de verdad divertido, y una muchacha rotunda y mediterránea que actuaba como su más cercano apoyo fue quien nos incitó a que, además de insignias y papeles, vendiéramos algo más jugoso. Vamos, que nos obligó a hacer sangría. Y aquello sí que fue el verdadero éxito del stand y el chaval que venía con el responsable español y yo nos convertimos en dos de los más populares de la Fiesta. La verdad es que de hacer sangría yo no sabía apenas nada, pero con vino italiano, limón o gaseosa, y tras conseguir picar y macerar frutas y que me hice con canela, allí había colas cada vez que salía un barreño, pues es donde acabé por hacerla. Unas polacas

del stand de su país estaban en el nuestro más que en el suyo, a pesar de ciertas miradas reprobatorias de su jefe pero el contento sobre todo de mi compañero de stand, que me parece que logró alguna cosa más íntima pues a una vi que no tenía que pagar una sola lira por la sangría y que allí había habido más que camaradería revolucionaria. La napolitana por su lado también era de las fijas y acabó casi por convertirse en nuestra camarera, cosa que al responsable del stand, muy serio en todo lo demás, le pareció de perlas; sobre todo cuando vio que los resultados económicos de la sangría disparaban las cifras y yo no daba abasto a hacerla. Claudia, María y Flavia, que solían llegar al final de la tarde a recogerme, se tronchaban de risa viéndome trabajar como un descosido como «maestro sangriero».

Uno de los momentos más emocionantes de la fiesta fue el homenaje a Visconti, que acababa de morir tan sólo hacía unas semanas. Me vi más de media docena de películas suyas y el recuerdo de sus compañeros era continuo y uno sentía que algo de su genio flotaba en todo aquel ambiente y el recuerdo de otros directores del realismo italiano tan grandes como él.

Pero más allá de lo lúdico, el impacto en lo político fue tremendo. El día del mitin central y del discurso de Berlinguer pude estar bastante adelante merced a mi puesto entre los países invitados. Ello me permitió darme cuenta de la relevancia de Claudia, pues vi que estaba sentada en la tribuna, entre los dirigentes del Pci. Pero con todo no tuve aquel día más que oídos para Berlinguer. Me empapé de su discurso y de su particular magnetismo a la hora de hacerse comprender y llegar emocionalmente con sus palabras. Si alguna duda había tenido sobre la senda posible de la izquierda en Europa, aquello las despejó todas. Y me produjo también una fuerte sensación de envidia. Aquel partido, el italiano, era mucho más rico, más avanzado, y por ello su fuerza y su enorme penetración entre la población italiana. Cuando nosotros llegáramos a alcanzar la democracia y la libertad y estuviéramos legalizados no me cabía duda de que ellos, antes que nadie, debían ser nuestro espejo.

Viví una auténtica fiesta de L'Unitá bajo todos los conceptos, y como final aquella noche hicimos una más privada en nuestro stand, donde no faltaron ni mis amigas italianas, ni las polacas, ni la napolitana ni todo su stand al completo, ni muchos otros compañeros con los que habíamos hecho mayor amistad y que más nos habían ayudado. Allí se achispó un poco hasta nuestro serio responsable. Y no pongo yo la mano en el fuego de que no pasara

algo con la napolitana. Yo no moví ni un dedo pues María me tenía muy vigilado y aquella noche ni me escapé ni quise escaparme de ella.

Concluida la fiesta y sin actividades orgánicas por delante, tuve entonces mucho más tiempo libre y disposición para poder viajar por la Toscana y la Reggio Emilia, las dos regiones que me venían más a mano y que además se encuentran entre las más hermosas de Italia. Y lo que resultó maravilloso fue poderlo hacer con mi amiga Flavia. Disfrutábamos cada ciudad y ella tenía una exquisita habilidad para evocar la historia y podías sentir que a tu lado paseaban aquellos genios del Renacimiento que habían cambiado la percepción del hombre sobre sí mismo. El hombre y no los dioses como medida de todas las cosas. El Renacimiento siempre me había parecido un momento verdaderamente mágico, luminoso y decisivo en la historia de la Humanidad. Antes que cualquier otra cosa uno hubiera querido ser un hombre del Renacimiento, y esa sensación y esa imagen de aquel tiempo me ha acompañado de por vida. Como mi amiga que me llevaba a Siena, a Fiesole, a Padua, a Ferrara y con ella regresé a Florencia cuya belleza llevé siempre como uno de los recuerdos más preciados. Flavia me enseñó a viajar, a amar los paisajes, a sentir la historia de las ciudades y disfrutar intensa y emocionalmente el arte.

Me decía que Bolonia era «bella», que Florencia era «bellisima» y ¿entonces Venecia?, preguntaba yo.

-Venecia es una altra cosa - respondía ella.

Pero a Venecia no fui con Flavia. Acabé yendo con Claudia. Flavia y yo en su pequeño Fiat salíamos para viajes de un día y volvíamos a casa por la noche. Aunque una la pasamos fuera y hasta compartimos cama. Pero éramos amigos, nada más y nada menos, y el sexo quedaba como algo que ni siquiera se interponía en aquella amistad. Tan sólo el día que volvía para España, Flavia me dio un beso, nos dimos un beso, en la boca, dulce, redondo, fresco como el agua; el beso hermoso de mi amiga para que me acompañara en el retorno.

Yo había ido al fin a vivir a casa de Claudia y me sentía un poco liberado de María, que en esos últimos días empezaba a resultar un poco agobiante. A pesar de que lo propuso conseguí salvarme de acabar pasando toda la temporada que me quedaba en su piso porque lo acordado era otra cosa. Claudia tampoco lo quería y yo me sentía un poco «prisionero liberado» cuando recogí mis bártulos para irme con Claudia. Aunque me dejé un cepillo de dientes, porque algunas noches aún las seguí pasando con ella.

Claudia vivía con su hija, una niña de apenas siete años, y por la noche no salíamos nunca a cenar fuera. Y las veladas entre los dos, con una botella de grappa en un vaso helado - el controlado vicio de Claudia - duraban hasta las tantas. Hablando de poética, de literatura y de todo lo divino y lo humano.

Una noche, la conversación se fue hacia la tendencia de las militantes de la izquierda española a intentar incluso hacer desaparecer rasgos de femineidad, de cualquier arreglo o coquetería, como algo que no podía compaginarse con una feminista y una revolucionaria.

Claudia - ya me había dado cuenta de que era una mujer muy influyente y respetada en el Pci; era miembro de los órganos de dirección del partido, y una de las máximas líderes del movimiento feminista italiano-, me dio una respuesta contundente. Porque a ella le gustaba ir siempre arreglada y le encantaban los adornos y los complementos.

-Intento sortire bella a la via, perché mi piace a me de guardare gente bella a la via.

Y así lo dejó zanjado. Claro que eso cualquiera se lo decía a algunas en España. Pero para mí fue definitivo. Una cosa no estaba en absoluto reñida con la otra.

El novio de Claudia era médico, pero apenas si lo vi una vez por su casa, una noche que se quedó a dormir porque ejercía en una ciudad cercana, y además andaba aquella temporada muy liado con un congreso. Me pareció detectar en él las pocas veces que nos vimos una cierta suspicacia, pero Claudia se la quitó de encima con la hábil maniobra de, entre risas, contarle mi lío con María.

-Duerme más en la vía Zaragoza que aquí en casa, el don Juan español éste, y además tiene a su amiga Flavia para que lo pasee.

A Flavia, aunque no se lo hubiera confesado, yo no podía ocultarle nada. Fue la primera en notar mi enamoramiento y que no era precisamente de mi amante. Y acabó por hacerme contárselo todo. Que no había otra cosa que contar sino que miraba a Claudia como a la más maravillosa de las diosas.

Flavia me consoló mucho, me guiñó un ojo y me dijo:

- Esto lo sabemos tú y yo. Un secreto entre los dos. Otro. Pero nada puede intuir siquiera María ni que se dé cuenta Claudia. Ella acaba de rehacer su vida tras su primer matrimonio, que acabó bastante mal, y se enfadaría. Que Claudia en ciertas cosas es muy seria y eso la desequilibraría. No le gustaría nada.

Pero noche a noche, con la grappa «glaciata» Claudia y yo consumíamos nada heladas veladas, yo bebiéndome sus palabras y

ella haciendo de maestra, un poco distante pero amable y cariñosa. Ella era la que me trataba como si yo fuera aún más joven e ingenuo de lo que era.

Y se dio cuenta, aunque yo pugnara por disimularlos, de mis sentimientos. No tardó en intuirlo, luego en comprenderlo y finalmente me lo preguntó sin tapujos, directamente, cogiéndome tan de sorpresa que no tuve más remedio que decir la verdad, pero haciendo protestas y dando todo tipo de excusas, de que sí pero no. Que para nada y nada pretendía.

Me miró muy serenamente y me dijo:

-Gracias por ser sincero. En realidad lo intuía. Pero mejor así. No te preocupes. No pasa nada.

Y nuestras veladas siguieron igualmente intensas tras acostar a su niña conversando hasta las tantas y yo aspirando cada uno de sus gestos y alimentándome de sus palabras.

Pero mi tiempo llegaba a su fin. Tan sólo quedaban cuatro días para mi partida, era miércoles y yo marchaba ya el domingo. Claudia, que aquella noche se había bebido alguna grappa más de las que acostumbraba, me dejó tan impactado como conmovido con su propuesta.

-Me gustó tu sinceridad hace unos días cuando te hice decir lo que sentías por mí. No debí hacerlo porque confesarlo aún te hacía más daño y te causaba más dolor. No fui buena. Pero soy mujer y quería saberlo. Y después de estos días, cuando tú has mantenido toda tu entereza yo quiero decirte también algo.

Se tomó su grappa helada de un trago y se acercó a mí, hasta que sus rodillas quedaron junto a las mías.

-Mi matrimonio acabó en desastre y no quiero poner en absoluto en peligro mi relación actual. Él es mi compañero, lo quiero y pienso pasar mi vida con él. Pero no te puedo ocultar que me atraes, que me gustaría tener una experiencia contigo y quiero proponerte una cosa. Ni aquí en Bolonia y menos en mi casa, con la niña puede haber nada. María me mata y ya puedes tener cuidado con Flavia, que estas cosas las caza todas. Pero si te parece haremos una cosa. No conoces Venecia y quiero ser yo quien te la enseñe. Diremos que sales el viernes, que yo te llevo porque tengo luego allí reuniones de partido y así podemos estar juntos hasta el domingo. Pasaremos esos dos días y esas dos noches juntos. Pero el domingo nos diremos adiós y para siempre. Allí empezará y acabará entre nosotros todo. Esas son mis condiciones si aceptas.

¿Cómo no iba a aceptarlas? Aquella noche no pegué ojo. El jueves nos despedimos con una cena los cuatro y logré que María no

me arrastrara a su casa. Se quedó muy frustrada pero sabía que aquello podía poner en riesgo mi aventura con Claudia, por mucho que me dijera que no le importaba. El viernes por la mañana aún acudí al encuentro con Flavia, que fue cuando me dio aquel único beso con los ojos húmedos y dejándome a mí también al borde de las lágrimas.

El viernes, tras la comida, tras dejar a la niña con sus abuelos, Claudia y yo salimos para Venecia. Al atardecer, en un pequeño hotelito que daba a uno de los canales, hicimos el amor muy en silencio, sin pronunciar palabra, como queriéndonos esconder de nuestras propias palabras. Salimos a cenar y recorrimos Venecia de la mano y en algún momento Claudia cambió su expresión de cierta tristeza habitual por una absolutamente risueña, con la carcajada presta, continuamente inventándose alguna diablura y haciéndome participar en ella. Volvimos al hotelito muy tarde, más que un poquito borrachos, y vimos amanecer amándonos, muy divertidos, aunque un poco torpemente. Hasta nos caímos de la cama entre risas. Nos levantamos tardísimo el sábado, para llegar a mediodía a la Plaza de San Marcos.

-Cualquier día estará llena de agua. Todos los años se inunda. Hemos tenido suerte aunque también es divertido andar chapoteando con las botas.

El sábado lo disfrutamos mucho, pero aquella noche ya el semblante de Claudia había vuelto a su expresión sosegada. Me pidió mucha ternura, que aquella noche fuera «dolce», y me acariciaba la cabeza como a un niño.

Por la mañana estaba triste y las últimas horas juntos, esperando ya la hora de mi partida, corrían con rapidez angustiosa. Yo notaba que me faltaba ya el tiempo, que no había podido contarle nada de todo lo que quería haberle contado y haber dejado de mí todo lo que hubiera sido posible.

En un momento fuimos a una pequeña trattoria bajo el Puente de la Academia, el único de madera sobre el Gran Canal. Comimos apenas unos bocados, se tomó su copa de grappa. Me besó largamente y me dijo:

-Yo ahora me iré por ese puente. Ha sido hermoso estar contigo y sentirme joven, muy joven. Pero ahora me iré y ya no volveremos a vernos. Aunque sé que tú no me olvidarás nunca.

Se levantó y se marchó, con su falda jugando con el viento al pasar por el puente de madera. No volvió ya hacia mí la mirada. No me hubiera gustado tampoco que me viera llorando. Y claro, ¿cómo iba a olvidarla nunca? Ni a Italia ni a Bolonia ni a Venecia, ni

mucho menos a María, a Flavia... y, nunca, nunca, a ella.

XX

DEMOCRACIA EN PORCIONES

Cuando volví a España, Fraga la había liado parda. Él y Areilza tenían todas las papeletas, según los estudiosos del Régimen, de ser quienes desde dentro podían liberalizarlo. La primera dificultad era la del lloroso, nostálgico y muy franquista Arias, que más que remar en tal dirección lo hacía en la contraria. Pero Fraga consiguió además hacerse reventar encima un par de bombas en su propia línea de flotación que acabaron por mandarlo todo a pique. En enero estalló la de Vitoria y en mayo la de Montejurra, ello tras haber pregonado tonante aquello de «La calle es mía» para prohibir las manifestaciones del ilegal pero cada vez más potente sindicalismo no oficial el l° de mayo. Ypor si fuera poco los sucesos le pillaron al flamante vicepresidente y ministro de la Gobernación fuera de España, una vez en Alemania, donde ante la matanza el líder socialdemócrata germano le canceló la entrevista, y la otra en Venezuela.

Los sucesos de Vitoria tuvieron su origen en una de las ya frecuentes huelgas obreras que salpicaban cada vez más muchos puntos de España. La razón era un decreto de topes salariales y el telón continuo de fondo la falta de los más elementales derechos laborales y sindicales. En Vitoria, ya en enero, seis mil trabajadores la habían secundado, y en marzo de nuevo hubo una convocatoria que fue masivamente secundada en aquella ciudad. El tres de marzo muchos trabajadores se concentraron en la iglesia de San Francisco de Asís para iniciar una asamblea. La Policía Armada rodeó el templo y aunque tuvo la oposición del párroco conminó al desalojo. Segundos después comenzó a disparar gases lacrimógenos, lo que provocó, en un recinto cerrado y abarrotado, un verdadero pánico y un movimiento convulsivo de la gente buscando la salida. A la salida se encontraron rodeados y mientras que los de los flancos eran brutalmente apaleados por el frente aún fue mucho peor, porque los «grises» comenzaron a disparar a mansalva. El resultado fue una espantosa matanza: cinco muertos y más de ciento cincuenta heridos por bala. Entre los fallecidos se encontraba incluso un menor de edad, de tan sólo diecisiete años, aprendiz de panadería y estudiante, y otro joven de diecinueve, así como trabajadores de diversas empresas muy conocidas como Forjas Alavesas o el grupo Arregi. La transcripción conocida años después de las conversaciones entre los policías, es el mejor testimonio de la

vesania con la que actuaron y, aún peor, el regodeo tras haber provocado la masacre, felicitándose por ello:
«V-1 a Charlie. Cerca de la iglesia de San Francisco es donde más grupos se ven. Bien, enterados.»
«Charlie a J-1. Al parecer en la iglesia de San Francisco es donde más gente hay. ¿Qué hacemos? Si hay gente ¡a por ellos! ¡Vamos a por ellos!»
<J1 a Charlie. Charlie, a ver si necesitas ahí a j-2. Envíalo para aquí para que cubra la espalda de la iglesia.»
<J3 a J-1 Estamos en la iglesia. ¿Entramos o qué hacemos? Cambio.»
«... Entonces lo que te interesa es que los cojan por detrás. Exacto».
<J1 a j-2 Haga lo que le había dicho (acudir en ayuda de Charlie a Zaramaga). Si me marcho de aquí, se me van a escapar de la iglesia. Charlie a J-1. Oye, no interesa que se vayan de ahí, por que se nos escapan de la iglesia... Mándennos refuerzos, si no, no hacemos nada; si no, nos marchamos de aquí si no, vamos a tener que emplear las armas de fuego. Vamos a ver, ya envío para allí un Charlie. Entonces el Charlie que está, J-2 y J-3, desalojen la iglesia como sea. Cambio. No podemos desalojar, porque entonces, entonces ¡Está repleta de tíos! Repleta de tíos. Entonces por las afueras tenemos rodeados de personal ¡Vamos a tener que emplear las armas! Cambio. Gasead la iglesia. Cambio. Interesa que vengan los Charlies, porque estamos rodeados de gente y al salir de la iglesia aquí va a ser un pataleo. Vamos a utilizar las armas seguro, además ¿eh? Charlie aJ-1. ¿Ha llegado ya la orden de desalojo a la iglesia? Sí, sí, la tiene J-3 y ya han procedido a desalojar porque tú no estabas allí. Muy bien, enterado. Y lástima que no estaba yo allí.»
«Intento comunicar, pero nadie contesta. Deben estar en la iglesia peleándose como leones. ¡J--3 para f-1! ¡J--3 para)-1! Manden fuerzas para aquí. Ya hemos disparado más de dos mil tiros. ¿ Cómo está por ahí el asunto? Te puedes figurar, después de tirar más de mil tiros y romper la iglesia de San Francisco. Te puedes imaginar cómo está la calle y cómo está todo. ¡Muchas gracias, eh! ¡Buen servicio! Dile a Salinas que hemos contribuido a la paliza más grande de la historia. Aquí ha habido una masacre. Cambio. De acuerdo, de acuerdo. Pero de verdad una masacre.»

La visita de Fraga, de Martín Villa y del general Campano de la Guardia Civil, a los heridos, en vez de reducir el impacto de la atrocidad cometida lo exacerbó aún más. La oposición democrática fue muy consciente de que debía presentar un frente unido, y Junta

Democrática, auspiciada por PCE y ccoo y la Plataforma de Convergencia, liderada por el incipiente PSOE de Felipe González, se unieron en un solo órgano denominado Coordinación Democrática que en realidad todos llamamos la «Platajunta» y que tuvo como primer acto conjunto la firma de un importante comunicado, el veintiséis de marzo, en el que se rechazaba la vía Arias y el pretendido reformismo de aquel gobierno y se exigía Amnistía, libertad política y sindical y democracia.

Vitoria comenzó a cavar la tumba del Gobierno Arias y del futuro de Fraga, pero Montejurra, el nueve de mayo, le dio la definitiva puntilla.

Montejurra, en Navarra, era el lugar de cita para los carlistas, que celebraban anualmente una romería y una subida a aquella cima.

El carlismo se encontraba escindido. Franco había fundido a los requetés con la Falange - Decreto de Unificación (1937) - y muchos de ellos, partidarios de Javier de Borbón Parma, no lo habían aceptado. A la muerte de éste, sus derechos pasaron a su hijo Carlos Hugo, quien creó el Partido Carlista.

La deriva de esta organización, a favor de la democracia, lo llevó a entrar en la Junta Democrática y a hacerse en ella «socio» del Partido Comunista.

Carlos Hugo tenía un hermano, Sixto, y éste inició el camino exactamente contrario. Sixto era un protegido del búnker franquista y estaba siempre rodeado de ultraderechistas, incluso de fascistas italianos y argentinos. Fue en esas covachas donde se gestó, propiciada y amparada por las propias fuerzas de seguridad estatal, una operación llamada Reconquista encaminada a recuperar el control del carlismo para Sixto y que acabó en la organización de un complot violento que atacó a los carlistas que acudían a Montejurra, a la romería, vía crucis y subida a la misa en el monte, actos que habían sido autorizados por Fraga pero al mismo tiempo y desde la propia Dirección General de Seguridad y con la complicidad de altos mandos de la Guardia cIAV, el general Campano, se había facilitado a los mercenarios extranjeros ultraderechistas y a Guerrilleros de Cristo Rey bastones y cachabas para que atacaran a los concurrentes a la cita. El gobernador civil de Navarra y el presidente de la Diputación de Guipúzcoa también estaban al tanto del complot.

Los incidentes comenzaron muy de mañana, al pie del monte. Los asistentes a la romería sufrieron un primer ataque de las bandas organizadas. En un primer momento sólo fueron golpes, pero en un

momento, un falangista de Huelva, el «hombre de la gabardina», cuya foto dio la vuelta al mundo, llamado José Luis Martín García Verde sacó una pistola y disparó a Aniano Jiménez, que acabaría muriendo a resultas de la herida. Luego este mismo individuo junto con otros grupos tomaron posiciones en la cima y desde allí volvieron a disparar con armas cortas causando la muerte a un segundo carlista, Ricardo García Pellejero. Las Fuerzas de Seguridad del Estado, presentes en la escena, se mostraron impasibles y no detuvieron a nadie. Todo se saldó con la expulsión, sin tomarle declaración siquiera, de Sixto de Borbón de España.

Montejurra y Vitoria dejaron el prestigio de Fraga por los suelos y desde entonces se le vio como una rémora más que como un activo para todo el proceso.

ETA y GUAPO seguían, por su parte, en lo suyo: o sea, los tiros, las bombas y los secuestros. Ambos eran cada vez más repudiados por el conjunto de las gentes de izquierda pues se les veía más como peligro y como excusa de involución que otra cosa, aunque socavaran el ya decrépito prestigio del ministro de Gobernación, de Fraga y de cualquier avance reformista. En este sentido, además, estaba cada vez más meridianamente claro que Arias se negaba, contumaz, a cualquier reforma y la tensión política y social se hacía cada vez más insoportable. La «calle de Fraga» era un caos y el grito de amnistía y libertad resonaba por todos lados.

La agitación política llegaba también al Ejército. Pero la UMD había quedado desmantelada casi totalmente cuando sus principales responsables fueron detenidos el ocho de marzo y posteriormente condenados en un juicio de Hoyo de Manzanares a cuarenta y tres años de cárcel en total, y siete de sus miembros, Otero, Ibarra, Martín Consuegra, Valero, Fortes y Reinlein, comandantes y capitanes, todos ellos expulsados de la carrera militar.

Incluso en mi pequeña ciudad había movimiento. Allí me destinó el periódico, aunque iba a Madrid muchas noches al cierre, y allí lo hizo también el partido. Habíamos empezado a funcionar en pequeñas agrupaciones y se me encargó la de la Estación, por estar allí ubicada la parada del tren, como responsable político. En ella había gente de lo más variopinta y todos ellos muy generosos en su dedicación y esfuerzo; uno de los más esforzados, el batería pelirrojo que llegaría a la fama con «Los Secretos», Pedro Díaz, y alguno que luego llegaría a capitán de marina, de la mercante, en el servicio de vigilancia aduanera, de los que les capturan toneladas de coca a los narcos. Estaba Juanolo, guapo y pañuelo al cuello siempre, al que luego se llevarían las flores del mal de la movida, y

los de Maestría Industrial: Manolo, con aire al de las tiras de Mafalda, Carlos Blazquez, soñador y melenas, y jesús el del Búho Rojo, por el bar de su padre.

Nuestra labor era esencialmente de agitación y propaganda, amén de seguir potenciando los movimientos de masas, cineclub, peñas, clubes juveniles y cualquier forma asociativa. La más importante, notoria y trascendental fue el Ateneo, todo un impacto en la vida ciudadana, y en el que reuniones y conferencias propiciaron encuentros y debates que tan sólo un mínimo tiempo antes parecían de todo punto imposibles. Profesores de la enseñanza y algunos intelectuales de la ciudad se unieron a los «habituales» y el Ateneo tuvo aquellos años un papel esencial y dinamizador de la cultura y de la incipiente política en aquella pequeña, pero para nada muerta, ciudad de provincias.

Nosotros acudíamos también y participábamos en las discusiones, aunque nuestra labor orgánica se dedicaba más a las pintadas, carteles, pancartas, panfletadas y en algún momento y en conexión con la organización de poblaciones cercanas hasta «saltos» y pequeñas algaradas. O sea, nosotros lo hacíamos en su ciudad y ellos en la nuestra. Y así conseguíamos no ser reconocidos, ellos en su pueblo y nosotros en el nuestro.

Contábamos incluso para ello con la complicidad de algunas de las más aguerridas bandas de pandilleros del Corredor. Los «políticos» estaban muy prestigiados, en las cárceles y en los barrios marginales. Se les consideraba, por parte del lumpen, gente respetable y hasta nosotros teníamos predicamento entre ellos, tanto como para mediar en algunos conflictos entre las pandillas, como la que enfrentó al Manitas y al Chupete, que acabó con este último herido de navaja y el Manitas refugiado en una de nuestras buhardillas. La cosa acabó finalmente en un armisticio acordado con la mediación del Partido, que tenía la autoridad moral reconocida para entenderse como algo respetable y con poder.

Nos detenían o mejor dicho nos «retenían» que decían ellos, con relativa frecuencia pero en nuestro caso la virulencia estaba bajando de intensidad, aunque en alguna ocasión volví a sufrir algún interrogatorio bastante largo y persistente, con amenazas y humillaciones personales. Estaban furiosos por una panfletada que prácticamente les había caído a dos secretas sobre la cabeza. Cuando entraron a «Mister Más» nos encontraron a dos tomando una copa, prueba evidente de que por tanto no «habíamos tenido nada que ver en el asunto».

Otra retención con motivo de la huelga general convocada tras

los sucesos de Vitoria, dio con mis huesos de nuevo en el calabozo conducido allí por un policía armada de paisano que quería hacer méritos y otra tercera por otra movilización donde casi nos pillaron con los carteles en las manos. En esta última volví a pasarlo mal en otra «rueda» con los policías. Pero tampoco llegaron a la agresión física.

A la salida, mi amigo, el que luego fue marino, me estaba esperando. He conocido a pocas personas más valientes, temerario incluso pero al mismo tiempo meticuloso, en sus acciones que jesús, rubio como la cerveza, la encarnación de «Tatuaje» anclada entonces en secano pero que acabó por llegar a buen puerto en Galicia, y del que estaban enamoradas la mitad de las chicas de Guadalajara y todas mis primas del pueblo.

Había considerado que aquella detención y las humillaciones no iban a quedar así. Y al día siguiente se pasó la tarde entera sentado con una novieta de las que le sobraban, una del colegio de huérfanas de militares por más señas, en el banco enfrente a la puerta del Gobierno Civil. Dos guardias civiles la controlaban. Daban paseos desde el centro hacia las esquinas, en la fachada de uno de cuyos lados estaba la comisaría. Su estudio de la situación concluyó en la medición de que la vez que menos tiempo habían tardado los guardias desde que salieron de la esquina desde la que tenían visibilidad a la fachada de la comisaría era de veintitrés segundos, los que tardaron en llegar hasta la puerta central y volver sobre sus pasos. Lo habitual es que tardaran más de un minuto. Pero al menos teníamos veintitrés segundo seguros.

Me convenció. Cogimos dos esprays, asomamos por el callejón justo enfrente de la fachada lateral. Esperamos que apareciera la cabeza del guardia civil y luego se diera la vuelta. Hicimos a la carrera los diez metros hasta la pared. Él pintó en mayúsculas «LIBERTAD» y yo las siglas PCE y desaparecimos, en menos de veinte segundos, por el callejón por donde habíamos venido. Aquella noche cuando los dos de la social pasaron por el Pub nosotros también estábamos pero consideramos que al día siguiente mejor era quitarnos de en medio y de su vista. Taparon la pintada con cemento y aún se notaba casi más. El comisario quería abrasar a los civiles y a los secretas ante cuyos morros habían hecho la pintada. Y el Gobernador quería matar al comisario.

Mi contacto con la organización local, que por cierto había crecido mucho, tenía su punto de mayor peligro el día a la semana cuando recogía el Mundo Obrero y la propaganda. Era un lugar muy peculiar y un hombre que aún lo era más. Un señor

amabilísimo, educado y siempre muy escrupulosamente vestido a pesar de no tener demasiados posibles económicos, que tenía una tienda de pajaritos donde vendía aves canoras y su correspondiente alpiste. Era de conversación muy interesante y fluida y de una gran cultura. La vida y la represión le habían llevado a ganarse la vida con jilgueros y canarios, pero era uno de los hombres más buenos y honrados que he conocido. Yo llegaba y él me tenía preparado mi paquete de Mo, el otro de panfletos o carteles y una bolsa de alpiste para disimular el objetivo de mi entrada a su tiempo. Aunque yo no tuviera canarios.

Lo que tuve fueron dos incidentes relacionados con el periódico que de nuevo me pusieron en un brete. El primero fue por el agua. Resultó que un día, por los grifos, comenzó a salir barro. No había quien se bebiera aquello ni quien se duchara siquiera. Pueblo en su edición local lo eligió como argumento informativo de primera importancia y tanto fue así que la situación culminó en una manifestación de cerca de dos mil personas, culpando al ayuntamiento de lo que estaba sucediendo, que se prolongaba durante días y de lo que tenía que ver la situación de una presa presuntamente acabada y por lo visto pagada pero que en absoluto se había concluido ni cumplía la función encomendada. El asunto saltó a páginas nacionales.

Entre los concejales más ultras figuraba a la cabeza un abogado, Mauro José de Irizar, del partido de Blas Piñar y que escribía en la revista Fuerza Nueva, quien de inmediato entendió que aquello era obra de los comunistas, que eran entonces los responsables de todo y que sin duda estaban detrás de toda la movilización y quienes azuzaban al vecindario contra el alcalde y las instituciones. Además de Pueblo la noticia había saltado en el recién aparecido El Paísy tomaba cada vez más relevancia. Por ello el ayuntamiento decidió dedicar un pleno al asunto que se convirtió en una retahíla de insultos, acusaciones, peticiones de prisión y de las más variadas penas contra mí; la primera la de mi despido fulminante del periódico, comandada por el susodicho Mauro, con el aplauso entusiasta del público convocado al efecto, donde abundaban camisas azules y charreteras, y el silencio de quienes tampoco se sentían con fuerzas para hacer frente al linchamiento, pero que tuvieron la gallardía, al acabar el aquelarre, de ponerse ostensiblemente a mi lado. Tres concejales, Agustín de Grandes, el hermano de Luis, Miguel Herguedas y el bondadoso médico José Antonio Suárez de Puga lo hicieron. Un gesto que el abajo firmante, que lo era de los artículos, agradeció en todo lo que valía y aún más

su compañía a tomar un vino en el casino a la vista de todos y ante el furioso mirar de los ultras.

Aquellos artículos costaban también llamadas a comisaría, pero entonces ya la abogada del periódico, Cristina Peña, estaba preparada y los telefonazos surtían efecto. Si querían procesarnos ya nos veríamos en los juzgados pero lo de amedrentar a los periodistas eso no lo toleraba Cristina. Y eso que ella de roja no tenía pero que nada de nada.

Lo del agua fue una, pero peor fue lo de la estatua. La última estatua de Franco tuvo que ir a ponerse en Guadalajara. La estatua, como no podía ser de otra manera, la promovió el sin par Mauro, entonces el más clamoroso dirigente del búnker local y fue, claro, por «suscripción popular» que a ver quién era el alcalde y jefe local del movimiento, entonces todos lo eran, que no contribuía «generosamente», o qué entidad o asociación se negaba a contribuir con su óbolo. El dictador en traje militar de campaña y con prismáticos fue entronizado en la Plaza Mayor, frente al ayuntamiento, casi un año después de muerto. Oponerse a ello fue entonces muy complicado y nos opusimos cuatro gatos. Los de siempre. Desde luego no se opuso para nada el hijo de don Mauro, Javier, que por una carambola y a pesar de que nada podía hacer sospechar en aquellos años de represión veleidades suyas en tal sentido, cuando el antifranquismo no acarreaba cargos sino palos, acabó, por una jugarreta a UCD en las elecciones locales del 79 (no pudo presentarse pues llegaron tres minutos tarde pues «alguien» la había guardado en un cajón y echado la llave) siendo alcalde ¡socialista!, el primero de la democracia en Guadalajara. La estatua que había puesto su papá se limitó a cambiarla de sitio y a colocarla en lugar menos visible, y ahí siguió hasta que lustros después decidieron reivindicar su antifranquismo con grandes alharacas y memorias históricas que el ya muy enriquecido presidente de Urbas Guadahermosa - la inmobiliaria ha sido la mayor pasión del poder político-, y flamante y muy reiterado senador del Reino, jaleó con energía inusitada.

La batalla por la democracia sacudía cualquier esquina de la vida cotidiana, pero ya aquel verano el clamor llegaba a todos los rincones. El sindicato Comisiones Obreras decidió que era hora de presentarse abiertamente en público. Se anunció, además, que vendrían Camacho y Tranquilino. Pero prohibieron su llegada. De todas formas Rico, Palero, Esteban, Rafael Domínguez Unica, Oscar Sánchez Ripa, y Pilar Zori se bastaron. Y ya no hubo tapujos. Rico lo dejó bien claro nada más empezar por si alguien tenía dudas.

«Éste es un acto de Comisiones Obreras», y Palero aclaró luego: «Se dice que las Comisiones Obreras son comunistas. Y muchos lo son. Pero no todos y lo importante es que sus dirigentes se eligen democráticamente». La policía, desde lejos, vigiló el acto pero no intervino. Llovía aquel día.

Pero hizo un sol espléndido cuando algo conmocionó la ciudad. La primera manifestación netamente política de la oposición democrática, con los más reconocibles y reconocidos líderes del PCE y de ccoo encabezando la marcha. Pero donde además participaron figuras destacadas de la derecha, gentes de familias muy identificadas con la sociedad conservadora de Guadalajara que como en muchas otras ciudades dieron un paso hacia delante y se pusieron al lado de la democracia. Algunos hasta firmaron la petición de celebración de la marcha.

Que no se autorizó ni se denegó pero, en una habilísima jugada, Paco Palero transformó en algo legal y hasta protegido, pues tras hablar con un responsable policial y decirle éste que «prohibida no estaba», Palero se dirigió a los grupos que aguardaban para iniciar la marcha y gritó: «la manifestación está autorizada y la policía nos protege» Entonces comenzó a sumarse gente y aquello llegó a un gentío inaudito para una ciudad como la nuestra. Tres mil personas eran una multitud en Guadalajara. Fue una verdadera conmoción ciudadana. Un antes y un después. Guadalajara ya no parecía Guadalajara.

Los ultras, que empezaban a removerse cada vez más inquietos y algunos exaltados jóvenes, alentados por algunos viejos fascistas, habían provocado ya incidentes y algún pequeño altercado y la quema de alguna caseta respondieron en días posteriores con pintadas: «Ni amnistía ni perdón. ¡Arriba España!»

Pero la amnistía era un grito, nuestro grito de libertad para los trabajadores represaliados y para los muchos presos políticos.

Y el Gobierno de Arias se mostraba impotente para dar respuesta a nada, aparecía cada vez más desbordado y empezó a correr el insistente rumor en las redacciones de que el Rey estaba cada vez más harto de su jefe de Gobierno que más que ayudarle le entorpecía a cada instante. La idea previa sobre Juan Carlos empezaba, aunque levemente, a variar, sobre todo en los sectores más informados y era contrastable alguna esperanza que parecía despertar su actitud con el creciente desafecto y enfado de los franquistas más recalcitrantes.

El uno de julio Arias dimitió o más bien fue dimitido. El día tres fue nombrado Adolfo Suárez, tan desconocido y fuera de las

quinielas que apuntaban insistentemente a Areilza, y a otro que apuntaban los que creían estar más en el secreto, Silva, que descolocó a todos. El historiador Ricardo de la Cierva escribió, con sin igual «clarividencia» y parafraseando a Ortega, en El País, «Qué error, qué inmenso error». Años más tarde Suárez, y eso sí que fue un error, nombró al presuntuoso y sesgado don Ricardo, ministro de Cultura.

El Rey se había decidido por el ambicioso, intuitivo, enérgico y converso y convencido de la senda democrática que era Suárez. Juan Carlos había dado instrucciones a su amigo de infancia y juventud, Miguel Primo de Rivera, para que lograra que el Consejo de Estado lo incluyera «como de relleno» en la terna que había de presentársele y que encabezaba con multitud de votos Silva Muñoz y en la que figuraba también López Bravo. El sobrino del fundador de la Falange, amparado en la fuerza de su apellido, logró que dos «azules», entre ellos Solís, pusieran a Suárez en la convicción de que era un descarte, cuando en verdad era el tapado.

A Suárez al principio no queríamos creérnoslo aunque nos sonara muy bien lo que decía y cómo lo decía. En su gobierno no estaban ni Fraga ni Areilza, aunque seguían los inevitables cuatro militares, encabezados por Fernando Santiago y Díaz de Mendívil y los tres que repetían, Pita de Veiga, Franco Iribarnegara y Álvarez Arenas y los ya conocidos Osorio, Martín Villa y Calvo Sotelo a los que se añadían Abril Martorell, Landelino Lavilla, Marcelino Oreja, Lladó, Pérez de Bricio y de la Mata Gorostizaga. Gente que sonaba a diferente, de derecha más moderada y con cierto aire tecnócrata en ocasiones. Pero a nosotros nos sonaba tan sólo a gestos y palabras, sin substancia ni chi cha verdaderas. Sin embargo, cuando el treinta de julio se promulgó la Amnistía para delitos políticos y de opinión, aunque luego hubiera una mucho más amplia al año siguiente, aquello ya empezaron a ser más que palabras. Todo el verano siguió no obstante la efervescencia que crecía a diario y tenía la caldera política hirviendo. Todo cambiaba a velocidad vertiginosa. El periódico El País se había convertido en el referente máximo de un importante sector de población. Aunque Fraga estuviera entre sus fundadores, su sesgo fue desde su entrada socialdemócrata, aunque su director, Juan Luis Cebrián, tuviera un muy bien ocultado y no tan lejano y reciente pasado franquista, tanto familiar como propio. Yo no llegué a verlo por Pueblo, donde fue redactor jefe me dijeron, pero sí que fue responsable de los informativos de la televisión del Régimen y quien entregó a su policía política las cintas de una reunión en el extranjero que permitió exiliar a algunos opositores y

encarcelar y torturar al dirigente comunista Simón Sánchez Montero, al que tuvieron colgado de los pulgares muchas horas en los calabozos de Sol. Pero desde que salió El País, Cebrián se convirtió para siempre en aquel que nos da o nos quita a todos el carné de progres.

El ocaso del año 1976 no dejó de traer incidentes graves y sangrientos, como el asesinato en Madrid del joven Carlos González, las protestas extendidas por toda España y los brazaletes negros en convocatorias culturales del Club juvenil y cualquier acto cultural que se celebraba en Guadalajara. Seguían los atentados terroristas, sobre todo en el País Vasco, y sobre ellos cada vez más contundentes las condenas de las organizaciones de izquierdas, que se deslindaban radicalmente de aquella barbarie de muerte y lo hacían cada vez con mayor energía y distancia.

En noviembre las Cortes franquistas se hicieron el haraquiri y aprobaron - de nuevo el encargado de defenderlo fue Miguel Primo de Rivera, el sobrino del «mito fundacional» - lo que no era sino un parte de disolución y muerte. El Movimiento Nacional se suicidaba por orden del Rey y sus principios fundamentales, que había jurado, quedaban dinamitados.

Se discutía entre Reforma y Ruptura, y nosotros éramos de la ruptura, pero en cualquier caso todos caminaban hacia la democracia. Pero al PCE no le querían dejar entrar en ella.

«No me vendas democracia en porciones», le había cantado Ana Belén a Fraga, «no me digas que yo soy totalitario». Fraga, que había salido del gobierno, andaba ya con su Alianza Popular perdiendo el sitio en el centro y escorándose cada vez más a la derecha, donde Suárez acabó por arrinconarle tras no avenirse a someterse a él en Unión de Centro Democrático.

Se apoyaba desde todos los ámbitos y lugares al hasta entonces ignoto PSOE. Desde las revistas, los periódicos, desde los propios poderes económicos y ya no digamos desde los foros internacionales. Había que hacerlo subir como la espuma, había que lograr hacer de ellos el gran dique de contención de los comunistas. Y en el sindicato eso mismo había que lograr a toda prisa con UGT. Si no existían, y tan sólo eran bravas y combativas en la margen izquierda del Nervión vasco y de la mano de Nicolás Redondo, pues se las inventaba, aunque fuese a base de sacar gentes del Vertical y pasárselas. En un viaje con los capitostes sindicales del Vertical de Guadalajara, dada mi adscripción a Pueblo, el periódico de esos sindicatos al fin y al cabo, lo que oí me dejó bizco. Sin ambages, los dirigentes del Vertical se conjuraban para proteger, alentar y hacer

crecer a la central socialista, que por no tener no tenía un solo militante en la ciudad. O al menos no lo tenía entre los que habían estado peleando en el movimiento obrero reciente, aunque puede que quedara algún carné escondido de cuando la guerra.

A UGT le habían dejado incluso hacer su congreso en abril de 1976, estando todavía Arias al frente del gobierno, tal era la predilección y el empeño en que pudiera ir consolidándose de alguna manera.

Pero al PCE ni agua. Y su batalla esencial era no quedarse arrumbado. Lograr ser legalizado. Y aquello parecía una quimera, pero también suponía la verdadera piedra de toque de la credibilidad interna y externa.

La consigna era hacernos cada vez más visibles y no ocultar ya nuestra condición. Al menos algunos. Así en Guadalajaray en lo que iba a ser una detención ya final y masiva, se produjo una reunión de un amplio grupo de responsables de movimientos y agrupaciones. Vamos, de estar todos o casi. La Policía no tuvo demasiada dificultad para detectar la reunión y allí se presentaron. No hubo ni siquiera sorpresa. Casi se esperaba. A mí, mis camaradas me dijeron que saliera el primero, dada mi condición de periodista. Y a la salida, el policía de la BPS que un día había bebido conmigo en las peñas y otro me había subido detenido por la calle mayor, me dijo ya con sorna y hasta un tanto de desgana por el juego

-Claro, tú de periodista. Informando.

Y me dejó ir, como después de apuntar los carnés dejaron marchar a todos.

Y el día 20-N. Siempre el 20-N, cuando fusilaron a José Antonio, cuando se murió Franco, el 20-N, detuvieron a Carrillo. Estaba en Madrid desde hacía más de medio año. Pero la que se lió fue de película, como lo había sido su entrada y su peluca.

La detención del secretario general del PCE se produjo por la tarde, a la salida del número catorce de la Calle del Padre Jesús Ordóñez en su confluencia con López de Hoyos. Junto a él estaban julio Aristizábal, Víctor Díaz-Cardiel, Jaime Ballesteros, Juan Manuel Azcárate, Pilar Bravo, Simón Sánchez Montero y Santiago Álvarez, todos ellos dirigentes del más alto rango y responsabilidad en el PCE.

El ministro del Interior era Rodolfo Martín Villa y Carrillo se convirtió en la patata que les quemaba las manos. La movilización por su detención fue inmediata. Ya a las diez de la noche había miles de personas frente al edificio de la Dirección General de Seguridad La mujer, el hijo mayor, los abogados, José Luis Núñez,

el «Patri», un amigo y colaborador de Curiel, Diego Carrasco y el socialista Enrique Barón se presentaron a hablar con el ministro. El Partido nos dio instrucciones de no estorbar el tráfico, utilizar las aceras y no molestar a la gente. Pero aunque un sargento nos quiso disolver por la plaza de la Villa, regresamos a Sol, donde por vez primera se alzaron los puños en alto y se cantó la Internacional. Finalmente sí nos disolvieron por las calles Carmen y Preciados, pero no hubo altercados, ni siquiera empujones violentos.

La reacción de la prensa nacional e internacional fue impresionante. Más cuando se supo la rocambolesca aventura de su entrada disfrazado, acompañado del empresario Teodulfo Lagunero, que lo mantuvo en alguna de sus fincas manchegas de caza durante cierto tiempo hasta que empezó a hacer vida clandestina en Madrid y a dirigir la organización. Pero si algunos de los máximos dirigentes lo sabían debían ser los mínimos; entre los cuadros medios y la militancia de base la sorpresa de la estancia de Carrillo fue tan grande como la de la propia Policía que lo detuvo.

En medio de todo el revuelo mundial, Carrillo fue encarcelado, mientras por contra el día cinco de diciembre el PSOE celebraba, tolerado por el Gobierno, su congreso en España y se daba cuantiosa cuenta de sus actividades. Felipe González y Alfonso Guerra eran reelegidos y aclamados como máximos dirigentes y las entrevistas con ellos llenaban los diarios y las emisoras de radio así como sus imágenes los telediarios.

El día quince se aprobaba en referéndum la Ley de Reforma Política. El PCE llamó a la abstención, pero dábamos por hecho un triunfo abrumador del sí, como así fue.

Porque nuestra batalla era en realidad poder entrar en ella. En la democrática. Fraga, en su época de ministro, había trazado una línea que parecía ser la que en el fondo muchos, y hasta en el PSOE, parecían aceptar. Realizar las elecciones, pero sin el PCE, y en todo caso legalizarlo después de que éstas hubieran sido y se hubiera quedado sin representación ninguna.

A finales de aquel año sólo hablábamos de política, pero algunos empezaron a hablar de economía. Porque una dura crisis ya nos mordía y nos estaba dejando hechos unos zorros, con el paro creciendo como la espuma y los carburantes por las nubes. El petróleo andaba disparado y lo pagábamos todos, sobre todo los países que más dependíamos de él, y lo de la amistad con los árabes se convertía en choteo y filfa, como pasa siempre que lo que hay por medio es «pasta». A Suárez hasta le dijeron que sería importante que el PCE estuviera dentro del sistema pues ayudaría para la

estabilización económica si ccoo se comprometía con la tarea. Y no cayó en saco roto la idea, más tarde plasmada en los Pactos de la Moncloa. Pero por entonces Carrillo seguía preso. Suárez y Martín Villa aprovecharon las Navidades para soltarlo. Le dieron libertad condicional y lo dejaron libre, pero ilegal, el treinta de diciembre, la víspera de Nochevieja.

Pero en la tele ya veíamos algo más que las uvas y las campanadas. Hacía furor el destape, aunque en la pequeña pantalla no se llegaba apenas a enseñar pierna y escote. Pero por el cine ya se había desnudado la Cantudo en La trastienda pero también lo había hecho Marisol, ya Pepa Flores, en El poder del deseo de Bardem, y Ana Belén, en La petición, con lo cual se dictaminaba que el desnudo era liberador y progre. Eso sí, en Córdoba a Fernando Fernán Gómez le habían prohibido La querida por atentar contra la moral y las buenas costumbres. Cría cuervos, de Saura, triunfó en Cannes y nos alegramos muchos de que la hija de Chaplin estuviera con un director español. Como que nos hacía más universales.

Pero también en la tele se empezaron a ver cosas sorprendentes. Lo que más La Clave de Balbín, donde se ponía primero una película y luego se discutía de todo, y unos señores muy prestigiosos de todos los ámbitos hablaban de algo que también estaba muy prestigiado, la política. Y nos tirábamos más de cinco horas viendo y escuchando sus sesudas reflexiones. Félix Rodríguez de la Fuente nos empezaba a hacer ecologistas con El Hombre y la Tierra, pero quien triunfaba de verdad era Curro Jiménez, que comenzó aquel año sus galopes por Sierra Morena. Sancho Gracia, Pepe Sancho y Álvaro de Luna eran los jinetes de nuestro western. Se cantaban muchas cosas, pero lo que más se oía era una canción en la que muchos coincidíamos: Libertad sin ira.

La ira, la muerte y el dolor llegaron en enero. En siete días de muerte y sangre que estuvieron a punto de anegarnos a todos.

XXI

LA MUERTE CERCANA

Los ultras habían estado tranquilos durante muchos años. Se sentían seguros. «Su» Policía, «su» Ejército y hasta «su» Iglesia, tras la victoria franquista en la Guerra Civil, la represión posterior y el casi total aniquilamiento de toda oposición les habían permitido ser amos y señores de una España que ellos consideraban en «paz» dada la imposibilidad absoluta de cualquier disidencia. Su única preocupación eran las batallas en el interior del Régimen por no perder esferas de poder con respecto al resto de las «familias». «Su» trabajo ya lo hacían por ellos las fuerzas represivas y ellos tan sólo estaban para actos de reafirmación, gritos de rigor y algún alarde.

Pero todo aquello empezaba a desmoronarse. Veían peligrar a marchas forzadas todo su entramado, todo un estado de cosas que suponían debía permanecer intocable e invariable. La inseguridad y el nerviosismo se había ido apoderando paulatinamente de ellos en los últimos años y se había precipitado tras la muerte de Franco. Barruntaban el final y comenzaron a revolverse furiosa y frenéticamente. Los viejos y más recalcitrantes falangistas, que siempre fueron la fuerza de choque del franquismo, empezaron a azuzar a las nuevas camadas. Ello era palpable hasta en las pequeñas ciudades como la mía. Veteranos fascistas de la guerra se reunían con los muchachos y les adoctrinaban y excitaban contra lo que entendían como senda iniciada hacia la destrucción de la España que habían construido, y en particular contra el viejo enemigo resucitado, contra los rojos, que volvían a aparecer, a hacerse visibles, a estar presentes en la vida cotidiana e incluso a exigir tener un papel y una presencia que no estaban bajo ningún concepto dispuestos a permitir. El impedirlo había sido obra de la Policía y del Ejército, pero resultaba que a sus ojos éstos ya no cumplían como debían tal misión. Debían ser, pues, ellos, de nuevo y con sus métodos quienes provocaran el revulsivo necesario para que las cosas volvieran a su cauce. Que el Ejército volviera a tomar el poder de manera absoluta, que aplastara a los terroristas de ETA y GRAPO y que redujera a cenizas todo aquello de sindicalismo, política o cualquier otra manifestación que oliera a izquierdas que afloraba por doquier.

Y empezaron a actuar. No les faltaban connivencias, ni en la Policía, ni en el Ejército, ni en el poder ejecutivo, en el judicial o en el legislativo, pero tenían que ser ellos quienes dieran los golpes

para acabar propiciando el Golpe definitivo.

En ese clima y caldo de cultivo los grupos ultras comenzaron a actuar por todos lados. Palizas, amenazas, ataques con artefactos incendiarios, acosos a militantes obreros, a curas progresistas, a libreros que vendían obras de rojos, a actores, a cantantes o a cualquiera a quien se supusiera relación o simpatía con la izquierda, comenzaron a ser una constante cotidiana. Emergieron nuevos líderes, aquellos que no se plegaban a la deriva suicida para ellos que las propias organizaciones franquistas, aceleradas desde aquel haraquiri de las Cortes, y los viejos líderes incapaces de reaccionar, parecían haber asumido como inevitables. Los Guerrilleros de Cristo Rey de Sánchez Covisa se hicieron famosos y apareció el que iba a ser el gran redentor de la Falange, Blas Piñar, que había creado su organización Fuerza Nueva, como heredera del espíritu que consideraban traicionado. Alrededor de ellos se concitó lo más irreductible del viejo fascio y lo más exaltado del nuevo. El invierno del 76 al 77 fue su momento de mayor frenesí y violencia. Eran momentos decisivos, así lo comprendieron y de alguna forma también lo provocaron. Como por su lado hicieron los grupos terroristas de extrema izquierda como el GUAPO o teñidos de separatismo como ETA. Pareció incluso que conjuntaban fuerzas y en una especie de macabra sintonía quisieran conducir al país al mismo destino, un nuevo golpe de estado y una nueva confrontación civil.

Rodolfo Martín Villa, un «azul», era el ministro de Interior. Lo había sido de Relaciones Sindicales en el Gobierno Arias y allí había congeniado con Adolfo Suárez, compartido una idea cada vez más clara del rumbo a seguir y establecido una sólida alianza con quien ahora, ya presidente, le había encomendado la más delicada de las carteras, la de Gobernación. Que había de enfrentarse a los desafíos más duros y contando con unas fuerzas de seguridad, sobre las que supuestamente mandaba, claramente sesgadas cuando no perfectamente identificadas con los sectores más duros y ultraderechistas. Aquello se había llevado por delante a Fraga y podía llevárselo también a él, a Suárez, al Gobierno, a la Transición y al propio Rey, todo en un mismo paquete.

Y a punto estuvo de pasar. La tensión llegó a ser insoportable, la sensación de violencia desatada, de descontrol y de inminente estallido pareció por momentos que sólo podía tener como salida una brutal y traumática, en que todo saltara por los aires y se produjera una hecatombe. Fueron aquellos días de enero del 77 que helaron la respiración de España entera.

La «tormenta perfecta» había comenzado a acumular aparato eléctrico y negros nubarrones el cuatro de octubre, cuando ETA asesinó a tiros en San Sebastián a Juan María de Araluce Villar, presidente de la Diputación de Guipúzcoa, a su chófer y a tres policías de escolta. Un impactante y sanguinario atentado que hizo subir el voltaje a extremos ya muy altos. El funeral fue masivo. La tensión se desbordó y el propio Martín Villa hubo de salir por una de las puertas laterales del templo mientras grupos de falangistas, brazo en alto, entonaban el Cara al Sol y daban gritos coreados por no pocos asistentes de «Ejército al poder». No sería la ultima vez que hubiera de afrontar una situación parecida y oír gritos semejantes.

El once de diciembre un comando del GUAPO secuestró a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado, ex ministro y representante de una de las familias más señeras de la oligarquía y de los grupos de poder más decisivos del entramado económico-político de España. El pequeño pero activo y desestabilizador grupúsculo ultraizquierdista eligió una vez más muy a propósito la fecha. El quince de diciembre se celebraba el referéndum para la Reforma Política auspiciado por Suárez, y que era la palanca legal para poder ir desarticulando el viejo estado dictatorial y dar paso al democrático. Los ciudadanos respaldaron muy mayoritariamente la convocatoria y dieron un sí masivo. Pero la historia de los referéndum franquistas, donde los sí siempre se acercaban al 100 por 100 de los votos, pudo restar algo de comprensión al valor que aquel sí tenía. A pesar de todas las tribulaciones y contratiempos, de los asesinatos, los secuestros y la convulsión, la ciudadanía quería avanzar por aquel camino. Intentar dejar atrás un penoso y terrible pasado y con ello zanjar definitivamente una historia de odio y de confrontación. Creíamos en la reconciliación y lo creímos de verdad y corazón. Queríamos pasar página y dejar los odios de la guerra y la posguerra de una vez atrás. Lo creíamos aunque nosotros no votáramos porque nos parecía muy insuficiente. Pero a Juan Carlos y a Suárez se les empezaba a mirar de muy diferente manera. Que los ultras de un lado y otro y los separatistas de ETA hicieran todo lo posible por mandar al abismo aquel intento, nos hacía percibir aún más claramente que por allí podía estar el camino. Aunque creíamos ingenuamente que una vez establecida la democracia los activistas de ETA dejarían las armas al poder actuar libre y pacíficamente, con los instrumentos democráticos del voto y la palabra. Y que lo mismo sucedería con la ultraizquierda, que quedarían reducidos a la nada.

Pero entonces todo pareció confabularse para tomar el rumbo del abismo. El día diecisiete de noviembre, en un acto sin precedentes, cientos de policías y guardias civiles se echaban a la calle «en demanda de mejoras laborales, un salario digno y estar incluidos en la seguridad social». Algo inaudito, ¡los policías represores haciendo manifestaciones! Martín Villa destituyó a toda la cúpula empezando por el director general de Seguridad, Emilio Rodríguez Román, que horas antes de ser cesado era quien le había anunciado al ministro en un almuerzo, que ese mismo día iban a detener a Santiago Carrillo, que estaba desde febrero en el interior de España. Martín Villa casi estuvo a punto de enterarse después de que sucediera. El sustituto de Rodríguez Román fue el gobernador de Valencia, Mariano Nicolás. También sustituyó a los generales jefes de la Guardia Civil y de la Policía Armada, por los generales Ibáñez Freire y Timón de Lara.

Del secuestrado Oriol no había noticias, y el ministro hubo de recurrir por indicación de Mariano Nicolás a un «veterano» y siniestro policía, el comisario Conesa, un hombre de negro currículo represivo en la Brigada Político-Social, pero que al menos puso cierto orden en la investigación o quizás sabía más del GUAPO por dentro de lo que decía, pues aquel grupo siempre tuvo fama de estar muy infiltrado por la policía. A poco se tuvo noticias de un piso donde había estado confinado, pero cuando se accedió al mismo, el secuestrado ya no estaba.

Las navidades pasaron sin que se pudiera dar con Oriol. Pero nada más acabar las fiestas las calles de Madrid se tiñeron de sangre. El día 23 había una manifestación proamnistía en la Gran Vía. Los Guerrilleros de Cristo Rey la atacaron empleando armas de fuego. Un joven estudiante, Arturo González, de diecinueve años, fue disparado y muerto a bocajarro. El pavor se extendía pero no impidió que los «saltos» se sucedieran. Acudíamos aterrados ya no tanto incluso por los grises sino por los pistoleros. Llegaron noticias de que el propio Curiel había sido herido de bala en una pierna cerca de El Corte Inglés de Argüelles. Al día siguiente fue peor. Otra joven compañera, María Luz Nájera, en la manifestación en protesta por el asesinato de Arturo, había sido alcanzada en la cabeza por un bote de humo lanzado por la policía y había fallecido.

Veinticuatro horas después, en un país conmocionado y en estado de shock, llegaba a las radios y a la tele otro brutal impacto: los grapos actuaban de nuevo y secuestraban al general Emilio Villaescusa en su propio domicilio de la calle O'Donnell, 49, en pleno centro.

Aquello fue el día veinticuatro por la mañana, pero tan sólo doce horas después y antes de que acabara la jornada, saltó la peor y más terrible nueva, para muchos de nosotros demoledora, pues conocíamos a muchos de los afectados. Un grupo de pistoleros fascistas había irrumpido en uno de los despachos laboralistas de ccoo, el de la calle Atocha, n° 55, que junto con el de Españoleto, donde trabajaba Cristina Almeida, llevaban la defensa de los trabajadores y les asesoraban en sus huelgas, detenciones y juicios. Habían matado a cinco y dejado moribundos a otros cuatro. Un joven de Guadalajara, hijo de un juez de la ciudad, Javier García Méndez, que llegaba tarde a la reunión, tardanza que le salvó la vida, fue quien encontró los cuerpos ensangrentados de sus camaradas, apilados en un dramático montón sanguinolento que le impedía abrir la puerta.

Comisiones Obreras había contado desde su inicio con el apoyo entusiasta de jóvenes abogados y estudiantes de derecho que habían hecho de aquella labor su mejor militancia, pues todos lo eran al mismo tiempo del PCE. Su labor, contra el sistema jurídico que impedía todo tipo de actividad sindical, con el TOP (Tribunal de Orden Público) siempre listo para la condena que era donde siempre acababan, suponía un esfuerzo continuo y entregado. Su salario era de treinta mil pesetas, y los que como aprendices comenzaban a colaborar en el despacho ganaban cinco mil, lo que les daba para malvivir en una pensión cercana. Los horarios no tenían límite y aquel día, desde que habían llegado a primera hora de la mañana, apenas si habían tenido tiempo para comer y luego, tras una tarde intensa de decenas de contactos y reuniones, algunos habían bajado a tomar unas cañas y un bocata que más tarde habían compartido, al bar de enfrente, El Globo, antes de volver a subir al despacho.

Francisco Javier Sauquillo y Lola González Ruiz eran dos veteranos en ese trabajo y en la militancia, además pareja, pues se habían casado en el 73, nada más terminar la carrera. Son vástagos de buenas familias que hubieran podido tener un mucho mejor futuro económico y profesional. Pero trabajan por los derechos de los obreros. Sus áreas de actuación son Móstoles y Alcorcón, preferentemente. Pero como todos atendían a todo lo que podían.

Familia de aún mayor poder económico es la de Luis Javier Benavides, cuyo padre es un empresario del vidrio, muy bien instalado en el Régimen y en el Vertical. El hijo ha salido tirando al otro lado y, como muchos otros, como Nacho Montejo, que hacía nada había recibido un anónimo del Comando Francisco Franco

donde escuetamente se le decía: «Si no os marcháis, os matamos».

Aquel día veinticuatro, para Nacho y para todos, en especial para los que habían llevado la huelga del Transporte, había sido muy duro, pero también gratificante. Se había llegado al final de un durísimo conflicto que había tenido enfrente toda una mafia muy bien anclada en los sindicatos franquistas que lo dominaban. El líder de ccoo del sector era Joaquín Navarro. Se ha firmado al fin el convenio y durante toda la jornada se habían estado repasando los detalles. Todo el día ha habido un continuo trasiego por Atocha 55. A algunos aún les queda una reunión nocturna, en la que estaría Benavides, que ya ha subido de tomar un tentempié con Manuel Carmena en el Globo. Han hablado, claro, del día atroz, de los secuestros, de los estudiantes muertos, de lo que ellos ven como un intento de la extrema derecha y a lo que coadyuva el GUAPO de provocar un golpe.

La reunión que queda es de barrios, de movimiento ciudadano. Ya han llegado Lola y Sauquillo, del despacho hermano de Españoleto. Otros están subiendo ya. Valdevira con una capa nueva y un par de bocatas que reparte, y Luis Ramos, que como Miguel Saravia son algo mayores que los demás y sobrepasan ya la cuarentena. Luego entra Alejandro Ruiz, el de Vallecas, que ya se cruza con los últimos que bajan, Navarro entre ellos. También se van Nacho Montejo, con su mujer Gloria, que ha venido a reclamarle y que pide disculpas a los dos últimos obreros que tenía para consultas y les pide que vengan mañana. Bajan tam bién Javier López Roberts y Ángel Rodríguez Leal. Le dicen a Serafín Holgado que si se viene.

Holgado tiene veinticuatro años. Es hijo de un ferroviario, ha hecho a base de penurias y esfuerzo la carrera de Derecho y ahora está aprendiendo en el despacho, donde le dan cinco mil pesetas al mes como ayuda. Serafín se queda para hablar por teléfono con sus padres unos momentos. No tiene para conferencias y en eso se hace la vista gorda. Lo saben todos y no insisten. Una vez abajo, Nacho y Gloria salen zumbando al cine, y cuando los otros ya han pedido unos chatos y unas cañas, el conserje Ángel Rodríguez, un despedido de Telefónica, recuerda que se ha dejado el Mundo Obrero y decide quiere volver a por él.

No regresará nunca. No saben, ni los abogados que están arriba, ni los que ahora con Navarro y algún otro comparten unos chatos, que los asesinos ya llevan desde hace casi media hora en las propias escaleras del edificio, que ya han subido, que se han asomado incluso, que al ver que había tanto trasiego de gente saliendo, todos

los de transportes, incluido el líder al que más que a otros van buscando, han decidido subir al piso superior y allí en el descansillo esperar a que haya algo más de calma. Y ahora que ya hay un mayor silencio deciden entrar e inician la bajada, procurando no hacer ruido en las escaleras de madera que crujen a sus pasos. Se detienen. Sube alguien más. Esperan de nuevo. Es Ángel, que entra y cierra la puerta, y deciden que es el momento. Ya no esperan más.

Se supo y aseguró que fueron tres. Supimos luego que posiblemente fueran cuatro, que los ultras españoles tuvieron aquella noche apoyo de un neofascista italiano. Su jefe era Francisco Albadalejo, ex divisionario, secretario del Sindicato Vertical del Transporte de Madrid, y los ejecutores José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada junto al italiano Carlo Cicuttini, refugiado en España tras perpetrar el atentado de Peteano en 1972. Leocadio Jiménez Caravaca y Simón Fernández, también antiguos combatientes de la División Azul, les suministraron las armas, y Gloria Herguedas, novia de Cerrá, fue cómplice en toda la trama. El juez Gómez Chaparro, de la Audiencia Nacional, se negó a profundizar más allá a pesar de las evidentes relaciones de todos ellos con los máximos dirigentes de la extrema derecha, como Nemesio Fernández Cuesta de FET de las JoNS, de Blas Piñar, Fuerza Nueva, o Mariano Sánchez Covisa, Guerrilleros de Cristo Rey.

Los tres colegas de la División Azul sobrevivieron al frente ruso y volvieron como héroes a España, donde durante largos años han saboreado la victoria de los suyos en casa aunque ellos perdieran en su aventura divisionaria. Han tenido puestos en el Vertical donde Albadalejo siempre les ha amparado, sobre todo a Leocadio, el más exaltado, que protagonizaba incidentes; el más grave un día que tiró de pistola y disparó contra unos chicos que en el metro de Oporto repartían el Mundo Obrero. Albadalejo lo sacó de aquella, o puede que salieran juntos. Fernández Palacios está más achacoso, enfermo del corazón, pero es también un activista. Son tres camaradas a quienes los más jóvenes tienen como espejo.

El mayor de los tres es Pepe Fernández Cerrá, curtido en mil batallas contra los rojos; estuvo casado con una vasca y se separaron. Ha pasado por el Frente de juventudes, luego ingresó en la Guardia de Franco, se ha ganado la confianza de los máximos jefes. Es el primer contacto de Albadalejo, al que trata de tú a tú, lo mismo que a policías de los duros, como Billy el Niño, Antonio González Pacheco o Luis González Gay, que son amigos suyos. Sus relaciones son importantes y se le respeta en esos ambientes.

Aunque se haya separado a pesar de tener dos hijas. Ahora su novia es Gloria Herguedas, que es una camarada que le apoya en todo.

Lerdo de Tejada es de padre militar, educado en los Principios desde niño, como Pepe y como Carlos, que también es de familia militar. Pero la de Lerdo de Tejada con muchos más posibles y hasta finca buena, le ha permitido tener el mejor acceso a la cúpula de la organización; su madre es secretaria del mismísimo Blas Piñar y persona de su total confianza. Tanto es así que el día veintidós han estado todos de boda en el Toboso, donde tienen las fincas, porque se casa su hermano y es precisamente Blas Piñar quien ejerce de padrino.

Carlos García Juliá es el más joven. Ha estado toda su vida, desde la OJE a Fuerza Nueva, enfundado en la camisa y llevando la bandera. Hasta salió en la portada de ABC, como portaestandarte delante de Blas Piñar. Con su líder y con Fernández Cuesta, Girón y otros grandes jerarcas, estuvo en la Plaza de Oriente en el último discurso del Caudillo tras los fusilamientos de los etarras y los grapos. Los tres y el italiano, curtido en esas refriegas, van a ser el brazo que propine un golpe que conmocione al país, que advierta que no están dispuestos a rendirse ni rendir, como quieren otros, España a los rojos.

Ahora están los tres y el italiano, que permanece tras ellos, ya en el rellano, ante la puerta del despacho de donde han visto salir durante esa media hora a mucha gente. Ahora se han quedado dentro, piensan, los jefes, los que mandan. Sacan las pistolas y las dos metralletas Ingram y tocan el timbre de la puerta.

Quien salió a abrir fue Benavides. Se encontró con una pistola del nueve largo apuntándole a la cara. Cerrá lo hace ir hacia el salón de reuniones donde están los demás. Cerrá se mofa de ellos, de sus caras asustadas. «A ver, poneros todos juntos, más juntitos, así, y levantad las manitas, más arriba, a ver, más arriba». «¿Dónde está Navarro?», pregunta. Le responden que no lo conocen. Insiste con sorna: «Sí, hombre, uno bajito, rubio, con la cara como picada de viruelas; venga, no os hagáis los tontos».

Cerrá ha mandado a Carlos García Juliá a inspeccionar todo el despacho. Va arrancando cables y destrozando teléfonos. La retaguardia la cubren en la puerta Lerdo de Tejada y el italiano.

A García Juliá se le escapa un tiro que le agujerea su propia manga. Pero no lo hiere. Ya ha localizado a Serafín Holgado y a Ángel Rodríguez. Los lleva delante. Cerrá le dice al oír el disparo: «Venga, veniros para acá de una vez».

Pero antes de llegar García Juliá dispara de nuevo. Esta vez

cuando ya están en la sala de reuniones, y a la nuca del joven conserje. Ángel cae de bruces ante los abogados, que tienen las manos levantadas. Y sin apenas una pausa, desatada la fiebre, los disparos se suceden. Disparan contra todos, que caen en mon tón, unos encima de otros. A los altos al pecho, a los más bajos a la cabeza. Los disparos terminan por un momento cuando todos yacen en el suelo, pero algunos se mueven. García Juliá dispara de nuevo, el tiro de gracia, a la cabeza de Holgado y Sauquillo. Y ahora están todos inmóviles ya, tan sólo algún estertor. Entra Lerdo de Tejada y les hace una señal. Cerrá da la orden muda de marcharse. El italiano les espera para salir y cierra despacio la puerta a su espalda, bajan presurosos hasta el portal y salen a toda prisa. No hay nadie, tan sólo un viejo que pasea un perro y no parece haber oído nada.

Arriba, entre el montón de cuerpos caídos y sangrantes algunos están vivos, incluso aún mantienen algún signo vital Sauquillo y Holgado, a pesar del tiro en la cabeza, aunque morirán irremediablemente muy poco después. Luis Ramos se arrastra hacia la ventana. Miguel Saravia llega reptando por la sangre a un teléfono que no han destrozado; Alejandro Ruiz Huerta le ayuda a marcar y llama no a la policía sino a su casa, a su mujer. Lola tiene la cara destrozada pero también está viva. Los cuatro se arrastran hacia la entrada, a Miguel le han dado varios tiros en el vientre, Alejandro los tiene en el pecho y en los muslos, a Luis las balas también le han dado en el abdomen. Se quedan contra la puerta cuando alguien intenta abrir desde fuera y toca el timbre. Los cuerpos caídos se lo impiden pero es un compañero, un amigo, Luis Méndez, que ha llegado tarde; él debía haber estado en la reunión pero se ha retrasado, primero porque se le hizo tarde y después porque se quedó un momento saludando en El Globo. Sale despavorido a pedir ayuda.

La noticia de la matanza va saltando de teléfono en teléfono. Pero ese día he librado y no he ido al periódico. Hasta por la mañana no me entero de nada. Pongo la tele. Me quedo inmóvil en el sofá, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Reconozco el lugar, los nombres, las caras. No pronuncio una sola palabra. De golpe, un sollozo me puede y comienzo a llorar convulsamente con la cabeza gacha. Lloro y ya habla la tele de otras cosas. Entonces salgo a buscar una cabina, en casa no hay teléfono, y hago una llamada. Me dan una cita y cojo el ferrobús para Madrid. Todos tenemos que estar en Madrid, nadie podrá faltar mañana. Había que enterrar a nuestros muertos y había que decir a toda España que no nos iban a

callar ni nos íbamos a dejar silenciar, que eran nuestros muertos, de Comisiones y del PCE, y que íbamos a decir que estábamos vivos y no podrían matarnos a todos. Íbamos a ganarnos el derecho a vivir en libertad, frente al terror y frente al fascismo.

Los asesinos ni siquiera huyeron de Madrid, se sentían seguros y protegidos. Creían que nadie iba a ir a por ellos. Tuvo que pasar tiempo para que el ministro del Interior, después de designar a un grupo escogido y fuera del circuito habitual de la Policía, comandado por el comisario Pastor, empezara a moverse. «Que la Policía quería localizar a Oriol y Villaescusa estaba fuera de toda duda, pero que quisiera detener a los asesinos de los abogados laboralistas no estaba tan claro». El grupo especial no tardó en dar con los ejecutores y sus padrinos; habían seguido frecuentando la cafetería Denver, muy cerca del sindicato de transportes, en la esquina de San Bernardino, tomando sus copas y hasta alardeando de lo sucedido con quienes eran sus más próximos. A Lerdo de Tejada lo detuvieron en Murcia, en un apartamento de su familia en la Manga del Mar Menor. Se encontraba allí pues sólo unos días antes había sido visto participando en un acto de Blas Piñar como parte de su séquito más cercano en la capital murciana.

No fue difícil detenerlos, excepto al italiano, del que sólo se supo muchos años después, por confesiones de sus correligionarios en Italia y que huyó de España. Se les encontró también el armamento utilizado en la matanza. Pero en ellos dejó el juez Gómez Chaparro toda la investigación. No quiso profundizar en absoluto en la trama. Aún peor, concedió un permiso de fin de semana en la Semana Santa de 1979 a Lerdo de Tejada, que éste aprovechó para huir y desde entonces nada más se supo de él.

La sentencia, el 29 de octubre de aquel año, condenó finalmente a José Fernández Cerra y Carlos García Juliá a 193 años de prisión, y a 73 a Francisco Albadalejo por inductor y como encubridor. Leocadio Jiménez Caravaca fue condenado a cua tro pero sólo por tenencia ilícita de armas. Ramón Fernández Palacio falleció por causas naturales durante la instrucción del proceso. Gloria Herguedas, absuelta de encubrimiento, tan sólo fue condenada a un año por tenencia ilícita de armas. Cerrá salió a los quince años. García Juliá aprovechó, cuando ya llevaba cumplidos catorce, la libertad condicional para escapar a Iberoamérica. Allí fue detenido por tráfico de drogas en Bolivia y encerrado en una prisión de aquel país.

Durante el juicio tanto los acusados, que vistieron camisas falangistas, como muchos entre el público asistente, mantuvieron

una actitud chulesca y desafiante, de total desprecio por sus víctimas.

El día veinticinco de enero de 1977 no fue casi necesaria la convocatoria de huelga. Los tajos paraban, el silencio y el luto se extendía como un oscuro manto por Madrid, por las fábricas, por las obras, por la Universidad.

Pero se libraba otra batalla por la dignidad de los muertos. Eran abogados y habían muerto asesinados por defender los derechos de los trabajadores, en su despacho, ejerciendo su profesión. Se reclamó al Colegio de Abogados que se permitiera el velatorio en el propio Colegio de Madrid. Hubo de entrada oposición, incluso por parte del Ministerio del Interior que afirmaba no poder garantizar la seguridad, pero algo estaba desbordándose y era una marea impresionante que empezamos a sentir de solidaridad y de apoyo. El Decanato, con particular mención por Carlos Miralles, y un nutrido grupo de letrados más allá de ideologías pero con el común sello de demócratas, tras arduas negociaciones logró al fin el permiso, y la capilla ardiente fue instalada en el salón de plenos del Colegio situado entonces en la Plaza de la Villa de París, donde se encuentra el Tribunal Supremo. En las Salesas, vamos, donde en muchas ocasiones habíamos acudido, y en aquella lo hicimos con una congoja que se trasmitía en cada abrazo y en cada encuentro. Pero ya no nos ocultábamos, ni lo hacíamos tampoco con nuestra condición de comunistas. La proclamábamos. En silencio, pero con nuestras señas bien visibles. También con nuestras banderas envueltas, en las cuales fueron sacando al día siguiente los féretros.

El partido nos había dado instrucciones muy claras. Había que aguantar todo, había que contener la rabia y había que dar una lección de civismo, de dignidad, de decir quién éramos y de exigir nuestra libertad y la de todos. La manifestación se haría en silencio, en el más absoluto silencio, y ese sería el más atronador de nuestros gritos y de nuestros mensajes. Cada uno de nosotros, como militantes del PCE, teníamos como misión que aquellas normas se aplicaran de manera estricta, que nadie saliera ni con griteríos ni con proclamas incendiarias. Se trataba de dar una lección y un ejemplo de cómo nos comportábamos los comunistas, de cómo sabíamos aguantar el dolor y enterrar a nuestros muertos, porque era de todos, sí, pero ante todo eran nuestros y por ello habían muerto.

Desde el primer instante fue claro que la gente había roto miedos y cadenas. Una enorme multitud comenzó a llegar, sindicalistas, militantes, sí, pero también trabajadores sin más,

ciudadanos, gentes de otros grupos de izquierda, abogados con sus togas, estudiantes, gentes de a pie, y algunas caras conocidas de los más diversos mundos que quisieron unirse a nosotros en el dolor y en el silencio.

Que a veces no era fácil de guardar, que a veces subía por la garganta y que algunos pretendían romper y hasta nos acusaban de que estábamos reprimiendo la expresión del pueblo. Fueron pocos, pero no faltaron quienes nos criticaron aquella posición y aquella manera de despedir a nuestros camaradas muertos. Pero era la que quisimos hacer, la que comprendíamos que debíamos hacer y la que las gentes entendieron que era lo mejor que pudimos hacer. Aquel día nos ganamos la legalización, dicen. Creo que nos ganamos más, nos ganamos el respeto y el corazón de muchas gentes que habían visto nuestra bandera y nuestro nombre como algo perverso y dañino. Nos ganamos un lugar a la luz. Pero no nos ganamos su voto.

EPÍLOGO

Poco imaginaban aquellos jóvenes lo que no iba a tardar en sucederles. Sí que era cierto lo que presentían, habían ganado la libertad, el PCE sería legalizado un Sábado Santo de aquella misma primavera; verían volver a Dolores del exilio y las primeras elecciones democráticas el quince de junio serían una fiesta. Pero no ya para ellos. Su sacrificio, su lucha, la sangre vertida, no les serían apenas recompensados. Y serían otros, aquel hacía nada inexistente, ignoto e inane PSOE, quienes sin más bagaje que una sigla desempolvada, sin otro currículum que el del pasado de otros, pero con todos los vientos, incluidos los económicos, mediáticos e internacionales volcados hacia su lado, iba a obtener el tesoro en votos de la inmensa mayoría de gente que se suponía a sí misma de izquierdas. Porque de alguna manera conectaba su deriva y actitud, el silencio, la mansa aceptación y la convivencia e incluso connivencia con la dictadura, con la de aquellos a quienes votaban. El pasado inmediato había de ser borrado y olvidado, para ser sustituido si fuera necesario por otro más remoto y menos comprometido personalmente pero donde se pudiera establecer emocional y visceralmente la diferencia entre los unos y los otros, los buenos y los malos, para apropiarse de todo, de la memoria misma de aquellos años que no fueron suyos ni en los que siquiera se les esperaba, de aquellas esperanzas y aquellos miedos que nunca compartieron, de aquellas gentes que sí arriesgaron en verdad sus vidas, sus carreras y sus futuros y en no pocas ocasiones las perdieron. Para apropiarse incluso de la sangre derramada y rendir homenajes y pretender ser ellos los custodios de la memoria de aquellos abogados que en absoluto tuvieron que ver nada con ellos. Para fagocitar con voracidad de ameba todo y a todos quienes pudieran suponer un recuerdo de una verdad que nada se parecía a la que ellos iban a proclamar, y donde aparecieran como sacrificados y heroicos combatientes de unas libertades por las que habían sido otros quienes en verdad habían luchado. No pocos acabaron por engancharse al camino del poder por el que transitaba la sigla triunfante, pero una vez conducidos con alharacas a la «casa común» se les señaló que su lugar estaba en el sótano, que la casa era común, sí, pero que había pisos y escalones, y apenas los más sumisos tuvieron un lugar al sol y en las terrazas. Curiel fue también, y tras diversas peripecias, de los que tomaron aquel rumbo y acabaron sufriendo un triste trato, en su caso a manos del ambicioso y untuoso Pepe Blanco, para terminar su vida de manera

brusca, aún joven, pobre - así murió Enrique-, y que intentó fuera honrada. El cáncer que lo mató le dio tiempo a hacer constar que quería recuperar sobre su féretro su bandera de juventud y utopía, la roja bandera de la hoz y el martillo cruzados, símbolo de la unidad de los trabajadores del metal y de la tierra. La fuerza del PCE, su grito orgulloso de entonces, iba a ser, para bien o para mal, por pura lógica de la historia o por sus propios errores y escisiones suicidas, incluso la del propio Carrillo, primero mellada, luego rota y finalmente diluida y dispersada. Un día 23-F, en la tribuna de prensa del Congreso, le pasé a Enrique un carné de prensa que me «sobraba» mientras mi credencial un poco contraindicada aquella tarde acababa bajo las alfombras. En 1982, día del triunfo arrollador del PSOE, y de los capullos de rosa, solo quedaron cuatro diputados comunistas, y en la sede vacía de la desolación aún nos encontramos Curiel y yo, con un clavel en la mano. Todavía perdimos juntos el referéndum de la OTAN.

El autor, en su época de redactor jefe de Mundo Obrero, entregando un ramo de flores a Dolores Ibaurruri, «Pasionaria», el día de su cumpleaños en presencia de su hija Amaya y su secretaria y amiga, Irene Falcón. Al fondo aparece su nieta Lolita Sergueyeva.

POR ENCOMIENDA DE EDITORIAL ALMUZARA, CONCLUYÓ LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA EN LINCE ARTES GRÁFICAS EL DÍA 25 DE ABRIL DE 2013. TAL DÍA DEL AÑO 1974 TIENE LUGAR EN PORTUGAL LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES, QUE PUSO FIN AL RÉGIMEN IMPLANTADO POR ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR EN LOS AÑOS VEINTE Y CONTINUADO POR MARCELO CAETANO.